

MÓNICA ARRIZABALAGA

ESPAÑA: LA HISTORIA IMAGINADA



DE LOS ANTIGUOS MITOS
A LAS LEYENDAS CONTEMPORÁNEAS


ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo, por Luis Díaz Viana](#)

[LEYENDAS HISTÓRICAS](#)

[De fundaciones y pérdidas](#)

[Hércules en España](#)

[La Mesa del rey Salomón](#)

[Rodrigo y la «pérdida de España»](#)

[Jaun Zuria](#)

[Don Pelayo y la Cruz de la Victoria](#)

[De héroes y hazañas](#)

[Bernardo del Carpio](#)

[Fernán González](#)

[El tributo de las cien doncellas y la batalla de Clavijo](#)

[La batalla que el Cid ganó muerto](#)

[La Varona de Castilla](#)

[La promesa cumplida](#)

[La boca del infierno](#)

[De traiciones, castigos y asuntos pendientes](#)

[La campana de Huesca](#)
[El emplazado a morir](#)
[Las cuentas del Gran Capitán](#)
[El caballero de Olmedo](#)
[La ejecución del Empecinado](#)
[Las meninas y la Cruz de Santiago](#)

[De amores y desamores](#)

[Cómo fue engendrado Jaime I el Conquistador](#)
[Los amantes de Teruel](#)
[La enterrada viva de Alfambra](#)

[De bandidos y piratas](#)

[Un Robin Hood español](#)
[El tesoro de La Burla Negra](#)
[El Puente del Beso](#)

[LEYENDAS FANTÁSTICAS](#)

[De increíbles seres y misteriosos lugares](#)

[El hombre pez de Liérganes](#)
[La isla errante de San Borondón](#)
[El lagarto de la Malena](#)
[Un leviatán gallego](#)
[El topo maligno de la catedral de León](#)
[Pueblos sumergidos](#)

[De diablos y endemoniados](#)

[La Cueva de Salamanca](#)
[El Sillón del Diablo](#)
[El acueducto de Segovia](#)
[El diabólico conde Arnau](#)

[De milagros](#)

[La reina Lupa y Santiago](#)

[El ángel de Aralar](#)
[Donde la gallina cantó después de asada](#)
[El Cristo de las treinta monedas](#)
[A buen juez, mejor testigo](#)
[El Cristo con rostro de gitano](#)
[El entierro del señor de Orgaz](#)
[El órgano de maese Pérez](#)

[LEYENDAS CONTEMPORÁNEAS](#)

[De fantasmas y apariciones](#)
[El pueblo maldito de Ochate](#)
[El fantasma del piloto alemán](#)
[Antiguos hospitales encantados](#)
[La chica de la curva](#)
[Ladrones de órganos](#)
[El ataúd maldito](#)
[El ataúd maldito](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Un recorrido por la historia de España de la mano de las leyendas que la habitan, su posible base real y su evolución y similitudes con las de otros lugares de dentro y fuera de nuestras fronteras.

Desde las huellas que dejó Hércules hasta las gestas de héroes que, como Bernardo del Carpio, el Cid o Fernán González, alimentaron cantares y romances; desde objetos mágicos, como la Mesa del rey Salomón o el Sillón del Diablo, hasta edificios encantados, extraños seres mitad humanos, islas errantes o amantes más allá de la muerte; leyendas milagrosas, leyendas diabólicas, mitos contemporáneos, como el vampiro de Borox, la chica de la curva o el Triángulo del Silencio...

Mónica Arrizabalaga nos lleva al origen de todas ellas y nos descubre cómo y dónde las ha mantenido la tradición popular.

*A mis padres, Ignacio y Maribel,
que encaran la vida con el coraje de los héroes de verdad.*

*Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.*

ANTONIO MACHADO

PRÓLOGO

ENTRE FICCIÓN Y REALIDAD: ESA OTRA HISTORIA QUE CUENTAN LAS LEYENDAS

La historia imaginada: pocas veces el título de un libro que recopila leyendas populares ha resultado tan fiel y exacto para definir su contenido como este. Será porque su autora es periodista y está acostumbrada a resumir, en un breve titular, la complejidad de las noticias. No es, por cierto, el primer caso que se da entre los de su profesión de acercarse —con indisimulado entusiasmo— a lo legendario; y, como podrá comprobar el lector leyendo las páginas que siguen, con no poco acierto, un rigor muy sistemático y una cautivadora amenidad.

Tampoco ha de parecer casual que uno de los periodistas que la precedió en el intento, Jorge Halperín, coincidiera con nuestra autora en enfocar las narraciones legendarias desde un prisma muy propio del periodismo: dilucidar si lo que se nos cuenta es verdad o no. Por ello, la obra que aquel escribió se titularía también —y precisamente— de un modo que apuntaba hacia esa preocupación tan periodística: *Mentiras verdaderas*. Halperín, como Arrizabalaga, acaba concluyendo que esas ficciones sobre las que investiga encierran algún tipo de verdad, aunque muchos de estos relatos consistan en invenciones totales u otros transformen cierta realidad al gusto y conveniencia de los narradores.

Que la metodología utilizada por los periodistas difiera desde su propia raíz de la del investigador avezado en mitologías o fantasiosas narrativas

orales no ha de confundirnos. Es indudable que, desde hace tiempo, los expertos en esta clase de materiales ni siquiera se plantean lo que pueda haber de verdadero en ellos. Pero no caigamos en el error de pensar —por esto— que el periodista es un ingenuo irredento y que todavía va por ahí buscando «la verdad»: porque no lo es. Probablemente, en pocas profesiones se esté más acostumbrado a lidiar con la manipulación de la realidad como en el periodismo. Un profesional de los medios de comunicación aprende muy pronto que la selección que se hace de las noticias que van en portada, el tipo de letra y espacio que se dedica a cada una de ellas, o la intoxicación con novedades y «bucles» audiovisuales sobre un mismo tema no son casuales ni inocentes.

La mayoría de periodistas, si se encontraran con alguien que —como aquel nazareno llamado Jesús— les dijera que había venido a dar «testimonio de la verdad», le contestarían, al modo de Pilatos en una de las frases más inquietantes de los Evangelios, con aquella pregunta de tan difícil respuesta que ni el propio Cristo llegó a responder: «¿Qué es la verdad?». Y se irían pensando que su entrevistado era un idealista peligroso.

La autora de este libro ha arrojado desde el primer momento que trataría, siempre que se adentrara en el mundo de las leyendas, con unas «verdades diferentes», pero que no por ello debería dejar de utilizar los métodos habituales de su oficio y recabar información allá donde pueda encontrarse. En este sentido, es bastante novedoso —y hasta refrescante— en el ámbito de las investigaciones sobre mitos y leyendas que, por norma, Arrizabalaga parta siempre de unas coordenadas actuales: «aquí, hoy, hay o se cree que ocurrió esto y se dice de ello lo siguiente...». Y que la autora pregunte a quien sepa de aquello, atendiendo por igual a la posible veracidad de quien relata *in situ* lo que se ha venido contando de tal lugar, personaje o suceso, que a la del experto ducho en esas historias, sea escritor, aficionado y defensor de las tradiciones locales, historiador, filólogo, arqueólogo, o —como en mi caso— antropólogo.

Y no está mal que así sea, pues de esa manera se han venido reinventando y transmitiendo tales relatos durante años y siglos: por voces anónimas que los contaron y volvieron a contar en plazas y palacios; por manos de autores no menos desconocidos que los escribieron y siguieron reescribiendo en castillos o fuertes sitiados por las guerras o en la paz de los conventos; por

quienes —tras recogerlos de unos y otros— difundieron todas estas narraciones en libros que cruzaron mares y fronteras...

Aunque el peso del pasado parezca importante en este volumen, puede decirse que todas las leyendas contenidas en él son, de alguna manera, contemporáneas (y no solo las urbanas «de circulación más o menos reciente» que aparecen en la última parte de este libro). Porque se parte siempre de un ayer aún vivo, retomado desde el presente, que interesa en la medida que guarda cierta «actualidad».

Indagando por diversos lugares y desde variadas fuentes, Mónica Arrizabalaga ha realizado su itinerario tan pegada al terreno que este libro constituye también, sin que quizá se haya pretendido que fuera así, una apetecible invitación a recorrer el mapa legendario de España. Historia imaginada de los españoles, plantea y dice la autora que son estas narraciones. Y, sin duda, en buena parte lo son.

Porque, ¿hay una verdad mayor o más verdadera que la de unas gentes o un país que se han construido a sí mismos contando e inventando su propia historia a lo largo del tiempo? Recíbela con el respeto y afecto, lector, que quien ha recogido, investigado y reescrito para ti estos relatos te los ofrece ahora, enriquecidos por su propia experiencia y no escasa sabiduría. Son suyos y tuyos. Son nuestros.

LUIS DÍAZ VIANA

Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas
(CSIC)

En la Casa de las Tres Chimeneas, junto al río Cega,
7 de octubre de 2017.

LEYENDAS HISTÓRICAS

DE FUNDACIONES Y PÉRDIDAS

HÉRCULES EN ESPAÑA

¿Por qué las famosas columnas de Hércules figuran en el escudo de España? ¿Qué hace un héroe de la mitología griega como él en el escudo de Andalucía? ¿Y en el de la ciudad de Cádiz? ¿Y por qué el hijo de Zeus da nombre a la torre Patrimonio de la Humanidad de La Coruña? La respuesta a tantas preguntas se remonta a los legendarios tiempos en que el tirano Gerión, un gigante de tres cuerpos, gobernaba en ese lugar paradisíaco que era la península ibérica.

Gerión tenía a sus órdenes a un monstruoso perro de siete cabezas, de nombre Ortro, que guardaba día y noche a sus vacas (o bueyes) rojas en la isla de Eritia, cerca de la actual Cádiz. A esa isla «más allá de las aguas inagotables, de raíces de plata, del río Tartessos», el rey de Micenas envió a Hércules en el décimo de sus doce trabajos, a robar el ganado de Gerión. Eritia se encontraba al otro lado de la cordillera que entonces unía África con Europa, en el punto más occidental del Mediterráneo. Para acceder con mayor facilidad, el hijo de Zeus empleó su descomunal fuerza y abrió el estrecho de Gibraltar, que desde entonces comunica el mar con el gran océano. A ambos lados erigió dos formidables columnas: una en la cima del monte Calpe, como se conocía por aquel entonces al Peñón de Gibraltar, y otra en la del Abila (¿el monte Hacho?). Sobre ellas colocó la inscripción *Non plus ultra*, pues allí terminaba la tierra. O eso al menos se creía entonces.

El sol abrasaba al héroe en estos quehaceres hasta tal punto que este, en un impulso, dobló su arco contra él. Admirado por su atrevimiento, el astro rey le dio una copa de oro para que pudiera atravesar el océano y llegar hasta Eritia. Allí el perro Ortro se percató de su presencia y corrió enfurecido para acabar con él, pero Hércules lo mató con su maza. El mismo destino siguió

Euriti3n, su pastor, y tambi3n Geri3n que, alertado de aquellos hechos, haba3a acudido a luchar contra el coloso griego. Anulados sus enemigos, H3rcules embarc3 al ganado de Geri3n en la copa de oro y lo llev3 hasta Tartessos antes de devolver al sol su regalo.

As3 cuenta Estes3coro en la *Geroneida* c3mo se desarroll3 el d3cimo trabajo de H3rcules, aunque existe una antigua leyenda que no da por muerto a Geri3n. Dice que el h3roe griego a3n tuvo que perseguir al tirano desde la costa gaditana hasta la gallega. Viendo Geri3n que llevaba bastante delantera a su adversario, improvis3 un refugio para esconderse en unas altas rocas y se ech3 a descansar. Pag3 cara su imprudencia. H3rcules lleg3 al amanecer y, tras un intenso combate que dur3 tres d3as, acab3 por darle muerte. Para conmemorar su victoria, el semidi3s levant3 una gran torre en su nombre y en su base dej3 enterradas las armas y el cr3neo de Geri3n (en este relato no se cuenta que tuviera tres). En aquel mismo lugar fund3 una ciudad que tom3 el nombre de la primera de sus habitantes, Cru3a (Coru3a).

No fue la 3nica poblaci3n que H3rcules, al parecer, fund3. Sevilla, Segovia, Tarazona, Seo de Urgel o Barcelona son otras ciudades cuyos or3genes m3ticos se achacan al fornido h3roe, al que tambi3n se le atribuye la formaci3n de los Pirineos, al sellar con piedras la tumba de su amada Pirene.

Lo cierto es que el v3nculo de H3rcules con la Pen3nsula es tan antiguo al menos como la *Teogon3a* que escribi3 Hes3odo en el siglo VII o VIII a. de C., si se acepta que su autor se refer3a al extremo m3s occidental del Mediterr3neo cuando hablaba de esa isla Eritia «rodeada de corrientes», donde ubic3 el d3cimo trabajo del legendario h3roe.

A juzgar por los escritos, Tartessos, y posteriormente Iberia, se presentaba a ojos de los griegos como un territorio de gran riqueza y de antiqu3sima cultura. Al ser adem3s el l3mite m3s extremo del mundo que conoc3an, era un escenario privilegiado en su geograf3a m3tica. Aqu3 se ha situado el d3cimo de los trabajos de H3rcules, pero tambi3n el und3cimo, ese en el que deb3a robar las manzanas de oro del jard3n de las Hesp3rides tras matar al drag3n que las custodiaba. El c3lebre jard3n se ha ubicado en Libia, o en el Atlas (Marruecos), pero tambi3n se ha se3alado que pudo estar en Tartessos, al sur de la pen3nsula ib3rica.

Muchos han sido los esfuerzos de los mit3grafos antiguos (y de algunos modernos) por situar en el mapa estos fant3sticos escenarios. Sin embargo, la mayor3a de los expertos creen que la geograf3a m3tica no se puede encuadrar

en unas coordenadas concretas. Solo puede indicarse la tendencia de la tradición antigua de situar el jardín de las Hespérides en el extremo occidental del mundo entonces conocido. Porque allí donde se pone el sol, «al otro lado del ilustre Océano, en el confín del mundo, hacia la noche», según recuerda Hesíodo en su canto, es donde las ninfas hijas de Héspero mantenían sus dominios. Y en ese extremo occidental se encontraba la Península.

De esa necesidad de los griegos de delimitar la esfera del mundo conocido nació el mito de las famosas columnas de Hércules. Para ellos, no había tierra firme más allá. De ahí surgió la expresión *Non plus ultra* y así se consideró durante siglos, hasta que el descubrimiento de América cambió la visión del mundo. Fue el emperador Carlos I quien hizo suyo el lema modificado en *Plus Ultra*, símbolo de que el poder español se extendía allende el océano hasta el continente americano. Lo incorporó a su escudo de armas junto a las columnas de Hércules y ambos elementos han perdurado en el escudo de España hasta nuestros días. Este mito se extendió por América a través de monedas españolas, como el real de a ocho, y aún hoy permanece simplificado en el símbolo del dólar y en escudos como el de San Diego (California), Potosí (Bolivia), Trujillo (Perú) o Veracruz y Tabasco en México.

En Cádiz, antes de que se difundiera el mito de Hércules, existió un santuario con dos altas columnas. Se encontraba en Sancti Petri y estaba dedicado en su origen a Melkart, el dios protector fenicio de origen cananeo, pero desde finales del siglo IV a. de C. sufrió un proceso de fuerte helenización. Sus puertas se decoraron con los trabajos de Hércules y el culto del dios se fue transformando, de manera que en época romana Melkart pasó a identificarse con Hércules. El lugar se convirtió así en el Heracleion gaditano, que albergaba incluso una tumba de Hércules, según *De Chorographia* de Pomponio Mela. ¿La tumba de un dios? Resulta sorprendente, pero la presencia de un sepulcro heroico en un espacio sagrado no repugnaba a la religiosidad griega. Tampoco creaba rechazo esa ambigüedad siempre presente en la figura de Hércules, con su doble naturaleza divina y humana, con su muerte en la pira del monte Eta y su divinización y entrada de pleno derecho en el Olimpo.

Andalucía aún recuerda hoy las leyendas de las que fue escenario en el escudo de la comunidad, que esconde el *Dominator Hercules Fundator* y en

el de la ciudad de Cádiz, así como en estatuas u otros elementos en sus ciudades, como las columnas de la Alameda de Hércules en Sevilla. Porque hasta allí habría llegado el legendario héroe, remontando el Guadalquivir antes de dirigir sus pasos hacia Galicia.

La Torre de Hércules es un faro romano que se erigió en ese *finis terrae* en el siglo I o principios del II d. de C. El lugar escogido para su construcción formaba parte de un espacio consagrado por los celtas a divinidades que después se asimilaron con Hércules.

Además de Sevilla, Cádiz y La Coruña y de Heraclea, un topónimo bastante común en la antigüedad con el que se denominó a la ciudad de Carteia, en la bahía de Algeciras, la historiografía española se preocupó desde sus inicios por destacar la fundación hercúlea de un buen número de ciudades porque, al establecer estos orígenes míticos, se las dotaba de respeto y prestigio, así como de una identidad: la de formar parte de una cultura universalmente respetada como la griega.

Hércules se convirtió en protagonista idóneo de los mitos fundacionales de la historia de España porque era el paradigma de héroe griego y modelo de líder que extendió la civilización hasta los extremos más lejanos del mundo que entonces se conocía. Además existían vínculos claros con la Península, como la ubicación universalmente aceptada de las Columnas de Hércules en el estrecho de Gibraltar y el culto en el santuario a él dedicado en las cercanías de Cádiz.

Tal es la importancia que cobra Hércules en esos mitos fundacionales que en la crónica de Alfonso X el Sabio se señala que fue «el hombre que más hechos señalados hizo en España». ¿Lo creía realmente el monarca? Es muy posible que no, pero utilizó esta tradición mítica en su provecho. La doble tarea de conquista y repoblación que se atribuye a Hércules fue vista por la monarquía castellana en el siglo XIII como un espejo del esfuerzo que ella misma había emprendido. La figura del héroe griego servía además para establecer una genealogía en la transmisión del poder. Según las crónicas alfonsinas, Hércules «puso en cada lugar hombres de su linaje» y sobre todos hizo señor a su sobrino, Espan, por quien la Península pasó a llamarse España. El árbol genealógico de los monarcas españoles no podía contar con raíces más prestigiosas.

LA MESA DEL REY SALOMÓN

En el número 3 del callejón de San Ginés, en Toledo, unas letras doradas indican al caminante que se encuentra ante las Cuevas de Hércules, uno de los lugares más legendarios de la ciudad. Se cuenta que el héroe griego, en algún momento de sus andanzas por la Península, edificó en ese mismo solar un fastuoso palacio. Construido con jaspes y mármoles, brillaba como el sol y cuatro enormes leones de metal sostenían su orgullosa torre, que rozaba las nubes. Hércules lo levantó sobre una antigua cueva de Toledo, excavada a decir de algunos por Túbal, nieto de Noé. En ella escondió tesoros, que aseguró con una gigantesca cerradura y una disuasoria inscripción que venía a decir: «Rey, abrirás estas puertas para tu mal».

Hasta la llegada al trono de Rodrigo, hacia el año 710, cada monarca había seguido la costumbre de colocar un candado más en esa intrigante puerta. El acto se había convertido en un rito más de la coronación y ninguno se había atrevido a girar sus goznes para descubrir los secretos de su interior. Hasta que el último rey goda osó contravenir la norma y se expuso así a su infortunio. En vano intentaron sus consejeros hacerle desistir de su osadía. «Placer con pesar» se le llamaba en Toledo al recinto y don Rodrigo era dado a correr riesgos si así obtenía lo primero. El monarca hizo romper los veintisiete cerrojos de las puertas y entró en un palacio «tan maravilloso que non ha ombre que lo pudiese dezir», dice la crónica del historiador árabe Ahmed al Razi (siglos IX-X), más conocido como el moro Rasis.

En el interior, sobre una pequeña puerta, unas grandes letras señalaban: «Quando Hercoles fizo esta casa andava la era de Adam en quatro mil e seis años». En esta estancia, Rodrigo y sus hombres descubrieron un arca de plata y oro, con piedras preciosas, con una leyenda en la tapa: «Quien esta arca abriere maravillas hallará». Dentro había un lienzo muy fino que el rey desplegó con cuidado, sin saber que la escena allí representada le impactaría profundamente. Guerreros árabes a caballo, vestidos con blancos alquiceles, luchaban contra figuras con sayales que parecían huir, mientras al pie de una fortaleza yacían muchos guerreros cristianos muertos. En el arca había un escrito que decía: «Cuando sea abierta esta casa y se entre en ella, gentes cuya figura y aspecto sean como los que aquí están representados invadirán este país, se apoderarán de él y lo vencerán». Al verlo, Rodrigo enmudeció de

espanto y ordenó a todos que se retiraran y que no le contaran a nadie lo que habían visto en las Cuevas de Hércules. La profecía no tardó en cumplirse. La entrada de los musulimes en la Península ocurrió ese mismo año.

En estas misteriosas Cuevas de Hércules se cree que escondieron los godos su más preciado tesoro: la legendaria Mesa del rey Salomón. Era una fantástica pieza de oro puro incrustada de perlas, rubíes y esmeraldas, con 365 patas como días tiene un año. En ella el hijo del rey David había plasmado todo su conocimiento del universo y la formulación del Shem Shemaforash, el nombre verdadero de Dios que no puede ser pronunciado ni escrito y que abre las puertas de la sabiduría y el poder. ¿Qué podía haber más valioso?

El tercer rey de Israel había ordenado colocar esta mesa de incalculable valor en el templo de Jerusalén, según da cuenta el primer *Libro de los Reyes* (7, 48), pero el templo fue saqueado y destruido por el ejército babilonio de Nabucodonosor II y nuevamente arrasado en el 70 d. de C. por los romanos. El historiador Flavio Josefo, testigo presencial de estos últimos hechos, escribe que de «entre la gran cantidad de despojos» que los romanos se llevaron, «los más notables eran los del templo de Jerusalén: la mesa de oro, que pesaba varios talentos, y el candelabro de oro» conocido como la Menorá, que aparece representado en un relieve del arco triunfal que Roma erigió a Tito en conmemoración de aquella victoria. Los tesoros fueron llevados a Roma, donde permanecieron durante casi cuatro siglos, primero en el templo de Júpiter Capitolino en Roma y posteriormente en los palacios imperiales.

Tras la conquista y saqueo de Roma por parte del rey godo Alarico en el año 410 d. de C., la Mesa de Salomón fue trasladada a Toulouse, en Francia. El historiador Procopio de Cesarea la menciona expresamente entre las riquezas que fueron llevadas a la capital del reino visigodo. Un siglo después, ante el peligroso avance de los francos, los godos habrían trasladado el tesoro a Carcassone, Rávena o Narbona, hasta que finalmente se ocultó en Toledo.

La primera noticia de la existencia de la Mesa de Salomón en la Península la ofrecen las narraciones árabes de la toma de Toledo por el general Tarik, lugarteniente de Musa. «La mesa estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas, rubíes y esmeraldas, de tal suerte que no se había visto otra semejante», escribió el historiador Al Maqqari, que coincidía con el cronista Abd Al Hakam: «Tenía tanto oro y aljófar como jamás se vio nada igual».

Tras hacerse con ella en Toledo, Tarik se habría llevado la Mesa de Salomón a Medinaceli en la primavera del 712. Prueba de ello sería el topónimo de esta localidad soriana, que haría referencia a ese preciado tesoro, bien por Medina Talmeida ('ciudad de la mesa') o Madinat Shelim ('ciudad de Salomón').

Cuando Musa desembarcó en la Península, reclamó a Tarik la valiosa Mesa de Salomón junto al resto del tesoro real godo. Al parecer, tuvo que pedirla con insistencia, porque su lugarteniente se resistió cuanto pudo a entregársela. Aún antes de obedecer las órdenes, Tarik le arrancó una pata y la hizo sustituir por una falsa. Cuando el califa Suleimán llamó a ambos a Damasco, Musa le entregó la mesa presentándose como el caudillo que había conquistado España, pero Tarik mostró la pieza auténtica que faltaba, desautorizando sus palabras.

En este punto se pierde la pista de la mítica Mesa de Salomón. Se dice que fue desmontada por orden del califa en Damasco, o que acabó en Roma, o que fue despiezada y sus gemas adornan la Kaaba de La Meca... Hay quien sostiene, sin embargo, que no llegó a salir de España. El investigador José Ignacio Carmona cree que fue ocultada muy cerca de Toledo ante la llegada del invasor musulmán, como ocurrió con el tesoro de Guarrazar, hallado por casualidad en Guadamur en 1858. Carmona sostiene que, al igual que en esta localidad toledana se escondieron estas coronas votivas de oro y piedras preciosas del tesoro real godo, la Mesa de Salomón pudo haberse ocultado en su complejo gemelo, Santa María de Melque. Ambos lugares están unidos por el antiguo camino secundario romano de la vieja Alpuebriga.

Otra vía de investigación conduce a la provincia de Jaén, donde pudo haberse extraviado en su traslado hacia los puertos andaluces camino de Damasco. Un labriego encontró en 1924 en una finca de Torredonjimeno otro tesoro visigodo del que actualmente se conservan unas pocas piezas repartidas en varios museos.

También en Jaén fue hallada en 1956 una lápida templaria que, según el cabalista Álvaro Rendón, reproduce los símbolos grabados en la Mesa de Salomón. La pieza de mármol se descubrió en una extraña cripta de estilo bizantino que se había hecho construir el barón de Velasco en esta localidad jienense. Este aristócrata fue miembro de una antigua sociedad secreta, la de los «Doce Apóstoles», a la que pertenecieron destacadas personalidades de finales del siglo XIX y principios del XX. Un joven funcionario de Bellas

Artes descubrió por casualidad la existencia de esta sociedad en 1937, durante el inventario de los tesoros artísticos de la catedral de Jaén. Entre los papeles del archivo, dio con unos documentos que hablaban de una asociación secreta cuyo objetivo era la búsqueda de la Mesa del rey Salomón, que se creía oculta en Jaén. Los miembros de esta logia pseudomasónica no buscaban la mítica mesa por su valor material sino por contener el sello salomónico, puerta a la sabiduría y el poder.

¿Dieron con ella? Nadie lo sabe, pero la extraña cripta del barón de Velasco habría sido construida en 1914 para albergar esa extraña lápida de mármol que fue descubierta medio siglo después. Al parecer, fue esculpida con los símbolos de la Mesa de Salomón, como si fuera una especie de libro mudo, con un mensaje de signos que pudiera ser descifrado por quien supiera interpretarlos.

La lápida, que actualmente se encuentra en el patio del ayuntamiento de Arjona, lleva grabado en su anverso unos trazos geométricos entre los que se adivina una estrella de doce puntas, en el centro de dos círculos concéntricos que van disminuyendo en radio hasta un cuadrado central con un círculo en cada esquina. Tres letras en hebreo, una en la parte superior y otras dos en los extremos derecho e izquierdo, en forma de triángulo equilátero, completan esta mandala en la que algunos ven una esquemática representación de la Mesa de Salomón.

Aunque diversos investigadores creen posible que los godos hubieran ocultado la Mesa de Salomón en España, lo cierto es que sorprende que ningún autor cristiano de época visigoda, como Isidoro de Sevilla, mencione la célebre pieza ni su presencia en Toledo. No hay ninguna referencia a ella anterior a los relatos árabes de la toma de Toledo por Tarik. Para Juan Eslava Galán, uno de los historiadores que más ha investigado sobre esta mítica pieza, ese silencio podría tener una explicación. El tesoro sagrado de los godos, en el que la mesa ocuparía un lugar destacado, no se tocaba, ni siquiera se podía ver en aquel tiempo. Se creía que en él residía la fuerza de la tribu y ese carácter sagrado justificaría, a su juicio, que no se haga ninguna mención a ella en las crónicas.

El escritor Jon Juaristi cree, sin embargo, que la Mesa del rey Salomón es un símbolo de España y lo fue siempre desde la invasión árabe, no un objeto material. De ahí el interés de Musa por arrebatársela a Tarik. La península

ibérica se asemeja además a esa mesa que describieron, al ser una gran meseta con los bordes de un verdor esmeralda.

Las historias sobre la Mesa del rey Salomón habrían nacido a partir de una antigua leyenda islámica que data de la época inmediatamente posterior a la conquista de España por los musulmanes. Como antes lo fue para los griegos, el extremo occidental también fue visto por los árabes como un territorio desconocido sobre el que circularon numerosos mitos, algunos de ellos relacionados con la figura del rey Salomón y su legendaria mesa.

No solo esta se ha buscado con denuedo. También las famosas Cuevas de Hércules donde dicen que se ocultó. En el siglo XVI se comenzó a asociar su emplazamiento con los sótanos de la antigua iglesia toledana de San Ginés, hoy desaparecida. Para acallar a quienes sospechaban que bajo ese lugar se encontraban las míticas cuevas, el cardenal Juan Martínez Silíceo ordenó en 1546 una exploración bajo el templo. Cristóbal Lozano, un cronista que vivió un siglo después, en el XVII, cuenta que «a cosa de media legua (que yo digo sería milla pues claro está que el miedo hace las leguas más largas) toparon unas estatuas de bronce puestas sobre una mesa como altar; y que reparando en mirar una de ellas, que sobre su pedestal estaba tan severa y grave, se cayó e hizo un notable ruido, causando a los exploradores grande miedo (...) Aunque ya bien medrosos, passaron adelante hasta dar con un gran golpe de agua, que los acabó de llenar de miedo hasta los ojos» y regresaron.

Sobre estas cuevas corrían terroríficas historias, como la de que allí vivió con un dragón un nigromante griego llamado Ferecio, que enseñó a la gente a celebrar sacrificios en honor a Hércules. No resulta extraño que, tras esta primera exploración, el cardenal Silíceo ordenara tapiar la entrada a este subterráneo infernal.

Transcurrieron tres siglos hasta que, en 1839, una nueva expedición se adentró de nuevo en las cuevas. En este nuevo intento se encontraron algunos vestigios de grandes construcciones antiguas y doce años después se descubrió una sala romana con tres grandiosos arcos de sillería. Aún hubo otras exploraciones posteriores, en 1929, organizadas por el excéntrico sacerdote Ventura F. López, que pretendía probar que en su origen fue un templo asirio-fenicio; y en 1974, por los investigadores José Antonio García Diego y Julio Porres. Estos descubrieron más galerías, pero tampoco se dio con ningún rastro relacionado con Hércules, ni con Rodrigo, ni con la Mesa de Salomón.

En el solar de las Cuevas de Hércules de Toledo, declaradas Bien de Interés Cultural en 2008 y abiertas actualmente al público, hubo un depósito de agua para el abastecimiento de la ciudad en época romana y un templo cristiano en la visigoda. En el mismo lugar se levantó después una mezquita y posteriormente la iglesia dedicada a San Ginés. Esta sucesión de construcciones que levantaron en ese mismo punto los distintos pueblos que habitaron la ciudad y esas historias sobre Hércules y las míticas cuevas parecen apuntar a un lugar tenido por mágico desde antiguo. Un importante enclave en el origen y la historia de Toledo. Todo un tesoro.

RODRIGO Y LA «PÉRDIDA DE ESPAÑA»

En un pequeño torreón junto al río Tajo, Toledo recuerda una de las más antiguas leyendas españolas, la del baño de la Cava que trastornó a don Rodrigo y fue el detonante de la trágica «pérdida de España», cuando todavía ni existía como nación. Allí se cuenta que el último rey goda vio bañarse a la bella hija del conde don Julián (u Olián) y que aún hoy, en lo alto de esta puerta de un antiguo puente de barcas, en noches de luna llena se ve el espectro de la desdichada Florinda.

La Cava («mala mujer»), como llamaron los árabes a la joven, había salido con sus doncellas por los jardines de su residencia y decidió darse un baño, sin percatarse de que don Rodrigo la contemplaba. Su desnuda belleza «abrasóle» al monarca quien desde entonces, obsesionado con la muchacha, la persiguió sin descanso hasta que acabó por forzarla. «Florinda perdió su flor, el rey padeció castigo», dice el *Romancero*, que achaca a este ultraje el fin del reino visigodo: «De la pérdida de España / fue aquí funesto principio».

Don Julián, gobernador de Tánger y Ceuta, había enviado a su hija a la corte de Toledo para que fuera educada, aunque tal vez fue requerida por don Rodrigo que, enterado de la belleza de la muchacha, quiso consumir con más libertad sus deseos, alejando a su padre a territorio fronterizo. Depende del narrador de la leyenda, pero todos coinciden en que la joven se convirtió en una obsesión para el monarca. En vano trató de que Florinda le correspondiera y, ante sus continuas negativas, acabó por forzarla. «Ella dice que hubo fuerza; él, que gusto compartido», señala el *Romancero* sin aclarar

si hubo o no violación, algo que sí se permitió decir Miguel de Luna en *La verdadera historia del rey don Rodrigo* (1589). Otras versiones afirman que don Rodrigo logró «yacer con ella» bajo promesa de matrimonio, pero no cumplió lo dicho.

El agravio llegó a los oídos de don Julián quien, ciego de ira, urdió su venganza contra aquel rey que había mancillado su estirpe. El gobernador de Ceuta prestó oídos a los enemigos visigodos de don Rodrigo y facilitó la entrada en la Península de los árabes que, en el verano del año 711 vencieron a las tropas del rey godo en la batalla del río Guadalete.

De don Rodrigo se ignora la suerte tras la contienda. Se especula con que murió en la batalla —hay quien dice que a manos de Tarik— o con que se ahogó en el Guadalete. Según la compilación *Ajbar Machmuâ* (siglo XI), los árabes encontraron solo su caballo blanco con su silla de oro, pero no al monarca, lo que dio pie a más leyendas. La más conocida es que huyó a la actual Portugal, donde se convirtió en ermitaño, y que sus restos yacen en Viseu. Allí fue hallada una lápida que nombra a «Rudericus ultimus rex gothorum», según la *Primera Crónica General* de Alfonso X. Dicen que el rey godo acabó sus días en un sepulcro, con una culebra que le torturaba haciéndole exclamar esas palabras que pasaron al acervo popular: «Ya me come, ya me come, por do más pecado había». Otros creen que se refugió con un puñado de soldados de su ejército en Las Batuecas y que los habitantes de este valle, situado entre la provincia de Salamanca y la de Cáceres, descienden de estos últimos godos... o de los musulmanes que intentaron darles caza por estos recónditos parajes, extraviándose en ellos.

¿Y el cuestionado don Julián? La mayoría de los relatos legendarios que hablan del conde lo citan muerto a manos de los invasores, que desconfiaban de un traidor. Jerónimo de Blancas refiere en sus *Comentarios de las cosas de Aragón* (1588) que acabó preso en el castillo de Loarre y que en el siglo XVI «sus habitantes todavía enseñaban el sepulcro del mencionado conde». Al considerado como el mayor traidor de la historia de España, se dice que lo enterraron a la entrada de la iglesia, para que todos pisotearan sus restos por haber abierto las puertas de la península a los musulmanes.

De su hija Florinda se cuenta que murió «loca de dolor y de vergüenza» en el torreón de Toledo, o ahogada junto a él en el Tajo, en el mismo paraje donde don Rodrigo la viera desnuda aquel aciago día. En Pedroche (Córdoba) se dice, sin embargo, que la hermosa Cava se refugió en su castillo. Allí lloró

la pérdida del hijo que concibió de don Rodrigo y que murió degollado por los invasores. Encaramada sobre el brocal del pozo que hoy lleva su nombre, maldijo su propio destino, arrojándose desesperada a sus aguas. También aquí hay quien asegura haber visto su fantasma.

A 229 kilómetros de este pueblo cordobés, en Torrejón el Rubio (Cáceres), una calle lleva el nombre de La Cava y existe un paraje llamado Huerto de la Cava, donde también se habría refugiado Florinda tras ser deshonrada, en un torreón propiedad del conde don Julián. Dicen que su hijo aún hace desaparecer a los muchachos que pasan allí de noche porque busca reunir un ejército con el que reconquistar el reino de sus mayores.

La variedad de lugares de España que conservan el recuerdo de esta leyenda da idea de la enorme popularidad que alcanzó. Desde el siglo IX circuló un relato, primero en textos árabes y luego cristianos, que recogía como desencadenante de la invasión musulmana esta violación de la hija del conde don Julián. Los primeros manuscritos árabes ya contaban con algunos elementos fabulosos, pero conforme la historia se fue transmitiendo se le fueron incorporando cada vez más detalles. Tampoco faltaron destacadas «invenciones», como calificaba Julio Caro Baroja a la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral (1430), o a la posterior escrita por el morisco granadino Miguel de Luna.

Las narraciones acerca de don Rodrigo y «la pérdida de España» gozaron de tanta popularidad que Lope de Vega no pudo sustraerse a la tentación de escribir una comedia —titulada *El postrer godo de España*— sobre el mal llamado último rey godo (no debió de ser el último, puesto que hay acuñaciones de moneda posteriores de Aquila y se habla de otro rey llamado Ardo que indican la pervivencia de los visigodos en el norte). Se cuenta también que un día el poeta José Zorrilla apostó con unos amigos que en apenas veinticuatro horas podía escribir una obra sobre un hecho de la historia de España. Introdujo una tarjeta en un tomo de la *Historia de España* de Juan de Mariana, precisamente en la página donde se narra la penitencia de don Rodrigo. Así creó su famosa obra *El puñal del godo*.

Prácticamente todos los historiadores discrepan o desconfían de esta historia, y muchos incluso de la misma existencia de don Julián y su hija. Ceuta estuvo en manos bizantinas en el año 687 y no hay razón alguna para pensar que no permaneció así hasta que una expedición enviada por Musa hacia el año 706 tomó la ciudad. Solo en relatos árabes posteriores se cita

como gobernador de Ceuta a un conde visigodo llamado «Ilyan» o Julián, al servicio del rey Rodrigo. Además, si los árabes necesitaban los barcos de don Julián para realizar la travesía hasta la Península, ¿cómo es que habían podido hacer tantas incursiones en prácticamente todas las islas del Mediterráneo occidental a lo largo de aquella década? ¿Cómo se habían adueñado de Tánger? La hipótesis más lógica es que tanto Ceuta como Tánger permanecieron en manos bizantinas hasta que los árabes conquistaron la región y, desde allí, Tarik preparó las primeras expediciones para cruzar el estrecho y entrar en el reino visigodo aprovechando que este atravesaba una grave crisis política.

Rodrigo había llegado al poder en el año 711 tras invadir «tumultuosamente el reino» con el respaldo de miembros destacados de la aristocracia. Esto indica que su antecesor, Witiza, fue derrocado violentamente y que los godos ya se encontraban inmersos en disensiones internas en el momento en que árabes y bereberes atacaron por el sur. La *Crónica mozárabe*, escrita en el año 754, señala que en el momento de la invasión el país vivía una situación de guerra civil entre los partidarios de Rodrigo y los seguidores de Witiza. Estos habrían pedido ayuda a las tropas árabes que en esos momentos controlaban el norte de África. La intención de los seguidores de Witiza no era entregar el reino a los invasores, sino lograr un cambio en el trono, pero los árabes se apresuraron a aprovechar la oportunidad inesperada de convertir su incursión en una conquista.

Más que una venganza de un supuesto don Julián por el agravio de don Rodrigo a su hija, el colapso final del reino visigodo fue esencialmente un problema político y probablemente fueron los partidarios de Witiza quienes inventaron los personajes del gobernador de Ceuta y La Cava para que la historia y sus propios contemporáneos no les juzgaran con excesiva dureza.

JAUN ZURIA

La Casa de Juntas de Guernica reúne algunos de símbolos más destacados del País Vasco. En su jardín se erige el mítico árbol y en su interior aún se conserva el altar y las pilas de agua bendita de la antigua ermita de Santa María la Antigua, donde tenían lugar los actos de juramento de los fueros. En

la sala de juntas, entre los retratos de los señores de Vizcaya pintados en el siglo XVII, hay uno que llama particularmente la atención. Lleva un gran escudo blanco con un árbol y dos lobos y una peculiar leyenda a sus pies. Es Jaun Zuria, el mítico primer señor de Vizcaya.

Su historia se remonta a una lejana época en la que, según la leyenda, los vizcaínos se veían obligados a pagar un tributo anual al conde asturiano don Munio. Un día arribó a sus costas un hermano desterrado del rey de Inglaterra que, al conocer la situación, se ofreció a defender a los vizcaínos si estos lo tomaban como su señor. Nada anhelaban más los vizcaínos que liberarse del yugo asturiano, así que aceptaron y se prepararon para el combate, que no tardó en llegar.

La cruenta batalla tuvo lugar cerca de Busturia y los vizcaínos, con el noble inglés al mando, lograron vencer a las huestes de don Munio. El propio conde cayó muerto con muchos de los suyos. Por la sangre allí derramada llamaron al lugar Arrigorriaga, que traducido del euskera viene a significar ‘piedras rojas’. Froom, que así se llamaba el desterrado caballero, se convirtió gracias a esta contundente victoria en Jaun Zuria, el ‘señor blanco’ en castellano. Así lo contó por primera vez Pedro Alfonso, conde de Barcelos, en el *Livro das Linhagens* que escribió entre 1325 y 1344.

Un siglo después, el vizcaíno Lope García de Salazar recogió la leyenda del primer señor de Vizcaya con más detalles y notables diferencias. En su versión, fue una hija legítima del rey de Escocia la que arribó a Mundaca en barco junto a una multitud de hombres y mujeres. La joven doncella quedó embarazada y nunca confesó de quién, por lo que fue desterrada por su padre y no regresó a Escocia junto al resto. Un diablo que en Vizcaya dicen Culebro había dormido con ella y fruto de aquella unión nació un niño al que llamaron Jaun Zuria.

Por aquel entonces, el narrador cuenta que «el rey de León guerreaba mucho contra Viscaya porque era de Castilla» (sic). Una de esas incursiones leonesas llegó hasta Baquio, causando gran daño. En respuesta, las cinco merindades se juntaron en Guernica y decidieron presentar batalla. Enviaron a un mensajero con su desafío, tal como era costumbre, pero recibieron un jarro de agua fría. El príncipe asturleonés Ordoño no estaba dispuesto a luchar contra ninguno que no fuese rey o de familia real. Los vizcaínos pensaron entonces en el joven Jaun Zuria, nieto del rey de Escocia. Este

recibió la noticia en Altamira, donde se encontraba con su madre. Tenía 23 años. Hombre esforzado y valiente, se mostró bien presto para ello.

En un paraje próximo a Bilbao que el cronista llama Padura, los vizcaínos asestaron a los asturleoneses un golpe que nunca olvidarían. El infante Ordoño, hijo del rey de León, falleció en la batalla, aunque también el señor de Durango, don Sancho Astéguiz, que había acudido en ayuda de los vizcaínos. No contentos con la victoria, estos persiguieron a los perdedores hasta el árbol «gafo» de Luyando, estableciendo en él la frontera de su territorio. Cuando todo hubo acabado, se reunieron en Guernica y proclamaron a Jaun Zuria como señor de Vizcaya. Con él firmaron un pacto, origen de los fueros. Desde entonces los dos lobos con los que Jaun Zuria se topó al salir hacia la batalla quedaron plasmados junto al árbol «gafo» en el escudo de la Casa de Haro, señores de Vizcaya.

Hay varios lugares en el País Vasco que evocan esta antigua leyenda que, con el tiempo, se fue ampliando y modificando. En Busturia, en un lugar llamado Torrezarretas, se dice que vivió y murió Jaun Zuria. También se le ha situado en la torre Montalbán de Mendata y en Luyando una cruz de piedra señala «el sitio donde estaba el memorable árbol malato del que hablan las historias y la ley quinta del título primero del Fuero del muy noble y leal señorío de Vizcaya», según reza la inscripción de su base, datada en 1730. Esa ley que cita el monumento recoge el compromiso de los vizcaínos de defender su territorio hasta ese árbol malato, y a partir de allí, a condición de cobrar un sueldo.

De todos estos enclaves del centro de la Vizcaya histórica, el más legendario es el escenario de la mítica batalla, Arrigorriaga. Su topónimo haría referencia a la sangre derramada en el combate, que tiñó de rojo las piedras («piedras rojas»), aunque hay quien señala que «pedregal pelado», otra posible traducción, se ajusta más a la realidad del lugar. ¿Fue aquel el escenario de la antigua batalla de la que habla la leyenda? El historiador vizcaíno Andrés de Mañaricúa no encontraba fundamentos serios, pero no descartaba que la leyenda hubiera nacido del recuerdo de las luchas de los reyes asturleoneses con los vascos.

Sea como fuere, hasta Arrigorriaga animaba el escritor Antonio de Trueba (1819-1889) a acercarse a los vascos: «Allí, junto a la pila de agua bendita, veréis un sepulcro de piedra (...) allí yace un príncipe llamado Ordoño, que intentó robar sus libertades al pueblo vascongado y fue muerto por Jaun

Zuria, primer señor de Vizcaya». Miguel de Unamuno siguió su consejo y visitó Arrigorriaga con unos amigos en cuanto tuvo ocasión, para ver «la sepultura de aquel príncipe leonés Ordoño a quien derrotaron allí mismo los vizcaínos». El escritor vasco relataría después que un aldeano, al verles contemplar aquel viejo sepulcro, les dijo: «Qué, ¿miráis eso? Ay está enterrao un rey moro que murió en la francesada» (sic). Algo le sonaba con razón a aquel hombre, porque las tropas napoleónicas profanaron esta sepultura de Arrigorriaga en busca de tesoros. Allí encontraron una espada hoy desaparecida y los restos de un caballero de la Orden de Santiago, don Ordoño de Aguirre, natural de Arrigorriaga.

Aunque no existe prueba documental alguna sobre la existencia de Jaun Zuria, las raíces del mítico primer señor de Vizcaya son mucho más antiguas que las de Aitor, el legendario patriarca vasco que, al parecer, nació en el siglo XIX de un error del francés Augustin Chaho al traducir *aitoren semeak* ('hijos de buenos padres') como «hijos de Aitor». La primera referencia a Jaun Zuria aparece en el libro de linajes escrito por el conde de Barcelos en el siglo XIV, cuyo original se guarda en la Torre del Tombo, en Lisboa (en la Biblioteca Nacional se conserva un ejemplar de 1601). Hijo bastardo del rey don Dionís de Portugal, Pedro Alfonso había sido desterrado por su padre y recibió asilo en la corte castellana, donde trató personalmente con los entonces señores de Vizcaya, María de Haro y Juan Núñez de Lara. De ahí que el autor se muestre favorable a los intereses de los señores de Vizcaya, dando a Jaun Zuria un origen que los emparenta con los reyes de Inglaterra. Los genealogistas medievales utilizaban con frecuencia el recurso de entroncar con una monarquía mítica de Roma y, según una leyenda forjada por Geoffrey de Montmouth en el siglo XII, Britania había sido fundada por Bruto, bisnieto de Eneas (uno de los héroes de la guerra de Troya).

Si García de Salazar atribuyó a Jaun Zuria un origen escocés en su *Crónica de siete casas de Vizcaya y Castilla* (1454), y posteriormente en *Las bienaventuranzas e fortunas* (1471-1474), quizá fue influido por la moda de las novelas de caballerías, de las que era un apasionado lector. En ellas, algunos héroes proceden del linaje de los reyes de Escocia.

Además de esas genealogías ficticias, Jon Juaristi ve entremezcladas en esta leyenda tradiciones folclóricas y temas muy difundidos en las literaturas medievales europeas. El conde Barcelos, por ejemplo, casa después al bisnieto del mítico señor de Vizcaya con una dama «que tenía un pie

hendido, como de cabra» y que desaparece cuando este viola la prohibición de santiguarse que ella le había impuesto. Esta narración recuerda a una leyenda francesa, la de Melusina de Lusignan.

En el caso de García de Salazar, el nacimiento mágico de Jaun Zuria viene a ser un trasunto del que Geoffrey de Montmouth imaginó para el mago Merlín en la *Historia de los reyes de Britania*, hijo de un íncubo y de una princesa también céltica, aunque galesa.

A estos primeros relatos sobre Jaun Zuria le siguieron muchos otros que recrearon y aderezaron la leyenda, sobre todo en el siglo XIX, con el auge del tradicionalismo. El escritor Vicente Arana fue uno de los autores que rememoró las hazañas del Señor Blanco. También su primo Sabino, famoso padre del nacionalismo vasco, escribió sobre la batalla de Arrigorriaga en *Bizcaya por su independencia. Cuatro glorias patrias*.

Antonio Trueba, que se ocupó del tema en *Jaun Zuría y Los de Haro*, escribe en esta última como «generalmente, los fabuladores de linajes de reinos, de provincias o de pueblos, se copian unos a otros, permitiéndose solo añadir de su cosecha tal o cual accidente de orden secundario, que no afecta al fondo de la patraña; pero los que toman por asunto de esta el origen de los señores de Vizcaya no andan con tales escrúpulos; dan el grito de completa independencia y se echan a fantasear por cuenta propia con franqueza, por no decir con descaro, que asombra al más curado de espantos patrañeros. Todos vienen a parar a determinado punto; pero antes de llegar a él, unos se andan por Escocia, otros por Irlanda, otros por Bretaña, otros por Troya y no falta quien se va por regiones que aún hoy se desconocen en la nomenclatura geográfica».

Una investigación publicada por la Universidad de Oxford sobre reyes escandinavos en las islas británicas entre los años 850 y 880 llevó al historiador Jon Bilbao a pensar que pudo haber existido una base vikinga en la ría de Mundaca. El estudio señalaba que en la segunda mitad del siglo IX —fechas en las que se sitúa la leyenda de Jaun Zuria— gobernaron en Irlanda los reyes vikingos Ivarr el Culebro y Olaf el Blanco. Culebro, como el padre del Señor Blanco (Jaun Zuria) en la versión de García de Salazar. ¿No eran estas demasiadas las coincidencias? ¿Podría contar la leyenda con un fondo real?

Aunque no se ha encontrado ninguna evidencia arqueológica de una antigua base vikinga, la hipótesis de que el primer señor de Vizcaya fuera

Olaf el Blanco tampoco ha sido totalmente descartada. El prestigioso historiador Martín Almagro Gorbea opina, sin embargo, que supone interpretar en clave histórica narraciones míticas de claro origen celta. Este académico de la Real Academia de la Historia lamenta que no se haya valorado la tradición mítica y literaria de várdulos, caristios y autrigones, verdaderos habitantes del actual País Vasco en la antigüedad.

A su juicio, existe un fondo celta en personajes legendarios vascos, como la diosa Mari, y sobre todo en Jaun Zuria, ese héroe fundador, guerrero salvador y aglutinador del territorio y sus gentes, que protagoniza gestas prodigiosas, características del imaginario celta. El tributo que debían ofrecer los asturleonese de un buey, una vaca y un caballo blanco, animales simbólicos en el mundo celta, o la localización de la leyenda en Busturia, Altamira y Guernica, en continuidad de los castros celtas alineados que controlaban el curso del río, son otros de los elementos que refuerzan su teoría, como también el augurio de los lobos que se conserva en el escudo de Vizcaya.

Estos relatos mítico-históricos vascos serían similares a otras narraciones que surgieron en esa misma época en los territorios hispanos liberados de la invasión islámica, que encontraron en el imaginario celta los esquemas ideológicos con que sustentar el poder político en los inicios de la Reconquista. La leyenda de Jaun Zuria, como la de la reina Lupa y Santiago, el origen de los Mariños en Galicia, del rey Favila y el oso en Asturias, de los primeros jueces de Castilla o el origen de los reyes Abarca en Navarra, proceden —en opinión de Almagro— de epopeyas míticas en verso, hoy perdidas, de época altomedieval y anterior. En el imaginario popular vasco subyacería un profundo fondo mitológico celta.

DON PELAYO Y LA CRUZ DE LA VICTORIA

En la Cámara Santa de la catedral de San Salvador de Oviedo se guardan las más preciadas reliquias que, según la tradición, los cristianos llevaron hasta Asturias para evitar que cayeran en manos de los árabes tras la derrota visigoda en Guadalete. Allí se conservan la Cruz de los Ángeles que, se dice, fabricaron los mismísimos ángeles, y la famosa Cruz de la Victoria, emblema

del Principado. Una réplica de esta también cuelga sobre el puente de Cangas de Onís y otra se erige majestuosa sobre la estatua de don Pelayo en la explanada de la Basílica de Santa María la Real, en Covadonga. En este enclave de los Picos de Europa, a 257 metros sobre el nivel del mar, tuvo lugar la legendaria batalla que marcó el inicio de la Reconquista hacia el año 722.

Pelayo, un noble godo espartario del rey don Rodrigo, se había refugiado en las montañas asturianas tras la invasión árabe y se había convertido en el caudillo de la resistencia. Cuentan las crónicas —exageradas sin duda— que un ejército de 187.000 musulmanes se internó en el angosto valle que lleva a Covadonga para sofocar la rebelión de los poco más de trescientos combatientes liderados por Pelayo. En Cangas de Onís, una cruz se le apareció a Pelayo en el cielo, llenando de espanto a los musulmanes. Unos dicen que cayó sobre las manos del caudillo godo, otros que, al verla, este la replicó con dos palos de roble y la enarboló en la batalla, y aún hay quien cuenta que se la dio un ermitaño que le dijo: «He aquí la señal de la victoria». Pero todos coinciden en que Pelayo tomó aquella cruz por enseña en la célebre batalla que se saldó con la muerte de 124.000 musulmanes ante la cueva de Covadonga. Los 63.000 restantes huyeron montaña arriba y acabaron sepultados por un alud, según los relatos cristianos.

El alma de madera de aquella cruz que llevó a los cristianos a la victoria — como la cruz que vio el emperador Constantino sobre el puente Milvio— fue posteriormente enriquecida y conservada en la Cámara Santa de Oviedo, según la tradición. Ambrosio de Morales se la describió a Felipe II como la «cruz de roble que el rey don Pelayo traía por bandera en las batallas». El cronista del siglo XVI no acababa de creerse, sin embargo, que esa misma cruz fuera la de la aparición milagrosa. «Lo más cierto», escribió Ambrosio de Morales, «es que don Pelayo la hubiera ordenado hacer antes de la batalla de Covadonga».

La inscripción latina que la recorre indica que esta pieza revestida de orfebrería fue ofrecida a la catedral de Oviedo por los reyes Alfonso III el Magno y Jimena en el año 908 y que fue realizada en el castillo de Gauzón, una fortaleza de los monarcas asturianos situada en el concejo de Castrillón, hoy prácticamente desaparecida. «Este signo protege al piadoso. Este signo vence al enemigo», reza la leyenda en letras de oro inscritas en su reverso,

pero nada dice sobre Pelayo ni Covadonga. Solo la tradición atestiguaba que la Cruz de la Victoria era la misma que portó don Pelayo.

La datación de la madera de la cruz, realizada por el arqueólogo César García de Castro a partir de la prueba del carbono 14, demostró que procede de un árbol que fue talado durante el reinado de Alfonso III y no en la época del primer rey de Asturias. Si la cruz fue confeccionada dos siglos después de Covadonga, ¿cuándo comenzó a circular la creencia de que esta cruz acompañó a don Pelayo y por qué?

En un primer momento se pensó que la leyenda había surgido en el siglo XVI, puesto que de entonces son las referencias más antiguas, como la de Ambrosio de Morales. Sin embargo, la historiadora Raquel Alonso Álvarez encontró en la Biblioteca Nacional de Madrid un indicio que la remonta mucho más atrás. En el manuscrito 2805 —copia de una de las crónicas compiladas en el siglo XII por el obispo Pelayo de Oviedo en el *Corpus pelagianum*—, localizó una particular ilustración en la inicial de la primera palabra del capítulo correspondiente al *Ordo gotorum obetensium regium*, la parte donde se desarrolla la historia de los primeros reyes asturianos. Esa capitular que encabeza el párrafo «Primum in Asturias Pelagius regnauit...» representa al rey Pelayo en la batalla de Covadonga con una cruz en la mano izquierda a la que señala con el índice de la derecha. La Cruz de la Victoria. No cabe duda. Alguien la había colocado en manos de don Pelayo ya en la Edad Media.

Ese alguien fue otro Pelayo, obispo de Oviedo en el siglo XII. El prelado necesitaba aumentar el prestigio de su diócesis, que conforme avanzaba la Reconquista se encontraba cada vez más alejada de los centros de poder. Con el traslado de las fronteras cristianas hacia el sur, se habían recuperado de manos musulmanas antiguas sedes episcopales importantes, como la de Braga o Toledo, que reclamaron su supremacía intentando absorber a otras, como la de León u Oviedo. Ante esta amenaza, el obispo Pelayo puso todo su talento literario al servicio de la institución que regía y dotó de un nuevo significado a las joyas que conservaba en su iglesia. Así fue como la preciosa cruz que se usaba en las procesiones se convirtió en icono de la Reconquista y la cristiandad. El obispo no solo recontextualizó la Cruz de la Victoria: también la Cruz de los Ángeles (donada por Alfonso II en el año 808) formó parte de esta operación con la que creó la memoria de su diócesis y, con ella, la de Asturias.

El de este prelado asturiano no fue un caso aislado. En aquella época, entre los siglos XI y XII, muchas instituciones eclesiásticas de Europa echaron mano de las crónicas, diplomas, objetos o edificios antiguos que se habían conservado y que, desde entonces, pasaron a hacer gala de orígenes prestigiosos. Una vez superadas las grandes crisis que había atravesado la Europa cristiana tras la descomposición del Imperio carolingio, se abrió un periodo de expansión cultural, y las instituciones quisieron poner en valor los antiguos tesoros que conservaban. Lo hicieron, dándoles un nuevo sentido que los actualizaba. Así fue como se inventaron hermosas historias sobre un gran número de objetos. Historias que, por otro lado, como bien subraya Raquel Alonso, han ayudado a preservarlos con el paso del tiempo. En este contexto nació la leyenda de la Cruz de la Victoria que convirtió una cruz de la catedral de Oviedo en símbolo de la lucha contra el islam y en emblema de Asturias.

DE HÉROES Y HAZAÑAS

BERNARDO DEL CARPIO

En la Real Armería de Madrid se guarda una espada de «puño cubierto con hilo de plata» y una hoja con la inscripción «Bernardo del Carpio». No está expuesta al público en las salas del Palacio Real, o al menos no así identificada, pero pasó a formar parte de la colección de Carlos I en 1517, después de que el emperador visitara con su hermana Leonor el monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campoo. En el cenobio palentino el rey quiso que le enseñaran el sepulcro del famoso caballero con la lápida que decía: «Aquí yace sepultado el noble y esforzado cavallero Bernardo del Carpio, defensor de España, hijo de don Sancho Díaz conde de Saldaña í de la infanta doña Xímena, hija del rey don Alonso el II llamado el Casto. Murió por los años de 850». «Religiosos viejos y antiguos» a los que el cronista fray Antonio Sánchez dio crédito contaron que el monarca quiso llevarse consigo la espada del valiente caballero, que pasó a formar parte de su colección.

Cuando el rey visitó el lugar, junto a la tumba de Bernardo del Carpio se hallaba la del caballero burgalés Fernán Gallo y sobre el sepulcro había una inscripción en latín que decía: «Pues en la vida, Bernardo, seguimos buenas venturas, juntemos las sepulturas». Aún fuera de la cueva, en el suelo de una pequeña ermita, reposaban los restos de un caballero francés llamado don Bueso, al que Bernardo del Carpio habría derrotado.

Según el *Chronicon Mundi*, de Lucas de Tuy (la primera versión de la leyenda), Bernardo del Carpio era hijo del conde Sancho Díaz de Saldaña y de Jimena, hermana de Alfonso II el Casto, fruto de unas relaciones que en las que no aclara si hubo o no boda secreta, como otros posteriormente señalan. Al enterarse el rey Alfonso de su nacimiento en el año 794 en el castillo de Saldaña (Palencia), quiso vengar la deshonra familiar metiendo a

su hermana en un convento y encerrando al conde en una torre en Luna, aunque dejó que su sobrino se criara en la corte. Todo fue como la seda hasta que Bernardo se enteró de quién era y qué suerte habían corrido sus padres y quiso interceder por ellos ante el monarca. «Mientras yo viva, el conde no ha de salir ni un solo día de su prisión», logró como respuesta del enojado rey.

Desde entonces quiso Bernardo intervenir en todas las batallas para que don Alfonso le concediera en gracia la libertad de su padre y, aunque muchos fueron sus triunfos, en vano suplicó clemencia. Una vez, ante el acoso de los moros en Mérida, llegó a obtener la promesa del monarca, pero pasado el peligro este incumplió lo dicho. Bernardo acabó desterrado y se refugió en Carpio (Salamanca), desde donde se dedicó al saqueo de las tierras del rey.

Como Alfonso el Casto no tenía sucesor, había ofrecido su reino a Carlomagno tras su muerte a cambio de la ayuda francesa contra los musulmanes. Cuando esta decisión del rey se supo no fue bien recibida por los leoneses, y menos aún por Bernardo, su sobrino, que se quejó al monarca:

Ni mi padre es traidor
ni mala mujer tu hermana,
porque cuando yo nací
ya mi madre era casada.
Metiste a mi padre en hierros
y a mi madre en orden sacra,
y porque no herede yo,
quieres dar tu reino a Francia.

Para proferir a continuación estas palabras de amenaza que recoge el romancero:

Morirán los españoles
antes de ver tal jornada.
Mi padre pido que sueltes,
pues me diste la palabra,
si no, en campo, como quiera,
te será bien demandada.

Atemorizado, Alfonso II intentó sofocar la ira de Bernardo accediendo a poner en libertad a su padre, a cambio de que este le entregara el castillo del Carpio. El caballero se avino de buen grado, sin saber que la orden de liberación llegaba demasiado tarde. Hacía tres días que el conde de Saldaña había fallecido en su encierro. Cuando el rey se enteró, ordenó que metieran el cadáver en baños para que se ablandaran las carnes, que lo vistieran con ricas vestiduras y que lo colocaran en una silla de marfil. Una vez preparada la escena, hizo llamar a Bernardo, que se arrodilló para besar la mano de su padre, fría como un témpano. Al darse cuenta de que estaba muerto, al caballero se le rompió el alma y lloró amargamente, pero una vez se hubo sobrepuesto, hizo traer a su madre del monasterio para que diera la mano al conde muerto. Así quedó confirmado en público su matrimonio. Nadie volvería a llamarle bastardo.

Tras esta terrible escena, Bernardo del Carpio redobló sus esfuerzos en impedir que Carlomagno se hiciera con el reino. El emperador francés había enviado ya a su poderoso ejército al asalto de Zaragoza, donde gobernaba el árabe Marsilio. Bernardo no podía perder tiempo. Enterró a su padre en Saldaña y con los asturleonese que logró reunir, no dudó en unirse a las tropas musulmanas de Marsilio para frenar a los franceses en Roncesvalles.

En este enclave fronterizo del Pirineo navarro perecieron los mejores caballeros de Carlomagno, los Doce Pares de Francia. Roldán, el mejor de todos ellos, fue el último en morir. Se decía que era invulnerable y que jamás había derramado una gota de sangre, pero Bernardo lo estrechó entre sus brazos, levantándole del suelo hasta asfixiarlo. En recuerdo de aquella victoria, Bernardo del Carpio se llevó consigo la espada de Roldán, la famosa Durandarte.

Esta es una manera de contar su leyenda, pero hay múltiples variantes que ya presentaban problemas de cronología y coherencia a los cronistas medievales. Los relatos de las andanzas de Bernardo del Carpio resultan confusos en el orden de los hechos, pues algunos sitúan la batalla de Roncesvalles antes y no después de que el héroe descubriera su origen, otros establecen parte de la acción ya en el reinado de Alfonso III y los hay que sitúan al héroe español unos años en la corte francesa. De su vida privada, cuentan que se casó con Galinda, hija del conde de Alardos, y fue padre de Galín Galíndez, que también llegó a ser caballero de renombre.

La Asociación Cultural Bernardo del Carpio recuerda cada año a este

célebre personaje en unas jornadas en Carpio Bernardo. Sobre el cercano cerro de esta localidad salmantina existe un castillo en ruinas que, según la crónica de Alfonso X el Sabio, levantó el propio Bernardo y «púsole nombre Carpio, et allí adelante llamaron a él Bernardo del Carpio...».

Durante largo tiempo se creyó que había sido uno de los más ilustres caballeros que ha tenido España. Miguel de Cervantes así lo deja ver en el Quijote: «En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande» (I, 49).

Hoy, sin embargo, pocos creen en su existencia. El mayor defensor de su historicidad es Vicente José González García. Según este historiador asturiano, no hubo una batalla de Roncesvalles, sino dos. La del año 778, en que las tropas carolingias lucharon contra los vascones y recogen los *Annales regni francorum* y la *Vita Caroli Magni*, que habría tenido como escenario el valle navarro de Valcarlos; y otra posterior, en el año 808, que habría sido la batalla de Roncesvalles propiamente dicha, en la que habría luchado Bernardo del Carpio.

Los estudios de González García han hecho pensar a algunos que el personaje pudo existir realmente, pero la opinión más extendida entre los historiadores es que la figura de Bernardo del Carpio no resiste un análisis sólido. Es un héroe español confeccionado a medida, espejo del Roldán francés. Quienes lo forjaron conocían bien el pasado, puesto que emplearon datos históricos que revisten de veracidad la historia de este héroe. Como buenos novelistas, dotaron a Bernardo del Carpio de un elevado origen en el que se mezclan amor y tragedia, así como de una exquisita educación, de unos sólidos motivos para enfrentarse a su rey y protector, y de un valor y una destreza en la batalla sin igual que le permitirá cobrarse su venganza. No lo hicieron por casualidad hijo del conde de Saldaña. Esta familia nobiliaria jugó un papel relevante en el reino de León de finales del siglo X y Diego Muñoz de Saldaña estuvo encarcelado por orden del rey en la fortaleza de Gordón, cercana a Barrios de Luna, donde situaron la muerte del padre de Bernardo.

Las leyendas en torno a Bernardo del Carpio parecen haber surgido como réplica española a las francesas importadas del ciclo carolingio y al llamado «pseudo Turpin», una crónica inserta en el *Códex Calixtino*, escrita seguramente por franceses, en la que parece que fueron Carlomagno y su

ejército quienes liberaron de musulmanes las tierras por donde pasa el Camino de Santiago. La epopeya del héroe del Carpio se habría forjado desde un sentimiento patriótico castellanoleonés, como reacción frente a estos relatos franceses.

¿Cómo se explica entonces que en Aguilar de Campoo exista un sepulcro de Bernardo del Carpio? Para quienes sostienen que fue un héroe real, esta es la prueba más importante de su existencia. La visita de Carlos I a la cueva y el hecho de que los terrenos donde se encuentra hubieran pertenecido al marqués del Carpio, don Luis Fernández Manrique, prueban, a su juicio, que existía una firme creencia de que allí estaba enterrado este protagonista del romancero.

El famoso sepulcro, que aún se podía ver cuando Pascual Madoz redactó su *Diccionario Geográfico-Estadístico*, fue visitado a principios del siglo XX por Miguel de Unamuno, que no ocultó sus dudas. «Probablemente una superchería», escribió en sus *Andanzas y visiones españolas* (1916). No ha sido el único escéptico. Para Julio Caro Baroja, la leyenda de Bernardo del Carpio constituía uno de los casos más curiosos de fabulación que había conocido. A diferencia de don Rodrigo u otros protagonistas reales de leyendas, el prestigioso antropólogo sostenía que el héroe del Carpio nunca existió.

El sepulcro, hoy muy deteriorado, se encuentra en las tierras del monasterio de Santa María la Real, en Aguilar de Campoo, una antigua abadía construida entre los siglos XI y XIII que actualmente alberga la Fundación Santa María la Real y el Centro de Estudios del Románico. Jaime Nuño, director de este centro, realizó una excavación arqueológica en la cueva en los años ochenta y asegura que ni el formato de la tumba ni la inscripción de la lápida —en caracteres góticos que se podrían fechar en el siglo XV—, corresponden con un enterramiento del siglo IX, concretamente del año 850 en el que habría fallecido el héroe.

En su opinión, los monjes de Santa María la Real «se inventaron» la tumba durante la Baja Edad Media, en un momento en el que los monasterios antiguos empezaron a declinar ante el surgimiento de nuevas órdenes religiosas. De aquel periodo datan muchas leyendas fundacionales. Las antiguas abadías buscaron una mayor notoriedad, antigüedad y nobleza vinculando sus orígenes a personajes legendarios. San Pedro de Arlanza contaba con la tumba de Fernán González, San Pedro de Cardena con la del

Cid, Santo Domingo de Silos tenía a su propio santo, pero en Santa María la Real no había ningún personaje destacado... hasta que a alguien se le ocurrió que fuera Bernardo del Carpio, quizá porque se decía que era hijo del conde de Saldaña y el castillo de los Saldaña se encuentra en Palencia.

Delante de la cueva de Bernardo del Carpio, casi una grieta en realidad, existió una de las dos antiguas ermitas vinculadas al origen legendario de Santa María la Real. Leyendas y más leyendas. El lugar, algo apartado del monasterio, no es visitable actualmente. Las otras dos tumbas a las que se refería fray Antonio Sánchez en el siglo XVII, la de don Bueso y la de Fernando Gallo, han desaparecido. Nuño sospecha que los restos pudieron haber sido trasladados al propio monasterio. Durante la excavación del mismo comprobó que el lugar había sido usado como lugar de enterramiento, aunque estaba todo removido. No era la primera vez que se buscaban los restos del caballero. El equipo de la Fundación Santa María la Real llegó a encontrar allí huesos humanos, algunos todavía bien dispuestos. Los resultados del estudio de esos restos podrían arrojar algo de luz sobre esta heroica leyenda, que a muchos hubiera gustado que fuera real. Aunque, como afirmó el filósofo Gustavo Bueno, lo importante no es si este controvertido personaje vivió realmente: «Su significado histórico es su leyenda».

FERNÁN GONZÁLEZ

Del otrora poderoso monasterio de San Pedro de Arlanza hoy solo quedan sus ruinas en Burgos. Tras la desamortización de Mendizábal en el siglo XIX, los monjes se vieron obligados a abandonarlo y su deterioro a partir de entonces fue imparable. Apenas resisten en pie algunos restos de su iglesia románica, de la torre y de las dependencias monacales y los dos claustros del que fue el monasterio más influyente de Castilla en su tiempo. Entre los muros de este antiguo cenobio, un monje anónimo escribió en el siglo XIII el famoso *Poema de Fernán González*, del que sobrevive una copia muy tardía e incompleta en el monasterio de El Escorial. Historia y leyenda se mezclan en este relato que ensalza la figura de este conde del siglo X al que se le atribuyó la independencia de Castilla del reino de León.

Su legendaria historia se remonta a un día en que el conde de Lara salió a cazar cerca de la villa y se topó con un hermoso jabalí que, tras dejarse ver un instante, se internó en el bosque. Fernán González espoleó su caballo y lo persiguió sin descanso hasta que el animal se escondió en una apartada ermita. Allí entró el conde, decidido a cobrar su pieza, pero al ver que el jabalí había buscado protección en el altar pensó que debía de ser una señal divina y se puso a rezar. Apenas habían pasado unos minutos cuando salió de la sacristía un monje llamado Pelayo que le dijo: «En paz vengas, conde, la cacería te trajo hasta aquí, pero deja las monterías que te aguarda el rey Almanzor, el terrible enemigo de cristianos. Dura batalla te aguarda, pues el moro trae muchos guerreros, más en ella alcanzarás gran renombre».

Pelayo le anunció otros acontecimientos de su vida, instándole a que si estos se cumplían se acordara de esa humilde ermita. Y así fue. Todo cuanto predijo el monje ocurrió y el conde, fiel a su palabra, entregó a la ermita buena parte del botín conseguido en su victoria ante Almanzor. Aquel pequeño santuario se convirtió con su ayuda en el influyente monasterio de San Pedro de Arlanza, donde el propio Fernán González eligió ser enterrado con su esposa doña Sancha, ya como conde de Castilla. Un título que ganó gracias a su destacada astucia.

El héroe castellano acudió en una ocasión a las Cortes de León con un hermoso azor y un impresionante caballo que había ganado en batalla al poderoso Almanzor. Eran unos animales imponentes que causaron gran admiración entre los nobles leoneses. El rey (Ramiro II, Sancho el Craso... aquí los relatos difieren), deslumbrado por la belleza del azor y el caballo, quiso comprárselos a Fernán González, que en un principio se negó a vendérselos. «No ha de pagar el señor cosa que posee el vasallo. Vuestros son», dicen que respondió el conde de Lara pero, ante la insistencia del monarca, accedió a poner un precio simbólico con una condición: que este se doblaría cada día de demora. Así se acordó y el rey se quedó con el azor y al caballo.

Pasaron los años hasta que, llegado un día, Castilla dejó de pagar su tributo a León. El monarca leonés, enfurecido, mandó cartas al conde con amenazas y este acudió de nuevo a Cortes. Con la cabeza bien alta, Fernán González recordó entonces al rey que aún no le había pagado lo acordado por el azor y el caballo. «Echad cuentas de lo que me debéis y yo os pagaré la diferencia», le replicó el monarca sin saber que en todo ese tiempo la deuda se había

multiplicado tanto que no podía saldarla. Así fue como Castilla dejó de pagar su tributo a León y Fernán González consiguió la independencia del condado de Castilla.

La treta de Fernán González recuerda a la leyenda india de los orígenes del ajedrez en la que el rey, cautivado por el juego, ordenó recompensar a su inventor con lo que este le pidió. El brahmán Sissa le había solicitado los granos de trigo que sumaran los contenidos en las casas del tablero (un grano en la primera, dos en la segunda, cuatro en la tercera...), pero cuando fueron a pagarle se dieron cuenta de que la cantidad superaba en mucho la cosecha de años y años.

En el monasterio de San Salvador de Oña, fundado en 1011 por Sancho García, nieto de Fernán González, se encontró un manto funerario conocido como la «yuba de Oña», que se cree que fue realizada en los primeros años del califato de Abderramán III (929-939) y que pudo ser arrebatada por los cristianos a los musulmanes tras la victoria de Simancas. En ella se ve un caballo con un azor (o un halcón) sobre la silla. Es un símbolo de la realeza y la nobleza en el mundo musulmán y también de la partida del alma del mártir hacia el más allá en la fe islámica. Quizá fue este lujoso manto, que pudo pertenecer a Fernán González y con el que fue enterrado uno de sus descendientes, el que despertó la imaginación popular que fraguó esta leyenda.

Tanto este episodio del azor y el caballo, como el de la caza del jabalí y las profecías o los enfrentamientos con Almanzor (938-1002), con todo su anacronismo, figuran en la extensa lista de relatos sobre Fernán González que los historiadores consideran hoy como carentes de fundamento histórico.

Fernán González sentó las bases del futuro reino de Castilla, pero no fue ningún héroe libertador. Nacido en torno al año 905 en el seno de un reputado linaje, aparece en documentos como conde de Lara en el 929 y tres años después como conde de Castilla, bajo el reinado de Ramiro II de León. Combatió frente a las tropas de Abderramán III, no de Almanzor. Casado con la princesa navarra Sancha, con la que tuvo cuatro hijos, y posteriormente con Urraca, nieta del rey de Pamplona, falleció en el año 970 a la edad de 65 años, tras casi cuarenta de gestión ininterrumpida, tres como titular del microcondado de Lara, dos en prisión y treinta y cinco como gobernador de Castilla. Fue enterrado, junto con su esposa Sancha y sus hijos mayores, en el monasterio de San Pedro de Arlanza —que no fundó él, sino su padre,

Gonzalo Fernández—, aunque posteriormente sus restos fueron trasladados a la colegiata de Covarrubias, donde se encuentran actualmente.

Cien años después de su muerte, el relato de su vida empezó a trastocarse. El historiador Juan José García González aprecia varias etapas en el origen del mito. En un inicio confluyeron dos iniciativas distintas. Por un lado, grandes comunidades monásticas de filiación benedictina, como San Pedro de Arlanza, necesitaron amañar algunos manuscritos para garantizarse la propiedad de recursos que habían incorporado a sus patrimonios sin justificante documental alguno. A ese interés del monasterio se sumó la necesidad de los juglares de sorprender a su público con sus relatos. Estos, ante la falta de datos sobre la vida del conde, imaginaron con desparpajo episodios legendarios de gran impacto que terminaron por convertir a Fernán González en un noble de excepcional personalidad y grandes valores, capaz de realizar proezas sin igual. Le atribuyeron no solo haber fundado por propia iniciativa el condado de Castilla, sino también haber logrado pronto y con astucia su independencia del reino leonés. Así fue como surgió el mito de los orígenes que se convertiría después en el referente identitario castellano.

A esta corriente imaginativa se sumó el redactor de la *Crónica najerense*, acuciado en su caso por la necesidad de encontrar en los arcanos la justificación y la genealogía que dotara de pedigrí a la dinastía que acababa de fundar en Navarra García Ramírez el Restaurador. En su crónica emparentó a Fernán González con Nuño Rasura, uno de los legendarios jueces de Castilla, elegidos por los castellanos de entre los mejores para que les gobernaran al verse desamparados por los reyes de León (del otro juez legendario, Laín Calvo, sería descendiente el Cid).

En una cuarta fase, la comunidad benedictina del monasterio de San Pedro de Arlanza, alarmada por la severa caída de las donaciones piadosas en la primera mitad del siglo XIII, quiso dar a conocer a todo el mundo que en su panteón estaba enterrado este personaje tan famoso del que se hablaba y que se había comportado como un modélico benefactor. El filólogo Diego Catalán decía que el *Poema de Fernán González* debería denominarse «Poema de la fundación de San Pedro de Arlanza» porque su función fue precisamente la de explicar el glorioso origen del cenobio y por qué se hallaba vinculada a él la casa condal y regia castellana.

La estrategia de Arlanza gozó de gran éxito y difusión. El relato se repitió y reformuló en crónicas posteriores y se le fueron añadiendo otras tradiciones

legendarias y batallas. Con ellas se buscaba una intencionada reconquista del pasado, ya que todas estas historias se elaboraron y difundieron con el propósito de que fueran recibidas y asimiladas como historia verdadera. Conocer cómo nacieron y por qué también arroja luz sobre la Historia.

EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS Y LA BATALLA DE CLAVIJO

El domingo anterior al 5 de octubre se celebra en León la fiesta de las Cantaderas, que conmemora la victoria cristiana en la batalla de Clavijo y el final del ignominioso tributo de las cien doncellas que, según la leyenda, los reyes asturleonese debían pagar cada año a los califas musulmanes. Jóvenes vestidas con trajes medievales bailan desde la plaza del Ayuntamiento hasta la catedral al ritmo que marca la «sotadera» (la mujer que las instruía en las costumbres musulmanas), en una ceremonia muy similar a la que se realizaba antiguamente cada 14 de agosto, según referencias escritas del siglo XVI.

En un privilegio conocido como «el voto de Santiago», el mismísimo rey asturiano Ramiro I cuenta, supuestamente en primera persona, que «no mucho tiempo después de la ruina de España causada por los sarracenos en tiempo del rey Rodrigo» algunos de sus predecesores, «reyes de cristianos perezosos, descuidados, flojos e indolentes, cuya vida ciertamente no se puede poner por modelo de ninguno de los fieles» pactaron con los sarracenos vergonzosos tributos para que no les molestasen con sus incursiones guerreras. Esos tributos consistían en «darles cada año cien doncellas de extraordinaria hermosura, cincuenta de la nobleza española y cincuenta del estado llano».

El monarca explica que desde su llegada al poder quiso abolir esta indignante obligación y para ello convocó a todos los hombres aptos para la lucha, que partieron hacia Nájera para enfrentarse a las tropas musulmanas. El primero de los choques supuso una amarga derrota para los cristianos, que tuvieron que retirarse a «un collado que llaman Clavijo». Allí, apelotonados en un peñasco, pasaron la noche entre sollozos y lágrimas por la derrota sufrida y el temor fundado a perder la vida en el siguiente envite.

Mientras dormía, al rey Ramiro se le apareció «en figura corporal el bienaventurado Santiago, protector de los españoles», que le instó a tener valor. «Yo he de venir en tu ayuda y mañana, con el poder de Dios, vencerás», le dijo. El santo le anunció que todos le verían «vestido de blanco, sobre un caballo blanco, llevando en la mano un estandarte blanco» y así fue. Según el documento, en medio de la lucha Santiago «se apareció como había prometido». Aquella fue la primera vez que los cristianos invocaron el nombre de Santiago en una batalla. Huelga decir que vencieron. Hasta 70.000 sarracenos se cuenta que cayeron en Clavijo.

En agradecimiento por la ayuda prestada por el apóstol, el monarca ordenó que todas las tierras en poder de los cristianos pagaran perpetuamente cada año «de cada yugada de tierra una medida de la mejor mies y lo mismo del vino» para el mantenimiento de los canónigos que residían en la catedral de Santiago de Compostela y los ministros de la misma iglesia, así como parte del botín de guerra que en lo sucesivo se obtuviera.

«Yo, el rey Ramiro, y la mujer que Dios me dio, la reina Urraca, con nuestro hijo el rey Ordoño y mi hermano el rey García, encomendamos a la fidelidad de la escritura la ofrenda que hicimos al muy glorioso Apóstol de Dios, Santiago», reza el privilegio conocido como el «voto de Santiago». Mejor dicho, la copia que de él realizó un canónigo de Compostela llamado Pedro Marcio y que se conserva en la Biblioteca Nacional. El original se extravió, al parecer, en 1543 al ser presentado a la Chancillería de Valladolid por un pleito contra la villa de Pedraza.

Esta copia del canónigo de Compostela es la primera referencia que existe al tributo de las cien doncellas y a esa batalla de Clavijo que habría ganado Ramiro I el 23 de marzo del año 844 con ayuda del apóstol. Nada cuentan las primeras crónicas, tanto cristianas como árabes, de aquellos hechos por los que se estableció el pago a la catedral de Santiago de Compostela.

El documento no resulta sospechoso para los investigadores por este voto, ya que en la Alta Edad Media era costumbre de los reyes recompensar la ayuda de Dios en sus campañas con donaciones. Los celos los suscita, además de la aparición milagrosa del apóstol, la fecha del 25 de mayo de 834 en que está datado el privilegio —¿diez años antes de la batalla?— y los testigos que lo avalan. Urraca, García y Ordoño concuerdan con el entorno de otro monarca, Ramiro II el Grande, rey de León que venció a Abderramán III en Simancas en el año 939. Los nombres de obispos y nobles destacados que

se recogen en el diploma también aparecen en otros documentos, pero en tiempos de Ramiro II, no de Ramiro I. Parece que quien escribió el diploma confundió sorprendentemente a algunos de los firmantes.

La historiadora Margarita Torres está convencida de que el documento del siglo XII responde a los intereses de la sede compostelana de dejar constancia escrita de unos derechos de los que disfrutaba, probablemente de manera real y desde hacía más de cien años. Debió de llegar un momento en el que fue preciso presentar prueba escrita de las ofrendas, no siempre registradas, y por ello los canónigos de Santiago se vieron forzados a redactar un diploma que supuestamente era copia de un original. Esta probable falsificación documental, quizá asentada sobre algún dato verídico, está en el origen de la leyenda de las cien doncellas.

La batalla de Clavijo no aparece en los registros históricos sobre Ramiro I. Fue su hijo Ordoño quien luchó cerca de Clavijo contra Musa y obtuvo una sonora victoria, en fechas cercanas a las de la leyenda. Hubo, por tanto, una lucha contra los árabes en esos mismos parajes, aunque no en los años señalados, ¿pero de dónde proviene la idea de ese vergonzoso tributo que habría justificado la batalla? A juicio de Torres, posiblemente recuerde el mutuo y bastante frecuente intercambio de mujeres en la época. Uno de los aspectos más rentables de las incursiones en terreno enemigo en aquellos siglos consistía en el botín humano. O puede que sea una actualización de un tema legendario, muy conocido en la Edad Media, cuyo antecedente más antiguo es el tributo griego de los muchachos y doncellas pagado por los atenienses al Minotauro.

A la sombra de la batalla de Clavijo y el tributo de las cien doncellas surgieron otros episodios legendarios, como la valerosa hazaña de Leonor Garavito. Esta dama, elegida para formar parte del impuesto, se quejó a sus compañeras de que la nobleza de León fuera capaz de entregar a sus hijas al moro enemigo. Según un documento de 1537 conservado en el Archivo Parroquial de Villaturiel, dijo: «Es cosa bien contraria a la ley de Dios y del mundo, que bien parece que somos menos que gallinas». El monarca prometió no pagar ese año el tributo, pero finalmente treinta y siete doncellas partieron de viaje, entre ellas Leonor. Esta propuso entonces a las jóvenes que se cortaran las manos, para ser repudiadas por los musulmanes y permanecer vírgenes y con honra. Así lo hicieron, en silencio, siguiendo el ejemplo de Leonor Garavito, hasta que una adolescente llamada María

Jiménez lloró de dolor, alertando a los guardianes. Cuando se acercaron a ver qué ocurría encontraron a siete mujeres mancas y catorce manos sobre el suelo. Por eso al lugar se le llamó «de las siete mancas», que derivó en Simancas, señala el manuscrito. Las jóvenes fueron llevadas hasta Córdoba, donde el califa, admirado por su valentía, las obsequió con joyas y las envió de vuelta a sus tierras.

En la iglesia románica de Santa María de Carrión de los Condes (Palencia), hay un cuadro que recuerda la leyenda de las cuatro doncellas que a este poderoso condado de la Alta Edad Media le correspondía entregar. Las jóvenes se encomendaron a la Virgen, que se sirvió de cuatro toros para protegerlas de todo aquel musulmán que intentó acercarse a ellas hasta que, por fin, sus avergonzados familiares y vecinos las recogieron. El lienzo data el extraordinario suceso en la Pascua del Espíritu Santo del año 826. Tampoco aquí las fechas coinciden.

Alusiones al tributo también sirvieron para dotar de prestigio a algunos apellidos. Los Figueroa gallegos, de los que procede la casa ducal de Feria, incorporaron a su saga genealógica a unos antepasados que liberaron a cuatro de las cien doncellas camino de Córdoba, y de los Lorenzana leoneses hay unos versos que dicen que «como fuertes caballeros, cien doncellas libertaron».

En Astorga se custodia el pendón real que portó en la legendaria batalla de Clavijo un tal Luis, hijo de Osorio, señor de Villalobos y alférez de Ramiro I. En recuerdo de la gesta el rey le habría regalado la bandera a este antepasado de los marqueses de Astorga. El pendón, sin embargo, no porta las armas regias —en ese momento una cruz—, sino los dos lobos pasantes de la familia. Según Margarita Torres, ni siquiera el diseño se corresponde, al ser probablemente de las últimas centurias del medievo.

LA BATALLA QUE EL CID GANÓ MUERTO

Subido a su fiel Babieca salió el Cid Campeador de Valencia. Llevaba la espada Tizona en la mano y a su lado cabalgaban el obispo don Jerónimo y su leal Gil Díaz, junto a cien caballeros escogidos. Le precedía Pedro Bermúdez con otros cuatrocientos hombres y a la zaga le seguía su esposa Jimena con

su compañía y otros seiscientos soldados más. Abandonaron la ciudad a media noche, tan callando que el ataque cristiano al alba sorprendió en sus tiendas a las tropas de asedio musulmanas. Al rey Bucar le pareció que 60.000 caballeros vestidos de blanco les asaltaban y delante de todos ellos, uno mayor que los demás, con una espada que parecía de fuego y que sembraba la muerte a su paso. Aterrados, los que pudieron salvar sus vidas huyeron hacia el mar, perseguidos por los hombres del Cid, mientras el Campeador, su mujer y sus más cercanos tomaban el camino hacia Castilla.

Ni el rey Bucar ni sus soldados se percataron de la rigidez del Cid, que en ningún momento blandió su espada. Su sola presencia, que tanto temor infundía, unida a la visión de aquel caballero blanco con su espada de fuego les aterrorizó. ¡Cómo iban a pensar que Rodrigo Díaz de Vivar llevaba dos días muerto!

Siguiendo sus indicaciones, los hombres del guerrero invicto habían amarrado su cadáver a la silla, sosteniéndolo con unas tablas, lo habían revestido con las mejores galas, le habían colocado su escudo y sujetado su brazo con su vestimenta de tal forma que su espada se mantuviera derecha. «Dios me ha otorgado vencer esta batalla estando yo muerto», les había asegurado el Cid, instándoles a guardar secreto sobre su muerte para llevar a cabo el engaño.

San Pedro se le había aparecido al Campeador una noche en la que su estancia se vio invadida por un olor maravilloso y una gran claridad. En un primer momento, el Cid no reconoció a este hombre blanco como la nieve, con el pelo cano y crespo, pese a las llaves que portaba en la mano. San Pedro tenía un mensaje para él: «Has de dejar este mundo e ir a la vida que no tiene fin, dentro de treinta días». No podría, por tanto, hacer frente al rey Bucar que asediaba Valencia, pero el santo le consoló. Tanta era su fe en Dios y la atención que siempre tuvo con su iglesia del monasterio de san Pedro de Cardena, que San Pedro le aseguró: «Estando muerto vencerás esta batalla con ayuda del apóstol Santiago».

No tardó el Cid en caer irremediabilmente enfermo tras esta visión y nada se pudo hacer por él. Poco a poco fue perdiendo sus fuerzas, adelgazando a pasos agigantados. Ante su inminente final, el Campeador mandó traer el bálsamo y la mirra que en una ocasión le envió el gran sultán de Persia. En una copa de oro tomó de aquel brebaje y en una pequeña cuchara de aquella mirra. Aquel fue su único alimento en sus últimos siete días. Antes de morir,

dispuso en su testamento que le enterraran en San Pedro de Cardena y dio las últimas órdenes a sus hombres para que su cuerpo fuera ungido, embalsamado y llevado hasta Castilla a lomos de Babieca... una vez hubieran engañado y vencido el rey Bucar.

De tal guisa fue preparado su cadáver, que no hubo hombre en el mundo que no pensase al verlo que estaba vivo. Hasta el rey don Alfonso se maravilló al contemplar su estampa en San Pedro de Cardena, y eso que había oído decir que en Egipto así lo hacían con los faraones. Su rostro estaba tan fresco y liso, sus ojos abiertos tan claros y parecía tan vivo, que en lugar de darle sepultura lo colocaron sobre una silla, con la espada Tizona en su vaina sobre su mano izquierda y la mano derecha sobre su manto. Así permaneció hasta la muerte de Jimena, cuatro años después, y aún otros seis años más en los que, incluso, protagonizó un milagro. Un judío de los muchos que acudían a ver aquella extrañeza quiso tirar al Cid de la barba, pues se decía que en vida no hubo hombre que lograra semejante hazaña. Acercó su mano a su rostro con tal propósito, pero antes de que llegara al Cid, la derecha del Campeador cayó de las cuerdas del manto y cogió su espada, sacándola un palmo de su vaina. Espantado, el judío salió gritando de la iglesia, alertando a todos los que allí estaban, que pudieron contemplar aquel prodigio.

El cuerpo del Cid aún permaneció en esa postura otros tres años más hasta que, a los diez años de su llegada al monasterio de San Pedro de Cardena, se le cayó la punta de la nariz y los monjes entendieron que iba siendo hora de que recibiese sepultura. Con grandes honores, misas y vigiliass, enterraron por fin al Campeador junto a su esposa Jimena ante el altar.

Así lo cuenta la *Leyenda de Cardena* que escribieron los monjes del monasterio burgalés en el siglo XIII y así lo recoge la *Estoria de España*, de Alfonso X el Sabio, y las *Antigüedades de España*, del padre Francisco de Berganza. Sin embargo, las circunstancias de la muerte del Cid fueron muy distintas.

Rodrigo Díaz de Vivar falleció con poco más de 50 años (la fecha de su nacimiento es incierta), en su alcázar de Valencia el 10 de julio de 1099. Había enfermado a principios del verano y, esta vez, no pudo sobreponerse a su grave dolencia. Era relativamente joven para lo habitual en la época en hombres de su vitalidad, pero no gozaba de buena salud. Ya en el año 1081 no pudo acompañar a Alfonso VI en Toledo por encontrarse enfermo y en

1090 otra grave enfermedad le postró en cama en Daroca. Hasta para sus enemigos estaba claro que la Parca le acechaba. El almorjariife Ibn Abduz intuyó su prematura muerte cinco años antes, en 1094, cuando aconsejó a los moros valencianos que obedecieran al Campeador: «El Cid anda ya hacia el cabo de sus días y, después de su muerte, los que quedemos con vida seremos señores de nuestra ciudad».

El famoso guerrero, que a lo largo de más de treinta y dos años expuso su vida en mil y un combates, falleció paradójicamente en paz y tranquilidad en su lecho de muerte, sin ninguna amenaza en ciernes. En las semanas que precedieron a su fallecimiento los almorávides habían tomado de nuevo la ofensiva, marchando contra Toledo, pero no hay noticias de que en esos años de 1099 y 1100 Valencia fuera objeto de ningún ataque. El Cid fue enterrado con honores en la catedral de Valencia, el lugar que él mismo había elegido. Tiempo atrás había ordenado que fuera rehabilitada, entre otros propósitos, para su enterramiento y el de su familia. No existe ningún indicio de que en sus últimos momentos dictara previsiones para un traslado futuro a Castilla.

Doña Jimena, su viuda, quedó al mando de Valencia y disfrutó de tres años de tranquilidad antes de que los almorávides se presentaran ante sus muros con un gran ejército en el verano del año 1101. Valencia resistió sus ataques durante meses hasta que, en marzo de 1102, doña Jimena pidió auxilio al rey Alfonso VI. La respuesta del monarca no se hizo esperar. La llegada de sus tropas obligó a los almorávides a retroceder a Cullera, pero la situación era difícil de mantener. Durante un mes Alfonso VI y doña Jimena examinaron las posibilidades de retener la ciudad. El rey, al ver que ninguno de los suyos se comprometía a defender por largo tiempo una plaza tan alejada del reino leonés, dispuso su evacuación. Siguiendo sus órdenes, los cristianos abandonaron Valencia en mayo de 1102 y emprendieron camino hacia Toledo, no sin antes prender fuego a la ciudad.

Doña Jimena había ordenado exhumar los restos de su marido y se los llevó consigo, sin un destino claro. Sobre la marcha eligió el monasterio de San Pedro de Cardeña, próximo a Burgos. Cuando la comitiva fúnebre llamó a las puertas del cenobio y solicitó sepultura para el Campeador, los monjes se reunieron en la sala capitular para tomar una decisión. El Cid no había mantenido ninguna vinculación especial con el cenobio y los dos destierros y los años de servicio a los príncipes andalusíes de Zaragoza, así como la derrota póstuma que había obligado a trasladar su cadáver con urgencia, les

suscitaban dudas sobre la oportunidad de cobijar sus restos. Al final, optaron por darle honrosa sepultura y aceptar las cuantiosas donaciones que a partir de entonces recibieron como sufragio por el alma del difunto.

Su viuda, que le sobrevivió al menos catorce años, fue enterrada a su lado y allí la memoria del guerrero de Vivar, de tanta fama y gloria en vida, reposó durante años, hasta que la imagen del Cid comenzó a rehabilitarse desde Navarra. En el año 1134 García Ramírez el Restaurador fue reconocido como rey de los pamploneses. El reino de Pamplona había sufrido un vacío de poder desde la muerte de Sancho IV en 1076 y el nuevo monarca necesitaba rearmar ideológicamente su nueva dinastía. El historiador Francisco José Peña señala que fue entonces cuando comenzó a cobrar relieve la imagen del reconocido y nunca olvidado Cid, abuelo por vía materna de García Ramírez el Restaurador.

El nuevo rey de los pamploneses se presentaba como descendiente del valeroso e invencible guerrero de Vivar, exaltado en su versión más noble. Los episodios más oscuros de la vida del Campeador fueron retocados de forma que los destierros estuvieran motivados por las actuaciones injustas de su rey, en claro paralelismo con la situación que vivía la monarquía navarra, vasalla del soberano castellanoleonés Alfonso VII.

Rodrigo empezó a ser visto como un vasallo valiente, fiel a quien sirvió, un guerrero que defendió su honra y que con sus propias y exclusivas fuerzas llegó a alcanzar un poder equiparable al de un rey.

La memoria histórica del Cid, con esta imagen metamorfoseada por los intereses de los reyes navarros, es la que divulgó el autor de la *Historia Roderici* en la década de los ochenta del siglo XII. Con esta obra y con el *Carmen Campidoctoris*, que se escribió a renglón seguido, y la inclusión del Cid en la *Crónica najerense*, la dinastía navarra exprimió el potencial legitimador de la memoria de Rodrigo.

En Castilla, esta imagen renovada del Cid sirvió como modelo de arrojo en la batalla y de fidelidad al rey ante la nueva amenaza que supusieron los almorávides hacia el año 1200. Los juglares vieron en el Campeador a un personaje idóneo, cuyas victorias se prestaron a airear. El *Cantar de Mío Cid*, con sus silencios sobre algunos pasajes históricos y sus añadidos legendarios de las bodas de sus hijas con los condes de Carrión o la afrenta de Corpes, proyectó con talento e imaginación el mito del «que en buena hora nació».

Se completaba así el arquetipo del héroe, aunque sin adornos

sobrenaturales o místicos. Ese paso lo dio la *Leyenda de Cardeña*, compuesta en el monasterio hacia 1265 e inserta unos años después en la *Primera Crónica General de España* de Alfonso X. Con el episodio de su visión, de su autoembalsamiento y la exposición de su cadáver incorrupto y su milagro, el cronista de San Pedro de Cardeña prolongó su biografía, como si se tratara de la vida de un santo.

Seguro que no sospechó que esa inventada batalla que ganó después de muerto se convertiría con el paso del tiempo en uno de los episodios legendarios más famosos del Campeador. Esta no fue, sin embargo, la última de las leyendas surgidas alrededor de Rodrigo Díaz de Vivar, abocado a renovarse a su muerte una y otra vez, adaptándose a los tiempos y las situaciones como supo hacerlo en vida.

Sus restos reposan hoy en la catedral de Burgos, bajo una losa de mármol rojo. Al menos algo de lo queda de él, porque las tropas napoleónicas profanaron las sepulturas de Cardeña y los huesos fueron esparcidos y entremezclados. A partir de entonces, sufrieron diversas vicisitudes hasta que finalmente fueron trasladados en su mayor parte a la catedral burgalesa en 1921. En San Pedro de Cardeña aún se conserva el panteón del Cid con los sarcófagos en piedra del Campeador y doña Jimena y allí también reposan algunos de sus restos. Otros parece que se encuentran en manos de particulares en Francia y en la República Checa, pero eso es otra historia, nada legendaria.

LA VARONA DE CASTILLA

El escudo de los Varona, esculpido en piedra ante la torre-palacio familiar en Villanañe de Valdegovía (Álava), luce las barras de Aragón en diagonal, recordando que fueron ganadas como trofeo. El detalle pasaría inadvertido si la estatua heráldica no mostrara el busto de una mujer, con armadura y celada y una espada rota en la mano. Representa a María Pérez, la Varona de Castilla.

Muy pocas mujeres llegaron a tener su poder en su época, en aquellos últimos años del siglo XI y primeros del XII. María Pérez vivió en esa misma torre-palacio junto a sus hermanos Álvar y Gómez. La familia, partidaria de

doña Urraca de Castilla y su hijo Alfonso VII en su lucha contra Alfonso I el Batallador, fue llamada a tomar las armas y María se empeñó en acompañar a sus hermanos en la batalla, haciéndose pasar por un guerrero más. De nada sirvieron los ruegos y advertencias de sus allegados ante la firme determinación de la joven, que por entonces contaba con veintitrés años y se había ejercitado junto a sus hermanos en la caza, su pasatiempo favorito.

Las tropas castellanas y aragonesas se enfrentaron en Soria, en los campos de Barahona. Cuenta la leyenda que al anochecer, en la confusión del combate, María se apartó de sus hermanos y la casualidad le llevó a toparse de bruces con el mismísimo Alfonso el Batallador. «Ella le dio batalla y le venció», a pesar de que en la lucha se le quebró la espada. Así lo cuenta Rodrigo María Varona, actual señor de la torre-palacio, donde esta historia se ha transmitido de padres a hijos a lo largo de veintisiete generaciones.

La mujer llevó preso al rey aragonés ante Alfonso VII y este, al descubrir su identidad y admirado por su hazaña, le dijo: «Habéis obrado, no como débil mujer, sino como fuerte varón y debéis llamaros Varona, vos y vuestros descendientes, y en memoria de esta hazaña usaréis las armas de Aragón». Para recordar el suceso, el monarca mandó que los campos también se intitularan de Varona (Barahona). A las barras del escudo se añadieron además ocho espejos por las mujeres ilustres de la historia a las que se sumaba esta castellana de armas tomar.

La Varona se convirtió en el terror de los árabes. Les arrebató plazas como Toro, Torquemada o Dueñas y llegó a ser señora de cuarenta villas en Castilla. Eso cuenta al menos su descendiente, que se basa en una genealogía panegírica que se conserva en el archivo de la casa en Villanañe, compuesta en 1715 por Miguel de Varona, un religioso agustino de la familia Varona.

María Pérez contrajo matrimonio con el infante don Vela, hermano de tres reyes de Aragón: Pedro I, Alfonso I y Ramiro el Monje. De este enlace nació Rodrigo Varona, el primero de la estirpe. Desde entonces todos los descendientes se han llamado Rodrigo, con un nombre adicional.

En los últimos años de su vida, ya viuda, la Varona se retiró al monasterio de San Salvador de Oña, donde falleció «después de cumplidos los 63 años de su edad y ocho de reclusión edificante». Sobre un arco del claustro se grabó la inscripción: «Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana María Pérez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el timbre de varón, que adquirió femeníl Varona». Así se

publicó en 1848 en el *Semanario Pintoresco Español*, en un resumen de Rafael Monje del escrito genealógico que conservan los Varona.

De ello daba fe el historiador Víctor Balaguer cuando decía que en el monasterio de Oña se encontraba la tumba de la «muy ilustre capitana María Pérez de Villanañe, conquistadora de reinos y provincias, llamada la Varona castellana, dama ilustre que en los primeros tiempos de Castilla llevó a cabo singulares empresas, entre ellas la muy gloriosa del asalto y toma del castillo de Dueñas, y la no menos hazañosa de su combate, brazo a brazo, cuerpo a cuerpo, con el monarca aragonés D. Alfonso I, apellidado el Batallador por las historias».

Lope de Vega dedicó una comedia a *La varona castellana* (1599), una octava en *La Jerusalén Conquistada* y otra en la segunda parte de *Filomena*. De esta última son los famosos versos:

De la ilustre doncella,
que llamaron Varona,
que al rey aragonés
prendió arrogante,
origen del linaje Barahona.

La existencia de la Varona se tiene por real, aunque no el relato completo que de su vida hizo el fraile genealogista Miguel de Varona, lleno de anacronismos e increíbles hazañas. Para los que han estudiado la historia de esta antecesora de la Monja Alférez, de Agustina de Aragón y de María Pita, la leyenda es más bien una explicación del apellido Varona, recogida desde antiguo en nobiliarios y manuscritos, aunque no descartan que en su origen fuera una errónea etimología dada al topónimo Barahona.

Con la Varona de Castilla se perdió el apellido Pérez, del almirante visigodo Ruy Pérez, que mandó construir la Torre en Villanañe allá por el año 680. En esta fortificación se cuenta que descansó don Pelayo tras la batalla de Guadalete (711) y preparó la Reconquista. Su actual propietario señala que ha servido de paso seguro para todas las grandes rutas, como la de la sal o el antiguo itinerario del Camino de Santiago que pasaba por Álava.

Emparentada con los Salazar, Mendoza, Velasco, Sarabia, Rueda o Manrique, entre otros históricos apellidos, la familia contó entre sus miembros con primeras autoridades en Italia, Flandes o América. Sus

recuerdos, como el crucifijo donado a un Varona por don Juan de Austria tras la batalla de Lepanto, se han ido acumulando con el paso del tiempo en la torre-palacio, convertida hoy en casa museo.

El último Rodrigo Varona se precia de que su familia es una de las pocas de España que siempre ha conservado su hogar. La figura en piedra de María Pérez que recibe a los visitantes evoca la leyenda de la Varona de Castilla, pero quizá lo verdaderamente legendario sea que un mismo linaje haya vivido de forma ininterrumpida desde el siglo XV en ese mismo palacio.

LA PROMESA CUMPLIDA

«MVNIO SARCOPHAGO... VTPOTE PROMISSIT HIC VIVENS IN NECE VISIT / HIERSALEM SACRUM PATRIARCHA TESTE SEPVLCRHVM», reza el epitafio de Muño Sánchez de Finojosa (o Hinojosa), un singular caballero que murió hacia el año 1080 en los campos de Almenara luchando contra los musulmanes. La inscripción en piedra, que aún hoy puede leerse en una pared del monasterio de Santo Domingo de Silos, lo describe como un hombre «amoroso», «pío», «fuerte», «atrevido» y «sin temor». Nada fuera de lo común si no hubieran esculpido en la lápida que «tal y como prometió en vida, después de su muerte visitó el Santo Sepulcro en Jerusalén siendo testigo el Patriarca».

Don Muño, señor de setenta caballeros en Castilla en tiempos de Alfonso VI, era un buen hombre, destacado guerrero y notable cazador. En una jornada de caza, apresó a un grupo de moros ricamente ataviados que resultaron ser unos novios de alto linaje, Albadil y Alifra, junto a su séquito. Albadil suplicó al caballero castellano que les perdonara la vida y les dejara en libertad ya que iban a casarse. Conmovido el noble, envió recado a su mujer, María Palacin, para que organizara en su palacio una gran fiesta nupcial que duró más de quince días. Y cuando terminaron los festejos ordenó a sus caballeros que escoltasen a los recién casados de vuelta a su hogar.

Pasado un tiempo, don Muño fue llamado a combatir en Almenara, donde resultó gravemente herido. Perdió su brazo derecho y aunque pudo haberse retirado de la batalla de forma honrosa, se negó a abandonar la lucha. El

noble guerrero acabó muerto en aquel combate junto a otros setenta caballeros. Hasta aquí su historia se asemejaría a la de muchos valientes caídos en combate si no fuera por el extraordinario acontecimiento que siguió a la batalla. En aquel mismo día en que fallecieron, aseguran que las almas de don Muño Sancho y sus caballeros aparecieron ante la casa santa de Jerusalén, como si hubieran llegado en peregrinación.

Al verles, el capellán del Santo Sepulcro, que era español y había conocido a don Muño en vida, alertó al Patriarca de que un hombre muy honrado de España se hallaba a sus puertas y este salió a recibir a la comitiva en procesión. Los caballeros entraron en la iglesia y rezaron ante el Sepulcro, antes de desaparecer ante el asombro de los que allí se encontraban.

«Era tan fiel en lo que prometía, que habiendo hecho voto de ir a Jerusalén, y no pudiendo en vida, lo cumplió en la muerte», señaló fray Antonio Yepes en 1613. Para este monje no cabía duda de que Muño y sus caballeros «eran almas santas» llegadas por «mandado de Dios Padre».

El Patriarca anotó cuidadosamente el día y la fecha del suceso, y mandó un mensajero a Castilla a recabar noticias sobre don Muño. A su regreso confirmó lo que ya sospechaban en Jerusalén, que el mismo día en que se presentó en Tierra Santa, había muerto en batalla junto a sus caballeros. «Así era en los viejos tiempos la fe de Castilla, que cumplía la palabra aun desde la tumba», escribió el estadounidense Washington Irving en sus célebres *Cuentos de la Alhambra* antes de enviar este mensaje a los escépticos: «Si alguno de ustedes duda de la milagrosa aparición de los caballeros fantasmas, puede consultar la *Historia de los reyes de Castilla y León*, del piadoso fray Prudencio Sandoval, obispo de Pamplona (...). Es una leyenda demasiado preciosa como para abandonarla con ligereza en manos de los incrédulos».

Mientras, en los campos de Almenara, el moro Albadil oyó durante la batalla que don Muño había muerto y fue en busca de su cuerpo. Ordenó que lo amortajaran y se lo entregaran a su esposa en un rico ataúd de madera con clavos de plata. Albadil estaba tan agradecido por el gentil trato que tuvo con él en sus bodas que aún hizo más. Sufragó la «muy honrada» sepultura de don Muño en Santo Domingo de Silos. El lugar escogido para el eterno descanso del caballero se encontraba en el patio de clausura del monasterio, justo donde después se levantaría el claustro que aún hoy recorren los monjes de Silos.

Por la documentación que se conserva sobre la tumba de Santo Domingo,

se sabe de la existencia del sepulcro de don Sancho ya en la segunda mitad del siglo XI, «en el campo de la Claustra, en el derecho do yogo Sancto Domingo primero».

Aquel era un privilegio extremo, insólito, para el que debía haber una razón muy especial. Un sepulcro de un laico en lugar tan destacado de un monasterio no tiene parangón en ningún lugar de España, al menos entre los siglos X al XIII.

Don Muño era amigo personal de santo Domingo de Silos y este, padrino de uno de sus hijos, pero ni siquiera esta estrecha relación entre ambos era motivo suficiente para semejante honor. Tampoco el prestigio de Silos necesitaba de una sepultura relevante que diera lustre al cenobio, pues ya contaba con la tumba de un abad canonizado. Si a este caballero se le enterró en el monasterio y se permitió un monumento en su tumba fue por la fuerza que tuvo el relato del milagro de su «peregrinación en alma» a Jerusalén.

Lejos de suponer una injerencia en la vida regular de los monjes, la presencia del cuerpo de don Muño proporcionaba un oportuno testimonio de los milagros que se operaban en los Santos Lugares y que había autenticado nada menos que el Patriarca. Su figura era un paradigma de la santidad laica y caballeresca. Además, su increíble aparición en alma en Jerusalén casaba a la perfección con la *peregrinatio in stabilitate* impuesta a los benedictinos, esa peregrinación espiritual del monje en la quietud de su reclusión monacal.

El historiador Gerardo Boto Varela sospecha que fue uno de los hijos de don Muño, Fernando —que fue mayordomo y mano derecha del rey Alfonso VI durante más de veinte años—, quien sufragó el mausoleo familiar que describió Miguel Vivancos: «En medio del claustro ay una capilla de bóveda con quatro sepulcros antiquísimos de los Finojosas con sus letras» (sic). La placa de don Muño se escribió entre los años 1100 y 1110 —o quizá después, porque no se sabe con seguridad cuándo— y la historia que hasta entonces había perdurado en la memoria oral quedó grabada en piedra para las generaciones posteriores. Y con ella, también el prestigio del linaje de los Hinojosa.

El templete funerario, que albergó las sepulturas de Muño, su esposa y sus hijos Fernando y Domingo, se desmontó hacia el año 1700. Hoy solo queda la inscripción con el referido milagro en uno de los muros de la iglesia.

LA BOCA DEL INFIERNO

En el límite de Fuencaliente del Burgo con Santa María de las Hoyas, en Soria, existe una profunda sima conocida como la Torca de Fuencaliente. No es la única en la zona, pero sí la más famosa, quizá por las historias que de ella se cuentan. Dicen que estaba habitada por demonios, que los árabes que caían en sus más de ochenta metros de profundidad aparecían vivos en África, o que en su oscuro fondo encontró la muerte Zaida, la amante de Almanzor. Allí pereció todo un ejército francés durante la guerra de la Independencia, gracias a la audacia y heroicidad de un vecino de esta localidad.

Se desconoce cómo se llamaba el mayor héroe que ha tenido el pueblo, pero su recuerdo ha permanecido en la memoria gracias al político e historiador Manuel Ayuso Iglesias, el primero en recoger la leyenda de «La Torca de Fuencaliente». A través del relato del «tío Periquín» a un viajero que pasó por el lugar, contó cómo hace muchos años, cuando la francesada, llegó desde Aranda un guerrillero con una carta dirigida a los habitantes de Fuencaliente en la que les avisaba de que, a los pocos días, pasaría por allí un gran ejército enemigo con dirección a la carretera de Madrid. No era raro que los soldados franceses viajaran por caminos apartados, para esquivar a las tropas españolas y atacarlas después por sorpresa.

La carta la firmaba Juan Martín Díez, a quien llamaban el Empecinado. En ella les ordenaba a los de Fuencaliente que cortaran el paso a los franceses como buenamente pudieran. Sin embargo, los hombres del pueblo eran pocos, no tenían armas ni el tiempo necesario para cavar fosos o trincheras para entablar batalla con tantos soldados como, al decir del guerrillero, se aproximaban.

Uno del pueblo, con fama de listo, se comprometió entonces a derrotarlos con maña y todos los vecinos de Fuencaliente obedecieron sus indicaciones. Cubrieron con ramas largas y delgadas toda la boca de la sima y colocaron encima unas endeble tablas antes de extender tierra sobre ellas. Cuando la trampa estuvo lista, él montó en su mula y salió al encuentro de los franceses.

El general galo, de quien tampoco se recuerda su raro nombre, aunque sí que tenía muchas barbas y galones, ordenó a sus soldados que detuvieran al vecino de Fuencaliente y le preguntó por el camino más rápido hacia la

carretera de Somosierra. El hombre se ofreció a guiarles por poco dinero y así fue como condujo a las tropas enemigas hasta la encerrona.

Cuando se acercaron a la trampa, el de Fuencaliente arreó a su mula, que pataleó sobre el «tinglao», rompiendo las tablillas que habían colocado los vecinos. Todos los que se encontraban sobre ellas, los franceses y también el héroe soriano, cayeron en la Torca, «y no han vuelto a salir desde entonces». El sacrificio del vecino de Fuencaliente salvó la vida de muchos compatriotas ya que el resto del ejército francés, sin jefes ni guías, no tuvo más remedio que volver sobre sus pasos.

De la invasión napoleónica quedan en España abundantes ecos legendarios. Muchos de ellos se refieren al Empecinado aunque sea tangencialmente como en este relato, y algunos coinciden en ardidess preparados por los lugareños para atacar a los franceses. La leyenda de la toma de Urueña, por ejemplo, cuenta cómo algunos vecinos de esta villa urdieron la estratagema de azuzar a un rebaño de carneros con estopas y astillas encendidas en los cuernos para que, como si se tratara del más imparable de los ejércitos, arremetiera contra el enemigo. Y dicen que dio resultado.

La táctica no era muy original, ya que se la atribuyen a varios héroes de la antigüedad, pero refleja cómo hay historias que se mantienen en el tiempo, aunque adaptadas a momentos y enemigos distintos porque siguen cumpliendo su objetivo. Hacen que un pueblo se sienta orgulloso aunque, como en el caso de la Torca de Fuencaliente, no exista ninguna prueba documental del paso de las tropas napoleónicas ni misión alguna del Empecinado.

La peligrosidad y profundidad de la Torca llevó desde antiguo a la creencia popular de que el negro agujero había sido creado por un monstruo que vivía allí abajo, o que era una boca al infierno, como la poza del Gorg dels Banyuts en la leyenda del conde Arnau, o la Cueva de Salamanca. De ahí que fuera el escenario idóneo para llevar a los franceses... y que el diablo se encargara de ellos.

DE TRAICIONES, CASTIGOS Y ASUNTOS PENDIENTES

LA CAMPANA DE HUESCA

En el Palacio de los Reyes de Aragón, hoy sede del museo de Huesca, existe una lúgubre estancia bajo el salón del trono a la que se accede por unas cortas escaleras. Es la conocida como la Sala de la Campana, en recuerdo de una cruenta leyenda supuestamente acaecida allá por el siglo XII, en tiempos del reinado de Ramiro II (1134-1157).

Tercer y último de los hijos de Sancho Ramírez y Felicia de Roucy, nada hacía prever que Ramiro llegaría a gobernar. El suyo era un destino eclesiástico. Con apenas nueve años había sido llevado al monasterio benedictino de Saint Pons de Thomières (San Ponce de Tomeras), donde era abad Frotardo, para que fuera monje (*quatenus sit monachus secundum regulam Sancti Benedicti*), con una extensa donación de bienes. Estuvo unos años al frente de la abadía de Sahagún y fue nombrado obispo de Burgos y algo después de Pamplona, aunque dichos nombramientos no llegaron a tener efectividad canónica.

Acababa de ser elegido obispo de Roda cuando su hermano Alfonso el Batallador murió sin descendencia en 1134. En su testamento, Alfonso I dejaba como coherederos a las órdenes del Temple, del Santo Sepulcro y del Hospital de San Juan, pero ni aragoneses ni navarros lo acataron. Ramiro se vio proclamado rey por las ciudades aragonesas, mientras que los pamploneses eligieron a García Ramírez.

Cuenta un romance que el Rey Monje, o Rey Cogulla, como también fue llamado, encontró una corte de intrigas en la que los nobles le despreciaban:

Don Ramiro de Aragón,

el Rey Monje que llamaban,
caballeros de su reino
asaz lo menospreciaban,
que era muy sobrado manso
y no sabidor en armas:
por lo que no le obedecen,
por lo que le desacatan.

Los nobles «fazían guerras entre sí mismos en el regno et matavan et robavan las gentes del regno», según la *Crónica de San Juan de la Peña*, escrita en el siglo XIV, el primer documento que recoge la leyenda de la campana de Huesca. La situación era de tal gravedad que el rey decidió actuar. Envió un mensajero al monasterio de Tomares con una carta para fray Frotardo rogándole consejo. El abad leyó el escrito de Ramiro II e hizo que el mensajero le acompañase hasta un huerto con muchas coles. Allí cogió una hoz y ¡zas!, sin pensárselo dos veces cortó las coles más crecidas. Hecho esto, dijo al mensajero: «Vete a mi señor el rey y dile lo que has visto, no te doy otra respuesta».

Tal como le indicó fray Frotardo, el mensajero relató el episodio de las coles al rey, que le escuchó con atención. Ramiro II entendió que el huerto era su reino y las coles crecidas los nobles díscolos y ambiciosos. Convocó entonces a las Cortes en Huesca y suscitó la curiosidad de los nobles con un peculiar reclamo. Iba a contar con una gran campana cuyo sonido se escucharía por todo el reino. «Vayamos a ver aquella locura que nuestro rey quiere hacer», se dijeron los nobles y caballeros.

Conforme fueron llegando, a los quince más influyentes les hizo bajar a un lugar del palacio donde, uno tras otro, fueron decapitados. Sus cabezas se colgaron en semicírculo formando una campana y cuando esta estuvo preparada se hizo entrar al obispo Ordás de Zaragoza, líder de los conspiradores, y se le preguntó si la obra le parecía completa. Este, aterrorizado ante la suerte que le aguardaba, respondió al monarca que ningún requisito faltaba, pero el Rey Monje le corrigió: «Sí que le falta algo, el badajo, y para suplirlo destino tu cabeza».

Una vez ejecutados los desleales, el monarca invitó al resto de los nobles a bajar con él para ver la gran campana de la que les había hablado: « ¡Vais a ver la campana que he hecho fundir en los subterráneos para repique a mayor

gloria y fortaleza de Ramiro II! Estoy cierto que su tañido os hará comedidos, solícitos y obedientes a mis mandatos».

José Casado del Alisal mostró el horror que se dibujó en los rostros de aquellos nobles en un cuadro pintado en 1880 que se encuentra en el Ayuntamiento de Huesca y que se ha convertido en icono de la leyenda. El lienzo cuenta además con una peculiaridad que muchos desconocen y es que, entre los caballeros retratados por el gran pintor de historia palentino, se encuentra el poeta Gustavo Adolfo Bécquer, amigo personal de Casado del Alisal. Este lo habría incluido en el cuadro como homenaje en el décimo aniversario de su fallecimiento, según el escritor oscense Alejandro Alagón. Sería el de bigote y perilla, situado junto al pilar derecho, un hombre joven que guarda parecido con el célebre retrato que hizo del poeta su hermano Valeriano. Nunca se podrá saber con certeza, puesto que el pintor no dejó testimonio de los modelos que utilizó, pero de ser así, seguro que al autor de las *Rimas y leyendas* más famosas de la literatura española le habría encantado formar parte de una leyenda, aunque fuera a título póstumo.

La historia del cruel castigo del Rey Monje sirvió de inspiración para numerosas obras literarias, como *La campana de Aragón* de Lope de Vega o la novela *La campana de Huesca* (1852) de Cánovas del Castillo, y dio lugar al dicho «más sonado que la campana de Huesca» con el que se refiere a un suceso de gran repercusión.

Pronto se constató que la anécdota de las coles que corta fray Frotardo corría por el mundo mucho antes de que el Rey Monje naciera. El historiador Jerónimo Zurita identificó en sus *Anales de la Corona de Aragón* (1562) que esta popular narración se basaba en fuentes clásicas. Recuerda al consejo que pidió Periantro, tirano de Corinto, a Trasíbulo de Mileto y que relató Herodoto, aunque en esa ocasión no se cortaban coles sino espigas. También es similar al que se cuenta de Tarquinio el Soberbio, el último rey de Roma, que según Tito Livio cortó las adormideras más altas como consejo para su hijo Sexto Tarquinio. El cronista Lope García de Salazar también refiere un episodio semejante de Sancho el Sabio de Navarra, con berzas en lugar de coles.

En la Sala de la Campana del actual museo de Huesca, donde la tradición sitúa la leyenda, muchos se sobrecogen al imaginar allí la escena. Sin embargo, el Palacio de los Reyes de Aragón fue construido a finales del siglo XII por orden de Alfonso II, nieto de Ramiro II. Es verdad que posiblemente

se levantara sobre una construcción anterior, pero hasta la fecha no hay datos que indiquen si fue en este lugar donde el Rey Monje cortó de raíz la insubordinación de sus nobles. Porque no todo lo que cuenta la leyenda es historia imaginada. El relato posee un sustrato histórico.

En su crónica, escrita hacia el año 1304, el árabe Ibn Idari dio cuenta de un ataque de nobles cristianos a una caravana musulmana que había partido de Fraga en dirección a Huesca. El asalto rompía la tregua firmada por Ramiro II con el general almorávide Ibn Ganiya, señor de Valencia y Murcia, y desafiaba la autoridad del Rey Monje, a quien no le tembló la mano. El monarca ordenó la decapitación de los siete culpables como castigo por aquellos hechos.

El historiador Antonio Ubieto buscó en documentos históricos a los tenentes que se encontraban al servicio de Ramiro II y detectó que a partir de 1135 no se vuelve a tener noticias de siete de ellos, el mismo número de nobles citado por Ibn Idari: Lope Fortuñón de Albero, Fortún Galíndez de Huesca, Martín Galíndez de Ayerbe, Bertrán de Ejea, Miguel de Rada de Perarrúa, Íñigo López de Naval y Cecodín de Navasa de Ruesta. No cabe duda de que hubo una sustitución en los mandos oscenses, en fechas que se corresponden con las de la leyenda de la campana de Huesca.

Ubieto estaba convencido además de que la versión más antigua de la leyenda era un desaparecido cantar de gesta, del que rescató varios versos. El académico de la Lengua Manuel Alvar, que añadió posteriormente otros, consideraba que *La campana de Huesca* era precisamente el último de los cantares de gesta descubierto.

Habría sido compuesto con evidente finalidad propagandística, aunque no al servicio de Ramiro II, como cabría pensar en un principio, sino de sus sucesores, que como él vivieron en conflicto con sus nobles durante el siglo XIII. Tal y como señala el historiador Carlos Laliena, la leyenda perduró porque servía a la monarquía feudal para recordar a los miembros de la nobleza cómo actuó un rey de su propia dinastía contra sus antepasados.

EL EMPLAZADO A MORIR

¿Fue un infarto? ¿Una embolia? ¿Una apendicitis? ¿Sufría una enfermedad de tipo tuberculoso? Nadie sabe a ciencia cierta de qué murió Fernando IV, con solo veintiséis años, el 7 de septiembre de 1312. Se había echado a dormir en su tienda después de comer y al poco lo encontraron inerte en la cama.

El inesperado fallecimiento del rey, sin causa evidente, pronto fue relacionado con el ajusticiamiento de dos caballeros apenas unas semanas antes. Así lo recogió la *Crónica de Fernando IV*, escrita en el mismo siglo XIV: «E otro día jueves, siete días de setiembre, víspera de Sancta María, echóse el Rey a dormir, e un poco después de medio día falláronle muerto en la cama, en guisa que ninguno lo vieron morir. E este jueves se cumplieron los treynta días del emplazamiento de los cavalleros que mandó matar en Martos» (sic).

En esta localidad jienense habían sido arrestados los hermanos Juan Alfonso y Pedro de Carvajal, caballeros de la Orden de Calatrava, acusados de haber asesinado meses antes en Palencia a don Juan Alonso de Benavides, valido del rey, cuando este abandonaba el palacio de noche. Al ser la víctima una persona muy cercana a Fernando IV, el monarca se desplazó hasta Martos, de camino al sitio de Alcaudete, para condenar a muerte a sus presuntos culpables. Esa era la pena establecida en un caso de asesinato como este.

Aunque a los asesinos de Benavides no se les pudo identificar y los hermanos Carvajal siempre se declararon inocentes, fueron condenados a morir despeñados en Martos. Las crónicas recogen que los caballeros, viendo que iban a ser ejecutados injustamente, emplazaron al rey a comparecer ante la justicia de Dios en un plazo de treinta días para dar cuenta de su tremendo error. La amenaza no detuvo a sus verdugos. Los dos fueron arrojados desde lo alto de la peña en una jaula de hierro con clavos y cuchillos afilados en su interior. El cruento método de ejecución se conocería después como la Dama de Nuremberg (un sarcófago de hierro con púas que al cerrarse atravesaban a la víctima), pero ya existía en una versión más tosca por aquel entonces.

Cumplida la sentencia, el rey continuó su camino. Se encontraba cerca de Alcaudete, a unos veinte kilómetros de Martos, cuando «tomóle una dolencia muy grave» y tuvo que dirigirse a Jaén aunque «no se queriendo guardar, comía carne cada día e bebía vino...». Murió el 7 de septiembre, víspera de Santa María, fecha en que se cumplía el siniestro emplazamiento de los hermanos Carvajal.

No tardaron en surgir rumores que vincularon la muerte repentina del monarca, sin explicación entonces, a la controvertida condena a muerte de los Carvajales. A Fernando IV se le empezó a conocer con el apodo de «el Emplazado».

Las habladurías cobraron aún más fuerza dos años después, cuando el último maestro de la Orden del Temple fue sentenciado a muerte en París. Antes de su ejecución el 18 de marzo de 1314, Jacques de Molay emplazó al rey francés Felipe IV y al papa Clemente V a comparecer ante Dios para dar cuenta de su injusticia en el plazo de un año. El padre Juan de Mariana (1536-1624) ya destacó esta coincidencia de emplazamientos. El historiador jesuita achacó el de Jacques de Molay a dichos del vulgo, acrecentados y fortalecidos tras la muerte del rey francés y del papa. «Ambos citados por los templarios; si verdadera, si falsa, no se sabe; mas es de creer que fuese falsa», escribió. En cambio, sobre lo que le sucedió al rey Fernando, afirmaba que nadie lo ponía en duda. ¿Nadie?

Los escritores que vivieron a principios del siglo XIV nada señalaron del emplazamiento al referirse a la muerte del monarca y el cronista de los reyes de Granada, Ibn al-Jatib, que escribió su historia apenas cincuenta años después, solo mencionó que sobre el fallecimiento se contaba «una fábula singular».

Diego Rodríguez de Almela fue el primero en hacerse eco de los rumores en su crónica a mediados del siglo XV, casi a la par que la de Diego de Valera. Ambas tuvieron mucha aceptación, sobre todo la primera, y en ellas se basaron las posteriores, también la *Crónica de Fernando IV*, escrita por Fernán Sánchez de Tovar.

El historiador Antonio Benavides, que casualmente se apellidaba igual que el privado asesinado, comparó todas ellas en sus *Memorias del rey D. Fernando IV de Castilla* (1860), destacando las contradicciones en las que incurrieron, los errores y la falta de pruebas para empañar la memoria de aquel rey. Así resumía los hechos: «En tiempos del acontecimiento nada dicen los escritores, la opinión pública calla, hasta la voz del maledicente vulgo permanece muda; cincuenta años después un escritor, eco de los rumores maliciosos que se levantan, los da como fábula y se mofa de la limpia credulidad; cien años después todavía otro escritor manifiesta la duda de la opinión pública ilustrada; más tarde otro la afirma y a este lo copian todos: la

noticia se difunde, la malicia del vulgo la repite, los teólogos ayudan a propalarla, las generaciones la creen, la memoria de un rey queda infamada».

Otros monarcas reunieron más papeletas para haber sido emplazados a morir que Fernando IV. Hijo de Sancho IV y de María de Molina, era bondadoso y de carácter débil, a tenor de lo que dicen de él las crónicas. Sin embargo, a este rey la posteridad le colgó una imputación hija de rumores o de los intereses o los odios de familias poderosas en la Castilla de aquellos tiempos.

En Martos se conserva una antigua picota a la que llaman la Cruz del Lloro. Según la tradición, es el lugar donde se detuvo la jaula de hierro de los Carvajales después de rodar peña abajo.

El capellán Isaías Morales contó en 1918 en la revista *Don Lope de Sosa* que en cierta ocasión se abrió el sepulcro de los Carvajales. Los restos de los dos hermanos fueron sacados de la tumba, en presencia del médico de Martos, José López Luque, y del juez de instrucción, Rafael de la Haba y Trujillo, según el testimonio del párroco Juan Francisco Páez.

El médico de Martos apreció que pertenecían solo a dos personas y por su tamaño dedujo que fueron dos hombres robustos y fornidos. No se explicaba, sin embargo, «cómo los huesos largos se encontraban íntegros y sin fracturas, cosa inverosímil, siendo arrojados los Carvajales desde el sitio llamado Mal Vecino, en la cumbre de la peña, altura muy respetable, y bajando la jaula de hierro en que se les encerró despeñándose y dando golpes y sacudidas en las rocas, hasta caer en el sitio donde está emplazada la Cruz del Lloro».

El rudimentario análisis llevado a cabo por López Luque en la iglesia de Martos hace un siglo cuestionaría la forma en que murieron los caballeros calatravos, en el caso de que estos fueran sus restos, extremo sobre el que también existen dudas.

A Fernando IV le dieron sepultura en Córdoba. Hacía tanto calor en aquellas fechas de septiembre de 1312 que su mujer Constanza decidió enterrarlo en la Capilla Real de la mezquita-catedral de Córdoba, aunque durante el reinado de Felipe V, en el siglo XVIII, sus restos fueron llevados a la Real Colegiata de San Hipólito.

En 1912, el doctor Francisco Simón Nieto expuso su teoría acerca de la muerte del Emplazado en su obra *Una página del reinado de Fernando IV*. Según su tesis, murió de «una pleuresía con absceso de origen cavitario y abundante supuración» cuya secuela fue la «caída en el corazón de un

trombus procedente del territorio pelviano, inflamado de antiguo». Es decir, una trombosis coronaria. No por ningún emplazamiento.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

Las cuentas del Gran Capitán, las auténticas, se conservan en el Archivo General de Simancas. Son nada menos que 942 hojas manuscritas con una detallada relación de gastos, firmadas por el propio Gonzalo Fernández de Córdoba tras la II Campaña de Nápoles y dirigidas a Luis Peixon, tesorero y abastecedor de la Armada en época de Fernando el Católico.

Las otras cuentas, las que dieron origen a la expresión que hoy se usa para aludir a partidas exorbitantes o a aquellas que están hechas de forma arbitraria y sin ninguna justificación, nacen de un episodio que aún hoy bascula entre la historia y la leyenda.

Los hechos se remontan al otoño de 1506. Hacía dos años que el Gran Capitán, con sus épicas victorias en Ceriñola y Garellano, había ganado Nápoles para su rey y este, una vez que la posición española estuvo asentada, desembarcó en Italia para tomar posesión del reino. A oídos del monarca habían llegado toda clase de insidias sobre su general, virrey en Nápoles desde el fin de la guerra. Las malas lenguas decían que Fernández de Córdoba se había apropiado de fondos destinados a la campaña, que dilapidaba repartiendo toda suerte de mercedes entre sus subordinados y hasta que planeaba dar un golpe de mano para convertirse en rey de Nápoles. El admirado militar, además, cumplía con cierta laxitud su obligación de dar parte de sus gastos, lo que había contribuido a acrecentar las sospechas del monarca. A su llegada a su llegada a Nápoles no tardó en pedir cuentas al Gran Capitán.

Dicen que Gonzalo no se turbó por ello y aseguró que al día siguiente las expondría con detalle. En efecto, acudió con un libro y, ante el rey y los interventores de Hacienda, comenzó a leer sus extravagantes y desorbitadas partidas: «Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogaran a Dios por la prosperidad de las armas españolas; cien millones en palas, picos y azadones, para enterrar a los muertos del adversario; cien mil ducados en pólvora y balas; cien mil

ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla; ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas contra el enemigo; cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas en días de combate; millón y medio de ídem para mantener prisioneros y heridos; un millón en misas de gracias y *Te Deum* al Todopoderoso; tres millones de sufragios por los muertos; setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías...».

Conforme iba leyendo el Gran Capitán, aumentaba el asombro, se escapaban las risas y crecía la confusión entre los presentes. El rey, avergonzado y quizá temiendo el final del discurso, interrumpió la lectura antes de que Gonzalo llegara a la última frase: «... y cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino».

El Tribunal de Cuentas conserva hoy un impreso titulado *Cuentas del Gran Capitán*, que hasta 1983 perteneció al Museo del Ejército, que recoge todas estas increíbles partidas. Sin embargo, los historiadores creen que esta relación de gastos disparatados se difundió por tradición oral antes de reflejarse en este documento. La mayoría sospecha que estas famosas cuentas del Gran Capitán son apócrifas ya que su lenguaje no se corresponde con el que se usaba en tiempos de los Reyes Católicos, sino con el de un siglo más tarde.

Cierto es que el dinero gastado en la guerra de Nápoles fue excesivo, en opinión de los tesoreros reales, que se quejaron al monarca de la cuantía de estas partidas. Fernández de Córdoba era exigente en el pago a sus tropas. En una carta que escribió de su puño y letra a los Reyes Católicos hacia el año 1500 les suplica que «tengan gran cuidado de las pagas desta jente, porque no conviene a vuestro servicio que esté ociosa ny mal pagada...». La misiva está fechada en Málaga el primero de junio, antes de poner rumbo a Italia con 6.000 hombres de armas, 5.000 infantes y 18 cañones, más un refuerzo de 2.000 mercenarios alemanes, a hacer frente a un ejército francés mucho más numeroso, muy superior en caballería pesada y cuya artillería doblaba a la española. A pesar de estas desequilibradas fuerzas y de la escasez de fondos que llegaban con cuentagotas de la Península, los españoles vencieron en Ceriñola y Garellano gracias a la astucia del genial estratega cordobés. Estas

victorias aumentaron aún más la popularidad del Gran Capitán, querido y respetado por sus hombres, pero también las maledicencias cortesanas de quienes envidiaban los méritos de un segundón que se forjó su propia fama.

Cierto es también que Fernández de Córdoba era un hombre generoso y así se mostró cuando desempeñó las funciones de virrey en Nápoles, concediendo prebendas y cargos a sus hombres de confianza. Tanto, que el rey llegó a decir a su secretario Almazán: «De nada sirve que me haya conquistado un reino si lo reparto antes de que llegue a mis manos».

Desde la muerte en 1504 de Isabel la Católica, máxima valedora del Gran Capitán, la distancia entre el general cordobés y el rey se había ido ensanchando. Fernando de Aragón desconfiaba del éxito del militar. Temía que aspirara a proclamarse rey de Nápoles, o que pudiera cambiar de bando habida cuenta de la admiración que había mostrado hacia él el nuevo rey de Francia, Luis XII, y prestó oídos a quienes acusaban a Fernández de Córdoba de haber malgastado fondos reales.

A su llegada a Italia destituyó al Gran Capitán, pero no hay pruebas de que le exigiera cuentas en forma inconveniente. Tampoco resulta creíble que este, respetuoso siempre con los reyes, hubiese cometido el desacato de recitar una relación de cuentas como la anteriormente descrita. El rey no hubiera tolerado semejante burla.

Cesado en sus funciones de virrey, el veterano militar de cincuenta y seis años se vio obligado a regresar a España, donde fue apartado y sufrió no pocos desprecios por parte del monarca, que no cumplió sus promesas. A él, que había sido virrey de Nápoles, Fernando el Católico le humilló destinándole como alcaide a Loja. En su retiro granadino fallecería seis años después, a causa de un brote de las fiebres cuartanas que contrajo en Garellano, una de tantas guerras ganadas para el rey que tan ingrato fue con él.

El Gran Capitán se mantuvo fiel a su rey hasta su muerte, pese a los desplantes de Fernando el Católico que, sin duda, tuvieron que suscitarle ese resentimiento que se desprende de las cuentas que se le atribuyen. La famosa lista de pagos sería la respuesta del vasallo maltratado que, haciendo gala de gran ironía, daba una lección al monarca de cómo debía de ser tratado un conquistador. Las campanas rotas recordaban las grandes batallas que el general cordobés ganó para el rey, los pagos a los frailes y curas aludían a las tropas que llevó a la muerte y los guantes de perfume a todos los soldados

que mató por él. Las cifras, a todas luces desproporcionadas, resaltaban el valor de las proezas logradas bajo el mando de un hombre que por su origen estaba destinado a ser un militar de segunda fila y, sin embargo, se labró un nombre en la Historia de España.

Gonzalo Fernández de Córdoba se convirtió en el prototipo del soldado español de la época: leal, orgulloso, valiente e incluso temerario, desapegado de lo material y poco dado a rendir cuentas, como bien refleja la leyenda.

Estas son, además, la lección de un buen estratega militar que replica a quienes le acusan de haber gastado demasiado que el coste de una guerra perdida, aunque se haya invertido poco en ella, es siempre muy superior al de una guerra ganada, por cara que sea esta.

Si la leyenda ha perdurado en el tiempo es porque se cree que mereció ser cierta. Porque, como sostiene el historiador José Calvo Poyato, hay mucho de verdad en ella.

EL CABALLERO DE OLMEDO

«Amor, no te llame amor / el que no te corresponde». Los primeros versos que Lope de Vega puso en boca de don Alonso ya presagiaban la causa por la que moriría asesinado el protagonista de *El caballero de Olmedo* en la célebre tragicomedia que dio a conocer a todo el mundo la Villa de los Siete Sietes vallisoletana.

Don Alonso Manrique, como llamó Lope al noble de Olmedo, regresaba de ver a su amada doña Inés en Medina del Campo cuando a unos tres kilómetros de su casa, en lo alto de la llamada Cuesta del Caballero, fue atacado a traición por don Rodrigo, el prometido de la joven al que corroían los celos. De nada sirvieron las advertencias en el camino («Sombras le avisaron / que no saliese / y le aconsejaron que no se fuese»). Don Alonso se encaminó solo hacia su terrible destino en esta famosa obra que se estrenó en 1620 y que tantas veces ha sido llevada a los escenarios.

Lope de Vega escribió *El caballero de Olmedo* a partir de una seguidilla popular que por aquel entonces era muy conocida:

Que de noche lo mataron,

al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

La cantinela había alcanzado gran éxito en el primer cuarto del siglo XVII, pero no aludía en su origen a ningún don Alonso, sino a Juan de Vivero y Silva, un caballero de la Orden de Santiago que vivió en una mansión palaciega próxima al desaparecido arco de San Martín, en Olmedo, y que fue asesinado en noviembre de 1521. Señor de Castronuño y Alcaraz, Vivero «fue muerto viniendo de Medina del Campo de unos toros, por Miguel Ruiz, vecino de Olmedo, saliéndole al encuentro», tal como se apunta en el *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España* (1622), de Alonso López de Haro.

El historiador Juan Antonio de Montalvo daba más detalles en 1633 de aquel suceso tan celebrado del caballero de Olmedo, fechando el crimen en un día cerca de Todos los Santos de 1521, durante el reinado de Carlos I (y no de Juan II, como en la obra de Lope). Tras el asesinato, Miguel Ruiz se refugió en el convento de religiosos jerónimos de La Mejorada, donde los frailes le protegieron del cerco de caballeros, amigos y deudos del muerto. Vestido de fraile, Ruiz logró escapar de sus perseguidores y acabó embarcándose para las Indias, donde tomó el hábito de Santo Domingo en México, fue lego y vivió casi sesenta años.

En 1966, el hispanista francés Joseph Pérez encontró varios documentos en el Archivo Histórico de Simancas con datos de la historia real del ilustre caballero de Olmedo. Dan cuenta de las detenciones llevadas a cabo tras la muerte de Vivero, de las acciones judiciales emprendidas por la viuda de don Juan, doña Beatriz de Guzmán, y de cómo fueron confiscados los bienes de Miguel Ruiz, aunque sus huellas se perdieron. La fecha (6 de noviembre de 1521), la identidad de la víctima, del asesino, el lugar y las circunstancias del crimen están desde entonces bien establecidas, pero no así los motivos del asesinato.

Se habló de una posible disputa a cuenta de unos galgos, pero estudios más recientes, como el llevado a cabo por Antonio Blanco, apuntan a un ajuste de cuentas tras la batalla de Villalar que enfrentó a los comuneros con los partidarios del rey Carlos I.

El conflicto fue muy virulento en Olmedo. En un primer momento, don Juan de Vivero capitaneó a la parte de la ciudad que se declaró comunera, pero cuando los acontecimientos se decantaron definitivamente a favor de los realistas, cambió de bando. Aprovechó que Antonio de Fonseca, señor de Coca, tuvo que huir a Flandes tras el incendio de Medina, y se adueñó del poder. Aunque no por mucho tiempo. El 6 de noviembre de aquel mismo año de 1521, murió asesinado. Los Fonseca no se habían resignado y habían movido sus hilos. Prueba de ello es que se prestara auxilio al asesinato de Vivero en el monasterio de La Mejorada, del que los Fonseca eran grandes benefactores.

El crimen sangriento de un joven noble del prestigio de don Juan, caballero de Santiago, triunfador en Villalar (1521) al servicio de Carlos I y recién electo regidor de Olmedo, causó gran impresión entre la gente del lugar y su recuerdo perduró durante años.

La estancia de la Corte en Valladolid de 1601 a 1606 contribuyó de forma decisiva a que la historia del caballero de Olmedo reviviera, se recreara y se divulgara. Llegó a Lope sin referencias cronológicas ni móvil claro del crimen. De ahí que imaginara una intriga más sugerente para el espectador, convirtiendo a Olmedo en un espacio literario universal, escenario de una de las historias de amor y muerte mejor contadas, en la que resuena el eco de ese trágico suceso ocurrido en el camino de Medina a Olmedo.

Si hoy se conoce Olmedo como la «ciudad del caballero» es porque la tragicomedia de Lope ha sobrepasado la realidad histórica de aquel suceso. Es don Alonso Manrique, más que don Juan de Vivero, quien después de muerto vive «en las lenguas de la fama». La gala de Medina, la flor de Olmedo.

LA EJECUCIÓN DEL EMPECINADO

En el parque de La Cava, de Roa de Duero, un monumento recuerda a Juan Martín «el Empecinado». La escultura representa al héroe de la guerra de la Independencia malherido y atado, justo antes de ser ajusticiado en la plaza de esta localidad burgalesa aquel aciago 19 de agosto de 1825 por mandato de Fernando VII. En ese mismo escenario, el Círculo Cultural Juan Martín El

Empecinado recrea cada año aquella injusta pena, que pronto se revistió de leyenda.

Quién sabe cuál habría sido el final de la guerra de la Independencia si el Empecinado y sus hombres no hubieran fustigado incansablemente a las tropas napoleónicas, convirtiendo su ocupación en una pesadilla. Las hazañas de este labrador vallisoletano contra los franceses lo convirtieron en una auténtica autoridad militar, célebre en toda España e imitado por no pocos jóvenes del momento. El azote de los soldados de Napoleón, que entró triunfal junto al duque de Wellington en Madrid, fue condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando y llegó a ser capitán general de los ejércitos. Sin embargo, acabó sus días humillado, degradado y ajusticiado sin honor por orden del mismo rey al que llamaron «el Deseado» y por cuyo regreso a España tanto había combatido.

Era Juan Martín obstinado, tanto que el apodo de Empecinado con que era conocido —como todos los nacidos en Castrillo de Duero por el lodo negruzco, similar a la pecina, que allí se forma junto al río Botijas— se convirtió con él en sinónimo de terco o pertinaz. Antifrancés, pero no reaccionario ni absolutista, su inquebrantable defensa de la Constitución de 1812 pronto le enfrentó a Fernando VII, dispuesto a erradicar cualquier atisbo de libertad constitucional tras la contienda. Si su conocido compromiso con la Pepa le colocó en situación difícil, la carta antiabsolutista que firmó y entregó al rey en persona en 1815 le enemistó para siempre con el monarca.

La respuesta fernandina no se hizo esperar. El Empecinado fue desterrado a su tierra, donde se vio obligado a volver a trabajar en sus cultivos, aunque siguió recibiendo a conspiradores para derrocar a Fernando VII. Este aún intentó sobornar al exguerrillero, ofreciéndole un millón de reales para armar y levantar hombres contra la Constitución a cambio del título de conde de Burgos. Vano intento, cuyo rechazo acrecentó el odio visceral de Fernando VII. La respuesta del Empecinado destilaba desprecio, según las supuestas frases textuales recogidas por Salustiano de Olózaga: «Diga Ud. al rey que si no quería la Constitución, que no la hubiera jurado; que el Empecinado la juró y jamás cometerá la infamia de faltar a sus juramentos».

Aún Juan Martín volvió con honores a la escena política durante el Trienio Liberal. En estos años de 1820 a 1823 gobernó la plaza zamorana, pero la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis que dio inicio a la Década Ominosa (1823-1833) dejó al Empecinado otra vez en el punto de mira de

Fernando VII. La llegada de las tropas francesas le pilló en Extremadura, a un paso de Portugal, pero no quiso abandonar España, pensando quizá que un héroe de la Independencia no sería condenado a muerte. Se equivocó. El 22 de noviembre de 1823 fue capturado por las fuerzas realistas en Olmos de Peñafiel y pasó dos años en la prisión de Roa, sufriendo maltratos y vejaciones. Se dice que era paseado por el pueblo los días de mercado en una jaula de hierro y que los vecinos le increpaban y lanzaban excrementos e inmundicias.

Su esposa, su madre y personalidades de la época pidieron sin éxito a Fernando VII su indulto. En una carta de mayo de 1824 el rey escribe: «Ya es tiempo de coger a Ballesteros y despachar al otro mundo a Chaleco y el Empecinado». A esta inquina del monarca se sumaba además la del corregidor de Roa, Domingo Fuentenebro, con el que el Empecinado ya se había enfrentado anteriormente y que algunos sospechan que jugó un papel destacado en su muerte.

El 10 de agosto de 1825, Fernando VII aprobó la sentencia que lo condenó a la horca, como un vil malhechor. El alcalde de Roa, Gregorio González Arranz, narró en sus memorias que al leer el veredicto, el Empecinado exclamó: «¿Y su Majestad el rey ha aprobado esa sentencia?... ¿Ahorcarme a mí, a mí? Que me maten... ¡bueno!... ¡Pero no de esa manera!... Pues qué, ¿no hay balas en España para fusilar a un general?... ¡Poco ha tenido Su Majestad presente mis sacrificios en la guerra contra Napoleón y los muchos enemigos franceses que han muerto a mis manos!...».

A las diez de la mañana del 19 de agosto, fue conducido al patíbulo en la plaza de Roa, montado en un jumento desorejado. Pese a que los dos años de maltratos y vejaciones habían menguado sus fuerzas, al pie de la escalera del cadalso hizo un esfuerzo prodigioso y rompió las esposas de hierro que tenía en las manos. Así consta en la notificación del corregidor Vicente García Álvarez que informaba del cumplimiento de la sentencia y en las memorias de González Arranz.

El Empecinado se tiró sobre el ayudante del batallón al que llegó a agarrar la espada, pero no logró hacerse con ella. Trató de escapar en dirección a la colegiata y se metió entre los soldados. Hubo gran confusión. Los tambores siguieron tocando, las gentes desarmadas salieron despavoridas y las autoridades, el sacerdote y el verdugo se quedaron paralizados.

Según el corregidor, su objetivo era acogerse al sagrado de la colegiata, o

lograr que los voluntarios realistas le diesen muerte y no sufrir la afrentosa pena de la horca. Así, cuenta la leyenda que murió luchando cuanto pudo contra los soldados que lo cosieron a bayonetazos, dejándole sin vida antes de colgar su cadáver de la horca. Un final más digno que el que fue.

El alcalde de Roa insiste en sus memorias que gritó a los voluntarios realistas, que intentaban atravesarle con las bayonetas, que no le hiciesen daño, para ahorcarlo vivo, y el corregidor señaló que fueron vanos los intentos del Empecinado de morir luchando, pues los soldados solo trataron de apresarlo.

Hicieron falta varios hombres para reducirlo y subirlo al patíbulo atado con una maroma. García Álvarez dio la orden y el cuerpo del Empecinado quedó colgado con tal violencia que una de sus alpargatas salió despedida por encima de las gentes.

Por debajo de su cadáver se hizo pasar a los liberales de Roa como escarmiento. El Empecinado fue enterrado sin féretro en una fosa en el cementerio de Roa hasta que en 1843 sus restos fueron exhumados y llevados a la colegiata de Roa. En un principio iban a ser depositados en un monumento que se iba a construir en la misma plaza donde se levantó la horca, aunque acabaron en Burgos.

El historiador Enrique Berzal descubrió que uno de los confesores que le acompañó en los días previos a la ejecución encontró en su celda, debajo de la cama, dos agujas curvadas con las que el Empecinado habría pensado en suicidarse. No llegó a llevar a cabo sus intenciones, o al menos no de esa manera. Quizá su portentosa demostración de fuerza final fuera suicida, su último intento de no morir como un forajido. Y quizá por ello algunos prefirieron revestir su recuerdo con el honor que la realidad le arrebató, asegurando que Fernando VII no logró salirse con la suya porque el Empecinado ya estaba muerto cuando lo ahorcaron.

LAS MENINAS Y LA CRUZ DE SANTIAGO

El cuadro de *Las meninas*, que Diego Rodríguez de Silva y Velázquez pintó en 1656, no era exactamente igual a la obra maestra que hoy acapara las miradas en el Museo del Prado. Un detalle del lienzo no fue incluido por el

artista cuando retrató a la familia de Felipe IV en el Cuarto del Príncipe del alcázar de Madrid.

Velázquez no lucía en su pechera la Cruz de Santiago cuando se retrató a sí mismo trabajando ante un gran lienzo junto a la infanta Margarita, las meninas María Agustina Sarmiento e Isabel de Velasco y los enanos Mari Bárbola y Nicolasito Pertusato, entre otros personajes de la escena. Se desconoce cuándo se añadieron esas pinceladas, aunque se cuenta que Felipe IV quedó tan maravillado al contemplar por primera vez el cuadro, que tomó el pincel en sus manos y pintó la venera de Santiago en el pecho del artista.

La escena resulta difícil de creer ya que, por aquellas fechas, ni siquiera se habían dado los primeros pasos para que el pintor ingresara en la prestigiosa orden militar. Por fuerza aquellos trazos se incorporaron al menos tres años después.

Felipe IV premió a Velázquez con el hábito de la Orden de Santiago en 1658, pero tampoco entonces pudo haber incluido ese reconocimiento en *Las meninas*. Para ser caballero de esa elitista orden militar no bastaba con la mera voluntad real. El Consejo de Órdenes debía comprobar en un largo proceso si el candidato reunía los requisitos exigidos: cristiandad, legitimidad y nobleza de sangre de sus cuatro abuelos. Tenía que demostrar, además, que no había ejercido ningún oficio de los considerados viles en aquella época y el de pintor era uno de ellos. Cualquiera pensaría que en este punto se agotaban todas las aspiraciones de Velázquez, pero más de cien testigos, entre ellos Zurbarán, Alonso Cano o Juan Carreño de Miranda, aseguraron que nunca había pintado por dinero. Solo para el gusto del rey.

Salvado ese importante escollo, el artista aún debía sortear otro todavía mayor. Nacido en una familia modesta de origen portugués, Velázquez tenía que probar la limpieza de sangre de sus padres y abuelos y esta era una cuestión espinosa puesto que descendía de conversos. Tras ocho meses de investigación, el Consejo de Órdenes emitió en febrero de 1659 un dictamen en el que aceptaba las pruebas de cristiandad y legitimidad de Velázquez, pero no la nobleza de sangre de su abuela paterna ni la de sus abuelos maternos. Fue necesario que, a petición de Felipe IV, el papa Alejandro VII dispensara a Velázquez de su no probada limpieza para que, por fin, el rey pudiera otorgar la cédula por la que hacía «hidalgo al dicho Diego de Silva». Ocurrió el 28 de noviembre de aquel mismo año de 1659 y Velázquez fue armado caballero de Santiago en el convento del Corpus Christi de Madrid.

Pertenecer a una orden aristocrática como la de Santiago suponía para el pintor subir un importante peldaño en la pirámide social de la España de su tiempo, algo casi tan importante para Velázquez como su arte. A lo largo de su vida, el pintor había procurado desempeñar cargos cada vez más destacados en la corte. En *Las meninas*, él mismo se representa con la indumentaria habitual entre los cortesanos de cierta categoría, con las llaves de aposentador de palacio, un cargo destacado que ocupaba desde 1652. Ingresar en la Orden de Santiago simbolizaba el éxito de Velázquez tras casi cuarenta años en la corte.

Sin el favor regio nunca hubiera logrado esta distinción por la que tanto luchó. La intervención real queda manifiesta en la celeridad con que se resolvieron los últimos obstáculos y en la respuesta que dio el propio Felipe IV cuando el Consejo de Órdenes puso en duda la calidad del pretendiente: «Poned que a mí sí me consta de su calidad».

Pese a los esfuerzos que le costó conseguirla, poco disfrutó Velázquez de tan ansiada distinción. Ese mismo mes de noviembre de 1659, tuvo que acompañar a la corte a la frontera francesa como aposentador de palacio. España había firmado con Francia la Paz de los Pirineos, que contemplaba el matrimonio de la infanta María Teresa de Austria con Luis XIV. Fue su último acto público. A su vuelta, Velázquez escribió: «He regresado a Madrid agotado por el viaje de noche y el trabajo de día». Falleció un mes después, el 6 de agosto de 1660, y fue enterrado en la iglesia de San Juan Bautista, vestido como caballero de la Orden de Santiago.

¿Tuvo ocasión en sus últimos nueve meses de vida de incluir esta insignia sobre su traje en *Las meninas* o fue otra mano la que añadió posteriormente estas pinceladas para que pasara a la posteridad con la distinción que tanto le había costado conseguir? A día de hoy, nadie lo sabe a ciencia cierta. No existe ningún dato concluyente que indique si el emblema fue pintado antes o después del fallecimiento del artista.

Tampoco la insignia en sí ofrece ninguna pista sobre la mano que la pintó. Velázquez había representado cruces militares similares en los retratos de personajes con derecho a ostentarlas, como el conde duque de Olivares, el oidor del Consejo de Castilla don Diego del Corral y Arellano o Pedro de Barberana, contador mayor y miembro del Consejo Privado del rey. La que luce el pintor en *Las meninas* no destaca por su tamaño (la Cruz de Calatrava que luce Pedro Barberana es mucho más ostentosa) y ningún detalle en sus

trazos lleva a pensar que esta cruz roja con forma de espada, con sus dos brazos y la empuñadura rematados con una flor de lis, fuera realizada por otra persona. Pero tampoco se puede asegurar, a través de la pincelada, que la pintara Velázquez.

La leyenda que apunta al mismísimo Felipe IV se basa en la especial relación que algunos historiadores creen que se estableció entre el monarca y el pintor. Velázquez era su artista predilecto y, según John J. Elliot, parece que se desarrolló entre ambos hombres un vínculo personal, que reflejaba no solo la cercanía que puede establecerse entre un artista y su modelo, sino también gustos y simpatías compartidos a lo largo de treinta y siete años de trato directo. Se dice que al enterarse del fallecimiento del pintor, Felipe IV afirmó: «Yo perdí en él un buen amigo porque correspondía a mi voluntad».

Ambos compartían además su pasión por la pintura. Jonathan Brown describió gráficamente esa unión: «Eran como dos aficionados al fútbol que se reúnen para comentar los partidos». Además, Felipe IV «supo y ejerció el arte de la pintura en sus tiernos años», según dejó escrito Lope de Vega. No se conservan cuadros suyos, pero hay referencias a un lienzo en el que aparecía pintando. En definitiva, el monarca quiso que Velázquez fuera caballero de la Orden de Santiago, sabía pintar y tuvo ocasiones para incluir la cruz en el cuadro. ¿Añadió el propio rey las pinceladas, u ordenó que se pintasen tras la muerte del pintor?

Es posible que la orden recayera en Juan Bautista Martínez del Mazo, discípulo y yerno de Velázquez, que bajo su protección había iniciado su propia carrera palatina. En sus retratos se asemeja tanto a su suegro que hasta a los investigadores les ha costado diferenciar la atribución de algunas obras.

¿Quién se acercó pincel en mano hasta el despacho del Cuarto de Verano del alcázar, donde por aquel entonces estaba colgado el cuadro? ¿Fue el propio Velázquez, antes de fallecer? Cualquier hipótesis entra dentro de lo posible. Quizá esta leyenda no sea tal, sino historia pura, aunque para el conservador del Museo del Prado, Javier Portús, es muy probable que el mismo Velázquez hubiera buscado el momento de rematar su obra para pasar a la posteridad con la distinción que tanto le costó lograr.

DE AMORES Y DESAMORES

CÓMO FUE ENGENDRADO JAIME I EL CONQUISTADOR

Jaime I el Conquistador fue rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier, pero este monarca clave en la historia de España bien pudo no haber nacido si su padre, Pedro II de Aragón, no hubiera sido engañado para consumar su matrimonio con María de Montpellier. Así al menos lo relató el propio don Jaime en esa parte de su crónica en la que señala: «Ara contarem en qual manera Nós fom engenrats e en qual manera fo lo nostre naixement».

Pedro el Católico, que con su matrimonio buscaba hacerse con el señorío de Montpellier, se apartó de la reina poco después de su casamiento en 1204, dejándola sola la mayor parte del tiempo en esa región francesa de Occitania, según refiere el romance de Lorenzo de Sepúlveda (1551):

Angustiada está la reina,
y no sin mucha razón,
pues su marido don Pedro,
rey de Aragón,
no hacía caso de ella
más que si fuera varón,
ni le pagaba la deuda
que tenía obligación;
antes con muchas mujeres
era su delectación.

Sepúlveda asegura que la desolación de la reina «no era por el deleite / de la tal conversación» sino porque «de su marido / no había generación / para gobernar el reino / sin ninguna división».

De las frías y distantes relaciones entre Pedro II y María de Montpellier no cabe duda. «El dicho señor rey don Pedro, que era joven y fácilmente se enamoraba de las gentiles mujeres, no vivió con la dicha señora doña María, y ni siquiera se acercaba a ella cuando alguna vez venía a Montpellier, por lo cual estaban descontentos sus vasallos y señaladamente los prohombres de Montpellier», cuenta Ramón Muntaner, cronista de la corona de Aragón. Estos, al saber que el monarca bebía los vientos por una dama de la ciudad, hablaron con Guillén de Alcalá, un noble «que era privado del dicho señor rey en tales negocios», y le convencieron para que engañara al monarca. Debía decirle que había concertado una cita con aquella dama, que iría a su cámara, pero esta debía de estar a oscuras porque ella no quería ser vista por nadie.

Los nobles prepararon el encuentro sin descuidar un detalle. Una vez se hubiera acostado el rey, se citarían allí los doce cónsules y otros diez de los mejores de Montpellier y su baronía. La reina doña María iría acompañada de las doce dueñas más honradas de Montpellier y de doce doncellas y estarían presentes dos notarios, el oficial del Obispo y dos canónigos y cuatro buenos religiosos. Cada hombre y cada dueña o doncella debía llevar en la mano un cirio, que encenderían cuando la reina entrara en la cámara con el rey y todos esperarían a la puerta de la cámara real hasta el amanecer.

Se cantaron misas en Santa María de les Taules y en Santa María de Valluert y se guardaron ayunos durante la semana previa para que Dios concediera un hijo a los reyes. El monarca, que se enteró de estos rezos (aunque no del engaño), dijo: «Hacen bien, y será lo que Dios quiera».

La noche de autos, en mayo de 1207, todos los nobles, notarios, dueñas y doncellas fueron allá con los cirios, tal como habían organizado, y esperaron tras la puerta mientras se cumplía el plan. Al amanecer todos entraron en la cámara, para sorpresa de Pedro II que aún se encontraba en su lecho junto a la reina. El rey se puso en pie de un salto y echó mano a la espada, pero la comitiva en pleno se arrodilló implorándole: «Señor, sírvase vuestra merced ver quién yace a vuestro lado». En ese momento se incorporó la reina para mayor asombro del rey, que al escuchar la explicación de los nobles y eclesiásticos no tuvo más remedio que rogar para que doña María hubiera quedado encinta y se cumpliera su propósito. Aquel mismo día, el rey montó en su caballo y abandonó Montpellier.

No se sabe con certeza si la estratagema fue urdida por los nobles o por la

misma reina doña María, pero el propio Jaime I el Conquistador da fe de esta extraña anécdota de su engendramiento por sorpresa cuando dice que «aquella nuyt que abdos foren a miravals volch nostre senyor que nos foren engenrats».

El Conquistador nació el 2 de febrero de 1208 en casa de los señores de Tornamira, en Montpellier, y fue llevado a la iglesia de Santa María y a la de San Fermín. A su regreso, la reina ordenó que se encendieran al mismo tiempo doce velas, del mismo peso y tamaño, «y a cada una puso sendos nombres de los apóstoles, y prometió a Nuestro Señor que tendríamos el nombre de aquel apóstol cuya candela durase más», relata el propio monarca. Fue llamado Jaime (Santiago) porque su vela «duró como tres dedos más que las otras».

«Y así hemos venido de parte de la reina, que fue nuestra madre, y del rey D. Pedro, nuestro padre... Y parece obra de Dios», mandó escribir el Conquistador.

El hecho es que, apenas un año después de su boda, Pedro II pidió la anulación del matrimonio y comenzó una batalla legal que se prolongó durante ocho años. María luchó para mantener la herencia del señorío de Montpellier para su descendencia, con ayuda de los nobles y burgueses de la ciudad. En ese contexto de enfrentamiento, bien conocido por sus súbditos, se sitúa el engendramiento de Jaime I en mayo de 1207. La leyenda venía a explicar cómo había sido posible, dada la distancia entre los cónyuges, y a asegurar al tiempo que ambos eran los padres del Conquistador.

El primer testimonio del propio Jaime I, novelizado posteriormente por Muntaner y por el historiador Bernat Desclot, sirvió para elevar los orígenes del Conquistador a lo milagroso y para ofrecer además una explicación verosímil que legitimara la herencia de Montpellier y frenara las ambiciones francesas sobre el señorío.

LOS AMANTES DE TERUEL

«Bésame, que me muero», le dijo él antes de caer muerto. Horas después fue ella quien «le descubrió la cara apartando la mortaja» y «le besó tan fuerte que allí murió». Testigos de este increíble amor fueron los asistentes al

sepelio que «acordaron enterrarlos juntos en una sepultura», aunque no con las manos unidas como los esculpió Juan de Ábalos en el mausoleo que hoy conserva sus restos en Teruel.

Pocas novelas rosas tienen parangón alguno con la historia de los amantes de Teruel referida en el «papel de letra antigua» que la recoge. Juan Martínez de Marcilla e Isabel de Segura, descendientes de familias principales de la localidad aragonesa, estaban profundamente enamorados, pero el padre de ella rechazó al pretendiente de su hija alegando su escasa fortuna al no ser el primogénito. Martínez de Marcilla pidió entonces un plazo de cinco años para poder mejorar su situación económica y partió a la guerra. Pasaron los cinco años sin noticias del joven en Teruel. Pensando que habría muerto en batalla, Isabel de Segura accedió a desposarse con el pretendiente que su padre había elegido para ella. El mismo día de la boda, Juan regresó cargado de riquezas, pero demasiado tarde. Desesperado, rogó a Isabel que al menos se despidiera de él con un beso. Ella aún le amaba, pero ya estaba casada y se lo negó. Aquellos eran otros tiempos. Roto por el dolor, él murió allí mismo, a sus pies. Arrepentida por no haberle concedido su último deseo, Isabel acudió al día siguiente a la iglesia de San Pedro, donde se iba a celebrar su funeral. Se acercó hasta el catafalco y esta vez correspondió a su amor con un sentido beso, cayendo a su vez desplomada junto a él. La gente de Teruel interpretó la repentina muerte de los dos jóvenes como una muestra de amor verdadero y ambos fueron enterrados en la capilla de San Cosme y San Damián, en esa misma iglesia de San Pedro. Los hechos ocurrieron, según la versión más antigua de la leyenda, en 1217.

Esta trágica historia pronto fue recogida en pliegos de cordel y recitada popularmente hasta que en 1581 el dramaturgo del Siglo de Oro Andrés Rey de Artieda la dio a conocer en su obra *Los amantes*. Otros literatos, como Juan Pérez de Montalbán (1635) o Tirso de Molina (1635) se inspiraron en ella, aunque fue en el siglo XIX, con la novela del turolense Isidoro Villarroja y, sobre todo, con el drama de Juan Eugenio Hartzenbusch (1836), cuando alcanzó su mayor éxito.

Mariano José de Larra quedó cautivado en el estreno de la obra de Hartzenbusch y, frente a la incredulidad de algunos, defendió con entusiasmo la escena final. «El amor mata (aunque no mate a todo el mundo)», escribió. Pocos días después él mismo decidía apearse de este mundo por amor, aunque en su caso con ayuda de una pistola.

También hubo pintores románticos, como Juan García Martínez o Antonio Muñoz Degrain, que ayudaron a popularizar la historia de Isabel y Juan (Diego fue el nombre que le dio Tirso de Molina). El cuadro que Degrain realizó en 1884 se convirtió en la imagen más universalizada de los amantes de Teruel.

Pero Juan no cayó muerto porque Isabel no le hubiera esperado, ni tampoco la joven se desplomó sobre el cadáver del caballero cuando finalmente le mostró su amor. Según el historiador Fernando López Rajadel, la historia de los amantes de Teruel es una creación literaria, una obra de ficción que formó parte de un códice muy mutilado que actualmente conserva la Biblioteca de Cataluña, el manuscrito 353.

Este fue compuesto en la segunda mitad del siglo XV por encargo o como homenaje al señor de Escriche, Francisco Martínez de Marcilla, muerto en 1473. Era un nobiliario, un libro de linaje tan de moda a finales de la Edad Media, confeccionado para explicar la procedencia y el noble origen de la familia Martínez de Marcilla, una de las más poderosas del Teruel medieval.

La leyenda de los amantes de Teruel, con su amor romántico y donde se ensalzaba la fidelidad de un Martínez de Marcilla, seguía a la de la enterrada viva de Alfambra, sobre un adulterio. Estaba de moda en el siglo XV contraponer el amor falso ante el amor verdadero. Ambas leyendas complementarias forman parte de este mismo manuscrito que la Biblioteca de Cataluña compró hace un siglo al librero Salvador Babra.

Las tres hojas originales del códice con el relato de los amantes hoy están perdidas. Sin embargo, el archivero del concejo de la ciudad de Teruel, Juan Yagüe de Salas, pudo copiarlas a principios del siglo XVII. Yagüe de Salas había publicado en 1616 *Los amantes de Teruel. Epopeya trágica*, una obra en verso que fue prologada por firmas tan relevantes como Miguel de Cervantes y Lope de Vega.

Pero no todos ensalzaron la obra. Vicencio Blasco de Lanuza, cronista oficial de Aragón, puso en duda que este relato hubiera existido realmente. Yagüe de Salas, ofendido, buscó en los archivos de Teruel algún documento que probara su historicidad. Allí encontró el famoso libro de linaje de la familia Marcilla, el manuscrito 353, bastante deteriorado. Tenía varias hojas sueltas escritas «en letra antigua», entre ellas dos con el principio y el final de la historia de los amantes. Faltaba la intermedia. Sobre ellas se había pegado otra a modo de portada, con el título.

El manuscrito se encontraba en estos archivos porque los Marcilla, al quedar sin descendencia, habían legado sus bienes a la institución de la Santa Limosna fundada por Francés de Aranda, cuya administración tutelaba el concejo de Teruel. Los documentos de los Marcilla habían pasado a engrosar el «archivo pequeño», que albergaba la sede municipal.

Al escrito original se le habían añadido unas notas adicionales, como la fecha que sitúa los hechos en 1217, que Yagüe copió fielmente como el resto del documento. Como notario que era, no se conformó con mostrar a Blasco de Lanuza su hallazgo, sino que hizo una copia de él con todas las formalidades legales requeridas en la época.

Todas las fechas del libro aparecen en números romanos, menos esa de 1217 que habría sido añadida cuando las hojas se desprendieron del libro y quedaron descontextualizadas. López Rajadel sospecha que detrás de esta fecha y del título estuvo la mano del procurador de la Santa Limosna, Juan Pérez Arnal. Este rico burgués había comprado la casa de los Marcilla y era además el dueño de la capilla de la iglesia de San Pedro donde en 1553 se descubrieron las famosas momias, siendo juez de Teruel su hijo Miguel Pérez Arnal. Son demasiadas casualidades las que vinculan la leyenda a esta familia burguesa, que buscó con avidez obtener títulos nobiliarios.

Yagüe de Salas movió cielo y tierra para excavar en la capilla, en busca de la prueba definitiva con que callar a los escépticos. Allí se encontraron dos momias, bien conservadas, aunque... ¿eran los famosos amantes? Podrían haber pertenecido a antepasados de los dueños de la capilla que fueron allí enterrados y cuyos cuerpos, con el clima seco y frío de Teruel, se momificaron. Hasta en tres ocasiones fueron exhumadas ante la necesidad de probar su realidad, hasta que a partir del siglo XVII quedaron expuestas para que la gente pudiera admirar este caso extraordinario. Los resultados de las pruebas con carbono 14, dados a conocer en 2004, probaron que los restos que reposan en los sarcófagos labrados en alabastro por Juan de Ávalos corresponden a un hombre y una mujer que murieron a principios del siglo XIV.

Un análisis más exhaustivo a la momia de la mujer puede que descubriera que fue madre y que, por tanto, no se trataría de Isabel de Segura. El pormenorizado escrito de Yagüe de Salas sobre la exhumación de los cuerpos describe a la mujer «con caderas anchas», propias de haber tenido hijos. Este

detalle le lleva a creer a López Rajadel que las momias corresponden en realidad «a una madre y un hijo», no a los amantes de Teruel.

Este historiador turolense no es el primer detractor de la historia. El crítico Emilio Cotarelo realizó un exhaustivo estudio a principios del pasado siglo y concluyó que era una leyenda nacida en Italia a mediados del siglo XVI. Apuntó como origen el cuento de Girólamo y Salvestra incluido en el *Decamerón* de Boccaccio. Su análisis tuvo una gran influencia posterior, pese a las réplicas de otros estudiosos, como Jaime Caruana o Antonio Ubieto, que reivindicaron su validez histórica. También la defendió el historiador Conrado Guardiola. El autor de *La verdad actual sobre los amantes de Teruel* (1988) está convencido de que una cita de la novela anónima del siglo XV *Triste deleytación* se refiere a los famosos amantes. Constituye, a su juicio, una prueba de que la tradición turolense es anterior al *Decamerón*, aunque hay otros expertos que no ven en la cita ninguna alusión.

Desde la Fundación de los Amantes de Teruel se defiende que la tradición en torno a los amantes parece remontar su origen al siglo XIII, en plena Edad Media, y que esta referencia cronológica ha sido generalmente defendida y aceptada por la historiografía más tradicional, aunque el debate histórico aún permanece abierto. La institución, que mantiene y difunde la tradición, subraya que, en cualquier caso, el paso de los años ha convertido a los amantes de Teruel en parte de la historia de la ciudad de tal modo que son uno de los elementos distintivos que la hacen reconocible. Es un símbolo de identidad entre sus habitantes. Generación tras generación, ha sido conservada a través de los siglos hasta llegar hasta nuestros días, siendo considerada una de las tradiciones más importantes y antiguas de la ciudad de Teruel. En eso todos, detractores y defensores de la leyenda, están de acuerdo.

LA ENTERRADA VIVA DE ALFAMBRA

¿Ligera de cascos? María Ponce de Minerva se retiró al monasterio de Carrizo de la Ribera (León) cuando murió su marido, el conde don Rodrigo Álvarez de Sarria, fundador de la Orden de Montegaudio y señor de Alfambra. Llegó a ser abadesa y, sin embargo, en el manuscrito 353 que

conserva la Biblioteca de Cataluña se describe a la esposa de don Rodrigo como una mujer «bella y liviana de seso» que se encaprichó de oídas del rey moro de Camañas y protagonizó todo un culebrón medieval.

Cuentan que don Rodrigo, «hombre virtuoso y esforzado», se encontró un día con el joven rey moro y este presumió de lo bien dotado que estaba sexualmente. «¿Qué te parece este dardo?», le dijo mostrando el tamaño de su miembro viril y haciendo reír al conde. Al recordar después el encuentro, don Rodrigo comenzó a desternillarse de risa de tal modo que la condesa le preguntó en varias ocasiones: «Señor, ¿por qué os reís?». Tanto insistió la mujer, que el conde acabó por contarle el encuentro. Esta en un principio se hizo la desentendida, pero en cuanto tuvo ocasión envió a su secretario al rey moro diciéndole que estaba enamorada de él.

El rey moro, muy contento, urdió entonces un plan. Mandó a un mensajero con un narcótico para que la condesa se lo colocara bajo la lengua. Así fue como esta simuló estar muerta. Don Rodrigo, viendo que aún seguía caliente, se resistió a enterrarla durante tres días, pero cedió al ver que no reaccionaba ni siquiera cuando le vertieron plomo derretido en la palma de la mano (como al rey Alfonso VI, el de la leyenda toledana de la mano horadada).

Esa noche, el intermediario la desenterró y, tras quitarle el narcótico escondido, la condujo hasta Camañas junto al rey moro. Solo la pareja y el alcahuete conocían el secreto. A los servidores de la casa del rey moro se les dijo que este había pagado 12.000 doblas por esa mujer traída desde tierras lejanas, pero, ocho meses después, un cristiano que había presenciado cómo le fue horadada la mano la reconoció en Camañas y fue con el cuento a Alfambra. El conde, que en un primer momento no quiso creerle, recordó que aún estaba caliente cuando la enterró así que ordenó abrir su sepultura y descubrió furioso que la tumba estaba vacía. Cuando logró calmar su cólera, acordó una estratagema con sus soldados, que todos siguieron al pie de la letra.

El conde se disfrazó de pobre y se presentó en Camañas ante su esposa, que enseguida lo reconoció y lo delató. «¿Cómo venís aquí?», se sorprendió el rey moro cuando lo vio. «Para recuperar a mi mujer, que si yo pudiera tomar otra, como vosotros los moros, no habría venido a por ella», le respondió el señor de Alfambra.

El rey moro le preguntó entonces qué haría él si estuviera en su lugar. Don Rodrigo no dudó en responder: «Os pondría una cadena al cuello y una

bocina en las manos, y en un alto cerro haría hacer una gran hoguera donde os quemaría. Y cuando fuésemos de camino, tocaríais el cuerno y yo iría en un carro, engalanado con ropas de oro y seda, y mis hombres me acompañarían a caballo haciendo grandes alegrías».

«Pues esa será vuestra pena», sentenció el rey moro antes de disponer la comitiva para la ejecución. En un carro viajó el rey y en otro la condesa, ya mora, con bellas doncellas, sirvientes, escuderos y caballeros. Camino del cerro, el conde, con la cadena al cuello y a pie, iba tocando la bocina tan fuerte que se oía desde el castillo de Alfambra. Era parte del plan.

Tal como habían convenido, sus hombres aguardaban apostados en el camino y, cuando les oyeron llegar, atacaron por sorpresa a la comitiva. El señor de Alfambra fue liberado y el rey moro de Camañas y la mujer, quemados en Peña Palomera. Esta lucha fue aprovechada además por las milicias cristianas de Bueña para conquistar a los moros otras localidades como Argente y Visiedo.

La historia, totalmente fabulosa, es una versión local de una leyenda extendida en la literatura europea medieval, al parecer de origen bizantino, según el historiador Fernando López Rajadel. Existe una leyenda eslava que es prácticamente igual. En la versión turolense se sustituye al rey Salomón por el conde Rodrigo de Alfambra y el adulterio que cometía la esposa de Salomón con el faraón de Egipto se imputa a la condesa de Alfambra con el rey moro de Camañas.

En ambos casos, las mujeres son descritas como «livianas de seso» (ligeras de cascos) y se enamoran del enemigo del esposo por el tamaño de su miembro viril. En el siglo XV era común que las mujeres fueran descritas como vulgares ramerías, o como castas castísimas, como la hija de Pedro Segura en los amantes de Teruel, que se niega a darle un beso a su amado por estar ya casada.

El prestigioso medievalista Martín de Riquer descubrió que la leyenda de Alfambra se encuentra recogida en el mismo manuscrito 353 de la Biblioteca de Cataluña. Formó parte de ese libro del linaje de los Marcilla. La enterrada viva de Alfambra es el contrapunto a los amantes de Teruel. El amor falso frente al amor verdadero. Era la moda cuando se escribieron ambos relatos, uno a continuación del otro, en el manuscrito que se conserva mutilado en Barcelona.

Tanto con la enterrada viva como con los amantes de Teruel, el autor

pretendió ensalzar el linaje de los Marcilla. Dos miembros de esta familia, Martín y García, aparecen en el relato de Alfambra como partícipes en la conquista de algunas localidades próximas como Argente, Visiedo y Camañas. Además, el códice se escribió «casualmente» siendo comendador de Alfambra fray Alfonso Martínez de Marcilla, hermano del señor de Escriche, Francisco Martínez de Marcilla.

Otro comendador famoso de Alfambra a mediados del siglo XIV fue Juan Fernández de Heredia, que llegó a ser maestre de la Orden de San Juan, vivió en Roma, Aviñón y Rodas, y fue uno de los hombres de letras más famosos del siglo XIV en la Península. Quizá la leyenda europea de la enterrada viva llegara a Alfambra con él y en Teruel se adaptara para ensalzar a la poderosa familia de los Marcilla.

DE BANDIDOS Y PIRATAS

UN ROBIN HOOD ESPAÑOL

Entre los más de mil objetos que se exhiben en el Museo del Bandolero de Ronda (Málaga), se encuentra un famoso edicto publicado en Sevilla en 1780 contra uno de los bandoleros más míticos de Andalucía. Una canción popular aún lo recuerda:

Ahí va Diego Corriente
con su caballo cuatralbo,
su hembra en el pensamiento
y su trabuco en la mano.

El edicto ponía un alto precio a la cabeza del «bandido generoso», como le llamaron ya en vida. Ofrecía una recompensa de 1.500 reales a quien lo entregara muerto «y al que vivo, doblada cantidad». Se acusaba a este vecino de Utrera de salteamiento de caminos, insultos a las haciendas y cortijos y otros graves excesos que lo hacían merecedor del título de «ladrón famoso». Era tal la insolencia y atrevimiento del bandido, que el escrito de la Sala del Crimen de la Real Audiencia de Sevilla facultaba a «cualquier persona de cualquier estado y condición que sea» a que pudiera «ofenderlo, matarlo y prenderlo sin incurrir en pena alguna, trayéndolo vivo o muerto».

La leyenda aún eleva la recompensa hasta los 10.000 o 20.000 reales y cuenta que, tras el pregón del edicto, se presentó un hombre en la casa de don Francisco de Bruna en la calle de la Muela (hoy O'Donnell, n.º 29). Una vez estuvo frente al oidor de la Real Audiencia, conocido en Sevilla como el Señor del Gran Poder, el desconocido preguntó si era cierta la noticia de la recompensa y ante la respuesta afirmativa del regidor, exclamó amartilleando sus pistolas: «Yo soy Diego Corriente. ¡Los veinte mil reales, y pronto!». Así

cobró el forajido su propia recompensa antes de poner pies en polvorosa, dejando atónita a la primera autoridad de Sevilla.

No era la primera afrenta que sufría el Señor del Gran Poder en sus propias carnes por parte de este insolente proscrito. Bandido y perseguidor habían tenido ocasión de verse las caras una tarde de abril de aquel mismo año de 1780. Bruna regresaba a Sevilla en un coche de caballos cuando la pandilla de Diego Corriente le asaltó en el camino. Subido a su magnífico caballo, el bandolero se acercó al carruaje y, apuntando con su trabuco a Bruna le dijo: «No s'asuste usía. Diego Corriente roba a los ricos, socorre a los probes y no mata a naide. A usía lo han engañao si l'han dicho otra cosa. Lo que Diego jase, cuando llega er caso, es demostrarle ar Señó der Gran Poé qu'está en la Audencia, que él no teme más que ar Señó der Gran Poé que está en San Lorenzo». No contento con semejante provocación, el bandolero puso su pie sobre la portezuela del coche y obligó a Bruna a atarle el botín derecho. La escena debió de ocurrir en las proximidades de Las Alcantarillas, donde aún hoy se recuerda al bandolero con la Torre de Diego Corriente.

Esta clase de altanerías eran frecuentes en Diego. Nacido en una familia de campesinos, el joven «de dos varas de cuerpo, blanco, rubio, ojos pardos, grandes patillas de pelo, algo picado de viruelas y una señal de corte en el lado derecho de la nariz», como lo describió en una carta su implacable perseguidor, se echó al campo con diecinueve años, robando caballos que llevaba de contrabando a Portugal a través de una bien organizada ruta de postas. No se sabe exactamente por qué se hizo bandolero, aunque se especula con que se rebeló contra la situación de explotación de los latifundios.

Hábil y escurridizo, contaba con la protección de campesinos pobres, a los que en muchas ocasiones ayudaba con dinero. Sobre todo cuando sabía que estaban a punto de perder sus pobres parcelas, embargadas por los usureros. La fama de valiente y de desprendido despertó una extensa oleada de admiración en la Sevilla de la época y esta enorme popularidad de Diego Corriente tuvo que herir en su orgullo al Señor del Gran Poder. Francisco de Bruna (1719-1807) era caballero de la Orden de Calatrava, del Consejo de su Majestad, oidor decano de la Real Audiencia, su regente interino, honorario del Supremo Consejo y Cámara de Castilla, alcaide de los Reales Alcázares... y un largo etcétera de cargos que le proporcionaban un poder

supremo en Sevilla. Un poder que, sin embargo, se veía insultado continuamente por el atrevimiento del bandolero.

Cuentan que el día que el edicto con su recompensa fue clavado en el pueblo de Mairena de Alcor, Corriente se presentó en la plaza del Ayuntamiento. «¡Vamos, señor alcalde! ¡Gánese la recompensa, que aquí está Diego Corriente!», gritó desafiante antes de arrancar el papel. En su lugar dicen que colocó otro escrito con frases que ridiculizaban a su señoría.

La encarnizada lucha entre el regente de Sevilla y el bandolero fue muy popular. Las malas lenguas hablaban de que la auténtica razón de tanta inquina eran los inconfesables amoríos entre el bandolero y la sobrina del magistrado. Sea este o no el motivo, lo cierto es que el audaz bandido se convirtió en una auténtica obsesión para don Francisco de Bruna, que no dudó en condenarlo a ser «arrastrado, ahorcado y hecho quartos», pese a que no había cometido delito de sangre alguno.

El edicto prometía el indulto al delincuente de cualquier índole que lo entregara o la posibilidad de indultar a dos presos si el delator no lo era. Hasta el peor asesino podía beneficiarse a cambio de entregar a un bandolero que nunca mató a nadie. Solo existían tres excepciones: los herejes, los que hubieran cometido delitos de lesa majestad o los apresados por moneda falsa. Bruna intentaba así que alguno de los suyos le traicionase, pero nadie presentó ni una denuncia contra Diego Corriente, pese a que los pregoneros leyeron el edicto en todas las calles y plazas de Andalucía.

Al bandolero tuvieron que ir a apresarlo a Portugal, donde había pasado a vender los caballos robados. Escopeteros de la comandancia de Sevilla cruzaron la frontera y le detuvieron en un mesón de la Sierra de la Estrella. Lo llevaron hasta la comisaría del pueblo de Covilha y regresaron a Badajoz para recibir órdenes sobre su traslado. Para cuando volvieron, Corriente había logrado escapar tras «convencer» a los guardianes portugueses.

No corrió la misma suerte cuando, traicionado por una mujer celosa, fue capturado en la localidad entonces portuguesa de Olivenza. Dicen que hasta cien soldados cercaron el cortijo de Pozo del Caño, donde se había refugiado, y el capitán de la guarnición militar le gritó, casi con pena de apresarlo: « ¡Corriente! Yo siento venir a prender a un hombre de tus agallas, pero no tengo más remedio. No tires y entrégate. Hay cien fusiles apuntándote y no quiero matarte. Yo cumplo órdenes, compréndelo».

La influencia de Francisco de Bruna era tal que el mismísimo conde de

Floridablanca intervino para que Diego Corriente fuera entregado a las autoridades españolas, en virtud del tratado de extradición de 1778 acordado entre ambos países. Una carta del regente da cuenta de la llegada del bandolero a Sevilla el 25 de marzo de 1781. Era Domingo de Ramos. Semana Santa en la capital andaluza.

Corriente fue ajusticiado en la plaza de San Francisco apenas cinco días después, el 30 de marzo, Viernes Santo, mientras las cofradías de la época hacían sus recorridos por la ciudad. De este modo, no solo quebraron ese día los principios religiosos de los sevillanos, sino que fue vulnerada la misma ley escrita, en la misma sede donde se impartía la justicia. Una antigua norma de la época de Alfonso X el Sabio, aún en vigor, prohibía ejecutar una pena de muerte en Viernes Santo.

Los cuadernos manuscritos de un misterioso R. G. de la B., hallados en casa del abogado sevillano Joaquín de Palacios Cárdenas, entablaron un atrevido paralelismo entre las circunstancias de la muerte de Diego Corriente y la de Jesucristo, que hubiera colocado a R. G. de la B. ante un proceso de Inquisición, pero nadie lo supo entonces.

El delincuente, que nunca se manchó las manos de sangre, fue ahorcado en Sevilla y su cadáver fue llevado hasta la llamada Mesa del Rey, una superficie plana que probablemente formó parte de una construcción romana y que estaba enclavada entre los kilómetros 543 y 544 de la carretera de Andalucía, hoy desaparecida. Allí se cumplió la última parte de la pena. El joven bandolero fue descuartizado y sus miembros y su cabeza se exhibieron en los lugares donde había cometido sus fechorías. Su tronco fue enterrado en la iglesia parroquial de San Roque, según consta en su libro de entierros.

Así acabó sus días «aquel que a nadie temía, / aquel que en Andalucía, / por los caminos andaba, / el que a los ricos robaba / y a los pobres socorría», como lo describió José María Gutiérrez de Alba en 1850 basándose en una famosa copla popular. Romances, novelas, cómics y películas reforzaron con el tiempo esa imagen de Robin Hood español con la que ha pasado a la historia. En el Museo del Bandolero aseguran que Diego Corriente es, sin duda, el primer y quizás más expresivo ejemplo de bandido generoso, y algo de verdad debe de haber en esta leyenda porque ya le acompañó en vida. De él se cuenta, por ejemplo, que en los días que pasó en la prisión de Sevilla no aceptó comer solo en su celda. Insistió tanto en compartir con alguien la comida y el vino que su familia le llevaba cada día a la cárcel que el alcaide

acabó por admitir su exigencia y cuando llegaba la hora del almuerzo, dos o tres soldados de la guardia se acercaban a la celda para comer y beber con él.

Sobre otros episodios de su corta vida como bandolero (apenas cinco años, tal vez no cumplidos) existen serias dudas de que realmente ocurrieran. De los supuestos amoríos de Diego Corriente y la sobrina de Francisco de Bruna no hay referencia histórica alguna. Tampoco tiene visos de verdad la escena en la que se presenta a cobrar su propia recompensa, que relató Álvarez Benavides en la *Explicación del plano de Sevilla* (1868). Esta anécdota ya se contó de otros personajes, como del bandido de la época romana conocido como Corocotta o del «guapo» Francisco Esteban, un famoso bandolero del siglo XVII.

El jurista José Santos Torres sí corrobora que Corriente arrancó con su propia mano los edictos clavados en lugares públicos de Mairena del Alcor, ya que existe una alusión a esta acción en un expediente de prisión.

En junio de 1975, durante unos trabajos de restauración en la iglesia de San Roque, los obreros encontraron una calavera con un agujero que los expertos locales pronto identificaron como la del célebre bandido. El escritor sevillano José María de Mena afirmó que el cráneo podía ser el de Diego Corriente porque, según la tradición, sus restos habrían sido recogidos por el párroco y la cabeza habría sido expuesta al público para general escarmiento, atravesada por un clavo. La calavera recién encontrada se dejó de forma provisional en la repisa de la ventana de la oficina parroquial. Aquel fue un lamentable error, ya que se veía desde la calle y acabó sirviendo de pelota a unos niños que la cogieron y se pusieron a jugar con ella hasta que se rompió. «Así terminó el último vestigio físico del ladrón famoso que decía la sentencia», se lamentó Mena.

Un documento del Hospital de la Caridad de Sevilla narra, sin embargo, que en la iglesia de San Roque se enterraron sus despojos, pero la cabeza de Corriente se expuso, como era costumbre en la época, metida en una jaula y no clavada. El lugar elegido por Francisco de Bruna para exhibirla fue precisamente aquel de Alcantarillas donde hubo que atar la bota al bandido.

Este texto que conserva el Hospital de la Caridad recoge también la última voluntad de Diego Corriente: «Se gastaron en un poco de pan que se dio a los presos a pedimento del delincuente 37 reales». Era un gesto que no fue observado en ninguno de los otros doscientos ajusticiados que fueron atendidos por los hermanos de la Caridad desde 1671 a 1825. En una época

en la que los encarcelados pasaban hambre y miseria, el famoso ladrón de caballos decidió que su última voluntad fuera dar de comer pan a sus compañeros de cárcel. Era Diego Corriente, el bandido generoso.

EL TESORO DE LA BURLA NEGRA

En Pontevedra siempre se ha creído que en la Casa de las Campanas, el edificio civil más antiguo de la ciudad, hoy sede pontevedresa del vicerrectorado de la Universidad de Vigo, hay escondido un tesoro. Y no uno cualquiera. Entre las paredes de esta construcción del siglo XV se sospecha que el pirata gallego Benito Soto ocultó el rico botín que llevaba en sus bodegas La Burla Negra. Tan firme llegó a ser la creencia, que dicen que su antiguo propietario incluyó en la venta de la casa una cláusula en la que se refería al tesoro, por si lo encontraban.

Nacido en Pontevedra en 1805, Benito Soto Alboal se forjó muy pronto fama de despiadado y sanguinario. Con apenas dieciocho años instigó un motín en El Defensor de Pedro, el bergantín de bandera brasileña dedicado al tráfico de esclavos en el que había embarcado como segundo contraamaestre. Su capitán fue abandonado en tierras africanas y parte de la tripulación pasada a cuchillo. Soto se hizo con el mando del bergantín al que, según algunos autores, los piratas cambiaron el nombre de El Defensor de Pedro por La Burla Negra.

Pronto se convirtió en el terror de los barcos que navegaban por Cabo Verde, las Azores y Canarias. Su primera víctima fue una fragata mercante inglesa, la Morning Star, que cayó bajo sus garras cerca de la isla de la Ascensión. Soto ordenó que no se dejase a nadie con vida y entró en cólera cuando supo después que sus hombres no habían acabado con todos. No hubo piedad para la tripulación y el pasaje de su siguiente presa, la fragata estadounidense Topaz. Todos fueron asesinados y el buque incendiado tras el saqueo. Después de aquella matanza les llegó el turno al bergantín inglés Cessnock, al Sumburg, al portugués Ermelinda y al inglés New Prospect. Fueron saqueados entre asesinatos y violaciones sin compasión.

Con las bodegas llenas tras sus correrías, La Burla Negra regresó a las costas gallegas para vender sus mercancías. Bajo el nombre falso de Buen

Jesús y las Ánimas, fondeó el 10 de abril en Beluso, una pequeña localidad próxima a la ciudad de Pontevedra, y con ayuda de José Aboal, un tío de Soto que tenía un barco para el tráfico de ría, sus hombres descargaron en la ciudad dos cofres con oro, plata y piedras preciosas. Una vez escondidos en Pontevedra los objetos de mayor valor, los piratas pusieron rumbo a La Coruña, donde desembarcaron los 28.000 pañuelos de seda que llevaba en sus bodegas La Burla Negra.

En los archivos del Colegio de Notarios de La Coruña, el historiador Alberto Fortes encontró una protesta de mar que sirvió al barco pirata para justificar la entrada en el puerto simulando una arribada forzada. Era el 26 de abril de 1828. Algún problema debieron de tener porque salieron de forma precipitada.

El 5 de mayo, La Burla Negra puso rumbo al sur, quizá hacia Gibraltar. Allí Soto pretendía cobrar unas letras de cambio, pero a los cuatro días de abandonar Galicia el barco encalló cerca del Ventorrillo del Chato, al confundir el faro de la isla de León con el de Tarifa. En realidad, no se sabe a ciencia cierta si arribaron allí por error o ese era su propósito. Cádiz era un puerto de gran tráfico marítimo con América y es muy posible que hubiera atraído a Soto y a sus hombres.

En Cádiz, tras un amaño de declaración hecha ante un escribano de la Marina al que sobornaron, los piratas camparon a sus anchas y gastaron a manos llenas. Pronto llamaron la atención de las autoridades, que acabaron por prenderlos pasados unos días. Al menos a dieciséis de ellos, porque el segundo de a bordo escapó y el capitán huyó a Gibraltar. Según los extractos del proceso judicial recogidos por Joaquín Lazaga y Garay en 1892, los piratas intentaron que la culpa de sus fechorías recayera en Benito Soto, al que describieron en el juicio como un hombre expeditivo y cruel, que se regía por el dicho de «gato muerto no maúlla». Sin embargo, sus alegaciones de poco les sirvieron. Diez de ellos fueron ahorcados los días 11 y 12 de enero de 1830 y el resto condenados a prisión.

Soto fue apresado en Gibraltar aquel mismo mes. El pirata español fue juzgado por un tribunal inglés (en la British Library hay un escrito sobre el juicio) por setenta y cinco asesinatos y el saqueo de diez barcos. Fue ejecutado el 25 de enero de 1830 en el Peñón. Cuentan que antes de ser ahorcado gritó con chulería: «¡Adiós a todos, la función ha terminado!». Pero no, la escena aún no había acabado. Soto llegaba con los pies al suelo y al ver

que no se moría, hubo que cavar debajo de sus pies para acabar con él. Ese fue el fin del último pirata del Atlántico, el hombre en el que dicen que se inspiró el poeta José Espronceda para su *Canción del pirata*, el del «bajel pirata que llaman, por su bravura, el Temido».

Setenta y cuatro años después, unos trabajadores de la almadraba que abrían una zanja en la playa de Cádiz para enterrar los desperdicios de los atunes dieron con unas monedas de plata antiguas. Pronto se corrió la voz y la euforia se desató en la ciudad. El diario *ABC* se hizo eco del «Hallazgo de duros en las playas de Cádiz» aquel junio de 1904, con dos fotografías de la multitud que se volcó aquellos días «a la grata tarea de desenterrar duros de entre la arena». Al año siguiente, la famosa chirigota «Los anticuarios» lo recordaba así:

Allí fue medio Cádiz con espiochas
y la pobre de mi suegra,
y eso que estaba ya medio pocha.

La chirigota describía también cómo a algunos se les había visto escarbar con las uñas, durante cuatro días seguidos sin descansar. Los «mariscadores de duros», de toda clase y condición, encontraron al menos 1.500 piezas.

«Aquellos duros antiguos / que tanto en Cádiz dieron que hablar», que decía el popular tanguillo que aún resuena en Cádiz, eran monedas acuñadas en México entre 1753 y 1755. Hay quien cree que procedían de La Burla Negra de Benito Soto. Si así fuera, sería el único tesoro del famoso pirata que se ha podido encontrar. Del oro, la plata y las piedras preciosas que los propios piratas confesaron durante el juicio haber escondido en Pontevedra, nunca se ha sabido.

La Casa de las Campanas, en la calle don Filiberto, ha sido objeto de la mayoría de las sospechas porque fue propiedad de Francisco Javier Bravo, el regidor que facilitó a Soto el desembarco en La Coruña. Se llegó a decir también que el pirata compró la casa y escondió allí su tesoro, pero en las obras de rehabilitación que en diversas ocasiones se han llevado a cabo en el edificio jamás se ha hallado nada.

Tampoco en el solar situado «entre la séptima y la octava casa de la rúa de San Roque de Abaixo, empezando desde el puente», donde nació Benito Soto y donde aún vivía su madre cuando los piratas llevaron a Pontevedra los

cofres con los objetos de valor. En 1926 la prensa se hizo eco del hallazgo de un baúl de gran tamaño, así como de un sable y una pistola, durante unas excavaciones llevadas a cabo en ese barrio de Moureira. Todos pensaron en Benito Soto y los cofres escondidos en 1828, pero el contratista de la obra, Manuel Fontao, desmintió los hechos. De existir, el famoso botín de La Burla Negra seguiría oculto en algún lugar de Pontevedra.

EL PUENTE DEL BESO

En la villa marinera de Luarca, capital del concejo asturiano de Valdés, existe un puente que retrotrae a otra época, en la que los marineros oteaban el horizonte con temor a divisar entre la bruma del Cantábrico la silueta de un bajel pirata. Las razias de los corsarios berberiscos hacían temblar al mayor de los valientes. Aparecían de improviso, raptaban a las mujeres para venderlas en los mercados de esclavos de Argel o Túnez y pasaban a cuchillo al resto sin contemplaciones.

Un «señor de la fortaleza» de Luarca, conocida como La Atalaya, tendió una emboscada a uno de estos terrores de los mares, un pirata berberisco de «crueldad extrema» llamado Cambaral (o Camboral). Haciéndose pasar por pescadores, los hombres del intrépido noble embarcaron en algunos de sus navíos y partieron en busca del corsario. Cuando llevaban varias millas recorridas, divisaron en lontananza el bergantín con la bandera negra. Iba derecho hacia ellos. Pronto el bajel pirata se situó junto al barco del señor de la fortaleza, que aguardaba el abordaje con sus hombres bien pertrechados. En la encarnizada lucha cayó herido el temible Cambaral, al que trasladaron cargado de cadenas hasta las mazmorras de La Atalaya, en Luarca.

La única hija del señor de la fortaleza, una bella joven de espíritu generoso y gran corazón, bajó a la celda a curar las heridas del pirata y dicen que fue verse, siquiera entre las sombras, para que surgiera entre ellos el más puro amor. En cuanto Cambaral se hubo recuperado, decidieron huir, lejos de todo y de todos.

Una noche en que el padre de la muchacha dormía, esta liberó al gallardo pirata de sus cadenas y juntos escaparon hacia el puerto, pero en el último momento el señor de la fortaleza los sorprendió. Conscientes del final de su

aventura, los enamorados se abrazaron y se besaron con tanta pasión que el señor de Luarca, loco de ira, cercenó sus cabezas de un solo tajo. Dicen que cayeron al río unidas para siempre en un beso, en el mismo lugar donde años después se levantaría el puente al que bautizaron así, del Beso.

El cronista oficial del concejo de Valdés, Juan Antonio Martínez Losada Estremera, asegura que la historia es puramente legendaria y descarga la paternidad de la leyenda en una personalidad de Luarca, el periodista y escritor Jesús Evaristo Casariego, fallecido en 1990. Hombre muy culto —«y también un poco fantasioso», según Martínez Losada—, fue director del Instituto de Estudios Asturianos y profesor de universidad en Madrid y Oviedo. Entre sus obras, muchas de carácter político tradicionalista, se encuentra una dedicada a *Asturias y la mar* y otra de *Historias asturianas de hace más de mil años*. Quizá él mismo se la contara a Vicente García de Diego, que la incluyó en su famosa *Antología de leyendas de la literatura universal*.

Luarca sufrió ataques de vikingos y las gentes del lugar tuvieron que refugiarse tierra adentro durante los saqueos, pero no hay constancia alguna de incursiones berberiscas, que tanto terror sembraron en el Mediterráneo.

No existe tampoco ninguna referencia histórica sobre ningún pirata Cambaral, que según la leyenda dio nombre al antiguo barrio mariner de Luarca, con un Cambaral alto, en el declive del monte, y otro bajo, en el paseo del muelle. Es uno de los barrios más antiguos de Luarca, aunque el topónimo de Cambaral hace referencia a un «lugar abundante en cangrejos», como debía de ser este emplazamiento. La historia del corsario confiere a Luarca más prestigio que los cangrejos, sin duda.

Sobre el origen del nombre de Luarca existe otra leyenda. Se cuenta que en el siglo IX llegó a Luarca el Arca Santa de las reliquias que después fue llevada a la catedral de Oviedo. Cuando estaba entrando en la iglesia (románica, del siglo XI), bajó por la calle un lobo y se postró ante el arca. De la unión de los términos *lobo* y *arca* en *lobarca* y luego *Luarca*, dicen que viene el nombre. Los datos históricos más antiguos que se conocen sobre esta localidad asturiana datan, sin embargo, del siglo X.

LEYENDAS FANTÁSTICAS

DE INCREÍBLES SERES Y MISTERIOSOS LUGARES

EL HOMBRE PEZ DE LIÉRGANES

«Su proeza atravesando el océano del norte al sur de España, si no fue verdad mereció serlo», reza una placa ubicada junto a la orilla del río Miera en Liérganes (Cantabria) que recuerda la legendaria historia de Francisco de la Vega Casar, más conocido como «el Hombre Pez».

A mediados del siglo XVII vivían en Liérganes Francisco de la Vega y María de Casar con sus cuatro hijos, el segundo de los cuales se llamaba como su padre, Francisco. Su pasión por el agua superaba la de cualquiera de sus vecinos y de cuantos estos conocían. Se pasaba horas y horas bañándose en el río y abandonaba todas sus ocupaciones para zambullirse en la corriente.

La víspera del día de San Juan del año 1674 su desesperada madre lo sorprendió dejando las ropas en la orilla, dispuesto a darse otro de sus habituales baños. Enfurecida, la mujer le advirtió de que le castigaría duramente si se metía en el agua, pero sus amenazas no surtieron efecto alguno. Al ver que de nada servían sus palabras, lo maldijo diciéndole: «Así te vuelvas pez» y tras este mal de ojo Francisco no volvió a salir del agua.

O bien no hubo advertencia alguna y lo que ocurrió es que Francisco se fue a nadar con unos amigos al Miera, se desnudó, entró en el agua y se fue nadando río abajo, hasta perderse de vista, como dice otra versión de la leyenda. Era un excelente nadador y sus amigos no temieron por él hasta que, pasadas unas horas, al ver que no regresaba, acabaron dándole por muerto.

En 1679, unos pescadores de la bahía de Cádiz vieron a un extraño ser acuático con apariencia humana que desapareció en cuanto se acercaron. El suceso se repitió varios días hasta que los pescadores lograron atraparlo tras

atraerlo hacia sus redes arrojándole pedazos de pan. Cuál fue su asombro al comprobar que la misteriosa criatura era un hombre joven, corpulento, de tez pálida y cabello rojizo y ralo. Una línea de escamas le descendía de la garganta hasta el estómago y otra le cubría todo el espinazo. Sus uñas, gastadas, parecían haber sido corroídas por el salitre del mar.

Le hablaron en varias lenguas, intentando averiguar de dónde procedía, pero nada respondió. Una vez en tierra, el joven fue llevado al convento de San Francisco, donde al cabo de unos días pronunció una sola palabra: «Liérganes». En Cádiz, nadie entendía a qué se refería. Por suerte había por allí un cántabro que comentó que en su tierra había un pueblo así llamado. Escribieron a Liérganes y las noticias que desde allí llegaron no pudieron ser más extraordinarias. El único que se ajustaba a la descripción que les daban era Francisco de la Vega, desaparecido cinco años atrás en el río Miera.

El fraile Juan Rosendo acompañó en 1680 al Hombre Pez hasta Liérganes, donde su madre y sus hermanos lo reconocieron de inmediato: era Francisco de la Vega. Allí se quedó viviendo con ellos. Parecía tranquilo, aunque no mostraba interés por nada; lo mismo le daba ir vestido que desnudo y rehuía el trato humano.

Gaspar Melchor de la Riba Agüero, caballero de Santiago y vecino de la localidad cántabra de Gajano, decía haberle visto muchas veces y que siempre andaba descalzo. No solicitaba la comida, pero si se la ponían delante o veía comer, comía y bebía mucho de una vez para no volver a comer después en tres o cuatro días y solo decía «tabaco», «pan» y «vino». «Cuando le vi por primera vez ya no tenía escamas, solo mucha aspereza en el cutis y las uñas muy gastadas», añadía De la Riba.

Benito Jerónimo Feijóo (1676-1764) realizó un estudio sobre este «peregrino suceso» tan extraordinario que confesaba que no se hubiera atrevido a sacarlo a la luz en su obra si no hubiera habido testigos «dignos de toda fe» que lo verificaron, como los caballeros don Joseph de la Torre, ministro de la Real Audiencia de Oviedo; Pedro de la Torre, penitenciario de la catedral de la misma ciudad, y Diego de la Gándara Velarde. Según Feijóo, Francisco de la Vega había desaparecido no en Liérganes, sino en la ría de Bilbao, donde había sido enviado a los quince años por su madre, ya viuda, para aprender el oficio de carpintero. Los hermanos del Hombre Pez y el sacerdote don Tomás negaron al erudito que Francisco tuviera escamas en el cuerpo ni que su madre le hubiera echado ninguna maldición.

Sobre las escamas, sus contemporáneos no se ponían de acuerdo. Pedro Dionisio de Rubalcaba, natural de Solares, declaró que cuando llegó a Santander tenía escamas, pero luego se le cayeron y que algunos confundieron el cutis áspero que conservó en algunas partes de su cuerpo con piel escamosa.

Tampoco había unanimidad sobre la ruta que recorrió Francisco de la Vega tras su desaparición. Se le vio —o eso se dijo— en un puerto de Asturias, en la costa de Dinamarca, en el Canal de la Mancha o en el Puerto de Santa María antes de ser apresado en la bahía de Cádiz. La fantasía del cura de Liérganes, Fernando Antonio del Hoyo Venero, fue más allá, incluyendo en su relación de los hechos de 1748 una increíble lucha del Hombre Pez con un monstruoso congrio.

El fenómeno interesó al ilustre médico Gregorio Marañón (1887-1960), que llegó a conclusiones mucho más sensatas sobre qué le pudo haber ocurrido a Francisco de la Vega. Este no desapareció nadando, sostenía, sino que probablemente se embarcó en Vizcaya rumbo a Cádiz y cuando lo encontraron estaba bañándose tal como acostumbraba. Para el doctor Marañón, el Hombre Pez de Liérganes pudo padecer enfermedades como cretinismo o ictiosis, que hace que la piel se vuelva seca y escamosa, como la de un pez.

«Verdad o leyenda», la mayor hazaña del Hombre Pez «es haber traspasado los siglos en la memoria de los hombres». Cuánta razón encierran las palabras de la placa que colocaron en el paseo bautizado con su nombre en Liérganes. La curiosa historia del Hombre Pez cuenta con raíces mucho más profundas que la azarosa vida de Francisco de la Vega y Casar. Remiten a la leyenda italiana del Pez Nicolás. El erudito Feijóo ya lo advirtió en su estudio: «A la verdad las Historias (en cuanto yo he leído) no nos ofrecen caso parecido al nuestro, exceptuando uno solo, y aun ese no lo es sino en parte. Este es el de aquel siciliano, llamado vulgarmente de los suyos Pesce Cola».

Se refería a Nicolás Pipa, un hombre que, según textos latinos de los siglos XII y XIII, vivía en el mar. Su historia era conocida en los siglos XVI y XVII. Cervantes lo menciona en el Quijote cuando describe todas las ciencias del mundo que requiere saber un caballero andante y dice «que ha de saber nadar como dicen que nadaba el peje Nicolás o Nicolao».

Apenas setenta años antes de los sucesos de Liérganes, se publicó en

Barcelona la *Relación de cómo el Pece Nicolao se ha parecido de nuevo en la mar y habló con muchos marineros en diferentes partes, y de las grandes maravillas que les contó de secretos importantes de la navegación*. En el escrito se mostraba al «medio hombre y medio pescado» con un tosco dibujo. Este Pece Nicolao no era cántabro, sino de Rota (Cádiz), y se había convertido en pez por maldición paterna, no materna.

La historia del Hombre Pez de Liérganes no fue, por tanto, la primera actualización española de la antigua leyenda italiana del Pez Nicolás. Y esta a su vez posiblemente tenga su origen en historias relacionadas con los hijos de Neptuno, el dios del mar de la mitología romana. Sí, ha traspasado siglos en la memoria de los hombres.

LA ISLA ERRANTE DE SAN BORONDÓN

A 10 grados 10 minutos de longitud y a 29 grados 30 minutos de latitud situó fray Juan de Abreu Galindo la enigmática isla de San Borondón en el siglo XVII. Lo hizo, eso sí, advirtiendo al lector que le perdonara su atrevimiento por señalar unas coordenadas de esta isla «no habiéndose descubierto».

Esta «octava» isla del archipiélago canario ha sido divisada por muchos entre El Hierro, La Gomera y La Palma, cartografiada y hasta fotografiada. Hubo incluso quien aseguró haberla recorrido, pese a que ninguna de las numerosas expediciones que partieron en su busca logró dar con esta esquiva isla que aparece y desaparece.

«Hace unos días, a los cinco años de su última aparición, la islita ha surgido a sotavento de La Palma, como antes, como siempre», afirmaba el 10 de agosto de 1958 el diario *ABC* junto a una fotografía en blanco y negro de Manuel Rodríguez Quintero que aún hoy se guarda en un sobre naranja en el archivo del periódico. En ella se ve en la lejanía el contorno difuminado de una isla. ¿San Borondón? «Ha sido fotografiada por primera vez», decía el reportaje que firmaba Luis Diego Cuscoy. La imagen fue tomada entre Tazacorte y los Llanos de Aridane. El afortunado fotógrafo, testigo de excepción, dejó fiel constancia del hecho y pasó a convertirse en un creyente más en esa tierra fluctuante, también conocida como «la Encubierta».

La misteriosa isla ha sido grabada posteriormente en vídeo (Jaime Rubio Rosales en 2003) y sus apariciones de vez en cuando son comentadas en programas de televisión. Incluso salieron a la luz documentos del naturalista Edward Harvey, que decía haber visitado la isla en 1865. No prueben, sin embargo, a buscar San Borondón en Google Maps. El buscador localiza la calle de Santa Cruz de Tenerife de dicho nombre y las imágenes vía satélite dejan patente que en las coordenadas que proporcionó Abreu Galindo no hay más que océano.

En otro tiempo, cuando no existían tales avances tecnológicos, la isla llegó a figurar en multitud de mapas, como en los que elaboraron los famosos cartógrafos Paolo Toscanelli o Martin Behaim en 1476 y 1492. El ingeniero italiano Leonardo Torriani la dibujó en tiempos de Felipe II alargada, con colinas dispersas y cruzada por un gran río, como contaba que la había descrito un tío del pirata Francis Drake. Según las más seguras observaciones, apuntaba Torriani, tenía 264 millas de largo y 93 de ancho.

La creencia de que en el archipiélago canario existía una isla perdida estaba tan arraigada que en el Tratado de Évora, firmado en 1519, el rey de Portugal cedió al de Castilla los derechos sobre San Borondón, «si se hallara». La isla llegó a tener hasta capitán general. Fue Francisco Fernández de Lugo, sobrino del conquistador de Tenerife y primer adelantado de Canarias, quien logró de la Cámara de Castilla aquel mismo año de 1519 unas capitulaciones muy semejantes a las que nombraron almirante a Cristóbal Colón antes de descubrir las Indias.

Fernández de Lugo impulsó la primera investigación metódica sobre la isla, pero no dio con ella. Como tampoco Fernando de Troya y Fernando Álvarez, que se aventuraron en su búsqueda en 1536 sin lograr su objetivo. La misma suerte siguió la expedición organizada un año después por Gabriel de Socarrás Centellas, regidor de La Palma, quien había obtenido el permiso de Carlos I para conquistarla. En aquel siglo XVI, fueron muchas las expediciones que partieron en busca de San Borondón. El portugués Roque Nuñez, que navegó acompañado por el cura Martín de Araña, aseguró haberla divisado a lo lejos, pero la siguiente expedición que salió desde La Palma en 1560 con Hernando de Villalobos, Gaspar Pérez de Acosta y fray Lorenzo Pinedo, no encontró ni rastro.

Caprichosa, la isla que no se había dejado ver entonces se apareció diez años más tarde en multitud de ocasiones. Hubo más de cien testigos que

aseguraron haberla visto en 1570. Tan evidente se presentaba su existencia que Hernán Pérez de Grado, primer regente de la Real Audiencia de Canarias, ordenó abrir una nueva investigación sobre esta tierra fantasma, a la que también llamaban la isla Perdida o No Encontrada.

Durante estas pesquisas, el portugués Pedro Vello relató que en cierta ocasión, en la ruta del Brasil, los vientos le obligaron a buscar refugio en San Borondón, donde desembarcó junto a otros dos marineros de Setúbal y descubrió unas enormes huellas de hombre. Mientras exploraban la isla se levantaron vientos huracanados y la tripulación que quedaba en la embarcación alertó a Vello del peligro que corrían. El capitán llamó a sus hombres sin obtener respuesta y, temiendo perder el barco, volvió a él en la chalupa dejando allí para siempre a dos marineros. Los únicos que habrían acabado sus días en San Borondón.

El inquisidor Diego Ortiz de Funes, que hizo comparecer ante sí a muchos vecinos, interrogó al canario Marcos Verde, que decía haberse topado con la isla fantasma al regreso de la ruta de la Berbería y haberla recorrido antes de volver a su barco cuando cayó la noche.

Otras personas fidedignas indicaron a Abreu Galindo que la isla era mayor que la del Hierro y tenía una montaña a cada lado, siendo más alta la del norte. Un francés, que decía haber arribado a ella en medio de una gran tormenta, le refirió al historiador canario que contaba con árboles que nacían casi a la orilla del mar.

Con los datos recabados en estos testimonios, Abreu Galindo dedujo las famosas coordenadas de San Borondón, a la que situó a unas cuarenta leguas de La Palma. Seguro de sus cálculos, solo creía poder estar engañado en la longitud, «que saco por la fantasía de las apariencias que hace esta isla», admitió.

Las apariciones de esta fantástica tierra se repitieron en el otoño de 1721, empujando al capitán general de las islas Canarias, Juan de Mur y Aguirre, a impulsar la que sería la última expedición a San Borondón. Con el general Juan Franco de Medina al mando, embarcaron el capitán don Gaspar Domínguez y los frailes Francisco del Cristo y Pedro Conde, así como una compañía de infantería para la conquista. Y como en las misiones anteriores, el viaje resultó infructuoso. Los exploradores regresaron a Tenerife sin descubrir la misteriosa isla.

Hoy no parece haber dudas sobre su inexistencia. Aunque se desconoce

con certeza a qué se deben estas visiones ocasionales de la isla, se achaca a una ilusión óptica producida por la reflexión de la luz en unas determinadas condiciones atmosféricas o al fenómeno conocido como «Fata Morgana», un espejismo debido a una inversión de temperatura. Entre las islas del archipiélago canario existe un punto caliente de actividad volcánica, un *hotspot*. Es posible que a raíz de erupciones volcánicas en el fondo marino se caliente la superficie del agua y se produzca una inversión térmica que dé lugar a ese efecto óptico.

San Borondón es el nombre que recibió en Canarias un monje irlandés del siglo VI llamado san Brandán (Brendán o Brandano), protagonista de una famosa leyenda celta. Este santo escuchó a su primo Barinthus hablar de una isla maravillosa «donde estuvo Adán el primero y donde Dios permitía a sus santos vivir después de la muerte» y decidió partir junto a otros catorce monjes de su abadía en su busca. Su barco erró por el océano Atlántico durante años en los que fue fundando conventos como el de Clonfert. En su largo viaje, los monjes conocieron la isla de los carneros, la de los pájaros... y en una de ellas, increíblemente hermosa, encontraron una espesa vegetación en la que brillaban miles de flores y pájaros de plumas de todos los colores. Creyendo que habían llegado a la isla que con tanto ahínco buscaban, los santos viajeros buscaron leña para hacer un buen fuego y se dispusieron a celebrar en ella la Pascua de la Resurrección, que se conmemoraba ese mismo día. Una vez concluida la misa, cuando avivaron el fuego y el caldero empezó a hervir, la isla comenzó a moverse como si se tratara de una ola. San Brandán y sus monjes se encontraban sobre el pez «más grande de todos los que nadan en el mar». La gigantesca ballena llevaba tanto tiempo dormida que sobre su piel había crecido una magnífica vegetación, pero al sentir el calor del fuego, despertó de su letargo y se sumergió de nuevo en el mar, obligando a los viajeros a huir precipitadamente en su navío.

Esta odisea, que fue narrada en *Vita Sancti Brendani* y como *Navigatio Sancti Brendani*, se convirtió en todo un *bestseller* en la Edad Media. Sobre estos viajes de San Brandán existen más de cien manuscritos y cientos de traducciones al alemán, francés, galés, italiano, español... Tan fuerte fue la creencia en los viajes de san Brandán que a finales del siglo XII comenzaron a aparecer en los mapas referencias a las legendarias islas que habían visitado. En el famoso planisferio de Hereford consta con la inscripción: «Las seis Islas Afortunadas. Ellas son las islas de Brandán»; y en la biografía del santo

irlandés de Jorge Sörgel de la Rosa se citan hasta 62 mapas con referencias a San Brandán o San Borondón.

Aunque en un principio se situó en distintas localizaciones del Atlántico, ya a comienzos del siglo XIII el inglés Gervasio de Tilbury ubicó la mítica isla de San Brandán en latitudes cercanas a Canarias. Advertía el autor de *Otia imperialia* que era conocida por pocos y que «cuando por casualidad se la encuentra alguna vez, después que se la busca por mucho tiempo, no se la halla, por lo que se la llama Perdida. Dicen que, finalmente, vino a ella Brandino, santo varón, explorador del océano».

El periplo legendario de san Brandán, unido a los avistamientos esporádicos de una isla que aparecía y desaparecía, cristalizó en el mito geográfico de San Borondón, la «octava» isla canaria que tantos buscaron a lo largo de la Historia. Ante su inexistencia, la mayoría de los expedicionarios optaron por decir la verdad y admitir que no habían encontrado nada. Otros prefirieron fantasear con detalles imaginados, afianzando así la leyenda. Como el patrón de la canción de los Sabandeños que «cantaba cosas que inventó, / porque aquella isla jamás la encontró, / ni viola en su vida ni a ella arribó (...). Allá por los mares la Elvira se hundió / sin dar con la isla de San Borondón».

EL LAGARTO DE LA MALENA

Un enorme reptil de piedra yergue desafiante la cabeza en la fuente más famosa de Jaén. Es el homenaje de la ciudad al Lagarto de la Malena, el legendario animal que devoraba a todo incauto que se acercaba al manantial que allí brotaba. La leyenda cuenta con tal fama que hoy es uno de los diez tesoros del Patrimonio Cultural Inmaterial de España, junto a las fallas de Valencia o los carnavales de Cádiz.

Se dice que en el antiguo barrio de la Magdalena (popularmente la Malena) existía un manantial donde tenía su guarida este voraz monstruo que atemorizaba a los habitantes de Jaén. Un condenado a muerte se ofreció a enfrentarse con el gigantesco lagarto si, a cambio, le perdonaban la vida. Pertrechado con un caballo, panes calientes, un cordero y un haz de yesca, el

reo se acercó al manantial y cuando el lagarto se lanzó contra él, picó espuelas y se alejó a galope.

El terrorífico saurio persiguió al valiente joven que, durante la carrera, fue arrojando los panes calientes, que iba engullendo el reptil tras él. Por último, dejó caer el cordero ensangrentado que previamente había rellenado con yesca encendida. Como había hecho con los panes anteriores, el monstruo se lo tragó de un solo bocado y las brasas quemaron sus entrañas haciéndole estallar. De ahí la maldición: «Así revientes como el lagarto de Jaén» o «como el lagarto de la Malena».

La leyenda del lagarto, sierpe o dragón apareció mencionada por primera vez en 1628, en la *Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén*, escrita por Pedro Ordóñez de Ceballos y publicada por Bartolomé Jiménez Patón. En esta primera versión, era un astuto pastor el que dejaba junto a la fuente la piel ensangrentada de un corderillo, rellena de yesca ardiente, para que la monstruosa serpiente se la comiera y se abrasara las entrañas. Una pintura mostraba entonces junto a la fuente al pastor con el corderillo y la sierpe.

Hasta tres tipos de héroe han sido artífices de la muerte del lagarto de la Malena: un preso o cautivo, un pastor y un guerrero vestido con un traje de espejos y armado con una lanza. La versión más popular actualmente es la del preso, con ligeras variantes como el uso de un saco de explosivos en lugar del cordero y la yesca.

En Córdoba, en Sevilla, en Navas del Marqués, en Valencia y otros lugares de España se cuentan historias semejantes que explican por qué cuelgan en muchas iglesias pieles de gigantescos lagartos rellenas de paja. En Medina de Rioseco (Valladolid) se conserva un pellejo en la iglesia de Santa María que, según la leyenda, perteneció a un gigantesco cocodrilo que atemorizaba a quienes construían el templo, como el famoso topo de la catedral de León. Nadie se atrevía a enfrentarse a él hasta que un voluntario se disfrazó con espejos para confundir al animal con sus reflejos. Así fue como logró matarlo con una lanza.

Del caimán expuesto en una de las columnas de la iglesia de Santiago de la Puebla, en Salamanca, se cuenta que engulló a una niña que jugaba junto al río Margañán. El lagarto se tumbó después al sol para reposar y los vecinos, con un golpe de hoz, decapitaron al animal y rescataron a la pequeña aún con vida de su interior.

En realidad, estas pieles pertenecen a caimanes americanos que los conquistadores enviaban a sus pueblos de origen como curiosidad. El ejemplar de Santiago de la Puebla, por ejemplo, procedía del río Orinoco y fue traído a España tras el descubrimiento de América como presente para el licenciado Toribio Gómez, consejero de los Reyes Católicos y natural del pueblo salmantino.

El historiador Juan Eslava Galán explica que las pieles de estos animales acabaron colgadas en las iglesias para representar simbólicamente el silencio que debía mantener el creyente en un templo ya que se creía que el cocodrilo era la única criatura que no estaba dotada de sonido característico alguno.

También en Jaén se exhibió durante años en un muro de la iglesia de San Ildefonso una piel de reptil que la tradición vinculaba con el lagarto de la Malena. Se decía que el terrorífico saurio era un caimán que un indiano había traído de América cuando apenas medía unos centímetros, pero al ver el tamaño que iba adquiriendo el animal, lo abandonó en la cueva del manantial de la Magdalena, donde devoraba a todo aquel que se acercaba. Según esta historia, el caimán reventó a la altura de San Ildefonso. Por eso los restos del monstruoso saurio quedaron expuestos en esa iglesia.

En 1794, el deán de la catedral de Jaén José Martínez de Mazas calificó de «historieta» que no merecía crédito alguno esta leyenda y criticó el «otro cuento de la piel del caimán», aclarando que la única verdad era que un jienense que anduvo en América lo habría traído como cosa rara.

La historia del lagarto de la Malena remite a leyendas y mitos de héroes que se enfrentan a un monstruoso reptil, como san Jorge y el dragón. También a relatos como el de Perseo, que mató a la Medusa con cabellos de serpientes usando como escudo un espejo; el de Hércules, que se enfrentó a la Hidra; o el del profeta bíblico Daniel, que se negó a adorar a la gran serpiente de Babilonia y la mató haciéndole tragar una comida mortal con la que reventó. El lagarto de la Malena recuerda además a las tarascas que representaban al diablo y que salían en las procesiones del Corpus, como la Coca de Redondela.

En el trasfondo folklórico de muchos pueblos aparecen culebras, lagartos o dragones (sus hermanos mayores mitológicos) que acosan a las gentes, sobre todo a doncellas. Parecen tener una fijación obsesiva con la mujer desde mucho antes de que la serpiente se convirtiera en símbolo del demonio, vencido por la Virgen y los santos.

El antropólogo Luis Díaz Viana explica que sierpes, lagartos y dragones provienen de un submundo cultural e identitario, ligado a hondas supersticiones y que, precisamente a través de la mujer, enlazan tiempos y relacionan culturas. «Son lo antiguo que no se ha ido, que no deja de volver», sostiene el antropólogo. Aún hoy subsisten en leyendas urbanas, como la de la culebra que succiona la leche de una joven madre y que, de tanta que bebe, acaba reventando. Como el lagarto de la Malena.

UN LEVIATÁN GALLEGO

A mediados de junio, la localidad gallega de Redondela celebra la famosa Festa da Coca. Las calles se llenan de alfombras de flores sobre las que pasa la procesión del Corpus Christi, se bailan las tradicionales danzas de las espadas y de las *penlas* en la plaza de la Constitución y la monstruosa Coca recorre las calles de la villa, como viene haciendo desde el siglo XIV.

Cuentan que por entonces surgió de las embravecidas olas del mar un terrorífico animal, con cuerpo de dragón y gran cola de serpiente, con enormes alas semejantes a las de un murciélago colosal, fuertes garras, afilados dientes y unos ojos que relucían como ascuas. El temible ser marino irrumpió en Redondela y devoró a dos muchachas sin que nadie pudiera impedirlo, antes de volver a zambullirse y desaparecer entre las aguas. Una y otra vez repitió el monstruo su incursión en Redondela llevándose siempre a las chicas más hermosas de la villa, ante la impotencia de sus aterrados habitantes.

Quiso la fortuna que el marinero Xan Carallás escuchara un día los quejidos de unas muchachas cuando navegaba por la ensenada. Las voces procedían de la isla de San Simón. Allí era donde la Coca mantenía cautivas a las jóvenes que raptaba. Carallás corrió hasta Redondela para formar un ejército con los hombres más valerosos que encontró. Armados hasta los dientes, asaltaron la isla por sorpresa, dando muerte a la bestia y liberando a las jóvenes, que fueron llevadas de regreso al pueblo junto a los restos del temido monstruo.

Aquel día se celebraban las fiestas del Corpus Christi y el cortejo con los restos de la Coca, las chicas y sus salvadores se integró en la procesión.

Desde entonces se recuerda aquel día con el baile de las *penlas* (como se conoce a las niñas vestidas de blanco y con alas que bailan sobre los hombros de unas mujeres llamadas *burras*) y con la danza de las espadas de los victoriosos marineros que acabaron con el dragón.

Lejos de remontarse a la Edad Media, como la fiesta del Corpus, la leyenda de la Coca de Redondela surgió hace apenas medio siglo. El historiador José Martínez Crespo asegura que no se conocía antes de la Guerra Civil. Es una leyenda que explica de forma sencilla de dónde viene la Coca, el baile de las *penlas* o la danza de las espadas y a la gente le gusta, pero poco tiene que ver con el origen histórico de los elementos característicos de la fiesta del Corpus Christi en Redondela. Porque la Coca no tiene sentido alguno sin el Corpus.

Del latín tardío *cocatrix* ('cocodrilo'), Coca se llamó en Galicia al dragón que formaba parte de la procesión en esta solemnidad católica nacida en el siglo XIII. Es un trasunto de la Tarasca, que dio nombre a la ciudad francesa de Tarascón, un monstruo entre serpiente, murciélago y cocodrilo que, según la leyenda, causaba estragos en la desembocadura del Ródano hasta que fue abatido gracias a santa Marta. Así lo contaba el padre Sarmiento en 1760: «En Galicia, y en especial en Pontevedra, no se llama Tarasca sino Coca y este es nombre más apropiado para lo que representa en la procesión del Corpus».

Cocas y tarascas pronto acompañaron a las procesiones del Corpus en una tradición que aún hoy se mantiene en ciudades como Toledo, Granada o Tudela. Simbolizaban al demonio vencido por los ejércitos celestiales, al leviatán bíblico sobre el que triunfa el bien, como el dragón abatido por san Jorge o por el arcángel san Miguel. Y en la época, representaban también la herejía derrotada por la religión católica.

En Redondela, la procesión del Corpus hacía antiguamente una parada junto al convento de las monjas justinianas de Vilavella. Entonces, un guerrero armado a caballo descubría a la Coca, que estaba medio escondida entre la multitud, y la desafiaba en voz alta, justificando el combate que iba a tener lugar en nombre del Santísimo Sacramento. El dragón abría las fauces, mostraba sus dientes y bramaba durante la representación de esta lucha que finalizaba con la Coca vencida y maltrecha. El monstruo desaparecía de nuevo entre la gente... y era guardado hasta el año siguiente. Era la escenificación del combate entre san Jorge y el dragón, documentado en la Península desde los siglos XIV y XV.

Todos los estamentos sociales participaban en el cortejo eucarístico y los gremios llevaban a cabo diferentes espectáculos. Los marineros interpretaban la danza de espadas, y las panaderas, el baile de las *penlas*. Era una fiesta cívico-religiosa, con elementos anteriores al Corpus que se remontaban a un antiguo ceremonial de rogativas por las cosechas. En este rito anterior, se colocaba la figura de un dragón, orgulloso y con la cola erguida, delante de la cruz el primer día y vencido tras la cruz triunfante el tercero, con la cola caída. Con la institución de la fiesta eucarística, este demonio de las rogativas pasó a integrarse en la celebración del Corpus, con el mismo significado. Con su cabeza erguida y su cola levantada, la Coca de Redondela sigue ese modelo de dragón de las rogativas por las cosechas.

Las *penlas*, sin embargo, son anteriores. Martínez Crespo cree que tienen su origen en la fiesta pagana de la primavera, que acabó cristianizándose en la del Corpus. ¿Por qué bailaban las niñas sobre los hombros de las *burras*? Nadie lo sabe. Precisamente la búsqueda de una explicación a este misterioso baile llevó en el siglo pasado a la invención de esta leyenda, que vuelve a paganizar así a las *penlas*.

La Coca se fue convirtiendo con el paso del tiempo en una figura cada vez más curiosa y extraña para el común de las gentes, que desconocían su origen, y adquirió tal popularidad que acabó por dar su nombre, en Redondela, a la propia celebración del Corpus.

EL TOPO MALIGNO DE LA CATEDRAL DE LEÓN

Sobre la Puerta de San Juan de la catedral de León cuelga un extraño pellejo oscuro. Es el «topo maligno» responsable, según la tradición leonesa, de que las obras del templo sufrieran mil y un contratiempos y se vieran continuamente retrasadas. Cada noche, el topillo salía de su escondrijo y minaba los cimientos de la catedral de Santa María de Regla, echando abajo los trabajos realizados por los canteros durante el día.

Cuentan que un grupo de leoneses salió una noche en su búsqueda (o puso una enorme trampa en el subsuelo, según la versión de la leyenda que se cite). Los hombres lograron atrapar al enorme animal, al que dieron muerte y

colgaron su pellejo en la pared, como testimonio de su hazaña o como advertencia a otros posibles boicoteadores de la construcción.

Como muchas leyendas, la del topo de León cuenta con un trasfondo real. A la construcción de esta colosal catedral gótica le acompañaron multitud de avatares arquitectónicos que amenazaron continuamente su seguridad. De hecho, fue el primer edificio que se declaró Monumento Nacional en España, dada la emergencia de las obras que requería.

El topo vino a simbolizar esos mil y un obstáculos. Era una metáfora de las vicisitudes que sufrió la edificación. Ya desde sus inicios en el siglo XIII surgieron los primeros problemas, causados por la mala calidad de los cimientos. En el mismo solar se había levantado anteriormente la antigua catedral, sobre el palacio del rey Ordoño II, y este, a su vez, sobre unas antiguas termas romanas. Parte de los fallos que arrastra la construcción tienen su origen en los hipocaustos del siglo II, esos sistemas de calefacción del suelo que se utilizaron en las termas del Imperio romano.

Las humedades y la filtración de aguas ocasionaron desde el principio graves inconvenientes, a los que se sumaron la deficiente calidad de la piedra con la que se construyó el templo, de material poroso que se corrompe con el frío, la humedad y el hielo. Y para más inri, su atrevido diseño, con sus formas ligeras y sus enormes ventanales, constituyó un auténtico desafío.

La catedral de León tuvo desde sus inicios una vida muy accidentada. Ya a finales del siglo XIV se resintió el hastial sur, al desequilibrarse los pilares torales, y hubo que construir la «silla de la reina», obra del maestro Jusquín. En 1631 se derrumbó parte de las bóvedas de la nave central y Juan Naveda, arquitecto de Felipe IV, cubrió el crucero con una gran cúpula barroca. Los contrarrestos de esta, tan distintos a los góticos anteriores, pusieron en peligro las capillas del sur y el hastial, que tuvo que ser reedificado en 1694. Por si todo esto fuera poco, la catedral de León se vio afectada por el terremoto de Lisboa de 1755, sobre todo sus vidrieras.

Los mayores temores se vivieron, sin embargo, en el siglo XIX. En 1857 comenzaron a caer de nuevo piedras de las bóvedas y el peligro de hundimiento se hizo más inminente. Un informe de la Junta General del Reino de 1876 advirtió de las amenazas que se cernían sobre el edificio por la descomposición de la piedra, la erosión y el paso del tiempo. «Todo este conjunto de fatales circunstancias hace fundamentalmente temer que este edificio, maravilla del arte, admiración de propios y extraños, no sea en breve

más que un montón de escombros», señalaba el documento del siglo XIX. Hubo que cerrar la catedral hasta 1901 para llevar a cabo importantes obras de restauración, pero las calamidades no acabaron ahí. Medio siglo después, el 29 de mayo de 1966, un rayo provocó un incendio que destruyó casi la totalidad de la techumbre de las naves altas.

Aún en los últimos años se han sucedido percances, como la caída de parte de una cornisa en enero de 2015. Se han acometido diversos proyectos de restauración y conservación... Y los que vendrán en un futuro. ¿Realmente mataron al topo de la catedral? Hasta en la web oficial de este monumento nacional bromean con la duda.

En el interior del templo, sobre la pared de la Puerta de San Juan, aún sigue colgado el pellejo animal. A principios de los años noventa lo bajaron por primera vez para restaurarlo y llevarlo a una exposición que se iba a celebrar en Barcelona. Máximo Gómez Rascón, director del Museo de la Catedral de León, fue uno de los asistentes al peculiar descendimiento y recuerda con nitidez aquella escena: «Se cayó el mito. Era claramente el caparazón de una tortuga».

Investigadores de la Universidad de León confirmaron después que los restos colgados en la catedral corresponden a una tortuga laúd. Quién la llevó a la catedral y quién la colgó allí continúa siendo un misterio. Gómez Rascón especula con que probablemente fue una ofrenda de alguna persona a la catedral. No tuvo por qué ser un indiano que la trajera de América, como en el caso del cocodrilo que cuelga en la iglesia de Medina de Rioseco. La tortuga laúd bien pudo haber sido capturada en el norte de España ya que hasta el siglo XIX abundaban en el Cantábrico.

Es evidente que quien colgó el caparazón en la pared de la catedral sabía de qué animal se trataba, pero posiblemente estos restos fueron presentados desde el principio como los del topo, o muy pronto se dijo que lo era. Colgado como estaba y visto desde abajo, parecía realmente el pellejo de un topo gigante.

Las referencias más antiguas que existen en León sobre el animal hablan de un topo y nadie imaginó nunca que fuera una tortuga. Gómez Rascón sospecha que el bicho es coetáneo de la gran restauración de la catedral de principios del siglo XX porque el muro donde fue colgado no tiene ni cien años, aunque admite que bien podría haber sido expuesto antes en otro lugar de la iglesia y posteriormente en el que hoy ocupa.

Los restos de la tortuga fueron restaurados en Madrid y, tras la exposición de Barcelona, regresaron a su lugar de siempre en la catedral de León. Allí permanecen hoy y son muchos los que siguen acercándose con curiosidad a contemplarlos. Que sea una tortuga no ha menguado la popularidad del famoso «topo». Gómez Rascón recuerda una anécdota que le sucedió hace un tiempo, que muestra la importancia que puede tener en el imaginario colectivo una leyenda. Era un día de agosto y la catedral estaba a punto de cerrar sus puertas. El director del museo salía de la iglesia cuando vio a una señora que le suplicó que le concediera unos minutos para enseñar el topo a sus hijas. Amablemente, el responsable de Patrimonio las acompañó y les contó la historia del famoso saboteador de las obras. Antes de finalizar, aclaró que se trataba de una leyenda y explicó que el pellejo del topo era en realidad el caparazón de una tortuga. Indignada, la señora le reprendió: «¡Así destruye usted la fe de mis hijas!».

Las termas romanas de sus cimientos, con sus túneles subterráneos, la construcción accidentada del edificio, aquel bicho colgado en la pared... todo encajaba en la leyenda del topo. Era una historia tan vinculada al lugar, una metáfora tan acertada de las vicisitudes de la catedral, que poco importa hoy si aquel extraordinario animal tenía pellejo o caparazón.

PUEBLOS SUMERGIDOS

Hay quien asegura que en las noches de San Juan aún voltea una campana de la iglesia de Valverde de Lucerna, aunque solo los que están «en gracia de Dios» pueden escuchar el sonido que surge desde las profundidades del lago de Sanabria. Bajo sus aguas quedó sumergida esta legendaria ciudad zamorana que otros llaman Villa Verde. De ella dicen que «el que va ya no vuelve».

Hasta Valverde llegó un día un pobre andrajoso pidiendo limosna. Al verlo la gente apresuraba el paso y cerraba las puertas cuando se acercaba. Solo en una casa apartada en un alto alejado de la ciudad, el panadero sintió compasión del mendigo y le animó a pasar y sentarse junto al fuego. El buen hombre horneó la última masa de pan que le quedaba y cuando fue a sacar el bollo para servirselo, descubrió atónito que la masa había aumentado tanto de

tamaño que casi no cabía por la boca del horno. El harapiento le dijo al panadero que guardara el pan para alimentar a su familia hasta que alguna barca acudiera en su rescate y se marchó, dejando aquella casa con tanto pan como estupor.

Estos hechos ocurrieron, según otras versiones, en una noche desapacible, previa a la fiesta de San Juan. Al mendigo lo describen como un hombre alto, de barba larga y abundante cabello, que se apoyaba en un bastón del que colgaban dos conchas y buscaba refugio para pasar la noche. Casa por casa fue rechazado hasta que llegó a un horno de leña donde unas mujeres cocían pan. Allí se produjo el milagro del pan que aumentó tanto de tamaño que solo pudieron sacarlo por trozos para compartirlo con el pobre peregrino. Y este les dijo a las mujeres: «Gracias por socorrerme. Realmente solo vosotras sois dignas de ser salvadas en este pueblo. Seguid en el horno y no salgáis esta noche. Voy a castigar a este pueblo, que no se acuerda, cuando está con el estómago lleno y calentándose a la lumbre, de los que pasan hambre y frío».

Antes de abandonar Valverde, el mendigo se sacudió el polvo de sus pies y cogiendo el cayado proclamó: «Donde clavo este bastón, que salga un borbollón».

Tanta agua brotó que al poco inundó el lugar, sumergiendo por completo el pueblo con sus habitantes. Solo la casa del humilde panadero (o la de las caritativas mujeres) se salvó. Aquel mendigo, explican, era Jesucristo, que castigó a Valverde por su tacaño recibimiento.

Al parecer, algunos vecinos trataron de salvar las campanas de la iglesia con ayuda de una pareja de bueyes, pero solo uno logró salir del lago arrastrando la suya. El otro se ahogó con la campana, que aún resuena bajo el agua cada noche de San Juan. O eso dicen. Otros creen haber visto luces sobre las aguas, en las noches más oscuras, las almas de los desaparecidos que intentan huir del profundo lago. De ahí que se llame al lugar Valverde, o Villa Verde, de Lucerna.

Cautivado por la leyenda del lago de Sanabria, Miguel de Unamuno situó el escenario de su novela *San Manuel Bueno, mártir* en la legendaria localidad sumergida. El escritor vasco, que visitó este lago de origen glaciar en 1931, escribió además unos versos sobre el campanario sumergido, «toque de agonía eterna bajo el caudal del olvido», y sobre el vecino monasterio de San Martín de Castañeda que hoy alberga el museo y centro de interpretación del Parque Natural de Sanabria.

Precisamente los monjes de San Martín de Castañeda pudieron desempeñar un papel impulsor de la leyenda. Según Ramón Menéndez Pidal, de las influencias que llegaban a través de la ruta hacia Santiago de Compostela y de sus contactos culturales con monjes foráneos de su misma familia religiosa, los cistercienses debieron de conocer un episodio de la épica carolingia que se narra en el *Códice Calixtino* y situaron en el lago el milagro del Cristo mendigo y el pueblo sumergido de Valverde de Lucerna.

Por desgracia, parte de la leyenda se hizo realidad la aciaga noche del 9 de enero de 1959. La rotura de la presa de Vega de Tera arrasó el pueblo de Ribadelago, causando la muerte de ciento cuarenta y cuatro de sus habitantes.

Del lago de Carucedo, en Las Médulas (León), también se dice que existe una Lucerna bajo sus oscuras aguas. En 1840, el escritor Enrique Gil y Carrasco achacó el origen del lago al amor imposible entre Salvador y María que desafió al cielo a finales del siglo XV, pero la leyenda más extendida habla de que allí yace Lucerna Ventosa, una de las tres ciudades de la Península que se resistieron a ser conquistadas por Carlomagno. Según narra el Pseudo Turpín, del *Códice Calixtino*, el emperador francés rogó a Dios que le entregara la indómita ciudad y al poco sus muros se derrumbaron y del suelo brotó un sucio torbellino de agua que la inundó, convirtiendo el lugar en un turbio estanque en el que nadaron grandes peces negros.

Esta Lucerna se ha ubicado también en el lago de Sanabria, o en el castro de La Ventosa, en Cacabelos (León), además de en el lago de Carucedo, cuyo origen real fue consecuencia de la explotación aurífera en Las Médulas en época romana. Los tres lagos donde se ha localizado esta ciudad sumergida se encontraban en caminos que llevaban hasta Compostela. No por casualidad. En las épicas galas aparece con frecuencia la legendaria ciudad de Luiserne, en el Camino de Santiago. A través de la ruta Jacobea habría llegado a España esta leyenda que se cree que puede proceder de la Lucerna suiza. Allí surgió la historia de la ciudad sumergida cuando se fundó Lucerna, en su actual emplazamiento al borde del lago, sustituyendo a una población anterior que quedó bajo sus aguas.

En el fondo de otro lago, la laguna de Antela, situada en la comarca orensana de La Limia, se supone que dormía «sepultada bajo las aguas, la ciudad de Antioquía, que paga por los siglos de los siglos sus pecados nefandos», escribía Camilo José Cela en *Mazurca para dos muertos*. Los muertos de Antioquía «piden perdón volteando las campanas la noche de San

Juan, pero ni les llega ni les llegará nunca porque están condenados por toda la eternidad», añadía el escritor antes de alertar a los lectores de que «el que cruza la laguna de Antela pierde la memoria».

Dicen que las noticias sobre la idolatría al gallo de los habitantes de Antioquía y sus demás pecados llegaron hasta tal extremo que Dios decidió castigar a la ciudad. Jesucristo quiso salvar a los justos que pudieran vivir entre tantos pecadores y, bajo el aspecto de un mendigo, recorrió las calles pidiendo limosna sin dar con nadie que se compadeciera. Ya se marchaba de Antioquía cuando, en una choza apartada, una pobre vieja que solo poseía una cabra y una gallina le invitó a entrar, le dio algo de comer y le dejó su propia cama para que descansara. Al amanecer, Jesucristo mostró a la anciana el castigo que habían recibido los habitantes de Antioquía por no haberle dado posada ni una taza de caldo: un lago había cubierto por completo la ciudad.

También decían que en la laguna de Antela, con los primeros rayos de sol tras la noche de San Juan, se escuchaban sonidos del campanario de la iglesia y que, en Navidad, a las doce en punto, se oía cantar a los gallos.

Lamentablemente, el que fuera el mayor lago de agua dulce de España fue desecado en la década de los cincuenta sin que apareciera rastro alguno de la mítica ciudad. Con su particular sentido del humor, el escritor Álvaro Cunqueiro así lo recogió en sus *Fábulas y leyendas de la mar*: «La más importante de nuestras ciudades sumergidas era la llamada Antioquía de Galicia, en la laguna de Antela, en Orense. Éramos muchos los que aguardábamos noticias de la Antioquía asolagada. Y no apareció nada. Ni rastros de las murallas, ni de los siete castillos, ni del palomar del rey, ni de la plaza de armas, ni de la iglesia, cuyas campanas sonaban en ciertas noches, tocadas por no se sabe qué campanero, quizás un humano convertido en sinuosa anguila (...). No había tal Antioquía de Galicia».

En el lago de Maside, también gallego, aseguran que en la noche de San Juan se escucha repicar las campanas de San Martiño del Lago, que desapareció por no haber prestado ayuda a la Virgen. Y bajo el lago de Isoba, situado a 1120 metros de altitud a los pies de Peña San Justo, en León, otro pueblo fue castigado por negar su auxilio a un peregrino que no era otro que Jesucristo en traje de pobre. Solo la pecadora Magdalena se apiadó de él y por eso su casa se salvó de ser inundada cuando el peregrino dijo: «Húndase Isoba, salvo la casa de la pecadora». En el pueblo de Isoba existe una

pequeña iglesia consagrada a María Magdalena que ha atendido desde siempre a las pocas almas que viven durante todo el año en este lugar apartado en la montaña leonesa.

La perdición de la legendaria ciudad de Argentola no fue su falta de caridad, sino su vanidad. Cuentan que Adulfo, primer obispo de Oviedo, estuvo enterrado en su colosal iglesia hasta que un enorme cataclismo sumergió la localidad asturiana en las oscuras aguas de la ría de Avilés. Los pocos que sobrevivieron se subieron a las colinas de alrededor y fundaron el actual pueblo de San Juan de Nieva, en el concejo de Gozón. Afortunadamente lograron salvar los restos del obispo, que hoy estarían sepultados en la capilla de la iglesia, mucho menos pretenciosa, de San Juan Bautista.

Vicente de Diego, que recopiló un ingente número de leyendas en su *Antología de leyendas*, destacaba que el relato de ciudades sumergidas en castigo por la impiedad de sus habitantes está muy extendida por todo el mundo. Son bastante comunes los orígenes legendarios de lagos sobre poblaciones que no auxiliaron a Jesucristo o a su madre. Estas historias piadosas se han relacionado con una supuesta memoria arcaica del diluvio universal. Nacieron y fueron difundidas con el propósito de que los creyentes se lo pensarán dos veces antes de rehusar dar una limosna y para que el castigo a los tacaños fuera tomado como ejemplo y precedente de las penas del juicio final.

Existe una popular leyenda celta de origen bretón que cuenta la tragedia de la ciudad sumergida de Ys, una antiquísima localidad que fue tragada por las aguas. El mito, del que existen diversas versiones con más o menos elementos cristianos, se extendió por todo el mundo cultural celta, como en Galicia. Desde entonces son muchos los lagos y lagunas donde algunas noches del año resuenan los tañidos de campanas bajo el agua, como las de la antigua catedral de Ys.

DE DIABLOS Y ENDEMONIADOS

LA CUEVA DE SALAMANCA

Bajando por la calle de San Pablo y subiendo a continuación la cuesta de Carvajal se llega en la capital charra a uno de los enclaves con más misterio de la ciudad: la famosa Cueva de Salamanca. En esa cripta de la hoy desaparecida iglesia de San Cebrián se cuenta que Hércules fundó una academia para impartir enseñanzas mágicas y que el mismísimo Satanás dictaba clases de artes oscuras. De noche, a la luz de una incombustible vela, el diablo pervertía las almas de siete alumnos durante siete años con sus lecciones de magia, adivinación y nigromancia, a decir de algunos, a través de una cabeza parlante. A cambio, estos debían pagar un precio. Al término de este máster en secretos conocimientos, uno de ellos, elegido al azar, se quedaba para siempre al servicio del Maligno.

Las clases terminaban el día de San Juan y los alumnos se atropellaban por salir los primeros cuando llegaba ese día o sorteaban su turno. La puerta era minúscula y tenían que abandonar la cueva uno a uno. «Quédate tú», le decía a cada uno el diablo, pero el aludido respondía: «Que se quede el que viene tras de mí», hasta que llegaba el último y el diablo lo agarraba entre sus uñas. Al desafortunado nadie volvía a verle jamás.

Uno de los estudiantes que acudió a estas diabólicas clases fue el marqués de Villena, Enrique de Aragón, a quien la fama de mago y nigromante le acompañaría de por vida. No está muy claro si la suerte se decantó en su contra en el sorteo final o si quiso ser el elegido para quedar preso en la cueva, puesto que su audacia y temeridad eran de sobra conocidos en esta ciudad universitaria en el siglo XIV. El astuto marqués había urdido un plan para gastar una pesada burla al diablo y tal como lo pensó lo llevó a cabo. Era el último para salir de la cueva y Satanás había seguido el acostumbrado

ritual del «quédate tú» hasta que le llegó el turno a Enrique de Villena. Este contestó igual que sus predecesores: «que se quede el último que viene tras de mí» y como ya el sol iluminaba la salida, el diablo agarró la sombra que marchaba tras él.

Otros cuentan que el marqués sí que quedó encerrado en la cueva, pero cuando se encontró solo aprovechó para esconderse en una tinaja, con cuidado de que sobre la tapa quedara todo lo que había como estaba. Allí, agazapado, aguardó su oportunidad. Cuando el maestro y los estudiantes volvieron, se sorprendieron de no encontrarle en la cueva y, al ver sobre la mesa un libro de magia, pensaron que el marqués lo había utilizado para huir y salieron en su busca. En su precipitación, dejaron abierta la puerta de la cripta. Aquel fue el momento que aprovechó el marqués para llegar hasta la iglesia y ocultarse tras un altar, donde esperó hasta el día siguiente. Cuando el templo se llenó de feligreses para la misa, salió de San Ciprián y no volvió a poner un pie en la cueva. También en esta fuga el marqués perdió su sombra, como cuentan que le ocurrió al cura navarro Juan de Atarrabio y a otros que tuvieron tratos con el diablo. Enrique de Villena la tuvo que dejar en la tinaja para lograr escapar de la Cueva de Salamanca, donde cesaron desde entonces los oscuros estudios.

Las sospechas de que en la cueva de San Ciprián se aprendía lo prohibido vienen de antiguo. Jerónimo Münzer, un viajero alemán que visitó Salamanca en 1494, ya advertía que por entonces el vulgo contaba de aquel sitio «mil patrañas». Tantas, que llegaron hasta los oídos de la reina Isabel la Católica y esta ordenó cerrar a cal y canto el lugar. En aquella época, la cripta no se limitaba al espacio actual. Münzer la describe como un ancho subterráneo que tenía en su interior varias criptas y oquedades a modo de hornos. Era un lugar lo suficientemente antiguo y misterioso como para albergar esas aulas mágicas que contaban con tanta fama en Salamanca.

La ubicación de esta oscura cátedra en la cripta de una iglesia puesta bajo la advocación de san Cebrián tampoco parece casual. Cebrián, Cipriano o Ciprián son nombres ligados a la magia. San Cipriano de Antioquía fue nigromante y mago antes de convertirse al cristianismo y otro Cipriano, obispo de Cartago, también tuvo inclinaciones por la magia en su juventud. En el siglo XVI alcanzó gran fama el «Libro de san Cipriano», con conjuros e invocaciones al diablo.

Tampoco el protagonista más famoso de la leyenda está escogido al azar.

Enrique de Aragón (1384-1434), pariente de los reyes de Aragón y de Castilla, fue uno de los personajes más controvertidos de su época. Maestre de la Orden de Calatrava, aunque por corto tiempo, fue un apasionado por todas las ciencias, lícitas e ilícitas. Su contemporáneo Fernán Pérez de Guzmán ya dijo de él que su amor por las escrituras no se detuvo en las ciencias nobles y cristianas, sino que traspasó a algunas viles artes de adivinar e interpretar «sueños, estornudos, señales y otras cosas que a ningún príncipe real y menos católico convenían».

Sus conocimientos en alquimia y astrología pronto le dieron fama de hechicero y nigromante, una reputación que creció aún más cuando a su muerte, en 1434, el rey Juan II ordenó al inquisidor Lope de Barrientos que revisara su biblioteca y que quemara sus escritos más dañinos o condenables. Se salvaron obras como su *Tratado de la lepra*, el *Tratado de la consolación* o el famoso de *Los doze trabajos de Hércules*. Otras, como *Arte notoria*, *Los experimentos*, *la Clavícula de Salomón* o el *Libro de Raziél*, el guardián del paraíso terrenal, se perdieron para siempre entre las llamas.

La quema de buena parte de sus libros en el monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid y las acusaciones de mago, astrólogo y nigromante convirtieron al marqués de Villena en carne de leyenda. En Salamanca, su perfil encajaba como un guante en la que ya se contaba sobre la Cueva de Salamanca, con sus clases diabólicas y saberes prohibidos. Además, a pocos metros de esta, se daba la circunstancia de que se encontraba la Torre del Marqués de Villena. Ambas en una de las zonas más antiguas de la ciudad, junto a los restos de la antigua muralla romana. Asociar al marqués con el legendario subterráneo era cuestión de tiempo, aunque ni la torre fue nunca propiedad del célebre nigromante, ni se tiene noticia de que estudiara en Salamanca.

El padre Jerónimo Feijóo, látigo de supersticiones, tachó de cosa fabulosa que en la famosa cueva diera clases el diablo. A su juicio, era el sacristán Clemente Potosí quien «engaitaba» a los muchachos con algunos juegos de manos que sabía y les sacaba los cuartos a cambio de enseñárselos. «Todo lo demás lo fue añadiendo el vulgo poco a poco, hasta formar una gigantesca fábula», añadía el ilustrado (1676-1764).

Una fábula que, según el viajero alemán Münzer, nadie creía ni sabía de alguien que lo creyera. A él la Cueva de Salamanca le recordaba a la de la Sibila de Cumas, un lugar como tantos otros donde los romanos realizaban

sus oráculos. Otros apuntan a un posible escenario de ritos iniciáticos de druidas en época celta. Quizá el antiguo recuerdo de que allí se practicaba la adivinación se encuentre en el origen de la leyenda, o que la cripta fuera un espacio seguro donde aprender y enseñar de forma clandestina otros conocimientos que no se impartían en la universidad, unos saberes «sospechosos» en la época, aunque no necesariamente diabólicos.

La fama de la Cueva de Salamanca pervivió dentro y fuera de España, en obras como el famoso entremés de Miguel de Cervantes, la comedia de Juan Ruiz de Alarcón y la de Francisco Rojas Zorrilla o incluso en las de autores extranjeros como el alemán Theodor Koerner o el inglés Walter Scott. Hasta el propio nombre de Salamanca se ha relacionado etimológicamente con un «lugar de encantamiento» o «sede de adivinación». De España, la leyenda saltó a Hispanoamérica: aún hoy se asocia el término *salamanca* con la magia y la brujería en Argentina, Perú o Chile.

EL SILLÓN DEL DIABLO

El Sillón del Diablo pasaría desapercibido en la sala 14 del Museo de Valladolid, entre el resto del mobiliario del siglo XVI, si no fuera por la maldición que pesa sobre él. Hoy solo una cinta de seda evita que los visitantes puedan descansar en esta silla de madera y cuero, pero en otro tiempo llegó a estar colgada a una respetable altura y boca abajo, para que nadie cometiera la misma imprudencia que los dos infelices que aparecieron muertos entre sus brazos.

Este sillón frailer, llamado así por ser habitual en conventos y monasterios, habría pertenecido al licenciado Andrés de Proaza, un médico que realizaba notables curaciones a mediados del siglo XVI. Coincidió que en el año 1550, Alfonso Rodríguez de Guevara estableció en Valladolid la primera cátedra de Anatomía de España. Durante veinte meses, el prestigioso cirujano granadino impartió clases en un aula de la universidad que incluyeron la disección y estudio anatómico de cadáveres procedentes del Hospital de Corte y del de la Resurrección.

Andrés de Proaza fue uno de los más fieles alumnos de este curso de Anatomía. Vivía entregado a la medicina y, desde la llegada de Rodríguez de

Guevara, quedó fascinado con sus clases. Pronto comenzó a murmurarse en la ciudad que los estudios del licenciado no concluían allí y que practicaba rituales de magia en el sótano de su casa de la calle de Esgueva, situada hoy entre la calle Angustias y la de Piedad. Los vecinos aseguraban que por la noche se escuchaban gemidos y que el río, al que entonces daba la trasera de la vivienda, «llevaba teñidas sus aguas de rojo, como de sangre que en él se hubiera vertido y se hubiera coagulado en largos filamentos, que flotaban y se perdían en la corriente».

Los rumores se convirtieron en clamor cuando desapareció un niño del vecindario. Ante las insistentes denuncias, las autoridades ordenaron que se registrara el domicilio del licenciado Proaza. Allí los alguaciles encontraron, horrorizados, los restos del pequeño a quien el médico había practicado una vivisección, es decir, una disección en vivo, como él mismo confesó.

Durante el proceso que siguió a su detención, el acusado aseguró que no practicaba la hechicería, pero alertó de que tenía en su casa un sillón que le había regalado un nigromante de Navarra al que salvó de la persecución que llevó a cabo fray Juan de Zumárraga en 1527. Proaza advirtió que quien se sentaba en esa silla recibía «luces sobrenaturales para la curación de enfermedades», pero el que no fuera médico y descansara en ella en tres ocasiones, moriría. La misma suerte seguiría quien osara destruir este particular sillón.

Andrés de Proaza fue sentenciado a muerte y ahorcado por sus crímenes. Vivía solo y no se le conocía familia alguna, así que sus bienes fueron a parar a un trastero de la Universidad de Valladolid. Allí, tiempo después, un bedel encontró el famoso sillón y, desconociendo su procedencia, se lo llevó para descansar en el pasillo durante la larga espera de las clases. Tres días después fue hallado muerto, sentado en él. También el bedel que lo sustituyó siguió su misma suerte, a los tres días de haberle reemplazado en sus funciones. Fue entonces cuando alguien recordó las palabras de Proaza sobre la maldición del sillón. Dado que no se podía destruir, para evitar nuevas tragedias se acordó colgarlo en la capilla universitaria, de forma que nadie pudiera volver a usarlo.

Allí permaneció hasta que se decidió el derribo del antiguo edificio de la Universidad. En 1890, el Sillón del Diablo pasó a formar parte de las colecciones del Museo Provincial y al menos desde 1968 se expone en sus salas como un exponente más del mobiliario del siglo XVI. Se trata de una

silla de brazos de roble, con asiento y respaldo de cuero trabajados con dibujos geométricos, aunque no hay nada cabalístico en ellos. Su principal particularidad, además de la leyenda que le acompaña, claro está, es que se puede desmontar.

Hay personas que han pedido permiso al museo vallisoletano para pasar la noche sentadas en el sillón, buscando ese saber sobrenatural para curar enfermedades o quizá como simple desafío a la leyenda. Sus peticiones siempre han sido denegadas, aunque no porque el sillón tenga una consideración especial. Tampoco se habría permitido con cualquier otra silla de las allí expuestas. ¿Habría salvado el museo a más de uno? Quien crea en el oscuro pasado del Sillón del Diablo seguro que así lo considera.

La leyenda debió de ser transmitida oralmente en el ambiente universitario hasta que el profesor Saturnino Rivera Manescau la fijó en un libro. La historia guarda muchas similitudes con la de la Cueva de Salamanca, donde el diablo impartía clases, al parecer, también sentado (otros dicen que a través de una cabeza de alambre, depende de las versiones). Ambas son leyendas universitarias, relacionadas con el aprendizaje inmediato y mágico del conocimiento. Detrás de estos relatos subyace la creencia, tan extendida en el pasado, de que el saber puede ser peligroso. En la Edad Media y en los inicios de la Edad Moderna, todo el conocimiento que se alzara contra la fe o fuera en paralelo a ella resultaba sospechoso. Hasta a los universitarios se les miraba con recelo. En aquellos tiempos no era nada fácil distinguir hasta dónde llegaba la magia y hasta dónde el saber.

Historias como la del Sillón del Diablo hablan de la pasión desmedida por aprender, del ansia incontenible por saber más, como en el mito de Fausto. Y en ese afán por conocer los secretos del mundo a cualquier precio, se llega a pactar con el diablo, ese ser que se caracteriza por haber cruzado líneas que no había que cruzar.

En el caso del licenciado Proaza, a esas sospechas se sumaba además el recelo que suscitaban aquellas primeras autopsias y disecciones para el estudio de la medicina. Entrar en el cuerpo humano era un tema muy delicado entonces, que suscitaba conflictos de tipo moral porque... ¿qué pasaba con el alma?

Tanto en esta leyenda como en la de la Cueva de Salamanca —que pudo pesar en ella, dada la fama que alcanzó esta última y la relativa cercanía de ambas ciudades—, predomina la idea de que tomar un atajo para el saber trae

aparejadas fatales consecuencias. Es posible que existiera un médico llamado Andrés de Proaza, que viviera en aquella Valladolid del siglo XVI y que asistiera a aquellas primeras clases de anatomía que se impartieron en la universidad. Pero es más probable que los temores que pululaban entre los vallisoletanos por aquellas prácticas médicas se convirtieran en rumores que se fueron extendiendo por la ciudad, como en una leyenda urbana actual, hasta que acabaron por adjudicarse a un personaje concreto para dotar de verosimilitud al relato. Una leyenda como la del Sillón del Diablo, anclada a un personaje, a un sitio y a un objeto concreto, contaba con un éxito seguro, como se ha podido comprobar con el paso del tiempo. Está bien inventada.

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

En una sola noche construyó el diablo el acueducto de Segovia. Una noche en la que, según una antigua tradición segoviana, estalló una terrible tormenta que atemorizó a los habitantes de la ciudad. Encerrados a cal y canto en sus casas, nada podían imaginar de lo que ocurría fuera. Solo una joven lo sabía y rezaba por su alma mientras oía los golpes de los demonios tallando las piedras, que sonaban como truenos, y veía las chispas que despedían los martillos, como relámpagos. Esta bella muchacha servía en una mansión de la plaza del Azoguejo y se pasaba el día acarreado agua con su cántaro desde una fuente lejana, cuesta arriba, hasta la casa. Cansada por el duro trabajo y con la envidia de haber visto pasar a otras chicas engalanadas para una fiesta, aquel día había llegado a decir: «Daría el alma al diablo si me trajese el agua hasta el Azoguejo».

Apenas había pronunciado estas palabras cuando ante la incauta muchacha se presentó un caballero con un ajustado traje de color púrpura, sombrero de ala ancha y unas grandes botas que ocultaban la deformidad de sus pies. Era el mismísimo Satanás, presto a aprovechar aquel momento de debilidad de la joven. «Donde tú desees tendrás el agua. Sí, hermosa doncella, puedo cumplir tus deseos, si tú a tu vez accedes a los míos. Y cuenta con que te ahorraré para siempre ese trabajo que tanto te hace padecer. Yo todo lo puedo». El precio no era otro que el alma de la joven. Esta aceptó, con una condición.

Los trabajos debían haber concluido antes de que el sol volviera a salir. Por eso rezaba temblorosa la chica, pidiendo a Dios un pronto amanecer.

La noche avanzaba y también los trabajos de las legiones de diablos que levantaban el acueducto, sin necesidad de cemento ni argamasa alguna. El día estaba próximo y solo faltaba un bloque por colocar. El mismo Satanás lo tomó entre sus garras, dispuesto a poner el broche final a su colosal obra, cuando de repente un sonido le detuvo. Era el canto de un gallo que anunciaba el nuevo día. En ese mismo momento un rayo de luz surgió sobre la sierra, iluminando el acueducto. Derrotado, Lucifer huyó gruñendo por entre los arcos, dejando las huellas de sus enfurecidas uñas en la piedra.

Dicen que sus marcas aún pueden verse en los bloques del sotabanco y que esas hendiduras que tienen los veinte mil sillares de granito fueron hechas por las uñas de los demonios que levantaron el acueducto aquella noche.

El canto del gallo despertó a los segovianos, que quedaron sorprendidos y maravillados con esa impresionante obra para la que no encontraban explicación. Unos a otros se preguntaban cómo y quién había levantado semejante construcción, hasta que la joven confesó lo ocurrido, aún espantada por lo vivido aquella noche infernal. Todos la acompañaron a la iglesia para dar gracias a Dios por haber adelantado aquel día y en el hueco del incompleto acueducto colocaron la imagen de la Virgen, que desde entonces protege a los habitantes de Segovia.

La leyenda del Puente del Diablo ya se contaba hace quinientos años cuando León de Rosmihal, cuñado del rey Jorge de Bohemia, viajó por España entre los años 1465 y 1467. Según le refirieron los segovianos al noble bohemio, «este puente, todo de sillería, lo había hecho el diablo en una sola noche, durante la cual todos se sintieron sobrecogidos de un gran temor, sin saber de qué causa procedía, y al amanecer vieron aquel puente que nunca antes habían visto; esto sucedió antes de que nosotros llegásemos allí».

A Antoine de Lalaing, caballero del Toisón de Oro, el relato le llegó mezclado con la creencia de que fue obra de Hércules, el legendario fundador de la ciudad. Este noble, señor de Montigny, acompañó a Felipe el Hermoso en su primer viaje a España y de Segovia dijo: «Hay allí un puente que el diablo, llamado Hércules, hizo en un día, sin cal ni arena, de cuatrocientos pies de alto, largo de una legua francesa y con dobles arcos, y corre por encima una fuente que surte de agua a toda la ciudad. Es cosa admirable y extraña de ver».

Tan admirable y extraña que a Ramón Gómez de la Serna le pareció poco dedicarle una greguería y escribió toda una novela para contar el fantástico «secreto» de este acueducto que en sus arcos más altos alcanza casi los 29 metros de altura. Tan grandioso monumento, concluía su protagonista, solo podía haber sido construido por los egipcios y su artífice yacería entre sus sillares, como un faraón momificado en su pirámide. Apasionante hipótesis, aunque muy alejada de la realidad.

Tras un estudio arqueológico de las piedras centrales del monumento, los expertos llegaron a la conclusión en 2016 de que esta magnífica obra de ingeniería romana se construyó entre los años 112 y 118 después de Cristo, en época del emperador Trajano.

Los dos huecos que hoy cobijan a la Virgen de la Fuencisla y a san Sebastián debieron de albergar a dioses paganos hasta la época de los Reyes Católicos. Las llamadas «huellas del diablo» que se encuentran bajo estas hornacinas son los rastros de un antiguo escrito en bronce que descifró el arqueólogo alemán Géza Alföldy. Viene a decir que fue restaurado siendo emperador Trajano y regidores de Segovia un tal Publio Nummio Nummiano y Publio Fabio Tauro. Como afirma el escritor José Antonio Abella, «a Roma lo que es de Roma, y al diablo lo que es del diablo».

Al que cruza el río Llobregat en Martorell (Barcelona), un puente gótico del siglo XIII levantado sobre una base romana y reconstruido en 1963, también se le conoce como el Puente del Diablo por una antigua leyenda muy similar a la que se cuenta en Segovia. El demonio lo habría construido en una noche, según su costumbre, con la condición de llevarse con él al primero que lo cruzara. Los vecinos aceptaron el trato, animados por una astuta anciana, y Satanás se puso manos a la obra.

En esta ocasión sí tuvo tiempo de concluir su obra antes de que saliera el sol y, cuando finalizó, la vieja que había instigado el trato fue la primera que se dirigió a la entrada con intención de cruzarlo. Llevaba un cesto al brazo, pero nadie reparó en él. Todos estaban pendientes del lento caminar de la mujer hacia su seguro final. También el demonio aguardaba para llevarse un alma más a los infiernos. Cuando por fin llegó al extremo del puente y todos sus vecinos contenían la respiración, la vieja abrió su canasta y empujó a un gato negro que pasó delante de ella a la carrera. Esa fue la prenda con la que tuvo que contentarse el diablo por no haber especificado que fuera una persona la que pasara primero.

También al acueducto romano de Les Ferreres, en Tarragona, se le llama el Puente del Diablo, como tantos otros en España y en el resto de Europa. En la Edad Media surgieron incontables leyendas que explicaban el origen de puentes y acueductos echando mano del diablo, un ingeniero, constructor y arquitecto de lo más prolífico a juzgar por el número de obras que se le atribuyen.

Con ligeras variantes, todas las historias seguían el mismo esquema: alguien con necesidad de acercar el suministro de agua o de atravesar un río o un peligroso barranco invocaba al diablo y firmaba un pacto con él. El precio solía ser el alma del contratante o del primero que cruzara el puente, si el demonio lo construía antes del amanecer. Todas concluían con el providencial (o inducido) canto del gallo antes de tiempo o el hábil engaño de un animal que pasaba primero, como pago al diablo.

De la existencia del demonio no se dudaba en la Edad Media y la creencia en los pactos diabólicos estaba tan extendida que allí donde surgía el asombro y la incomprensión ante la técnica con la que se había construido algo, era común que se atribuyera al diablo. El jesuita Martín Antonio del Río (1551-1608) lo resumía así en su tratado *Disquisitionum magicarum*: «Cuando un hecho no puede ser explicado ni como milagro, ni por las fuerzas de la naturaleza, ni por la habilidad del ingenio, es que hay pacto con el diablo».

Así fue como un gran número de osados puentes con grandes arcos, en lugares «imposibles» o colosales monumentos como el acueducto de Segovia, se revistieron de sospechas demoníacas. Eran vistos como un desafío arrogante a Dios, como repeticiones de aquella torre de Babel que con su increíble altura pretendía llegar hasta el cielo como un gigantesco puente desde la tierra.

Los puentes, además, han sido símbolos de poder desde la antigüedad. En Roma, uno de los colegios sacerdotales más prestigiosos era precisamente el de los pontífices y esta denominación se le adjudicó en la Iglesia católica al papa, «constructor de puentes» entre Dios y los creyentes. Como eterno rival de Dios, Satán sentía predilección por estas obras de ingeniería civil tan cargadas de simbolismo. O así lo creían entonces.

EL DIABÓLICO CONDE ARNAU

De la poza conocida como el Gorg dels Banyuts cuentan que cada noche, entre las diez y las doce, escapa del infierno el fantasma del conde Arnau. A lomos de su caballo negro, rodeado de fuego y acompañado de una jauría infernal, se lanza a una cacería nocturna por las tierras de Gombrén, Ripoll, Montgrony y Mataplana, en la comarca del Ripollés (Girona). El canto de un gallo negro desde la escarpada roca del Crest del Gall avisa al diabólico conde de que su peculiar recreo acaba y debe regresar al averno. Solo le perdonaron dos horas al día.

Este mítico señor feudal, cuya ambición y crueldad no tenía límite, dominó aquellas tierras con puño de hierro. Saqueaba pueblos, exprimía a sus vasallos y quienes se resistían a sus abusos eran ahorcados desde las almenas de su castillo. En el santuario de Montgrony (Gombrén, Girona) existen unos empinados escalones tallados en la roca que llevan hasta la iglesia de San Pedro. Según la leyenda, fueron esculpidos por siervos del conde Arnau, que no les pagó la soldada que les correspondía y por ello fue condenado a vagar eternamente. Aún existe una argolla oxidada al pie, donde dicen que el conde ataba su caballo cuando se acercaba a ver deslomarse a sus esclavos.

Pero si algo caracterizaba al temible señor era su desatada lujuria. Perseguía a todas las campesinas y a las más jóvenes y bellas se las llevaba al castillo de Blancafort para que satisficieran todos sus lujuriosos deseos.

Coincidió que por aquel entonces fue nombrada abadesa del monasterio de San Juan una monja tan bella que el conde Arnau se sintió inevitablemente atraído por ella. Adelaisa, que así se llamaba la abadesa, se convirtió en la obsesión del señor de Mataplana, que la persiguió sin descanso y no se detuvo hasta que la monja acabó por entregarse a él en el mismo monasterio. Desde entonces se repitieron los encuentros. El conde accedía hasta los aposentos de la abadesa por un túnel de veinte kilómetros que conectaba la profunda sima de Forat de Sant Ou en línea recta con el pozo del claustro del convento.

Una noche de Ánimas en que Adelaisa acompañó al conde Arnau en su cacería nocturna, los perros de su propia jauría se revolviéron contra ellos y les dieron muerte, a mordiscos y dentelladas. Dicen que tras conocer este episodio el papa expulsó a las monjas de la abadía de San Juan y que, desde entonces, en la noche de Ánimas se escucha el cuerno del conde llamando a sus moneros y los ladridos de su jauría que, antes del alba, vuelven a destrozar a la espectral pareja.

Tan malvado personaje legendario coincide a grandes rasgos con Arnau de Mataplana, conde de Pallars, que vivió en la primera mitad del siglo XIV. El conde Arnau real abusaba del deleznable derecho de pernada, por el que podía acostarse con cualquier doncella de su feudo antes de que contrajera matrimonio con alguno de sus siervos. Como muchos de aquellos señores feudales, practicó aquellos «malos usos» que permitían el maltrato a sus vasallos y debió de emplearse a fondo ya que aún se le recordaba con temor doscientos años después de su muerte en una canción popular. O quizá, como explicó el filólogo Manuel Mila i Fontanals en 1853, «todos aplicaron los malos usos, pero la gente tiende a abreviar, de forma que en el conde Arnau se identificó a todos los malos señores».

Los peldaños del santuario de Montgrony fueron tallados probablemente entre los siglos VIII y IX, como acceso al castillo que construyeron allí los carolingios y del que solo queda hoy la iglesia, pero con el tiempo, una vez desaparecido el castillo, la gente del lugar comenzó a relacionarlos con el temido conde Arnau, engrosando su leyenda.

Su figura, evocada con rasgos diabólicos, se asoció también con otro hecho que caló profundamente en la región. En el año 1017 fueron expulsadas las monjas del convento de San Juan de las Abadesas por orden del papa, debido a la supuesta vida díscola de la comunidad. Aunque detrás de su expulsión estaba la ambición del conde de Besalú, Bernardo Tallaferro, por anexionarse las tierras controladas por la abadía, la carga de la bula de Benedicto VI las acusaba de ser «meretrices de Venus», es decir, prostitutas.

Las historias que circulaban en torno al conde Arnau y los rumores que ocasionaron la bula papal acabaron uniéndose, pese al salto en el tiempo de tres siglos existente entre el conde Arnau real y la expulsión de las religiosas. En sus orígenes, la leyenda no hablaba de ninguna monja en concreto, pero los poetas de la Renaixença añadieron más carne al asador señalando a la abadesa Adelaisa como la elegida por el conde Arnau.

Algunas versiones dicen que Adelaisa murió por los sufrimientos que le causaba la persecución del conde, otras que se convirtió en cierva hasta que Arnau le dio muerte, las hay que afirman que la monja cedió a las pretensiones del conde y ambos murieron en una cacería nocturna y otras que Arnau la persiguió a caballo durante toda una noche hasta que los perros se revolviéron contra él, dándole muerte. Así explican por qué supuestamente su

fantasma se aparece a la caza, sobre un caballo negro con llamas en la boca y los ojos, acompañado de perros diabólicos.

Se dice también que el conde maldito cayó al infierno arrastrado por un diablo en el Gorg dels Banyuts, o que fue condenado a su cacería nocturna por haber abandonado una misa en la iglesia de San Lorenzo (Sant Llorenç) de Campdevàrol al oír los ladridos de sus perros de caza. Incluso hay quien lo ha convertido en un personaje inmortal, poseedor de una espada que lo hacía invencible, de una bolsa de monedas que nunca se terminaba o de un objeto mágico por el que las mujeres caían rendidas a sus pies...

Joan Maragall, que veraneaba en San Juan de las Abadesas, investigó durante una década esta leyenda y retrató en su obra a un conde Arnau que finalmente se salva gracias a una inocente muchacha. Su poema en tres partes popularizó las historias de este mítico señor feudal, del que también se ocuparon Jacint Verdaguer, Josep Romeu i Figueras o Josep Maria de Sagarra y que aparece en la tradición más erudita casi como un héroe nacional. Porque al conde Arnau se le ha presentado también como uno de los Nueve Barones de la Fama que reconquistaron los territorios a los sarracenos, integrándolo en esta otra leyenda propagada por las más importantes familias nobles para prestigiar sus alcurnias.

«Mientras los miembros de la tradición oral enfatizan los rasgos diabólicos de la personalidad en Arnau de Mataplana, la tradición escrita intenta justificar, en función de un contexto histórico concreto —el feudal— los rasgos despóticos del protagonista, viéndole no solo como un déspota, sino también como un héroe nacionalista y libertador de su pueblo», explicó el antropólogo Joan Prat en 1994.

El personaje del cazador eterno suele identificarse con el diablo ya desde las sagas vikingas, pero también con el rey-héroe en algunas variaciones de la leyenda del rey Arturo. Ambas caras de la moneda están presentes en la figura legendaria del conde Arnau. El antropólogo Luis Díaz Viana ya lo advierte: «Las leyendas de personajes como Arnau y Arturo hablan de un tiempo que, por remoto, admite la reconstrucción más mítica y fantástica de ciertas identidades».

DE MILAGROS

LA REINA LUPA Y SANTIAGO

Expuesta en una sala del Museo del Prado se puede contemplar una tabla de Martín Bernat de finales del siglo XV que representa el traslado del cuerpo de Santiago el Mayor ante el palacio de la poderosa reina Lupa. Quizá a alguno le sorprenda el nombre, pero en Galicia se le llama *lupa* ('lobo') a la mujer brava, feroz, que se impone a los hombres. Así debía de ser la temible reina que, según la leyenda jacobea, recibió a los discípulos que llegaron a Iria Flavia, hoy Padrón (La Coruña), con el cuerpo del apóstol Santiago. El *Códice Calixtino* cuenta que trasladaron el sagrado féretro a un pequeño campo de cierta señora llamada Lupa.

Esta dama «poderosísima, Lupa por su nombre y sus actos», como la describe otro antiguo código medieval, era quien mandaba en aquellos tiempos en la región y a ella acudieron los discípulos para solicitar un lugar donde dar sepultura al apóstol. Lupa los envió al rey de Dugio, pensando que este acabaría con ellos, como ciertamente intentó, aunque fue él quien perdió la vida junto a sus soldados al hundirse un puente durante su persecución. La hipócrita Lupa mandó entonces a los portadores del cuerpo del apóstol al Pico Sacro, en busca de unos bueyes con los que acarrear los materiales para construir el sepulcro, sabiendo que un dragón guardaba los lindes del monte y los bueyes eran en realidad toros salvajes.

Sin temor alguno, los discípulos caminaron hasta esta montaña cercana a la actual Santiago de Compostela y de nuevo se salvaron milagrosamente porque, ante la señal de la cruz, el dragón reventó y los toros se amansaron, convirtiéndose en dos mansos bueyes que acabaron tirando de un carro con el féretro del apóstol a su libre albedrío hasta que se detuvieron en el bosque de Libredón. Allí entendieron los discípulos que debía ser enterrado Santiago.

Ante señales del cielo tan claras, la reina Lupa se convirtió al cristianismo y ayudó a construir el primer sepulcro del apóstol. Con el paso del tiempo y los avatares políticos de la Península, la tumba acabó olvidada hasta que en el siglo IX, durante el reinado de Alfonso II el Casto, se produjo el «maravilloso hallazgo» de sus restos, gracias a esas luces que subían y bajaban del cielo como estrellas en el lugar que en adelante se llamaría *campus stellae* o Compostela.

La leyenda jacobea redime a la reina Lupa, no así los relatos que la sitúan en Orense. Allí la siniestra monarca vivía en su castillo, lejos de la gente. Cada día sus súbditos tenían que entregarle una vaca y un carnero para su manutención y la de su corte. Los vasallos se turnaban en el pago de este injusto tributo, odiado por todos. Durante muchos años pagaron religiosamente por temor a la reina. Sus severas y crueles órdenes se cumplían inexorablemente, sin que de nada sirvieran las súplicas o alegaciones. Los soldados de la reina Lupa perseguían a los siervos caídos en desgracia con un ensañamiento sin igual. Las gentes decían de ella que era en realidad una *moura*, un ser feérico de la mitología gallega, y que a veces se convertía en serpiente.

Cuando al pueblo de Pixeirós le llegó el turno de pagar el tributo, sus orgullosos habitantes se rebelaron. Armados hasta los dientes marcharon contra el castillo de la reina Lupa. Por suerte, se encontraron con que no estaba preparado para un asalto, porque nadie se había atrevido jamás a alzarse contra ella. Los de Pixeirós atraparon a la reina y le dieron muerte, arrojándola desde lo alto de la muralla ante la agradecida mirada de la multitud llegada de los pueblos de los alrededores. Así fue como todos quedaron libres de la tiranía de la malvada reina. Una cantiga gallega recuerda la historia:

Mataste a reina Loba,
pueblo de Pixeirós,
mataste a reina Loba,
fidalgo quedastes vos.

Tanto Lupa como Luparia (como aparece en el original en latín) debía de ser un nombre habitual en el momento en que se confeccionó el *Calixtino* y en épocas anteriores. O al menos no resultaba extraño. La *Historia*

compostelana cita a una Lupa, hija de Pedro Froilaz, conde de Traba y ayo del rey Alfonso VII, y a otra, esposa del conde Munio Pérez. En el caso de la reina, las menciones más antiguas coinciden en que el nombre de Lupa «convenía a su vida y costumbres».

La historia que recoge el Calixtino sobre la reina Lupa y la llegada del cuerpo del Apóstol guarda muchas similitudes con la de los siete varones apostólicos (también llamados «varones de la Bética»). Según unas actas conservadas en manuscritos del siglo X, Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio fueron enviados por san Pedro y san Pablo a Hispania a evangelizar. Los siete varones apostólicos llegaron a Guadix, donde descansaron mientras en la ciudad celebraban las fiestas de Júpiter, Mercurio y Juno. Al ir en busca de alimentos, los cristianos fueron reconocidos y perseguidos hasta el río, donde sus opresores murieron al romperse milagrosamente el puente. Conocido el prodigio en el lugar, una noble virtuosa llamada Luparia los mandó llamar y, tras escucharles, se convirtió. La mujer mandó construir una basílica, donde se bautizó, y muchos paganos se convirtieron antes de que los siete varones se dispersaran para seguir propagando el Evangelio.

Tanto la leyenda jacobea como la de los siete varones apostólicos coinciden en los nombres de los discípulos, también se hunde el puente bajo los perseguidores de los santos y se alude a una Lupa o Luparia. A estos elementos se les añadió posteriormente el traslado del cuerpo del apóstol y el episodio del Pico Sacro. Historiadores como Mar Llinares, de la Universidad de Santiago de Compostela, sospechan que la historia de los varones apostólicos se trasplantó a Galicia en el momento del hallazgo —invención, a su juicio— del sepulcro.

La narración aprovechó además hitos y lugares destacados de la cultura popular gallega que la gente reconocía, como el Pico Sacro, típicamente de *mouros*. Asignó a la reina Lupa características propias de las *mouras*, esas mujeres encantadas de la mitología gallega que aparecen en castros, fuentes o cuevas, e incluso el castro Lupario o de Francos, donde situó su morada, es también hogar de *mouros*.

En la leyenda de la reina Lupa se observa cómo una figura mítica utilizada por la cultura oficial para la difusión del culto al apóstol Santiago fue al mismo tiempo asimilada por la cultura popular, que la hizo en todo semejante a muchas otras mujeres míticas que aparecen en el folklore gallego.

El cuerpo del apóstol habría sido llevado hasta Galicia, concretamente hasta Iria Flavia, según la tradición, porque en esta localidad, entonces una gran ciudad romana, habría predicado por primera vez Santiago durante su estancia en España. Pero, ¿fue Santiago quien trajo el cristianismo a España?

Al igual que ocurrió en otras provincias del Imperio romano, la cristianización de la península se atribuyó a una acción directa de uno de los apóstoles porque al emplazar en la más remota antigüedad posible la creación de las primeras comunidades cristianas se reforzaba el prestigio de la Iglesia. La primera mención de la predicación de Santiago el Mayor en Hispania se encuentra en el *Breviarum apostolorum* o *Breviario de los apóstoles*, escrito en el sur de Francia o en el norte de Italia hacia el año 600 d. de C., un texto en el que también se atribuye por primera vez la evangelización de las Galias al apóstol Felipe. En fuentes anteriores, ya fueran textos apócrifos, relatos hagiográficos o tradiciones recogidas por obispos y otros escritores hispanos, no hay rastro alguno del paso de Santiago por estas tierras. Tampoco existen referencias históricas sobre esa otra tradición legendaria de los siete varones apostólicos.

Los historiadores creen que, dado el alto grado de romanización de la Península, la penetración del cristianismo debió de ser temprana. Prueba de ello es una carta de los obispos africanos, datada en el año 254 o comienzos del 255 d. de C. y encabezada por Cipriano de Cartago, que recoge indirectamente la primera persecución atestiguada en Hispania, la persecución de Decio.

Se piensa, además, que la llegada del cristianismo no habría tenido un origen único. Habrían sido diversos individuos o grupos de cristianos de distinta procedencia los que habrían ido impulsando las primeras comunidades en el territorio peninsular.

EL ÁNGEL DE ARALAR

La efigie de san Miguel de Excelsis baja cada año de su santuario, enclavado en la sierra de Aralar, y recorre Navarra visitando parroquias, colegios, residencias y casas de enfermos, cumpliendo una arraigada tradición que se remonta en los siglos. Es una imagen peculiar del arcángel, ya que en lugar

de esgrimir una espada lleva una gran cruz sobre su cabeza. El mismísimo san Miguel se la entregó a Teodosio de Goñi, según la leyenda que escribió con todo lujo de detalles fray Tomás de Burgui en el siglo XVIII.

Fue don Teodosio un ilustre caballero navarro natural del pueblo de Goñi, que vivió en el siglo VIII, en tiempos del rey goda Witiza. Hijo legítimo, pero no primogénito, se había casado con doña Constanza de Butrón y Viandra, rica en bienes y honor. El feliz matrimonio vivía en un palacio en Goñi con su hijo Miguel, pero llegó un día en el que Teodosio tuvo que ausentarse de su tierra para prestar sus servicios al monarca. Desde el valle de Goñi, a unos treinta kilómetros de Pamplona, viajó hasta las fronteras de los dominios españoles en la Berbería africana para ponerse a las órdenes del legendario conde don Julián y hacer frente a las incursiones del moro Miramamolín.

Cumplido el servicio, Teodosio retornó a su hogar. Caminaba ya por las cercanías de Goñi, en el término conocido como Errotabidea ('camino del molino', en euskera) cuando un hombre con apariencia de ermitaño le salió al encuentro. «¡Ay de ti, desgraciado caballero, que en cada paso que avanzas hacia tu casa, te vas despeñando a un abismo de dolor, de ignominia, de amargura! (...). Dejaste la quietud de tu casa por emplear tu valor en empeños de guerra y en tu casa se te encendió otra guerra más cruel, que hace estragos de fuego infernal», le dijo el aparente peregrino, que no era otro que el mismísimo demonio. Su mujer —continuó el embaucador diablo— había degenerado de señora a esclava de su pasión por un criado con el que en ese mismo momento yacía en su cama.

Ciego de ira y de celos, el caballero navarro enfiló a toda prisa hacia su casa. Llegó cuando caía la noche y se dirigió con sigilo hasta sus aposentos. Allí vio a una pareja acostada en su cama y, convencido de su deshonor, «echó mano del acero» y mató a las dos personas que allí dormían «con golpes tan penetrantes y furor tan presuroso que antes de poder respirar ni el más leve gemido, los dejó cadáveres ensangrentados en el lecho».

Solo cuando salió a la calle y vio a su fiel esposa, que volvía de la iglesia, se estremeció al darse cuenta de su terrible error. Teodosio había matado a sus ancianos padres, que en su ausencia habían sido acogidos por su mujer en su casa.

Teodosio confesó su horrible crimen al párroco del pueblo y posteriormente al obispo de Pamplona, san Marcial, que le mandó a Roma a pedir la absolución del papa Juan VII. El pontífice le impuso como penitencia

vivir lejos de toda población, llevando una cruz de madera a cuestas, con una argolla al cuello y unas cadenas en su cintura hasta el día en que, por su desgaste, estas se rompieran. Esa sería la señal de que Dios le había perdonado.

Durante siete largos años Teodosio vagó en soledad por los montes hasta que un buen día llegó a una cumbre de la sierra de Aralar, sobre la localidad de Huarte Araquil. Allí, entre los peñascos, había una profunda cueva en la que habitaba un temible dragón. Apenas se acercó a ella el penitente, sin saber el grave peligro que corría, «cuando el dragón, erguido su erizado cuello, centelleando sus ojos, fulminando estragos entre horribles silvos, abierta la ponzoñosa boca y vibrando el arpón mortífero de su lengua, le acometió con impetuosa furia para hacerle presa de sus uñas, cebo de sus dientes y pábulo de su voraz estómago insaciable».

Sin fuerzas, desarmado y solo ante semejante monstruo, Teodosio imploró con fe la protección de san Miguel, el capitán de los ejércitos celestiales. Al segundo, entre resplandores y ecos de un repentino trueno, el arcángel se mostró ante él llevando consigo una pequeña efigie suya de madera, con su cruz unida y levantada sobre su cabeza. Cuando Teodosio logró reponerse de tan prodigiosa visión, pudo contemplar al dragón muerto y rotas su argolla y sus cadenas.

«¿Quién como Dios?», exclamó mientras el arcángel desaparecía de su vista dejándole su imagen de madera y las cadenas quebradas como prueba de su aparición. Las gentes de los pueblos más cercanos, al observar un gran resplandor sobre la cumbre, se habían acercado a ver qué extraño fenómeno había ocurrido. Allí encontraron al caballero feliz, abrazado a la cruz que llevaba y a la efigie de san Miguel.

Tan extraordinario suceso ocurrió en el monte Aralar en el año 714, tres años después de la derrota de los godos en Guadalete y de la «pérdida de España». Para Tomás de Burgui, no cabía duda. La aparición constituía una prueba irrefutable de la especial protección de san Miguel frente a los moros.

Teodosio fue a abrazar a su familia en Goñi y a contar a todos lo sucedido, pero no se quedó mucho tiempo. Pronto regresó a Aralar para construir un santuario donde vivió el resto de su vida, junto a Constanza, su mujer, consagrado al culto a san Miguel. A su muerte, fueron enterrados en el mismo templo. Se dice que su sepultura se encuentra bajo una columna, a la derecha del pórtico.

Las cadenas que cuelgan en una pared exterior de la capilla serían las de don Teodosio, según la tradición popular, y la efigie del arcángel, la misma que dejó san Miguel cuando se le apareció. La figura fue revestida de plata en 1756 y se le integró un fragmento de la *lignum crucis* que trajo don Ramiro, infante real de Navarra que participó en la conquista de Jerusalén en 1099.

Algunos visitantes del santuario aún echan unas monedas por el pequeño hueco que existe a la derecha del altar para comprobar la profundidad de la famosa sima sobre la que fue levantado el templo.

La leyenda es muy conocida en Navarra, gracias en gran parte a la célebre novela *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, de Francisco Navarro Villoslada. Julio Caro Baroja la estudió con interés al apellidarse él mismo Goñi en octavo lugar. El eminente antropólogo poseía en su casa de Itzea un papel enmarcado que acreditaba la relación de su familia con los antiguos propietarios del palacio de San Miguel de Goñi o Larrainagusia.

Caro Baroja halló numerosas similitudes entre esta historia y la de san Julián el Hospitalario, tan difundida por el camino de Santiago, así como elementos comunes con otras, como el personaje del diablo engañador vestido de ermitaño. A su juicio, la leyenda de don Teodosio de Goñi es un producto muy elaborado de finales de la Edad Media cristiana, que tiene por base intereses genealógicos o de linaje, propios de aquella época en que se desarrolló la heráldica y se establecieron los padrones de las familias nobles y palaciegas.

De hecho, cuando Tomás de Burgui redactó en 1774 su obra sobre san Miguel de Excelsis, con el «escueto» título de *San Miguel de Excelsis, representado como príncipe supremo de todo el reyno de Dios en cielo y tierra como protector excelso aparecido y adorado en el reyno de Navarra*, en la fachada del palacio de San Miguel en Goñi lucía un blasón familiar, con una cruz, un dragón y una argolla rota. Además, una de las obras en las que se basó para escribir la leyenda fue *La genealogía y descendencia de los caballeros y señores de los palacios de Goñi*.

El capuchino navarro también citaba entre sus fuentes la *Chronica de los reyes de Navarra* compuesta en 1534 por Diego Ramírez de Ávalos, y a don Esteban de Garibay, aunque era consciente de que otros famosos historiadores que se ocuparon de Navarra, como el padre Moret, nada dicen de la leyenda. El silencio más notable, sin embargo, y para el que no encontraba explicación, era el de las escrituras de donaciones en honra y

culto de San Miguel de Aralar que se habían conservado desde el siglo XI. Tampoco en estos escritos se mencionaba a Teodosio de Goñi.

Durante la restauración del santuario de Aralar llevada a cabo en los años setenta, el director de los trabajos, Francisco Íñiguez Almech, reconoció restos prerrománicos que le llevaron a pensar en la existencia de un primer templo carolingio del siglo IX, que habría sido reconstruido en los siglos posteriores. El culto a san Miguel en la cumbre navarra debe de ser, por tanto, muy antiguo, como lo es la devoción al arcángel. La noticia de su aparición en el monte Gargano (Italia), en el siglo V, impulsó su veneración y lo convirtió en el defensor de los fieles por antonomasia. Carlomagno lo consideró patrón y jefe del imperio de las Galias y los visigodos convertidos al catolicismo también propagaron su culto, que creció aún más en los inicios de la Reconquista. Son famosos algunos templos erigidos bajo su advocación entre los siglos IX y X, como San Miguel de Lillo (Asturias) o San Miguel de Escalada (León). Todos en altura, como en Gargano.

El santuario de San Miguel de Aralar, que aparece mencionado por primera vez en el año 1032 en un documento de Sancho el Mayor, fue especialmente protegido por los reyes de Navarra, con notables donaciones desde el siglo XI. El rey García Ramírez tenía gran devoción por el arcángel san Miguel, sobre todo desde que creyó haber logrado la conquista de Zaragoza gracias a su protección.

La antigüedad del santuario dio pie a diversos relatos legendarios que intentaron explicar su origen, entre ellos este de don Teodosio. Con el tiempo, la pretensión del linaje de los Goñi de resaltar su nobleza y su relación con este prestigioso enclave acabó siendo asumida por los navarros y convertida en un capítulo más en la historia común.

La tragedia de don Teodosio no existió en realidad en la época del rey godo Witiza, ni acaso en ninguna otra, pero ha vivido «en el alma de generaciones y generaciones hasta convertirse —y no poco por fuerza del escrito de un fraile del siglo XVIII,y más aún de una novela de un escritor romántico y tradicionalista del XIX— en figura popular en la Navarra del XX, en héroe casi “nacional”, dando a esta palabra el significado que antiguamente se le daba», valoraba Caro Baroja.

DONDE LA GALLINA CANTÓ DESPUÉS DE ASADA

Todo peregrino que llega a Santo Domingo de la Calzada entra en su catedral a contemplar el mausoleo del santo que da nombre a esta ciudad riojana, pero sobre todo a ver el gallo y la gallina blancos que alberga la extraña hornacina situada justo enfrente. A muchos les sorprende encontrar a estos animales en el templo. Aquello es un gallinero, sí, el más artístico y el único que existe dentro de una iglesia católica.

De piedra policromada y estilo gótico, fue construido a mediados del siglo XV para sustituir una jaula anterior que a saber el tiempo que llevaba ahí. Hay constancia de que las gallináceas han formado parte del paisaje de la catedral al menos desde 1350. Entre antiguos legajos del archivo calceatense se encontró una bula de Clemente VI, el papa de Aviñón, con indulgencias para aquellos fieles que al llegar a Santo Domingo de la Calzada, además de rezar y dar una vuelta al sepulcro, miraran al gallo y la gallina que allí se encontraban. Señal de que ya entonces era famoso el milagro de Santo Domingo de la Calzada, «donde cantó la gallina después de asada».

Un matrimonio alemán de la diócesis de Colonia muy piadoso, que peregrinaba a Santiago de Compostela acompañado por su hijo Hugonell, decidió hacer un alto en su camino y descansar en un mesón de Santo Domingo de la Calzada. La villa se había convertido en un refugio para los caminantes gracias a la labor de este santo, ya fallecido por aquel entonces, que construyó un puente sobre el río Oja y un albergue de peregrinos. En cuanto la familia llegó a la posada, la hija del posadero quedó locamente prendada del muchacho. Sin rubor alguno, echó mano de cuantas artimañas supo para conquistarle, insinuándose con descarado cada vez que tuvo oportunidad, pero Hugonell se mostró esquivo y distante. Estaba claro que no le interesaba. Despechada, la chica planeó una venganza del calibre de su ira. Aprovechando un descuido de Hugonell, escondió entre sus alforjas una copa de plata y esperó a que, al día siguiente, el joven y sus padres abandonaran el mesón. «¡Nos han robado! ¡Nos han robado!», gritó entonces a pleno pulmón. Poco tardaron los alguaciles en dar con la familia alemana y en encontrar en el morral de Hugonell el cáliz robado.

El juicio se realizó con la celeridad propia de la época. El Fuero Real de Alfonso el Sabio castigaba con la muerte el delito de hurto, así que de nada

sirvieron los lamentos y súplicas de los alemanes, que se esforzaron por convencer a todos de su inocencia. El joven fue condenado y ahorcado.

Sus padres, sumidos en el dolor, continuaron su viaje hasta Santiago. De regreso, pararon en Santo Domingo de la Calzada con intención de pedir el cadáver de su hijo para enterrarlo piadosamente. Habían pasado más de dos semanas, pero Hugonell seguía colgado para escarmiento de los vivos, tal como era costumbre en aquel entonces. El matrimonio se acercó llorando hasta los pies del joven, que sorprendentemente mantenía algo de color en sus mejillas. De pronto, oyeron con claridad su voz. «¿Por qué lloráis al muerto cuando dichoso vivo?». No podían creerlo... ¡era un milagro! Hugonell les aseguró que el mismísimo santo Domingo le sostenía bajo los pies para evitar que se le rompiera el gazonate.

Corrieron a la casa del corregidor de la villa para contarle lo que acababan de presenciar. Lo encontraron sentado a la mesa, dispuesto a comerse un gallo y una gallina asados. Eufóricos, los padres le aseguraron que Hugonell no había muerto y le rogaron que ordenara bajarlo de la horca. El juez, incrédulo, se burló de ellos. «Vuestro hijo está tan vivo como este gallo y esta gallina», les dijo señalando a las aves asadas que se disponía a trinchar. Al momento, los animales se cubrieron de plumas blancas y revolotearon sobre la mesa, cacareando alegremente. La inocencia del muchacho quedó así milagrosamente probada.

Hugonell fue bajado del cadalso con gran admiración de los vecinos, que en procesión solemne le acompañaron hasta el sepulcro de Santo Domingo donde todos dieron gracias a Dios. La familia alemana regresó a su patria y en la catedral se dio cobijo al gallo y la gallina del milagro, en recuerdo de aquellos extraordinarios hechos.

Hay quien cree que los de ahora descienden de los mismos que volaron del plato del corregidor. Antes de que se colocara el cristal que actualmente protege a las aves, los peregrinos solían acercarles pan en las puntas de sus bastones, convencidos de que si comían sus migajas llegarían sanos y salvos a Compostela. Recogían además las plumas que caían del gallinero para colocarlas, orgullosos, en su sombrero. Aún hoy se dice que oír cantar al gallo en la iglesia es señal de buen augurio.

El milagro se propagó por todo el Camino de Santiago y, a través de esta vía, por toda la Europa cristiana. Es quizá una de las leyendas jacobeanas más populares desde tiempos medievales. No hay guía de peregrinos que no la

mencione al reseñar el paso por Santo Domingo de la Calzada, y en todas las imágenes del santo este aparece acompañado de un gallo y una gallina. Hasta el escudo del ayuntamiento incorporó a la pareja de aves.

Existen multitud de versiones sobre esta antigua leyenda que varían en la nacionalidad de los protagonistas (alemanes, franceses o griegos de Tesalónica), en la fecha en que sucedieron los hechos (1090, 1099, 1400, 1417...), así como en otros detalles que la acompañan, aunque básicamente coinciden en las dos partes del milagro. Mejor dicho, en los dos milagros, el del ahorcado que vive y el del gallo que resucita y canta después de asado.

La historia del forastero ahorcado que es salvado de la muerte por intervención divina se atribuyó en la Edad Media a *saint Amand*, a san Martín, al propio Santiago Apóstol en el *Códice Calixtino* (siglo XII), e incluso a la Virgen María en *Los milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo (siglo XIII), además de a santo Domingo. Inicialmente se situó en la ciudad francesa de Tolosa (o Toulouse) y en Aquisgrán (Alemania), antes de aterrizar en tierras riojanas.

El valioso cáliz por el que es condenado podría tener su origen en la historia bíblica de José, que introdujo una copa de plata en uno de los sacos de sus hermanos cuando volvían a su tierra desde Egipto para que se vieran obligados a dejar en prenda a Benjamín.

A estas primeras narraciones se añadió el milagro del gallo, un animal con multitud de significados desde la antigüedad (la muerte o la resurrección, lo espiritual, el valor, el coraje...). La resurrección de este animal asado ya estaba presente en los evangelios apócrifos y, basados en ellos, en dos villancicos ingleses en los que un gallo asado salta de la fuente para confirmar a Herodes el nacimiento de Jesús en Belén. Una leyenda copta narra, además, que en la Última Cena se sirvió un gallo asado y que cuando Judas abandonó el lugar con el pretexto de hacer unas compras, Cristo le dijo al gallo que le siguiera y este se levantó del plato y obedeció. Curiosamente, Judas se ahorcaría después de entregar a Jesús.

Al cardenal italiano san Pedro Damiano, al que santo Domingo de la Calzada sobrevivió casi cuarenta años, se le atribuye el relato de un milagro sobre un gallo asado en Bolonia. Dos amigos que se sentaron a comer juntos hablaban de cómo uno de ellos había troceado el animal de tal modo «que aunque san Pedro volviese, no lo podría recomponer». El otro respondió: «¿Qué decís de san Pedro? Pues yo digo, que aunque Cristo lo mande, no

resucitará el gallo». Y de pronto el animal se levantó vivo con todas sus plumas, cantó y voló de la mesa.

En Santo Domingo de la Calzada, parada obligada en esa gran vía medieval del Camino de Santiago, por donde circulaban todo tipo de relatos, la leyenda del ahorcado ayudado por el apóstol Santiago y la del gallo cristalizaron en una misma historia. Como indicaba el filólogo José Fradejas Lebrero en su estudio de la leyenda, fue una manera sintética de unir al santo patrono de España y a uno de los santos que contribuyó a la remodelación del camino de peregrinación, construyendo puentes que facilitaron el viaje de los romeros.

En la catedral de Santo Domingo de la Calzada se conserva otro testimonio que, a fe de algunos, prueba sin embargo que aquellos hechos sucedieron en la ciudad. Sobre un trozo de madera expuesto en la pared se lee: «Esta madera es de la horca del peregrino». A un lado del gallinero, un buen número de argollas y cadenas de hierro atestiguan los milagros obrados por el santo en favor de presos cristianos. Y es que santo Domingo de la Calzada, abogado de cautivos antes que patrón de los ingenieros, era invocado por los cristianos que caían prisioneros de los moros para que les liberara de sus cadenas.

Se cuenta que tras una encarnizada batalla, un soldado cristiano intachable fue capturado y encerrado en un oscuro calabozo, con gruesas argollas en cuello, manos y pies. El cautivo se encomendó con gran confianza a santo Domingo, repitiendo constantemente su nombre con tal devoción que sus guardianes comenzaron a sentirse intranquilos. Uno de ellos fue a comunicar sus inquietudes a su jefe, que en esos momentos se encontraba comiendo, y este se mofó del soldado diciendo: «Tranquilízate, que el preso no puede escapar; le he asegurado tan bien con fuertes hierros, que es más fácil que el gallo que está asado en esta cazuela cante, que no que el prisionero logre su libertad». Al momento, el animal se revolvió en la cazuela, comenzó a cantar y salió volando. Aún no se habían repuesto de aquel sobrenatural suceso cuando otro de los centinelas llegó anunciando que el prisionero había desaparecido inexplicablemente.

Esta versión es hoy menos conocida, pero las primeras formas en que apareció la leyenda, recogidas en latín, seguían ese patrón de luchas entre moros y cristianos. En este caso el milagro no tenía como escenario Santo

Domingo de la Calzada, pero sí por obra de este santo una vez más el gallo cantó después de asado.

En la ciudad portuguesa de Barcelos se cuenta una leyenda muy similar a la riojana del ahorcado. Un gallego que peregrinaba a Santiago fue condenado por un crimen que no había cometido y el milagroso canto de un gallo asado impidió que se cumpliera finalmente su ejecución. En el Museo Arqueológico de la localidad existe una cruz de piedra del siglo XIV con el relieve de un hombre ahorcado cuyos pies sujeta el apóstol Santiago y un gallo que con el tiempo adquirió vivos colores y se convirtió en emblema de Portugal.

EL CRISTO DE LAS TREINTA MONEDAS

Cada primer viernes de marzo, cientos de madrileños hacen cola durante horas para besar los pies de Jesús de Medinaceli. Se llevan sus sillas de casa porque saben que la espera será larga y la fila de la calle puede llegar hasta Atocha. No importa. Les empuja una gran devoción. Ese día saben que la talla es bajada de su camarín y colocada a ras del suelo, más cerca de los feligreses que acuden con sus peticiones, sus súplicas o sus agradecimientos a los pies de uno de los cristos más queridos de Madrid, una imagen de la primera mitad del siglo XVII que arrastra una rocambolesca historia.

Tallada en Sevilla como otros cristos «de la Sentencia», fue llevada por los capuchinos hasta La Mamora o Mámora, en Marruecos, un antiguo nido de piratas que había sido tomado por los españoles en 1614 y rebautizado como San Miguel de Ultramar. Los capuchinos, que se habían hecho cargo en 1645 de las almas que allí vivían, tuvieron que hacer frente a las consecuencias de un terrible incendio al poco de llegar. Una explosión en el polvorín había destruido la iglesia, con sus imágenes. De ahí que la orden religiosa encargara unas nuevas, como la del Jesús Nazareno, que debió de llegar a San Miguel de Ultramar entre 1665 y 1668. Era un *Ecce homo* de 173 centímetros, que fue colocado en la capilla del fuerte para el culto de los soldados que defendían la plaza, como tantas imágenes llevadas por los españoles a sus posesiones fuera de la Península.

La estancia de esta figura en el norte de África se vio violentamente sacudida cuando, en 1681, las tropas del sultán Muley Ismail tomaron la fortaleza, cogiendo como prisioneros tanto a sus habitantes como a las imágenes que allí se veneraban. Los sarracenos se llevaron al Nazareno, junto al resto de esculturas y de cautivos, a Mequinez, la capital entonces de la dinastía Alawi. Allí los prisioneros fueron encarcelados y las imágenes, entre ellas la talla del Cristo, presentadas ante Muley Ismail como prueba de su triunfo sobre los cristianos. El sultán se burló de ellas y ordenó que fueran ultrajadas y arrojadas a los leones para que las despedazasen como si fueran carne humana. Al Jesús Nazareno lo mandó arrastrar por las calles y tirar por un muladar, tras hacer burla y escarnio de la talla y de quien representaba.

El capitán Francisco de Sandoval y Rojas, cautivo en Fez, dio cuenta con gran pena de esas «sacrílegas acciones que han obrado los pérfidos mahometanos con las santas imágenes» en una relación que escribió a don Pedro Antonio de Aragón, fechada en mayo de 1681. «Dejaron en duras prisiones a doscientos cincuenta soldados y cuarenta y cinco mujeres y niños; y lo que más tenemos que llorar y sentir es (...) haber visto al sagrado retrato de Jesús Nazareno por segunda vez entregado a moros y judíos».

También fray Pedro de los Ángeles contempló con sus propios ojos aquellas vejaciones y sacrílegas profanaciones en Mequinez. El religioso trinitario se presentó ante Muley Ismail y se arrojó a sus pies, suplicándole que detuviera esas viles acciones y que la imagen no fuera vendida a los judíos. Hasta le prometió un cuantioso pago por ella. Tanta fue su insistencia que el monarca alauita terminó por consentir que el fraile custodiara al Jesús cautivo hasta el rescate, aunque le advirtió: si la operación fallaba, sería quemado vivo.

Volcada en la liberación de los cristianos cautivos, la orden de los trinitarios obtenía el dinero para los rescates de limosnas y aportaciones de familiares de los cautivos y particulares, así como de los fondos que aportaba la Corona o que conseguía por sus propios medios. Habitualmente llevaba a cabo redenciones generales cuando contaba con la cuantía necesaria para organizar una expedición de rescate. El precio de la libertad de un cristiano dependía del sexo, la edad, el oficio o la condición social. Algunas fuentes estiman entre unos 200 y hasta 600 pesos el precio habitual por un cautivo cristiano, aunque por un rescatado en 1661 se exigió el pago de 8.000 reales y por un capitán de barco se pagaron más de 18.000 reales en 1642.

En esta ocasión, la orden nombró a los padres Miguel de Jesús, Juan de la Visitación y Martín de la Resurrección como mediadores en las negociaciones que llevaron a cabo desde Ceuta para el rescate de 211 cautivos y 17 imágenes, entre ellas la del Nazareno. Cuentan que por la talla se acordó que se pagaría su peso en reales castellanos. Colocaron al Cristo en una balanza, con un buen montón de dinero en el otro plato, pero milagrosamente se equilibró cuando alcanzó el mismo precio que cobró Judas por entregar a Jesús: treinta monedas.

La expedición de rescate partió de Mequinez en enero de 1682. Fray Pedro de los Ángeles acompañaba la milagrosa talla, que pasó por el convento de los trinitarios de Ceuta y posteriormente por el que tenían en Sevilla, antes de llegar a la capital del reino en el verano de aquel mismo año. Todo Madrid participó en la procesión que partió del convento de los padres trinitarios hasta la Puerta del Sol y después hasta el Alcázar. Desde sus balcones, el rey Carlos II y María Luisa de Orleans pudieron contemplar a los cautivos rescatados, entre ellos a este Cristo que ya portaba entonces el escapulario con la cruz de los trinitarios, roja y azul, como tantos liberados por la orden religiosa. Aquel fue todo un acontecimiento en la época.

Tres pinturas antiguas recuerdan aquellos hechos, desde los ultrajes al pago del rescate y la llegada triunfal de la imagen a Madrid. Dos de ellas, datadas en torno a 1700, se encuentran en la iglesia de San Martín de Trujillo (Cáceres) y en la iglesia de la Encarnación de Montilla (Córdoba). La tercera, también de comienzos del siglo XVIII, se conserva en la sacristía de la iglesia de los jesuitas de Arequipa (Perú). Tal como se aprecia en estas obras, la historia de Jesús de Medinaceli fue presentada a los fieles casi desde su llegada a la península como la repetición de la pasión de Cristo, como si la talla del Nazareno hubiera sufrido el mismo martirio en las calles de Mequinez que el de Jesús en Jerusalén. En este caso no eran judíos, sino musulmanes, y Muley Ismail desempeñaba el papel de Poncio Pilatos. El pago de las treinta monedas completaba esa analogía, al tiempo que dotaba a la imagen de un carácter milagroso.

Sin embargo, los documentos que conservan los trinitarios solo indican que por cada imagen rescatada se pagó su justo precio. Nada señalan de la alusión bíblica a las treinta monedas, ni de que el Cristo fuera pesado en una balanza, como el que aparece pintado en un cuadro de Jerónimo Jacinto de Espinosa ¡en 1623!

Sí, unos sesenta años antes del rescate de Jesús de Medinaceli ya se contaba una historia muy similar de otra imagen, la del Cristo del Rescate de Valencia. Este antecesor de Jesús de Medinaceli fue realizado en Valencia y enviado por mar a Perpignan o Girona, no está muy claro. El destino quedó en el olvido tras el ataque pirata que sufrió el barco durante el trayecto. La imagen del crucificado fue llevada junto al resto del botín a Argel, donde la arrojaron al fuego sin que milagrosamente se quemara. Dos mercaderes valencianos que se encontraban en la capital argelina, los hermanos Pedro y Andrés de Medina, ofrecieron cuantiosas sumas por su liberación, pero al pesar la escultura para calcular su valor, la balanza se equilibró con... treinta reales de plata. Más de una vez repitieron la operación los moros, que acabaron por admitir el pago al reconocer que se trataba de un milagro. También a su llegada, en este caso a Valencia, se celebró una solemne procesión hasta la capilla familiar del convento de las agustinas de Santa Tecla (actualmente en la iglesia de San Esteban Protomártir).

Otra historia muy similar se cuenta también del Cristo Rescatado de la iglesia trinitaria de San Felipe Neri, en Palma de Mallorca. El detalle de las treinta monedas era frecuente en las historias de imágenes profanadas y rescatadas.

Expertos como José Hernández Díaz o María Cruz de Carlos Varona creen que la imagen de Jesús de Medinaceli fue transformada durante su paso por Sevilla para que pudiera enmarcarse en la leyenda preexistente del Cristo profanado y rescatado con el milagroso pago de las treinta monedas. A la figura del *Ecce homo* se le añadió la túnica para que evocara el momento de la humillación de Cristo —cuando, tras las burlas, los soldados pusieron esas vestiduras para que fuese reconocido e insultado por las calles de Jerusalén— y se le colgó de un cordón el escapulario de los trinitarios. Los constructores de esta leyenda querían que la imagen conectara con el sufrimiento de los cautivos. Buscaban presentar a este Jesús del Rescate como un modelo al que seguir ante la adversidad del cautiverio, pero también pretendían destacar el papel que desempeñaban órdenes como la de los trinitarios o los mercedarios para la liberación de los cristianos presos. Entre los años 1539 y 1696, los trinitarios y mercedarios de España, Francia y Portugal rescataron a 19.299 cautivos en 46 operaciones como la llevada a cabo en Mequinez.

Los trinitarios descalzos aprovecharon el prestigio de esta figura rescatada para vincularla a su propia orden y al convento que tenían en Madrid. Por eso

la colocaron en el altar, entre los dos santos fundadores trinitarios. No fue devuelta a los capuchinos a quienes, en origen, pertenecía. Estos iniciaron un pleito para recuperar la imagen, pero al parecer lo abandonaron cuando medió el duque de Medinaceli. Como primer ministro del rey Carlos II, desempeñó un papel decisivo en el rescate y en el traslado del Jesús Nazareno, la más valiosa de las imágenes, al convento de los trinitarios del que era patrono. El duque fue un gran promotor del culto a esta figura, conocida entonces como Jesús Nazareno o «del Rescate». Donó el terreno donde se levantó en 1689 una capilla que fue posteriormente ampliada, gracias de nuevo a la generosidad de esta aristocrática familia. Un duque de Medinaceli fue además el primer hermano mayor de la cofradía que se fundó en 1710 con el título de Esclavitud de Jesús Nazareno, para desagrar la imagen de los ultrajes sufridos. El Cristo se asoció de tal modo con la iglesia de los trinitarios y con esta casa nobiliaria que con el tiempo pasó a ser conocido como Jesús «de Medinaceli».

Los marqueses de Santa Cruz fueron otra de las familias nobiliarias que promovieron el culto a este Jesús Nazareno. Costearon la capilla del convento trinitario de Valdepeñas, que alberga una copia de la escultura de 1692, y fundaron una Hermandad similar a la cofradía madrileña. Tanto los antepasados de los Medinaceli como de los Santa Cruz habían participado en la toma y la defensa de plazas de la Corona española en el Mediterráneo y ambas casas nobiliarias apoyaban la obra de los trinitarios.

En los últimos siglos la imagen de Jesús de Medinaceli ha sufrido múltiples vicisitudes con motivo de la invasión napoleónica, el decreto de supresión de las órdenes religiosas o la desamortización de Mendizábal. Durante la Guerra Civil fue enviada a Ginebra hasta que, en 1939, regresó a Madrid, primero al monasterio de la Encarnación y, en solemne procesión hasta su templo, levantado unos años atrás en el lugar del antiguo convento de los trinitarios. Por azares de la vida, al frente de la basílica están hoy los hermanos capuchinos, que vuelven a cuidar de la imagen que originalmente les perteneció.

A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

No es un Cristo articulado, al que el vaivén de las procesiones ha soltado la mano del madero, no. El Cristo de la Vega es el único esculpido así, con el brazo derecho caído. Se cree que pudo formar parte de un grupo escultórico de un antiguo Descendimiento de autor desconocido, del que no se conservan imágenes, pero las gentes de Toledo pronto encontraron otra explicación a esta imagen singular.

Decían que el Cristo tenía ambos brazos clavados en la cruz en los tiempos en que el bravo militar Diego Martínez bebía los vientos por Inés de Vargas y Acuña. Era esta hija de Iván Vargas y Acuña, uno de los hidalgos más respetados de la ciudad, y por ello una mujer inalcanzable para un militar como Diego Ramírez. Pero no por ello se amedrentó el joven, que en varias ocasiones se atrevió a escalar hasta la ventana del dormitorio de su amada. Sabiendo Inés que su padre conocía sus amores, quiso salvar su honra haciéndole jurar a Diego que se casaría con ella cuando volviera de la guerra en Flandes. Antes de su partida, llevó al joven hasta la antigua basílica de Santa Leocadia y allí, solos ante el Cristo, Diego juró a Inés que la desposaría a su regreso.

El soldado marchó a la guerra y en Toledo quedó Inés, suplicando cada día al Cristo que su amado volviera sano y salvo. Pasado un tiempo acabó la contienda en Flandes, pero Diego no regresó. «Pasó un día y otro día, / un mes y otro mes pasó, / y el tercer año corría; / Diego a Flandes se partió, / mas de Flandes no volvía», dicen los versos de José Zorrilla. Cuando al fin Inés le vio llegar, salió corriendo a su encuentro. Diego, que se había convertido en capitán «tan galán como altanero», apenas si la miró, renegando de la joven y de su juramento («¡Tanto mudan a los hombres fortuna, poder y tiempo!»).

En vano suplicó Inés a su amado hasta que, desesperada, la joven acudió a los tribunales para salvaguardar su honra. Allí tuvo que contemplar, para su desdicha, cómo Diego mentía sin rubor incluso ante el gobernador de Toledo, don Pedro Ruiz de Alarcón. Era la palabra de él contra la de ella. Inés porfiaba y Diego lo negaba. Cuando el viejo dignatario le preguntó a la joven si hubo algún testigo del juramento dado, Inés calló unos instantes. De pronto, ante el asombro de todos aseguró que sí recordaba uno. Era el Cristo de la Vega.

El tribunal en pleno Inés, Diego y una multitud de curiosos, se desplazaron al caer la tarde hasta la ermita, en la Vega Baja, para tomar declaración al

Cristo. Siguiendo el procedimiento, el notario se acercó hasta la imagen y preguntó: «Jesús, Hijo de María... / ¿juráis ser cierto que un día / a vuestras divinas plantas / juró a Inés Diego Martínez / por su mujer desposarla?».

Una mano del Cristo se soltó del madero para posarse en los autos y allá en lo alto una voz más que humana clamó: «¡Sí, juro!». Cuando la multitud alzó la vista, vio a la imagen con los labios abiertos y una mano desclavada, según describió magistralmente Zorrilla en *A buen juez, mejor testigo* (1838).

La obra de este poeta y dramaturgo del Romanticismo fue muy popular y sirvió de inspiración a artistas, músicos y cineastas. El cuadro sobre la jura, con el que el pintor Luis Menéndez Pidal ganó una medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890, así como la zarzuela que Ricardo Villa estrenó en 1915 o la película *El milagro del Cristo de la Vega* (1940), de Adolfo Aznar, reforzaron aún más la difusión de la leyenda.

Existe otra versión en la que el Cristo es puesto por testigo y milagrosamente responde, indicando con su brazo la verdad. En esta, los protagonistas son dos caballeros que sostuvieron un duelo junto a las tapias de la iglesia de Santa Leocadia. Aquel que había provocado injustamente a su rival cayó herido en el lance, pero su adversario, en lugar de darle muerte, le alzó del suelo y le perdonó la vida. Este noble caballero entró a continuación a orar ante el Cristo, que bajó el brazo en señal de aprobación por su digno comportamiento.

Aunque el relato más conocido de la leyenda del Cristo de la Vega es el que escribió Zorrilla, casi dos siglos antes el canónigo de la catedral de Toledo Pedro Salazar de Mendoza ya había dado cuenta de la milagrosa intervención de este Cristo, documentado en el templo de Santa Leocadia desde el siglo XVI.

El padre Antonio de Quintanadueñas describió en 1651 cómo ese brazo caído de la figura que él mismo había podido contemplar en el altar mayor de la iglesia, era la «demostración que afirman algunos haber sucedido en ocasión que negando un judío cierta cantidad de maravedís a un cristiano, poniendo al Santo Cristo por testigo, derribó el brazo, dando a entender trataba verdad el cristiano y luego se convirtió el judío». Y añadía: «Otros quieren que un mancebo negaba la palabra de casamiento a una doncella y que llegados a juicio ante el crucifijo, bajó el brazo en favor de la doncella».

Para el padre Quintanadueñas, el Cristo de la Vega podría ser copia del crucificado de la capilla de San Miniato al Monte, en el castillo florentino, a

quien también rodea una leyenda. Se dice que siendo soldado san Juan Gualberto (985-1073), fue a vengarse de un enemigo que, una vez vencido, le suplicó piedad arrodillado y con los brazos en cruz. Juan Gualberto le concedió el perdón y a continuación entró al monasterio a rezar ante el Cristo, que bajó el brazo dando a entender así que le había agradado la noble acción del soldado. «A imitación de esta santa imagen se han labrado otros crucifijos y traído a España, y entre ellos se piensa fue uno este que está en el templo referido de Santa Leocadia», concluía el religioso.

En la biografía del fundador de la orden de Vallombrosa se indica, sin embargo, que el Cristo respondió con un movimiento de cabeza, no con el brazo, y la imagen que se guarda hoy en la basílica de la Trinitá tiene ambos brazos clavados. Quizá el Cristo de la Vega no fuera realizado a imitación del de San Miniato, pero parece que la leyenda de san Juan Gualberto dejó su poso en Toledo.

De la figura original del Cristo de la Vega solo se conserva la cabeza, en el convento de San Antonio. Las tropas napoleónicas destruyeron la basílica y quemaron la talla durante la guerra de la Independencia (1808-1814). Se hizo una nueva «a imitación de la primitiva, a la que, según el voto de algunos ancianos que la conocieron, es en un todo igual», apuntaba el poeta Gustavo Adolfo Bécquer en su *Historia de los templos de España*.

Por desgracia, esta segunda imagen fue destrozada durante la Guerra Civil. Según el pintor Enrique Vera, «se encontró diseminada y rota en cuarenta y ocho pedazos y brutalmente golpeada». Bienvenido Villaverde restauró el Cristo que actualmente procesiona en Toledo cada Viernes Santo y los siete viernes comprendidos entre la Pascua de Resurrección y Pentecostés. Son los famosos «reviernes», en los que los toledanos rezan ante el Cristo de la Vega como se dice que hizo la bella Inés, el noble caballero o aquel primer cristiano que lo puso por testigo.

EL CRISTO CON ROSTRO DE GITANO

Su mirada vuelta al cielo y la sedienta expresión de su rostro, en el que parece palpar aún el último aliento del Crucificado, han confortado durante más de tres siglos a miles de devotos del Cristo de la Expiración de Sevilla, conocido

popularmente como el Cachorro. Tan realista es su gesto, que parece indudable que su autor tuvo que presenciar por fuerza la agonía de un hombre antes de realizar esta talla. Quizá la del Cachorro que cuenta la leyenda.

Así se apodaba un gitano que vivió en la Cava de Triana por aquel año de 1682 en el que la corporación del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora de la Paz encargó a Francisco Antonio (Ruiz) Gijón un Cristo de cedro enclavado en una cruz de pino. Andaba el joven imaginero de Utrera pensando en su obra, cuando escuchó unos gritos: « ¡Han matado al Cachorro! ¡Justicia! ».

El artista corrió junto a la muchedumbre hasta el lugar de la pelea e instintivamente miró al agonizante. Cómo sería la expresión que vio en el rostro del gitano que Gijón se abrió paso con violencia entre la gente para inclinarse sobre el cuerpo casi exánime del hombre, que expiró segundos después.

El Cachorro era un gallardo gitano de unos treinta años, cintura de bailarín y finas manos, admirado por su habilidad con la guitarra y los quejíos que arrancaba su garganta. Todas las gitanas suspiraban por él, pero se decía que tenía amores al otro lado del puente de Triana. Con frecuencia desaparecía de la Cava y no regresaba en días. Una mujer de ojos tan negros como los pesares fue su perdición.

El Cachorro había levantado las sospechas de un payo residente en Sevilla, que pensó que se veía con su esposa. Sus celos llegaron al extremo que un día le esperó oculto junto a la venta Vela y cuando el gitano se encontraba sacando agua del pozo, le asestó siete puñaladas que le causaron la muerte. Dicen que el gitano se batió bravo, fiero como los hombres de su raza, pero el cuchillo dio con su pecho y por la herida, ancha como la lanzada de Longinos, se le fue la vida ante la atenta mirada del artista, que plasmó después su agonía en el Cristo de la Expiración.

La investigación llevada a cabo por la justicia desveló después que efectivamente el Cachorro visitaba cada día a una mujer, pero esta dama era en realidad su propia hermana bastarda. El gitano intentó mantener el secreto por temor a perjudicarla, dado su origen, pero fue descubierto y acusado de erróneas intenciones. Su discreción le costó la vida.

Se cree que el escultor del Cristo de la Expiración se hallaba cerca cuando ocurrió la pelea y que tuvo oportunidad de presenciar la agonía del Cachorro. Sacó un trozo de carboncillo que llevaba en su bolsillo y trazó un boceto del

contraído rostro del cantaor gitano. Gijón llevaba semanas buscando inspiración para su escultura. Había realizado cientos de dibujos, pero todos habían acabado en la basura. En ninguno había logrado captar ese último estertor. Hasta que contempló el final del Cachorro. Por eso cuando llegó a su casa, el artista se puso a trabajar frenéticamente en su obra.

Cuando aquel Viernes Santo el Cristo de la Expiración salió en procesión por las calles de Triana, las gentes prorrumpieron en gritos de sorpresa y admiración: «¡Si es el Cachorro!», gritaban.

Se desconoce cuándo comenzó a circular esta leyenda sobre el Cristo de la Expiración, pero sí se sabe que la talla comenzó a ser popular entre los que vivían cerca de la ermita del Patrocinio hacia 1690. A raíz del descenso de la población que provocaron las epidemias de 1649 y 1650, Sevilla había caído en una profunda decadencia y en esos momentos de adversidad, los trianeros elevaron sus plegarias a imágenes como la del Cachorro. La ermita estaba situada prácticamente en medio del campo, en la calzada de Sevilla hacia Huelva, Extremadura y Portugal y atendía a una población marginal. En su mayoría, temporeros que se agolpaban en torno al Guadalquivir atraídos por el trabajo que ofrecía el puerto.

En la hermandad del Santísimo Cristo de la Expiración figuran como cofrades en aquellos últimos años del siglo XVII miembros de familias gitanas. Es una prueba de que antes de que naciera la hermandad de los Gitanos, fundada también en Triana en 1753, ya existía una devoción entre los gitanos por este Crucificado. Se sintieron tan conectados con la tragedia que magistralmente representa esta talla, que se convirtieron en los mejores difusores de la imagen a nivel popular.

Pronto la hermandad comenzó a ser conocida como la del Cachorro. El folklorista Alejandro Guichot creía que esta denominación había nacido en la Cava trianera y tenía un origen flamenco o agitanado, pero el escritor Felipe Cortines discrepaba. En la revista *Calvario* de 1945, explicó que los escritores místicos del Siglo de Oro aplicaban a Cristo el epíteto bíblico de «Cachorro del león de Judá». Esa era, a su entender, la explicación verdadera de este nombre y no la historia del gitano, que tildaba de falsa.

Para entonces, la prensa nacional ya divulgaba esta leyenda del Cachorro y la devoción por ese «Cristo clavado en el madero» que bien pudo inspirar a Antonio Machado en su famosa saeta que con tanto arte cantó Joan Manuel Serrat.

Gijón no dejó ningún escrito que diera pie a esta leyenda. De hecho, no se conoció la autoría del Cristo hasta 1818, fecha en que Justino Matute publicó su *Historia de Triana*. No se sabe por tanto si hay algo de verdad en ella. Sin embargo, la leyenda cuenta con detalles que bien pudieron ser reales.

La presencia de Gijón en Triana no hubiera resultado extraña a sus vecinos. El artista tenía parientes relacionados con esta población del extrarradio de Sevilla, según el archivero Julio Mayo, que ha documentado la estancia de un tal Fernando Gijón en aquella época.

Además, ya había trabajado para la parroquia de Santa Ana antes de que le encargaran el Cristo de la Expiración. Por la talla debía percibir 900 reales, según el contrato firmado ante notario el 1 de abril de 1682. Aunque en otro documento consta que cobró finalmente 1.100 reales, era menos de lo que se cobraba por estos trabajos y se desconoce la causa de esta rebaja. Quizá solo fuera un síntoma de que el mercado del arte religioso se encontraba a la baja en aquellos momentos, o quizá fuera una muestra de esa cercanía del imaginero al pueblo. A Gijón le presuponen una sensibilidad especial hacia los gitanos por ser de Utrera, un lugar que históricamente ha contado con una notable colonia gitana. Puede que se inspirara en ellos cuando representó en el Cristo a un hombre moreno y agitanado.

Este último gran Crucificado del barroco español se salvó del incendio que sufrió la ermita en febrero de 1973, aunque con importantes daños. Los hermanos Antonio, Raimundo y Joaquín Cruz Solís restauraron la imagen, pero este grave percance dio pie a otra leyenda urbana que corre por Sevilla.

Se dice que tras el incendio, la talla auténtica fue sustituida por una réplica que realizaron los restauradores y que la original fue llevada a escondidas al cementerio de San Fernando. Muchos se asoman con curiosidad al panteón del arquitecto Aníbal González porque en su interior, tras una cancela negra de celosía, un Cristo mira al cielo en su último aliento de vida con los mismos ojos que el Cachorro. No, no es él, es una copia realizada en el siglo XX, aunque haya quien lo ponga en duda.

EL ENTIERRO DEL SEÑOR DE ORGAZ

Casi trescientos años antes de que el Greco diera la última pincelada al *Entierro del conde de Orgaz* en 1586, los toledanos ya acudían a visitar la capilla de la iglesia de Santo Tomé donde recibió sepultura don Gonzalo Ruiz de Toledo. El señor de Orgaz, que no conde, fue considerado un santo en vida. Sus buenas obras y, sobre todo, la prodigiosa historia que contaron quienes asistieron a su entierro, convirtieron su tumba en lugar de veneración desde aquel mismo día.

Don Gonzalo había nacido algo después de 1250, durante los primeros años del reinado de Sancho IV. Ya desde finales del siglo XIII ocupó puestos de responsabilidad en la corte y llegó a ser notario mayor del reino de Castilla y alcalde de Toledo. Le tocó vivir una época muy confusa, con dos reyes menores de edad, Fernando IV y Alfonso XI, cuyas regencias tuvo que ejercer doña María de Molina, madre y abuela de esos mismos monarcas. Como ayo de Alfonso XI, el señor de Orgaz desempeñaba un cargo de enorme importancia ya que esta responsabilidad era encomendada a alguien en cuya fidelidad y lealtad se pudiese confiar ciegamente. Así lo subraya su descendiente Gonzalo Crespí y Vallaura, en un perfil que trazó de su antepasado en 2014.

El noble toledano fue, además, un gran bienhechor de la Iglesia. Fundó en 1311 el monasterio de San Esteban de los agustinos (donde hoy se encuentra el instituto Sefarad), puso en marcha el hospital San Antón y costeó la reparación de varias iglesias de la ciudad. Uno de los templos que reparó fue precisamente la iglesia de Santo Tomé, vinculada a la villa de Orgaz desde hacía siglos. Allí pidió ser enterrado a su muerte, humildemente, en un rincón de la misma.

El óbito tuvo lugar el 9 de diciembre de 1323 y, aunque en un primer momento fue inhumado en el convento de los agustinos, siguiendo sus últimas voluntades sus restos fueron llevados a Santo Tomé en el año 1327. El cuerpo de don Gonzalo fue colocado sobre unas andas en medio de la iglesia y a su alrededor se congregaron todos los nobles de Toledo para la ceremonia. Concluido el oficio de difuntos, cuando los clérigos se disponían a darle sepultura, todos «vieron claramente» a san Agustín y san Esteban descender desde lo alto, con figura y traje que todos reconocieron. Tomaron el cuerpo del señor de Orgaz en sus brazos y lo depositaron en el sepulcro diciendo: «Tal galardón recibe quien a Dios y a los santos sirve». Tras pronunciar estas palabras, los santos desaparecieron, dejando la iglesia «llena

de fragancia y olor celestial». Así al menos lo recogieron cronistas como Francisco de Pisa o Pedro Alcocer, ya en el siglo XVI.

En su testamento, el noble había dejado por escrito que la Villa de Orgaz debía contribuir con una renta anual a la iglesia de Santo Tomé —dos carneros, dieciséis gallinas, dos cargas de leña, dos pellejos de vino y ochocientos maravedíes— para celebrar con solemnidad la fiesta de Santo Tomás Apóstol, titular de la parroquia. El Concejo de Orgaz cumplió el mandato durante dos siglos y medio, pero cuando don Andrés Núñez de Madrid se hizo cargo de Santo Tomé en 1564, hacía un lustro que no se había pagado el donativo a la iglesia.

El nuevo párroco, un hombre celoso de custodiar los bienes de Dios y de los santos, llevó el caso a los tribunales, que le dieron la razón. Con el dinero recaudado tras el pleito, Núñez amplió y renovó la capilla, cuidando de no tocar el sepulcro de don Gonzalo porque no convenía que «habiendo sido puesto allí por mano de santos lo movieran manos de pecadores».

El cura de Santo Tomé quería perpetuar la memoria del santo caballero y encargó a Álvar Gómez de Castro una lápida en latín que narrara los hechos, la misma en la que hoy se lee: «Aunque lleves prisa, detente un poco, caminante...». Pidió además a uno de sus feligreses que pintara un cuadro que recordara por siempre al señor de Orgaz y su particular entierro. El feligrés que recibió aquel encargo en 1586 no era otro que Doménico Theotocópulos, más conocido en el Toledo del siglo XVI como «el Greco».

Desde el Concilio de Trento estaba prohibido pintar escenas legendarias en las iglesias. Únicamente se permitían pasajes bíblicos y hechos históricos, así que hubo que obtener un permiso eclesiástico para que el Greco pudiera pintar la obra. El cardenal don Gaspar de Quiroga, que era también Inquisidor General, ordenó investigar las fuentes documentales y comprobar la veracidad del milagro. Concedió la licencia al cuadro del Greco, así que dio por válido que lo que se contaba era un hecho.

El Greco podía ponerse manos a la obra, ateniéndose a representar los hechos descritos en el epitafio del sepulcro de don Gonzalo. Tenía que mostrar «una procesión de cómo el cura y los demás clérigos estaban haciendo los oficios para enterrar a don Gonzalo... y bajaron san Agustín y san Esteban a enterrar el cuerpo de este caballero, el uno teniéndole de la cabeza y el otro de los pies, echándolo en la sepultura, y fingiendo alrededor mucha gente que estaba mirando, y encima de todo esto se ha de hacer un

cielo lleno de gloria». En el contrato se indicaba también que el cuadro debía ir «desde arriba del arco hasta abajo y todo se ha de pintar en lienzo hasta el epitafio que está en la dicha pared».

El Greco cumplió con gran maestría el encargo, realizando una de sus obras más célebres. Entre los testigos del milagro retrató anacrónicamente a personalidades del siglo XVI, como al impulsor del cuadro, Andrés Núñez de Madrid, que figura a la derecha de la composición como el oficiante que lee. El caballero de la orden de Santiago que muestra las manos, situado entre san Esteban y san Agustín, podría ser Juan Hurtado de Mendoza, segundo conde de Orgaz (Carlos I ascendió el señorío de Orgaz a condado en 1520), y se cree que el rey Felipe II acompaña a los inmortales de la parte superior derecha. El mismo Greco se pintó en la parte central, junto a los protagonistas del lienzo, y en la parte inferior izquierda retrató a su hijo Jorge Manuel, con un pañuelo que indica la fecha de su nacimiento (1578).

Unas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la iglesia de Santo Tomé descubrieron en 2001 los restos del señor de Orgaz. El noble toledano estaba enterrado en un sencillo sepulcro de granito y yeso. Aún conservaba su esqueleto completo, con restos de ropa, guantes y un broche. Junto a don Gonzalo encontraron los restos mortales de otras once personas, que podrían ser su mujer, sus hijos y una persona muy próxima a la familia.

La tumba puede contemplarse hoy con la losa original, bajo el célebre cuadro por el que el Greco cobró 1.200 ducados en 1590, la cifra más alta pagada hasta entonces en España por un lienzo. En la iglesia de Santo Tomé aseguran que la figura del señor de Orgaz y su espíritu de caridad y fe siguen estando presentes en la actualidad. Si hace casi siete siglos ayudaba a los pobres de la ciudad gracias a las rentas que dispuso en su testamento, hoy son los ingresos originados por los turistas los que sufragan obras de caridad entre los más necesitados. Don Gonzalo, dicen, sigue haciendo el bien.

La leyenda del señor de Orgaz guarda algunas semejanzas con una de las leyendas más antiguas de España relativas a apariciones, que también tuvo como escenario Toledo. Esta ocurrió en la catedral, durante una celebración presidida por el obispo Ildelfonso una noche de diciembre del siglo VII. Poco antes de comenzar la ceremonia, una potente luz envolvió el templo lleno de fieles y clérigos que contemplaron atónitos la aparición de la Virgen con una maravillosa casulla que colocó sobre los hombros de este obispo con fama de santo en vida.

El prelado había escrito un tratado sobre la virginidad de María y esta se lo agradeció diciéndole con dulzura: «Bien has escrito de mí, Ildefonso», antes de desaparecer dejando en la catedral un delicioso olor como de incienso que embriagó a todos. En la catedral nueva de Toledo se conserva una piedra de mármol ya desgastada por los besos y caricias de los fieles, a la que llaman Piedra de la Descensión. Dicen que sobre ella reposaron los pies de la Virgen mientras revestía con la casulla a san Ildefonso. Gonzalo de Berceo recogió en sus *Milagros de Nuestra Señora* esta leyenda, que fue muy popular en la Edad Media y también fue llevada al arte por Murillo, Velázquez y Rubens.

EL ÓRGANO DE MAESE PÉREZ

La mágica noche del 24 de diciembre la iglesia del convento de Santa Inés se llena más que ninguna otra en Sevilla. Cada año, como es tradición, el antiquísimo órgano que inspiró a Gustavo Adolfo Bécquer vuelve a sonar, envolviendo de misterio la misa del gallo, como aquella prodigiosa Nochebuena en la que maese Pérez, el organista, hizo sonar su ignota música celestial con misteriosa poesía.

Tampoco aquella noche había ni un alma más en la iglesia del convento. Lo más florido de Sevilla había acudido a Santa Inés para escuchar a maese Pérez, porque en Nochebuena hacía que su órgano sonara como los ángeles. Todo estaba preparado. La profusa luz de los altares chispeaba en las ricas joyas de las damas. Era la hora de que comenzara la ceremonia, pero el celebrante se retrasaba y la multitud comenzó a impacientarse. El arzobispo mandó a la sacristía a uno de sus familiares a preguntar. «Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la misa de medianoche», informó a su vuelta. La noticia provocó cierto alboroto entre los bancos. En aquel momento, un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura, se ofreció a tocar en su lugar. Era un organista sin talento alguno, envidioso del de Santa Inés. El arzobispo dio su aprobación, pero en ese mismo instante apareció maese Pérez, pálido y desencajado.

La misa dio por fin comienzo y discurrió según lo previsto, hasta que llegó el solemne momento en el que el sacerdote elevó la Sagrada Forma tras la consagración. Maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del

órgano y las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un majestuoso acorde, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos. A este primero, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía. Era la voz de los ángeles que, atravesando los espacios, llegaba al mundo.

La multitud escuchaba atónita y suspendida aquel prodigio. En todos los ojos había una lágrima y en los espíritus, un profundo recogimiento. Gradualmente, las voces del órgano se fueron apagando. De pronto, un grito desgarrador sonó en la tribuna y el órgano exhaló un sonido discordante y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo. Maese Pérez acababa de morir ante la desconsolada mirada de su hija.

Al año siguiente, la iglesia volvió a llenarse. El organista envidioso sustituyó al bueno de maese Pérez, tocando con una gravedad tan afectada y ridícula que el populacho decidió irrumpir con sus zampoñas, gaitas, sonajas y panderos para tapar sus discordantes notas. Segundos después, la estruendosa algarabía enmudeció al oír unos cantos que acariciaban los oídos como en un momento de éxtasis. Un acorde magnífico se sostenía aún, brotando de los tubos de metal del órgano como una cascada de inagotable armonía. Aquella era una música que solo la imaginación podía comprender, unos himnos que parecían remontarse hasta Dios como una tromba de luz y de sonidos. Al terminar la misa, el arzobispo invitó al organista malencarado a tocar en la catedral la Nochebuena siguiente, como tantas veces intentó que hiciera maese Pérez sin lograr que este abandonara su querido órgano. Para el gentío, sin embargo, estaba claro que había gato encerrado. «Sospecho que aquí hay busilis», comentó una vecina.

Un año después, fue la hija de maese Pérez la encargada de tocar el órgano en Santa Inés. La misa transcurrió sin incidentes hasta que llegó el momento de la consagración. En aquel instante sonó el órgano y, al mismo tiempo que este, el grito de la joven organista. La muchacha se había levantado del banquillo y el órgano, allí solo, seguía sonando... sonando como solo los arcángelespodrían imitarlo. El busilis era, en efecto, el alma de maese Pérez.

Bécquer escribió este relato —aquí resumido— con veinticinco años. Hacía siete que había dejado la capital andaluza para labrarse un nombre en Madrid. La nostalgia le invadió aquellas Navidades de 1861, empujándole a evocar por primera vez su ciudad natal en una leyenda. «Maese Pérez el

organista» apareció por primera vez en las páginas del diario *El Contemporáneo* el 27 y 29 de diciembre de aquel año, en la sección de «Variedades».

El propio poeta la tituló como «leyenda sevillana», presentándola como una tradición arraigada en la ciudad, aunque los expertos coinciden en que espura invención del autor de *Rimas y leyendas*.

Bécquer, sin embargo, no eligió al azar el convento de Santa Inés. Allí yace su fundadora, doña María Coronel, una noble dama sevillana que, según otra popular leyenda, se desfiguró echándose aceite hirviendo en la cara para frenar el acoso de Pedro I el Cruel. El pintor Joaquín Domínguez Bécquer, tío del poeta, la retrató en 1857, apenas tres años después de que Gustavo Adolfo se marchara a Madrid. Carlos Ros Carballar, estudioso de las tradiciones sevillanas, está convencido de que como sevillano, Bécquer tenía que conocer el convento y a buen seguro que lo visitó alguna vez.

Durante su infancia y adolescencia, el escritor vivió en el barrio de San Lorenzo de Sevilla, muy cerca del Gran Poder. Una placa lo recuerda en el número 20 de la calle Conde de Barajas donde nació. El convento de las clarisas no formaba parte del entorno más próximo en el que creció, pero probablemente se acercara en alguna de las ocasiones en que las monjas exhibían el cuerpo incorrupto de doña María Coronel, como hoy siguen haciendo cada 2 de diciembre.

Es muy posible, por tanto, que Bécquer llegara a escuchar el órgano que inspiró su leyenda. El instrumento de seiscientos tubos que fabricó el organero Francisco Pérez de Valladolid en el siglo XVIII se encontraba en la clausura del templo, tras la celosía que separaba a las monjas de los feligreses. Fue la donación del padre de una monja. Quizá fuera la dote de una pariente de Pérez de Valladolid, como apuntan los estudios del músico y organero sevillano Abraham Martínez. Antiguamente era una práctica habitual que las familias de las mujeres que entraban en el convento proporcionaran un dinero por su ingreso.

Se sabe de la existencia de otro Pérez, organista de la catedral de Sevilla, pero este vivió en el siglo XVII y no guarda ninguna relación con el protagonista de la leyenda. En el convento de Santa Inés, eran las propias monjas las que tocaban el órgano en la misa del gallo.

Los investigadores no han dado con ningún indicio, en ninguna parte, que relacione personalmente a Bécquer con el convento de Santa Inés, ni que

apunte a la existencia de un sustrato real en la leyenda.

El literato sentía especial predilección por los monasterios. Él mismo pasó varios meses en el de Veruela, donde escribió sus *Cartas desde mi celda*, y se inspiró en estos lugares cargados de pasado para sus leyendas. El convento de Santa Inés, con sus siglos de historia y su vinculación con la legendaria figura de María Coronel, lo tenía todo para convertirse en escenario becqueriano.

LEYENDAS CONTEMPORÁNEAS

DE FANTASMAS Y APARICIONES

EL PUEBLO MALDITO DE OCHATE

En Ochate solo la torre de San Miguel se mantiene en pie, orgullosa, desafiando el paso del tiempo y sus inclemencias. Es cuanto queda de este pueblo abandonado en esa isla burgalesa en Álava que es el condado de Treviño. También Ochate se encuentra aislado. Apenas le separan 14 kilómetros de Vitoria, pero la carretera muere antes de llegar hasta sus ruinas. Solo a pie puede uno adentrarse en este escalofriante lugar que dicen maldito.

En sus cercanías, en parajes próximos a Aguillo, Prudencio Muguruza tomó en 1981 una famosa fotografía que cambiaría para siempre su vida... y la de Ochate. Este empleado de banca vitoriano de veinticinco años había salido a pasear con su perra por los alrededores de esta deshabitada localidad la tarde del 24 de julio. De repente, a eso de las nueve de la noche, Panchita comenzó a gruñir sin aparente motivo. Algo que había visto le había asustado. Dos minutos después, Muguruza notó a su espalda una especie de fognazo. Se giró intrigado y, a unos 150 o 200 metros de donde se encontraba, vio una gran esfera quieta sobre los árboles, de un color vibrante como azul oscuro, con una aureola de luz a su alrededor y una enorme estela también de luz que ascendía en vertical hacia el cielo. No emitía aparentemente ningún sonido, pero un zumbido penetrante se instaló en sus oídos mientras observaba el misterioso objeto. Casi como un autómata, Muguruza cogió la cámara fotográfica que llevaba consigo y disparó. La perra salió huyendo, alarmando al joven, que aún miró aquel extraño fenómeno unos segundos más antes de ir en su busca. Dio cinco o seis pasos y se giró una última vez. Para su sorpresa, «aquello» había desaparecido.

Muguruza contó a sus familiares lo que había visto, pero no le creyeron. Hasta que en septiembre su madre envió a revelar el carrete de la cámara y,

entre las fotografías familiares, apareció la extraña toma hecha en las inmediaciones de Ochate.

La imagen se publicó meses después en *Mundo desconocido*, la revista de referencia para los aficionados a la ufología en los años 80. El reportaje sobre este «Ovni en Treviño» lo firmaba Juan José Benítez, periodista gurú en asuntos paranormales que, tras analizar la fotografía, llegaba a la conclusión de que se trataba de un ovni y además, tripulado. Aquellos eran los tiempos en que el programa *Alerta Ovni* que presentaba Antonio José Alés en la Cadena Ser llegaba a reunir a millones de oyentes mirando al cielo nocturno.

Tres meses después, el propio Muguruza publicó en la misma revista «Luces en la puerta secreta», el artículo que convirtió a Ochate en icono del misterio en España. En él contaba que el enigma de este pueblo, cuyo nombre vasco tradujo como ‘puerta secreta’ o ‘puerta del frío’, se remontaba a 1860, a la fecha en que una epidemia de viruela causó estragos en la localidad. A los cuatro años se repitió el flagelo, esta vez de tifus; y en 1870, dos años después de la extraña desaparición del párroco del pueblo, se produjo la tercera y última epidemia, la más mortal: el cólera. Solo tres vecinos huyeron a tiempo. El cementerio se quedó pequeño para tanta sepultura y los cadáveres se enterraron fuera del camposanto, diseminados por la ladera. Lo más extraño de estos hechos es que ese rosario de calamidades solo afectó a Ochate. En ningún otro pueblo de los alrededores ocurrió nada parecido, a pesar de encontrarse relativamente cerca. Desde entonces, aseguraba Muguruza, quedó deshabitado y se empezó a tejer su leyenda de aldea maldita.

El vitoriano Enrique Echazarra fue uno de los primeros apasionados del mundo del misterio que se acercó hasta Ochate tras leer lo que se decía sobre el pueblo. Sugestionados por la historia, algunos llegaban ya predispuestos a confundir las luces de aviones con ovnis, o los ojos del ganado que pastaba entre las arruinadas casas con espíritus condenados a vagar eternamente. Echazarra nunca vio nada. Interesado por la terrorífica historia de Ochate, comenzó a investigar esas epidemias «selectivas» que arrasaron el lugar. Enredando entre archivos de Burgos y Álava, descubrió con sorpresa que en los documentos no se hablaba de tifus ni de cólera, sino de la vida normal de un pueblo como tantos otros que se fue despoblando. Hacía, además, no tanto tiempo. Unos años antes de la Guerra Civil, no en 1870.

Echazarra llegó a contactar en una residencia de ancianos con José Miguel

Aránguis, un abuelo de ochenta años que había vivido durante su juventud en Ochate. El último habitante con vida del pueblo estaba muy sorprendido de lo que se decía de él. Allí nunca había habido ni brujas, ni fantasmas, ni ovnis, aseguraba.

Antonio Arroyo y Julio Corral también conversaron en varias ocasiones con Aránguis en el transcurso de las investigaciones que llevaron a cabo durante dos años y medio, entrevistando a lugareños y consultando archivos históricos, censos y catastros. Comprobaron que el pueblo ya existía con el nombre de Gogate allá por el siglo XI. Nació al borde de una antigua calzada que unía el valle con un camino real. El trazado de un nuevo camino dejó a Ochate aislado y, poco a poco, la vida en el pueblo fue languideciendo hasta acabar abandonado por sus últimos habitantes en las primeras décadas del siglo XX. Un camino le dio la vida y otro se la arrebató.

Arroyo y Corral indagaron qué fue del cura que tan misteriosamente había desaparecido en 1868 y dieron con una serie de cartas en el obispado de Calahorra. La pista de Antonio Villegas —así se llamaba el párroco en cuestión— acababa en Brasil. Localizaron y entrevistaron a una sobrina nieta del sacerdote y llegaron a la conclusión de que su huida tuvo poco que ver con motivos paranormales. Detrás se escondía una historia de amor y rebeldía que bien merecía una novela, pero poco tenía que ver con el abandono de Ochate.

Tampoco el saturado cementerio al que aludía Muguruza y las tumbas de la ladera guardaban ningún misterio. La necrópolis data de los siglos IX-X y es similar a otras de su época, como Revenga o Cuyacabras. Los enterramientos muestran túmulos de distintos tamaños, tanto de adultos como de niños, aunque hay tumbas que no guardan el tamaño original porque están en una colina y con el paso del tiempo se han ido desmoronando.

La leyenda de Ochate se ha demostrado falsa, sin fundamento alguno. Esa es la conclusión a la que han llegado quienes han investigado seriamente sobre ella. Ni siquiera el nombre original del pueblo se refiere a ninguna «puerta secreta» o «del frío». Etimológicamente Ochate deriva de Gogate, y este hacía mención a la geografía del lugar, como pueblo de arriba del camino.

A pesar de estas evidencias, Muguruza sigue manteniendo sus teorías. «Ochate es la puerta de entrada de los alienígenas», afirmó en 2015 en una entrevista en el *Diario de Burgos* con motivo de su nuevo libro, *La verdadera*

historia de Ochate, el pueblo maldito. Afirma que presencié el momento exacto de apertura de la puerta secreta y que esa gran bola energética no fue producida por humanos, sino por extraterrestres que proceden de las Pléyades y visitan la tierra cada 34 años. Sostiene además que los Gobiernos del mundo se preparan para una inminente invasión alienígena y que, de suceder, Ochate desempeñará un papel crucial. En la promoción *online* del libro en 2015 se llegaba a aventurar con que esa gran oleada ovni acontecería ese mismo año... A la vista está que falló en sus pronósticos.

Investigadores y periodistas, como Luis Alfonso Gámez, han pedido durante décadas a Muguruza que muestre pruebas o documentos que sustenten sus afirmaciones. Sin éxito. Gámez sostiene que la foto del supuesto ovni no era más que una nube iluminada, que Muguruza vendió en 1982 por medio millón de pesetas a un avispa industrial alavés y este la utilizó para imprimir y vender pósteres. El joven pasó así de trabajar como empleado de una entidad bancaria a vivir de los réditos de ser testigo del supuesto avistamiento y Ochate se convirtió en el «Bélmez vasco», a decir de algunos. Un montaje como el de las supuestas caras aparecidas en el pueblo andaluz.

Aunque el «pueblo maldito» de Ochate ya no sufre la invasión de romerías esotéricas de los años 80, que dejaban los campos pisoteados, restos de hogueras por doquier y cantidades ingentes de basura para desesperación de los pocos habitantes de los alrededores, aún sigue suscitando el interés de los creyentes en lo paranormal y de muchos curiosos. En los últimos treinta años se han grabado multitud de supuestas psicofonías y existen multitud de testimonios sobre presuntos fenómenos paranormales. Hasta Belén Esteban salió espantada de Ochate en un programa de televisión en 2014. ¿Se trata de un fenómeno de sugestión colectiva, de fenómenos naturales mal comprendidos o de una mezcla de todo ello? Cada cual lo juzga según su criterio. De lo que no cabe duda es que Ochate se ha convertido en todo un fenómeno sociológico y que, difícilmente, podrá desprenderse ya de la etiqueta de «pueblo maldito».

EL FANTASMA DEL PILOTO ALEMÁN

«¡Ojo con el aviador que sale por las noches!», le advirtió un soldado a Carlos Garrido la primera vez que visitó Cabrera en 1980, cuando la isla aún no se había convertido en Parque Nacional. Así fue como este periodista conoció la historia del Lapa.

En aquel entonces había un pequeño cementerio rural junto al castillo, con solo una tumba identificada. Era una modesta cruz con el nombre de Joannes Bochler, que después sería corregido como Johannes Böckler, y la fecha de su muerte en abril de 1944. El joven soldado alemán, de apenas veintiún años, falleció en un accidente durante la Segunda Guerra Mundial. Era uno de los cuatro tripulantes de un avión Dornier que partió del sur de Francia rumbo a Argelia, pero no llegó a su destino. El aparato sufrió un problema en el motor y cayó cerca de la isla de Cabrera. Los cuatro ocupantes del avión saltaron antes de que este se precipitara al mar, pero solo el piloto Hans Kieffer logró salvarse y alertar con bengalas de su situación para ser rescatado. A Böckler una barca lo encontró muerto y los otros dos desaparecieron en el Mediterráneo. Días después se encontró el cuerpo de uno de ellos, Peter Brühl, en una playa de Mallorca. Del otro, nunca más se supo.

Böckler fue enterrado en el pequeño cementerio de Cabrera, donde reposaban los restos de presos franceses que fueron confinados en la isla y abandonados a su suerte a principios del siglo XIX. Junto a la suya se encontraba otra tumba sin identificar, la de un campesino de la zona conocido como «En Lluent», que había muerto de un infarto de miocardio. Hace treinta años aquel tétrico lugar daba miedo. No es de extrañar que hasta los militares del destacamento de Cabrera hablaran a Garrido del Lapa, fuera de micrófono, como de esa presencia que se les agarraba en ocasiones por la espalda. Estaban convencidos de que, como el aviador había muerto lejos de casa, salía de su tumba en busca de otros a los que traspasar la maldición de no descansar junto a los suyos.

A la vuelta de su estancia en Cabrera, el periodista escribió la historia del Lapa. Así fue como se convirtió en el «padre putativo del fantasma». La leyenda se hizo tan famosa, que llegó a los oídos de la Comisión de Conservación de Tumbas Militares Alemanas (Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge). La Comisión decidió exhumar los restos de Böckler de Cabrera y los trasladó al cementerio alemán de Cuacos de Yuste. En esta localidad cacereña están enterrados 180 soldados del país germano que

perdieron la vida durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial y cuyos cuerpos acabaron en territorio español por naufragios, accidentes o derribo de sus aviones.

El día que se exhumó al Lapa no se hablaba de otra cosa en Cabrera. Un pescador preguntó con curiosidad: «¿Qué cadáver se han llevado? ¿El que está recto o el que está atravesado?». Las dudas se dispararon. Muchos allí aún creen que se equivocaron de muerto y que se llevaron al campesino «En Lluent» a Cuacos. Esa es la razón por la que, aseguran, el fantasma del Lapa aún se sigue apareciendo en Cabrera. Todo lo que se sale de lo normal se atribuye en la isla al espíritu del aviador que no ha logrado su descanso.

Sin embargo, Gabriele Proppelreuter, empleada de la embajada alemana en los años ochenta y responsable del traslado del militar alemán al cementerio de Cuacos de Yuste, aseguró en 2010 al funcionario de policía José Carlos Violat que no existió posibilidad alguna de error en la identificación de Böckler.

En el pequeño cementerio de la isla ya no queda ninguna inscripción. La cruz del aviador alemán se rompió cuando este fue exhumado y ya no se ven ni sus restos. Puede que alguien se los llevara, quién sabe. Tampoco hay flores en el lugar, como antiguamente. Durante años, la gente pensó que las dejaba allí un piloto inglés que habría derribado el avión alemán y que de vez en cuando volvía a recordar a sus víctimas. Garrido está convencido, sin embargo, de que el único superviviente del avión era quien llevaba las flores a su compañero. No logró comprobarlo nunca.

La leyenda del Lapa reúne elementos comunes con otras leyendas urbanas españolas que se refieren a almas que no aceptan, que no entienden, o que no saben que están muertas y vagan perdidas. También con relatos de pilotos o vuelos fantasma. En Guadalajara, por ejemplo, cuentan que a las dos en punto de la madrugada pasa una avioneta fantasma. No se ven las luces, solo se oye el sonido de un motor. Dicen que son los pilotos que se estrellaron contra el monte cerca de Galápagos en unas prácticas de vuelo.

ANTIGUOS HOSPITALES ENCANTADOS

Tanto trajín de plenos y votaciones en el Parlamento de Andalucía debe traer de cabeza a sor Úrsula, la monja fantasma que, a decir de algunos, recorre los pasillos y las estancias de este antiguo Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla, también conocido como el Hospital de la Sangre.

Vigilantes de seguridad, personal administrativo, policías e incluso algún político han confesado en los últimos años haber sentido la presencia de la monja fantasma. Un funcionario del Parlamento, interrogado en 2008 por el *Diario de Sevilla*, afirmaba que eran habituales las llamadas de vecinos del barrio de la Macarena que decían haber visto a una mujer con hábito y toca en las ventanas o azoteas del edificio.

Sor Úrsula fue una religiosa de la Orden de las Hermanas de la Caridad que atendía a los enfermos del Hospital de las Cinco Llagas en el siglo XVII. Tenía fama de estricta, fría e insensible en el trato con los pacientes. La monja falleció a consecuencia de la peste que contrajo en el mismo hospital durante una epidemia en 1639 y, tras su muerte, comenzó su leyenda. Se decía que el espectro de la religiosa se acercaba a los enfermos con un manojo de llaves que hacía tintinear y que les arreglaba las sábanas de la cama. Eran unos cuidados fatales, ya que los pacientes que recibían la visita fantasmal morían al poco tiempo. Si no fue bien recibida en vida por los enfermos, menos aún después de muerta.

El investigador en fenómenos paranormales José Manuel García Bautista ha recopilado un gran número de testimonios, sustos y «hasta un encuentro». Manuel Moreno, por ejemplo, estuvo hospitalizado en 1965 y contó así su experiencia: «Estaba en un pasillo fumando a escondidas, ya que estaba prohibido, cuando sentí frío e incluso el cigarro parecía apagarse. Me extrañó mucho, pero cuando me giré, tras de mí estaba la monja en actitud como de desaprobación... me asusté mucho y salí de allí corriendo. Casi tres semanas después mi compañero de cama, no recuerdo su nombre, me llamó haciéndome señas e indicándome que mirara al frente. Allí justo, «atendiendo» a otro compañero, estaba la monja, casi transparente y atareada con el pobre infeliz que casi estaba desahuciado... Aquella noche comprendí que no eran cosas mías y que muchos enfermos habían visto al fantasma de la monja igual que yo y que por miedo no habían hablado».

Los testigos suelen describir su experiencia como una presencia física, que no interactúa con las personas, simplemente pasea por determinados lugares. Al fantasma parece darle igual toparse con personas en su camino.

Simplemente «se ve» y en esos momentos se suceden fenómenos como que baja la temperatura o hay anomalías eléctricas. Otros escuchan el desgarrador llanto de un niño, un bebé que habría muerto muchos años atrás...

El hospital cerró en febrero de 1972 por su pésimo estado de conservación y, tras veinte años de abandono, se convirtió en sede del Parlamento de Andalucía. Sor Úrsula, sin embargo, parece resistirse a abandonar el edificio de sus desvelos y su fantasma, dicen, aún ronda sus pasillos. En 1995, el desaparecido *Diario 16 de Andalucía* publicó un artículo en el que se hacía eco de los extraños fenómenos que algunos políticos se tomaban a guasa. Luis Carlos Rejón aseguraba con sorna que tenía a sor Úrsula como asesora de su grupo parlamentario. Se llegó a relacionar al político Plácido Fernández Viagas (1924-1982) con las visiones, aunque el hijo del que fuera presidente preautonómico lo desmintió con rotundidad en el *Diario de Sevilla*: «Mi padre ni siquiera estuvo aquí».

En 2015 se le apareció a un empleado de seguridad del edificio, que dijo haber visto perfectamente a sor Úrsula cuando se alejaba de la actual biblioteca con sus hábitos, y dos parlamentarias también contaron a García Bautista su experiencia en 2013, fuera de micrófono. Este investigador en fenómenos paranormales, que no duda de la existencia de sor Úrsula, descubrió que a lo largo de los siglos al menos otras cinco religiosas del mismo nombre trabajaron en el antiguo hospital, aunque por las descripciones que los testigos hacen de sus hábitos parece que la causante de las apariciones es la hermana de la caridad que vivió en el siglo XVII. García Bautista cree que al fallecer en el mismo edificio, contagiada por la peste negra que asoló Sevilla en su época, la reminiscencia de su presencia allí, emocional o sentimental, ha quedado en el Hospital de las Cinco Llagas por algún extraño mecanismo que los hombres no llegamos a entender y tal vez se manifieste para transmitir un mensaje que aún no se ha sabido descifrar.

La leyenda del Hospital de las Cinco Llagas guarda muchas similitudes con la que rodea al Museo Reina Sofía, en Madrid. Allí, quienes creen en fantasmas han bautizado con el nombre de Ataúlfo al causante de los sobrecogedores fenómenos. Funcionarios y vigilantes afirman que en el edificio se producen sucesos extraños, como ascensores que se ponen en marcha a pesar de estar desconectados, puertas cerradas con llave que se abren solas, ruidos de pasos de personas inexistentes, alarmas que saltan sin motivo o espectrales procesiones de frailes y monjas que rezan el rosario por

los pasillos vacíos. Hasta cuentan que en una noche de tedio los vigilantes nocturnos se entretuvieron llamando al fantasma con una *ouija* y Ataúlfo acudió al requerimiento con una trágica premonición. «Dentro de unos días vas a tener una gran desgracia. Prepárate», dijo a uno de los guardias que, días después, tuvo que llorar el fallecimiento de un familiar en un accidente de tráfico.

De Ataúlfo se ha dicho que es el alma en pena de un sacerdote que murió torturado durante la Guerra Civil, aunque hay quien afirma que se trata del fantasma de Pablo Picasso, que se subleva de esta forma contra el traslado del *Guernica* a un edificio que oculta tanta muerte bajo tierra.

Antes de albergar su colección de arte moderno y contemporáneo, el Reina Sofía fue un albergue de beneficencia donde acudían a morir los más pobres. En época de Carlos III se convirtió en el Hospital General de San Carlos y posteriormente se utilizó como hospital de sangre durante la Guerra Civil, así como de depósito de cadáveres. Miles de personas murieron entre sus muros a lo largo de su historia, sobre todo en época de epidemias, y un buen número de cuerpos fueron enterrados en su subsuelo. También acabaron allí los restos de los cadáveres utilizados en las prácticas de medicina que se realizaban en el cercano Colegio de Cirugía de San Carlos. Las historias sobre fantasmas que subían a las habitaciones, anunciando a los pacientes que agonizaban su próximo final, no tardaron en surgir. Una crónica del siglo XIX publicada en *La Ilustración Española y Americana* refería que los pacientes, al asomarse a las ventanas del hospital, descubrían sus rostros amarillentos, casi moribundos, empalidecidos por la enfermedad «o quién sabe si por el sufrimiento de pernoctar en un edificio donde suelen ocurrir cosas extrañas, nunca explicables, apariciones y ruidos fantasmales, según se quejan los propios enfermos».

El Hospital General cerró sus puertas en 1965 y durante veinte años permaneció abandonado. A punto estuvo de ser demolido, pero la declaración de edificio histórico-artístico lo salvó de la piqueta. En 1982 se tomó la decisión de convertir el antiguo hospital en el moderno museo de la actualidad. Comenzaron las primeras obras de remodelación y, con ellas, los primeros hallazgos macabros. Los operarios se toparon con esqueletos, calaveras, restos de cadáveres de niños y todo tipo de huesos, además de cadenas, grilletes e instrumental hospitalario. Se llegó a pensar que había sido utilizado durante la Guerra Civil como centro de tortura. En 1990, durante

una segunda rehabilitación, se encontraron tres momias de monjas enterradas en una antigua capilla del hospital empleada hoy como sótano. Aún permanecen allí sepultadas, bajo la puerta principal del museo.

Con el traslado del *Guernica* de Pablo Picasso al museo, en 1992, se denunciaron tantos sucesos anómalos que la dirección de la pinacoteca acudió a expertos en fenómenos paranormales. El grupo Hepta, creado por el sacerdote José María Pilon, llevó a cabo una primera investigación en el museo aquel mismo año. Repitió tres años después, en 1995, fecha en la que *Diario 16* se hizo eco de sus trabajos en el reportaje «Los fantasmas del Reina Sofía». «Un grupo de parapsicólogos dice haber contactado con varios espíritus en el museo», señalaba el redactor Álvaro Gariño, que daba cuenta de las investigaciones llevadas a cabo por Hepta.

No acabaron ahí las quejas de los trabajadores del centro. En 1998, una empleada de la limpieza solicitó la baja por estrés y depresión e instó al Ayuntamiento de Madrid a que «como medida definitiva para terminar con el fantasma» se practicara «un exorcismo en la pinacoteca», según consta en la denuncia. La Consejería de Medio Ambiente zanjó el asunto con una contundente respuesta: «En virtud del Estatuto de Autonomía, la Consejería carece de competencias en fenómenos paranormales».

El Reina Sofía y el Parlamento andaluz arrastran un pasado común como edificios destacados, con una larga historia a sus espaldas. Los dos fueron antiguos hospitales donde el dolor y la muerte estuvieron muy presentes, pasaron un tiempo abandonados y en ambos casos se han encontrado bajo su suelo restos humanos que han alimentado especulaciones y temores. Los hospitales, como los cementerios y los antiguos caserones abandonados, son además los espacios arquitectónicos preferidos en la literatura como morada para fantasmas y almas en pena, una creencia tan antigua como la propia especie humana. El vetusto Hospital de las Cinco Llagas y el antiguo Hospital Central reunían todos los elementos para convertirse en lugares encantados para los más crédulos.

Desde el punto de vista antropológico, estas supuestas apariciones en edificios alterados por reformas o por modernizaciones funcionales manifiestan además un cierto desasosiego histórico ante los nuevos tiempos. Según Luis Díaz Viana, son —quizá— fantasmas que se resisten a las imposiciones de la posmodernidad.

LA CHICA DE LA CURVA

En la curva de la Pólvara de la N-634 de Guipúzcoa, en la de Garraf de Barcelona, en la de Torreseca de Cáceres, en el puerto del Ragudo (Castellón), en la curva de la Viuda en Ceuta, o en las Siete Revueltas de Navacerrada (Madrid) un amigo de un amigo asegura haber visto a una joven vestida de blanco haciendo autoestop. Al conductor que la recoge le advierte poco antes de llegar a una curva: «Vaya con cuidado. Este tramo es muy peligroso. Hay muchos accidentes». Y desaparece por arte de magia del asiento trasero del coche. Cuando el conductor acude al lugar al que se dirigía la joven, le cuentan que murió hace años en un accidente de tráfico, en ese mismo punto de la carretera. Es «la chica de la curva» o «la autoestopista fantasma», un clásico en las leyendas urbanas que alcanzó tal fuerza que llegó a saltar a la prensa convertida en noticia.

El diario *Cataluña Exprés*, hoy desaparecido, publicó en los años 70 una versión de esta leyenda. Un hombre llamó a la redacción del diario para contar que había recogido a una joven que hacía autoestop de noche bajo la lluvia en una carretera desierta. Al cabo de unos pocos kilómetros, la chica se esfumó en plena marcha, pese a que las puertas del vehículo estaban cerradas. En 1980 fue *Blanco y Negro* quien se hizo eco de la espeluznante leyenda del fantasma de Majadahonda. Un hombre que iba de noche con su automóvil por la carretera de esta localidad madrileña se detuvo a recoger a una muchacha que hacía autoestop. La joven le pidió que la llevase a Madrid, subió al coche y se acomodó en el asiento trasero. El automóvil reemprendió la marcha por un tramo sinuoso y al llegar a una curva muy pronunciada, la muchacha rogó al conductor que disminuyera la velocidad. El hombre la tomó prudentemente y cuando volvió la cabeza para decir alguna cosa a su pasajera se dio cuenta con asombro de que se había evaporado.

El hombre optó por presentar una denuncia en un cuartel de la Guardia Civil que había en las inmediaciones. Allí le enseñaron la fotografía de una dama y el hombre, pasmado, la reconoció al instante: «¡Es ella! ¡Estoy seguro!».

«Es un caso extraño, pero no es usted el primero al que le ocurre —le dijeron—. Ya ha venido otra gente a denunciar lo mismo. Esta chica murió

hace tres años, en esa curva de la carretera de Majadahonda donde suele aparecerse y desaparecer por arte de magia».

En la localidad madrileña, unos decían que había muerto al volcar su automóvil y otros que atropellada por un camión en la carretera de Villafranca del Pardillo; algunos la describían como una rubia que llevaba un vestido blanco fantasmal y otros aseguraban que era morena y vestía de negro espiritual, pero todos coincidían en que la joven se llamaba Eloísa. En aquellos días de noviembre de 1980 se decía que había habido tres nuevos casos y el locutor Antonio José Alés había organizado una auténtica cacería del fantasma a la que respondieron un centenar de oyentes de su programa *Medianoche*. Un redactor y un fotógrafo de *ABC* decidieron buscar una noche a Eloísa por la carretera de Majadahonda y se apostaron mil pesetas de las de entonces, uno asegurando que era real y otro negando su existencia. Llegaron a coger a una autoestopista, también llamada Eloísa, a la que llevaron estremecidos... ¡hasta el cementerio de Carabanchel! Para su alivio, concretamente hasta el portal de una casa próxima, sin que la joven desapareciera de su vista en ningún momento. El que sí se esfumó fue el fotógrafo que debía pagar la apuesta de este reportaje netamente literario que firmaba J. L. Aguiar.

Unos años después, en 1986, un teletipo de la agencia Europa Press difundió que jóvenes fallecidas en accidentes de tráfico se habían aparecido a diversos conductores que circulaban entre Bilbao y San Sebastián. Para aquel entonces, ya había tramos de carretera «malditos» repartidos por toda la geografía española.

Los periodistas Antonio Ortí y Josep Sempere intentaron dar con testigos de estos relatos, pero resultó imposible contactar con ellos. Cuando estaban a punto de llegar al testimonio primero, este les confesaba que había sido otro quien se lo había contado y nunca se lograba llegar hasta la fuente de la noticia. Siempre se escapaba de las manos. Hablaron con Aurora Segura, periodista de *Cataluña Exprés*, que se citó con el protagonista de la nota publicada por el diario. Les contó que durante la entrevista tuvo la sensación de que le decía la verdad, pero luego, por algún motivo desconocido su fuente se echó atrás y no quiso contarle nada más.

Como en el caso de Majadahonda, se dice que los afectados han denunciado los hechos ante un puesto de la Guardia Civil o una comisaría, pero nunca se ha publicado ningún atestado auténtico, con fotos incluidas.

Sempere y Ortí creen que esta archiconocida leyenda urbana es un cuento de terror puesto al día y convertido en noticia. Han encontrado multitud de antecedentes que les lleva a equiparar a la autoestopista fantasma con el personaje del hada madrina benefactora que avisa de un peligro latente. Aparece de noche, en carreteras sinuosas, los lugares que hoy constituyen la versión moderna del oscuro e intrincado bosque que tanto temor infundía en la antigüedad.

José Manuel Pedrosa siguió el rastro, a lo largo de la historia, de esta leyenda urbana que parece tan contemporánea y sin embargo peina canas. La autoestopista, explica el filólogo, es un fantasma psicopompo o «conductor de almas», una figura habitual en la mitología que enseña el camino, advierte de los peligros del itinerario y ofrece ayuda para evitar los riesgos. Recuerda a la Sibila de Cumas, que guio a Eneas por el Hades para que se viera con su padre Anquises.

En la tradición medieval, existen muchas historias milagrosas acerca de viajeros o arrieros que se adentran en peligrosos caminos donde mujeres misteriosas les piden que les permitan subir a sus carros o ir en su compañía. El viaje transcurre plácidamente pero, cuando los viajeros llegan al final, su enigmática acompañante desaparece y todos llegan a la conclusión de que era la Virgen, que había bajado del Cielo para ayudarles en ese difícil trance.

Ariadna, que le enseñó a Teseo a orientarse por el laberinto; Medea, que guio a Jasón; o Beatriz, que condujo a Dante por la espiral del Paraíso, son otras damas con función de psicopompo. Casi todas las mitologías y tradiciones culturales cuentan con personajes como estos: guías, espíritus de los antepasados o representantes de los muertos que vienen al mundo para conducir a alguien.

Entre los antecedentes de esta leyenda universal se encuentra el relato bíblico de los Hechos de los Apóstoles en el que un eunuco etíope recoge en su carroza al apóstol Felipe y este lo bautiza antes de desaparecer misteriosamente, como la chica de la curva.

El escritor Michael Goss encontró una versión de la autoestopista en un manuscrito de Joan Petri Klint de 1602, conservado en la biblioteca de Linköping (Suecia). En este caso, los viajeros se desplazan en trineo y recogen a una encantadora joven que, antes de desaparecer, vaticina un año de prosperidad, pero también de guerras y peste.

Existen otros precedentes del siglo XIX en Estados Unidos, con viajeros a

caballo o en coches de caballos en los que una joven se sube durante el trayecto y después se esfuma. El profesor Jan Harold Brunvand localizó un relato que circulaba allá por 1890 protagonizado por un joven jinete que se dirigía a una fiesta. Al pasar por un bosque neoyorkino, el fantasma de una muchacha saltaba a la grupa de su caballo, se agarraba fuerte a él y le echaba al cuello su aliento glacial antes de desaparecer al terminar el viaje. Similar a este, Richard K. Beardsley y Rosalie Hankey analizaron hasta setenta y nueve relatos de distintos puntos de Estados Unidos en su estudio publicado en los años 40 en la revista *California Folklore Quartely*. Estos folkloristas americanos llegaron a la conclusión de que todos ellos descendían de una versión originaria, de procedencia desconocida. Los expertos Gillian Bennet y Jan Brunvand también coincidían en que estas historias de autoestopistas fantasmas derivan de antiguos cuentos de fantasmas errantes.

La autoestopista fantasma, en sus múltiples versiones, ha visitado Estados Unidos, Canadá, Cuba, México, Guatemala, Argentina, Italia, Suiza, Suecia, Finlandia, Francia, Alemania, Austria, Inglaterra, Yugoslavia, Rumanía, Argelia, Egipto, Israel, Sudáfrica, Guam, Hawái, India, Malasia, Pakistán, Japón, Corea y Taiwán. Conocidísima en todo el mundo, ha inspirado cuentos, anuncios, películas... A juicio de Pedrosa, su éxito se debe a la enorme fascinación que despierta esta relación de raíces inmemoriales entre el héroe masculino y la mujer auxiliar-guía-conductora.

Esta leyenda urbana es una de las más universales que existen, junto a la de los robos de órganos, la mascota extranjera o el «club del sida». Si este tipo de historias aún perviven en la sociedad actual es porque revelan, como pocos relatos, los miedos del hombre de hoy y de alguna forma, además, lo conectan con tradiciones ancestrales. La ciudad, feudo de la razón y de la ciencia, ha tomado el relevo al campo como escenario de las leyendas de nuevo cuño. El mundo cambia, pero, tal como dice Ortí, el ser humano sigue contando con un sustrato irracional.

LADRONES DE ÓRGANOS

Despertar en una bañera llena de hielo, con una sutura reciente en el costado, forma parte de una de las pesadillas más extendidas por todo el mundo desde

hace años. A quién no le han contado alguna vez el terrorífico episodio que vivió un conocido de un amigo o de un familiar. Un joven, que había viajado a Nueva York con sus padres o con sus compañeros de clase del instituto, se quedó solo en un pub con una guapa desconocida. La noche de fiesta transcurrió entre alcohol y drogas hasta que ella le invitó a seguir la diversión en un hotel. Aquello era lo último que recordaba. Se despertó desnudo, en una bañera llena de agua y de cubitos de hielo. Aún estaba aturdido, tenía frío y sentía una molestia en la espalda. Se miró al espejo y descubrió horrorizado que tenía una herida en un costado. Buscó con dificultad el teléfono y llamó a sus padres o compañeros. Logró describirles lo que veía por la ventana y estos acudieron en su ayuda. Horas después le confirmaban en el hospital que le habían robado un riñón.

Teresa Mas, de Igualada (Barcelona), les indicó a los investigadores Antonio Ortí y Josep Sampere que aquello le había sucedido al hijo de los propietarios de una pastelería de la ciudad, y Martina Fernández Bañobre que le había oído la historia, esta vez ocurrida en un país desconocido, a un amigo de León. A Rafael Matesanz, director de la Organización Nacional de Trasplantes, le han contado esta sobrecogedora anécdota con pleno convencimiento en al menos seis ciudades españolas, aunque en ocasiones el escenario se traslada a Nueva York, como en el caso descrito, a Bangkok o a otros destinos turísticos. Matesanz, que fue presidente de la Comisión de Trasplantes del Consejo de Europa, señaló en un artículo publicado en 2016 que en una reunión se comentó el asunto y, sin excepción, los representantes de todos los países miembros habían oído la misma historia referida, por supuesto, a alguien de su entorno.

Existe una versión, que circula ampliamente por internet, que asegura haber sido «publicada en un diario del estado de Texas». El joven despierta en la bañera de hielo y se encuentra que sobre el pecho le habían escrito un mensaje con un pintalabios: «Llame al 911 o morirá». Cerca de la bañera le han dejado un teléfono y, cuando llama, la operadora, que ya conoce el caso porque no es la primera vez que opera esa mafia de robo de órganos, le orienta para que se revise la espalda. Descubre que tiene dos ranuras de 9 pulgadas. La operadora le dice entonces que se meta de nuevo en la bañera y espere a la ambulancia porque le han robado los riñones. El precio de cada uno en el mercado es de 10.000 dólares, le informa. La víctima, a la que la universidad de Texas y el Centro Médico de la Universidad de Baylor

estarían realizando estudios de compatibilidad para encontrarle donante, debe de llevar conectado a una máquina en un hospital, a la espera de sus dos riñones, al menos desde 2006. Porque ya de entonces es conocido este mensaje que se presenta como «documentado y confirmado».

La leyenda del robo de órganos goza de buena salud desde hace tres décadas. En su versión más moderna surgió en 1987, tras unas desafortunadas palabras de Leonardo Villeda, exsecretario general del Comité Hondureño de Bienestar Social, que alertó sin pruebas de la existencia de un contrabando de niños desde el Tercer Mundo para que algunos de sus órganos fueran trasplantados a gente rica de Europa o Estados Unidos. La agencia Reuters difundió sus declaraciones, que causaron gran impacto. A pesar de que la noticia fue pronto desmentida, la rectificación no caló tanto en la gente como esta leyenda negra que alentó tantos otros artículos y reportajes. Una periodista brasileña recibió en 1996 el Premio Juan Carlos I por una serie de reportajes sobre el tráfico de órganos. En uno de ellos narraba el robo de un riñón a un niño durante una visita con sus padres a un hipermercado de Río, que después se demostró que no tenía base alguna. Esta misma versión se ha contado hasta la saciedad en otros muchos lugares como Eurodisney, aunque nunca se ha probado.

Ningún médico o sanitario ha llegado a examinar de primera mano a ninguna de estas víctimas y jamás se ha puesto una denuncia por el robo de un riñón. Quizá porque, como argumentó la Asociación Nacional de Informadores de la Salud, resulta imposible de llevar a cabo en esas circunstancias. En un comunicado en el que participaron destacados expertos en trasplantes, detalló que desde que comienza un proceso de donación hasta que se realiza el trasplante transcurren veinte o veinticuatro horas de trabajo ininterrumpido en los hospitales implicados y participan no menos de ochenta o cien personas, dependiendo del número de órganos y de la complejidad de la operación. Para la extracción de un riñón habría que trasladar a la habitación del hotel o al local clandestino a profesionales especializados y habría que dotarlos de una compleja infraestructura. Sería difícil de ocultar.

Además de un equipo completo de científicos delincuentes y de un instrumental costoso y sofisticado, para llevar a cabo un trasplante se requiere que donante y receptor sean compatibles y el órgano solo puede permanecer fuera del cuerpo un tiempo limitado. El riñón es uno de los que más aguanta, pero no más de veinticuatro horas. Si alguno de los supuestos casos se

hubiera denunciado, no hubiera sido muy complicado seguir la pista del riñón porque en algún hospital se habría tenido que trasplantar y el receptor tendría que haber pasado el postoperatorio.

Tampoco se explica por qué solo se les suele extraer un riñón una vez que han sido dormidos y no los dos o más órganos, por qué criminales sin escrúpulos dejan a sus víctimas con vida y aún más, las vuelven a coser y tienen la delicadeza de dejarlas libres tras una milagrosa recuperación de menos de veinticuatro horas. En muchos casos, en el mismo lugar donde fueron raptadas. Ni resulta creíble que ningún implicado en estas secretas mafias internacionales haya revelado estas prácticas en todos estos años.

El periodista argentino Jorge Halperín realizó el ejercicio de campo de seguir el rumor buscando llegar a sus fuentes para demostrar cómo a medida que intentaba acercarse a ellas, surgían variantes del relato que desviaban y hacían imposible rastrear el origen.

Es una realidad que en algunos países hay personas que venden un riñón, en muchas ocasiones por precios irrisorios, pero, de los supuestos robos de órganos por parte de organizaciones criminales, Halperín asegura que no hay un solo caso probado. Aun así, muchísima gente está convencida de que ocurre e incluso ha habido comunicados alarmantes de organismos internacionales sobre el supuesto flagelo cuando «no hay nada», asevera.

Al investigar sobre esta leyenda descubrió que ya en el Perú virreinal, a finales del siglo XVIII, se hablaba de un personaje, el *pishtaco*, que por la noche atacaba a sus víctimas para extraer la grasa de sus órganos. Muy semejante a nuestro Sacamantecas, temido ya desde la Edad Media y similar también al hombre del saco o al coco, que mataban a mujeres y niños para utilizar su grasa corporal. El progreso científico y la aparición de nuevas enfermedades han reconvertido a estos antiguos ogros en ladrones de riñones para ricos sin escrúpulos, que no están dispuestos a esperar a que aparezca un donante. Así lo consideran Antonio Ortí y Josep Sampere, que no creen que la referencia geográfica a Nueva York sea casual. Es una ciudad puntera en investigación médica y con un alto nivel de vida, un lugar donde cabe pensar que hay más enfermos con alto poder adquisitivo que podrían pagar por un riñón sin preguntar su procedencia.

Al miedo a los avances en la ciencia se une la creencia de que la medicina no es igual para todos y que los ricos se benefician de los más pobres. Es un temor antiguo, porque el rumor de que la sangre, la grasa o partes del cuerpo

de los más desfavorecidos eran utilizados por los poderosos cuenta con una larga tradición desde hace siglos. Veronique Champion-Vincent encontró un antecedente de esta leyenda en la Francia anterior a la Revolución francesa. El 27 de noviembre de 1768 cientos de personas de las clases más bajas se concentraron frente a las puertas de la Escuela Médica de Lyon convencidas de que los cirujanos raptaban a niños y los mantenían vivos, pero prisioneros, para diseccionarlos.

La Escuela Médica ocupaba un edificio perteneciente al Colegio de los Oratorianos y en esa misma época una gran parte del vulgo pensaba que esta comunidad religiosa tenía escondido a un príncipe manco al que intentaban curar injertándole cada día el brazo de un niño secuestrado. Pese a que entonces los trasplantes aún no eran posibles, a la enfurecida turba que asaltó la Escuela Médica de Lyon le movía el mismo miedo que provocó tentativas de linchamientos de extranjeros en Latinoamérica a finales del siglo XX.

El temor al robo de órganos sigue vigente en España, aunque ha cambiado en los últimos años. La prevención ya no se dirige a los jóvenes que se enamoran de una desconocida durante un viaje de turismo y pagan cara su noche de fiesta, como ocurre también en la leyenda tan difundida hace unos años del «club del sida». Hoy son los inmigrantes los que creen que al entrar en un hospital occidental corren el riesgo de que les roben una parte de su cuerpo para utilizarlo como «pieza de recambio».

Tampoco existe prueba alguna de ningún caso, pero el temor no necesita de una base real para circular en forma de leyenda urbana. Esta expresa el desasosiego de la gente, a medias entre la inconsciencia y la lucidez sobre lo que les ocurre. Son historias verosímiles sobre temores y preocupaciones que tienen un gran poder de persuasión. No importa que no haya ocurrido nada que justifique esos miedos. Basta que pueda llegar a ocurrir.

EL ATAÚD MALDITO

En el puerto de Cartagena (Murcia) se cuenta que en 1898 fue desembarcado un ataúd vacío procedente de Yugoslavia. Nadie acudió a recoger tan singular valija, así que el féretro se guardó durante un tiempo en los almacenes del puerto hasta que en 1915 fue reclamado por un particular de La Coruña, que

dio órdenes de que fuera trasladado a Galicia. Tras cumplir las diligencias pertinentes y el pago de una desorbitada cifra, se preparó el envío del ataúd por carretera. El féretro fue subido a un carro y emprendió el camino por una zigzagueante ruta que hizo escala en Alhama de Murcia, Almería, Toledo, Borox, Santillana del Mar y Comillas hasta llegar a La Coruña, dejando a su paso un reguero de extrañas desapariciones y muertes. En Borox se llegó a hablar de la existencia de un vampiro, en las fechas en que el ataúd se detuvo en el pueblo.

Cuando llegó a su destino nadie se presentó a recoger la caja, que fue devuelta al puerto de Cartagena. Allí se hizo cargo de ella un noble serbio con escasos recursos económicos que se alojaba en una posada en la calle Mayor de Alhama de Murcia y al que solo se le veía de noche. Era un personaje que suscitaba recelos. Una persona de edad avanzada del pueblo decía haber conocido a un aristócrata polaco que guardaba un gran parecido con el balcánico. Pronto el serbio desapareció y el ataúd fue finalmente inhumado en el cementerio de Cartagena, con una inscripción con su nombre y otros datos.

La historia acabó siendo conocida como el caso del «ataúd maldito» o el «vampiro de Borox». El escritor Miguel Gómez Aracil dedicó varias páginas al extraño viaje del féretro en su libro *Vampirismo: magia póstuma de los no-muertos* (1986). Decía haberlo conocido gracias a un informe que le había proporcionado un abogado aficionado a la heráldica que se había puesto en contacto con él. En 1992, la revista *Ritos*, que Aracil dirigía, publicó un reportaje sobre una sesión de espiritismo para combatir a un vampiro que habría tenido lugar en Cantabria en 1917, en fechas próximas al paso del «vampiro de Borox».

El caso llamó la atención del profesor de la Universidad de Barcelona Jordi Ardanuy, que en 1993 inició una investigación sobre el misterioso ataúd junto a Martí Flò y Valentí Ferran. En grupo o de forma individual, los tres viajaron a los escenarios del aterrador ataúd. En Cartagena comprobaron que en los dos cementerios para uso civil de la ciudad no existía ninguna entrada correspondiente al entierro de ningún ataúd como el descrito. Tampoco los historiadores locales sabían nada del caso, ni los archivos de la Marina de Cartagena arrojaron ninguna luz.

No hallaron rastro de los certificados sanitarios que habrían sido necesarios para el traslado del ataúd, ni del aviso que habría publicado el gobernador en

el *Diario Oficial de la Provincia* sobre la desaparición del serbio y el entierro del féretro.

Ni en Santillana del Mar, ni en Comillas, ni en La Coruña encontraron ninguna prueba del supuesto paso del ataúd, pero en Borox (Toledo) dieron con dos personas de cierta edad a las que les sonaba la historia. Parecía, pues, que la leyenda del vampiro, fundamentada o no, había existido, y así lo plasmaron en su libro *Vampiros* (1994). Ardanuy se lamenta de haber dado entonces la historia por real porque contribuyeron a «liarla más». Cuatro años después, el director de la revista de ocultismo *Karma 7*, Sebastià Arbonés, más conocido por D'Arbó, publicó un reportaje sobre «El misterio del ataúd maldito» en el que decía que el ataúd transportaba el cadáver embalsamado de un serbio llamado el Ugarés, que había atormentado y asustado a las aldeas de su país, y que el misterioso féretro atravesó de nuevo el país hasta La Coruña, donde embarcó rumbo a Inglaterra. Ninguna de estas «aportaciones» tenía base real, según comprobaron Ardanuy, Flò y Ferrán cuando retomaron la investigación años después y lograron resolver el enigma del ataúd maldito.

Todo había nacido de un párrafo que Alfonso Sastre incluyó en su libro *Las noches del Espíritu Santo* en 1964: «En 1898, el año de Cuba, fue desembarcado en el puerto de Cartagena un ataúd yugoslavo cuyo contenido se ignora y que muy bien pudo ser la semilla del vampirismo español posterior que parece extenderse hasta Almería por el sur y cruzar la península hasta La Coruña, como un ramalazo, señalándose casos importantes en la provincia de Toledo —por ejemplo el vampiro de Borox—, mientras que por el norte se extiende una rama lateral hasta Santillana y Comillas, en cuya Universidad parecen haberse dado varios casos de jesuitas vampiros». Con estas líneas, el escritor originó sin saberlo todo el embrollo que forjó la leyenda del vampiro de Borox.

La narración formó parte de la colección de relatos de terror que agrupó en *Las noches lúgubres* y posteriormente se incluyó en la *Antología de la literatura fantástica española*, de José Luis Guarner (1969), con el título «Historia popular de los vampiros Zarco y Amalia». Un abogado madrileño interesado en los vampiros, A. M. García, leyó la historia y años después se la refirió a Miguel Gómez Aracil, dando como probable que tuviera algún substrato real y sin anotar su origen, quizá por haberlo olvidado.

Jordi Ardanuy, Martí Flò y Valentí Ferran lograron dar con A. M. García

tras una larga cadena de errores. Aracil se había referido a él, por equivocación, como un letrado toledano y aficionado a la heráldica y así lo recogieron después los autores de *Vampiros*. A. M. García había leído su libro, pero creyó que no se referían a él, que existía otro letrado toledano interesado en heráldica y autor de un informe original. Nada más lejos de la realidad. El encuentro sirvió para despejar por completo las dudas.

«El “vampiro de Borox” del que nos habían hablado en esa población de la Sagra era simplemente una creación literaria de Sastre y había dejado solamente una tímida huella en tal población toledana. Errores, despropósitos y alguna casualidad lo convirtieron en un expediente X», concluyeron los investigadores.

En Borox les sonaba la historia del vampiro porque Alfonso Sastre es un autor de cierto reconocimiento y, probablemente, como se refería al pueblo en su relato, algo se comentó en la pequeña localidad toledana.

Jordi Ardanuy cree firmemente que el asunto está zanjado. Alfonso Sastre se lo dejó bien claro en una de las cartas que le envió en 2005. «¡Todo es imaginario!», exclamaba en ella. El autor de *Los vampiros*, ¡vaya timo! asegura tajantemente que no quedan flecos por aclarar. La relación que mantuvo por carta con el escritor y dramaturgo vasco «fue continuada» y él siempre le aseguró que no se había basado, ni siquiera tangencialmente, en ninguna leyenda o historia local para su narración de *Las noches del Espíritu Santo*.

Hay quien, sin embargo, se resiste a abandonar la idea del viaje de un ataúd maldito por la España de principios del siglo XX. Dicen que en la tumba del vampiro se ve una lápida, dañada por el paso del tiempo, con la inscripción de un murciélago, cuando la asociación de murciélago y vampiro es reciente. Fue Bram Stoker quien los unió en el imaginario colectivo con su *Drácula*. Otra novela.

EL TRIÁNGULO DEL SILENCIO

«He tenido el privilegio de navegar entre los dos islotes y en ese lugar, cuando pasábamos, nos fuimos al puente de mandos a mirar los controles de navegación y allí observamos cómo todas las agujas se movían de un lado a

otro sin control». Rossemarie Morinelli describía así el 24 de septiembre de 2013 en una publicación de viajes su experiencia junto al imponente islote de Es Vedrà, y el menor de Es Vedranell, en el suroeste de Ibiza. Isleños, pescadores e investigadores de sucesos paranormales también aseguran haber sido testigos de extraños sucesos en las aguas próximas a este islote de apenas 3,8 kilómetros de perímetro y una respetable altura de 382 metros, hoy reserva natural.

Hay quien cree que Es Vedrà adquirió una especial energía cuando se separó de Ibiza y que forma, junto con el peñón de Ifach, en Alicante, y la costa suroeste de Mallorca, una suerte de Triángulo de las Bermudas. Le llaman el Triángulo del Silencio y lo asocian con el famoso «caso Manises», el incidente más famoso de la edad de oro de la ufología en España.

El 11 de noviembre de 1979 (hacia las 11 p. m. del día 11 del mes 11) un avión Super-Caravelle de la compañía TAE que se dirigía desde Palma de Mallorca a Tenerife con 109 pasajeros a bordo tomó tierra precipitadamente en el aeropuerto de Valencia «a causa de un “ovni”». «Los pilotos afirman que les persiguieron «varios puntos de luz roja, que subían y bajaban de una forma no convencional»», destacaba al día siguiente *ABC*.

El comandante Francisco Javier Lerdo de Tejada, con quince años de experiencia y más de 8000 horas de vuelo, relató cómo a las 23:05 horas ascendía a los 33.000 pies para alcanzar su nivel de crucero, cuando desde el centro de control de vuelo de Barcelona le pidieron que sincronizara la frecuencia de socorro porque otros aviones habían captado una señal. El vuelo JK-297 de la TAE respondió afirmativamente. Habían escuchado una señal, que no pudieron identificar. Tres minutos después, reportó la presencia de un «tráfico» no identificado. En pleno ascenso habían visto dos luces rojas, situadas en paralelo, «de una intensidad tan enorme que ocultaban a la vista el aparato, o lo que fuese, en el que debían ir instaladas y que seguían una trayectoria de colisión con nosotros. Se desplazaban a una velocidad endiablada, desconocida en cualquier avión convencional y se detuvieron instantáneamente a muy poca distancia del Caravelle». El informe del Estado Mayor que recoge ese avistamiento de las dos luces rojas, desclasificado en 1994, precisa que «la tripulación no vio en ningún momento objeto alguno», pero ante el peligro de colisión con lo que suponían un objeto de gran tamaño, el vuelo JK-297 decidió desviarse de su ruta y tomar tierra en el aeropuerto de Manises.

Una vez estuvo el avión en tierra, aún varios miembros del personal del aeropuerto salieron al exterior de las instalaciones y dijeron haber observado tres luces que destacaban «anormalmente por su brillo». Una de ellas, aparentemente estática, producía destellos de color verde, rojo y blanco. Un Mirage F-1, pilotado por Fernando Cámara, despegó desde la base de Los Llanos, en Albacete, a la caza de las luces rojas que no aparecían en el radar del Ministerio de Defensa. Dos horas después regresaba a la base. El expediente desclasificado concluye que no hubo contacto por radar con objeto alguno «aunque sí hubo interferencias de radio y algunos blocajes en el sistema de alerta del avión».

La tripulación del Caravelle avistó estos fenómenos extraños unos veinte minutos después del despegue, entre Ibiza y Alicante, en la misma zona donde un año antes un barco butanero afirmó haber visto una «lluvia» de ovnis. Así lo contó el capitán del buque Tamames, José Luis González: «Sobre las nueve de la noche del pasado martes, cuando estábamos a unas quince millas de Formentera, aparecieron ante nosotros unas luces como de bengala que no permanecían estáticas. Unas luces de un color amarillento a menos de ocho millas de nosotros». El capitán del Tamames afirmó que más de cincuenta ovnis les habían cercado durante seis horas. Al día siguiente, ABC informaba de que «los ovnis de Escombreras eran paracaidistas con linternas» que intervenían en la grabación de un programa para Radio Nacional de España titulado *Testigo Directo*. Aquel primer incidente parecía haberse aclarado, pero ¿qué eran esos extraños fenómenos que asustaron a Lerdo de Tejada y el resto de la tripulación del Caravelle?

Se pensó en la posible presencia de algún avión de guerra de Estados Unidos, cuya sexta flota se encontraba estacionada en el Mediterráneo por la crisis de los misiles de Irán. Sin embargo, una comunicación oficial del Ejército estadounidense, desclasificada posteriormente, informó al Ejército del Aire de que ninguna de sus naves sobrevoló aquella noche la zona.

El caso llegó hasta el Congreso de los Diputados en 1980, con una pregunta del entonces diputado socialista Enrique Múgica. Aquella fue la primera interpelación parlamentaria en la política española por un supuesto incidente ovni, aunque no sirvió para aclarar el asunto.

El detallado estudio sobre el «expediente Manises» que realizó el ingeniero técnico Juan Antonio Fernández Peris llegó a la conclusión de que las luces que se vieron desde la cabina del vuelo JK-297 de la TAE tenían su origen en

la refinería de Escombreras, en Murcia. Fueron unas determinadas condiciones atmosféricas, que propiciaron una fuerte inversión de temperatura en una noche de gran visibilidad, las que contribuyeron a que se distorsionara la visión de las llamaradas de las torres de combustión del complejo. De la investigación de Fernández Peris se deduce que la sugestión de Lerdo de Tejada (que estaba sometido a un gran estrés por motivos personales) y de otros testigos, en aquellos años en los que la creencia en los ovnis estaba muy extendida y el error de interpretación de una señal de radar convirtió la confusión en un expediente X. Esta solución al caso Manises fue muy contestada y aún hoy muchos creen que lo que pasó aquella noche en esa intrigante zona del Mediterráneo es un misterio sin resolver.

El gran responsable de las creencias sobre la extraña energía de Es Vedrà fue, sin saberlo, el beato Francisco Palau y Quer (1811-1872), fundador de los Carmelitas Terciarios de España, que se retiraba temporadas a orar en una de las cuevas del islote. «Este monte es un islote al oeste de Ibiza, separado de la isla, que se levanta desde el profundo de las aguas hasta el cielo; no hay aquí más habitantes que yo. Tengo la ermita a dos leguas al mediodía de la isla y los hermanos que tienen en ella una barca pesquera me traen aquí, me dejan solo y se vuelven. En la cima del monte hay una fuente, y las aberturas de las peñas son mis celdas. Aquí me retiro diez años ha y hallo cuanto un solitario puede desear», contaba el padre Palau. El religioso se quedaba solo durante días en Es Vedrà. Fue la persona que más tiempo ha pasado en la isla y sus experiencias místicas, en las que describe a «damas de luz» y «seres celestiales» fueron reinterpretadas por algunos, tras el «caso Manises», como avistamientos de ovnis.

Unos alpinistas catalanes escalaron por primera vez el islote en agosto de 1950, desafiando otra antigua leyenda según la cual «nunca podrá ser escalado, ya que quien lo intentare y lograra coronar la cumbre cambiaría al instante de sexo». Francisco Martí Ferrando y Manuel Puig fueron los primeros en hollar la cresta. En sus apuntes describieron la cima Sa Pastora como una explanada de 15 metros de largo, por cinco de ancho, donde crecía mucha vegetación en forma de mata, aunque la mayoría estaba completamente seca, y desde donde apenas se divisaba la isla de Ibiza. Permanecieron tres cuartos de hora en la cima antes de descender. Vieron lagartos «de unos 10 o 15 centímetros de largo» y a Martí Ferrando le pareció advertir una cabra salvaje, aunque Puig dudó de que lo fuera. Treinta años

antes del caso Manises, ni vieron ovnis ni, por supuesto, se convirtieron en mujeres tras su hazaña.

NOTAS

LEYENDAS HISTÓRICAS

DE FUNDACIONES Y PÉRDIDAS

Hércules en España

Agradezco sinceramente las indicaciones sobre los mitos de Hércules proporcionadas por el profesor de Historia Antigua de la Universidad de Málaga Francisco Sánchez Jiménez, investigador en Historiografía y Mitología Griegas y miembro del Grupo de Investigación Orígenes Gentium. Mitos y tradiciones fundacionales en el Occidente mediterráneo.

La Mesa del rey Salomón

En el análisis de esta leyenda ha sido de gran ayuda la conversación que personalmente mantuve con el escritor Juan Eslava Galán, coautor junto a Álvaro Rendón de *La lápida templaria descifrada* (2008) y autor de otras obras en las que trata el tema, como en *Los templarios y otros enigmas medievales*. He consultado también la conferencia sobre la Mesa del rey Salomón de Jon Juaristi, recogida en el libro *La mesa puesta: leyes, costumbres y recetas judías*; las *Leyendas populares de España*, de Luis Díaz Viana; *Santa María de Melque y el tesoro de Salomón*, de José Ignacio Carmona; las *Leyendas españolas de todos los tiempos: una memoria soñada*, de José María Merino, y las *Leyendas de Toledo*, de Luis Moreno.

Rodrigo y la «pérdida de España»

La leyenda de don Rodrigo y La Cava fue recogida por Vicente García de Diego en su *Antología de leyendas* y por numerosos autores, como José María Merino en *Leyendas españolas de todos los tiempos*, la recopilación de Luis Moreno Nieto de *Leyendas de Toledo*, o Juan Eslava Galán en *Templarios, griales, vírgenes negras y otros enigmas de la Historia*. Sobre los datos históricos del final del reino visigodo, me he basado en *La España visigoda (490-711)*, del británico Roger Collins, y el escrito sobre la *Hispania tardoantigua y visigoda* (2007), de Pablo C. Díaz Martínez, profesor titular de Historia Antigua en la Universidad de Salamanca.

Jaun Zuria

Mi especial agradecimiento a Martín Almagro Gorbea, que me hizo llegar su estudio sobre *El mito celta del héroe fundador en los orígenes del señorío de Vizcaya* (2013). Los datos recogidos se pueden consultar en el *Livro das Linhagens* de Pedro Alfonso, conde de Barcelos; la *Crónica de siete casas de Vizcaya y Castilla* (1454) y *Las bienaventuranzas e fortunas* (1471-1474), de Lope García de Salazar, así como en *Recuerdos de niñez y de mocedad* y *Los caños de Bilbao en 1846*, de Miguel de Unamuno; *El linaje de Aitor* y *Los mitos de origen en la génesis de las identidades nacionales*, de Jon Juaristi; *Jaun Zuria* y *Los de Haro*, de Antonio Trueba; *Sobre la leyenda de Jaun Zuria, primer señor de Vizcaya*, de Jon Bilbao.

Don Pelayo y la Cruz de la Victoria

Raquel Alonso, profesora titular del departamento de Historia del Arte y Musicología de la Universidad de Oviedo, publicó en 2017 su estudio sobre el origen de esta leyenda en la revista *Journal of Medieval Iberian Studies*, como parte del artículo «Las cruces *gemmatae* de Oviedo entre los siglos XI y XII». Ambrosio de Morales describió la Cruz de la Victoria en su *Viaje de Ambrosio de Morales por orden del rey D. Phelipe II a los reynos de León, y Galicia, y Principado de Asturias, para conocer las reliquias de Santos*.

DE HÉROES Y HAZAÑAS

Bernardo del Carpio

Gracias al historiador y arqueólogo Jaime Nuño, director del Centro de Estudios del Románico, por sus explicaciones detalladas sobre la excavación arqueológica en el supuesto sepulcro de Bernardo del Carpio y la historia del monasterio de Santa María la Real. Para escribir estas líneas me he basado también en la *Historia del monasterio de Santa María la Real*, de fray Antonio Sánchez; la *Antología de leyendas*, de Vicente García de Diego; *De arquetipos y leyendas y Las falsificaciones de la historia*, de Julio Caro Baroja; la conferencia «La leyenda de Bernardo del Carpio y el tema carolingio: el testimonio de las crónicas»(2008), de David G. Pattison, de la Universidad de Oxford; *Bernardo del Carpio y la batalla de Roncesvalles* (2007), de Vicente José González García; y *Las batallas legendarias* (2002), de Margarita C. Torres Sevilla-Quiñones.

Fernán González

Entre la documentación que he manejado para este episodio figuran la *Antología de leyendas*, de Vicente García de Diego; *Historias de la Historia*, de Carlos Fisas; *Las batallas legendarias*, de Margarita Torres; *Castilla en tiempos de Fernán González* (2007), de Juan José García González; *El surgimiento de una nación. Castilla en su historia y en sus mitos*, de Francisco Javier Peña Pérez.

El tributo de las cien doncellas y la batalla de Clavijo

Además de los documentos apuntados en el relato, algunos de los datos mencionados están recogidos en *Las batallas legendarias*, de Margarita Torres; en *Enigmas, historias y leyendas religiosas*, de José Sendín Blázquez y en el capítulo sobre «Conquistas y mestizajes en la Edad Media hispánica» escrito por María Lara Martínez en el libro *Mitos fundacionales y estereotipos de la historia de España*.

La batalla que el Cid ganó muerto

Sobre las fuentes: *Leyenda de Cardeña*, recogida en la *Primera crónica general de España*, R. Menéndez Vidal, D. Catalán (eds.), Madrid, 1977; *El Cid histórico*, de Gonzalo Martínez Díez; *El Cid, historia, leyenda y mito y Mio Cid, el del Cantar. Un héroe medieval a escala humana*, ambos de Francisco Javier Peña Pérez.

La Varona de Castilla

Escuchar a Rodrigo María Varona la leyenda de su antepasada fue un auténtico privilegio y le estoy muy agradecida. También he podido consultar «La varona castellana», que publicó Rafael Monje en 1848 en el *Semanario Pintoresco Español*; la obra *En Burgos*, (1895) de Víctor Balaguer, miembro de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua; los comentarios de Marcelino Menéndez Pelayo sobre *La varona castellana* de Lope de Vega y las *Leyendas de Soria* (1971), del historiador Florentino Zamora Lucas.

La promesa cumplida

Gracias a Gerardo Boto Varela, profesor de Historia del Arte Medieval de la Universitat de Girona y autor de *Las galerías del «milagro»*. *Nuevas pesquisas sobre el proceso constructivo del claustro de Silos*, por sus valiosas explicaciones sobre el sepulcro de los Hinojosa y el significado que pudo tener en la historia del monasterio de Santo Domingo de Silos. Para escribir estas líneas también me he basado en la *Historia milagrosa de Santo Domingo de Silos* (1615), de Gaspar Ruiz Montiano; la *Crónica general de la orden de San Benito*, de Antonio Yepes; los *Cuentos de la Alhambra* (1851), de Washington Irving, y *Los caballeros Hinojosa del siglo XII*, de J. D. Fitzgerald.

La boca del infierno

Debo agradecer especialmente las indicaciones que me proporcionó el antropólogo Luis Díaz Viana, gran experto en mitos y leyendas y autor de *Leyendas populares de España* (2008), en el que está basada parte del relato. También he consultado la narración del político e historiador Manuel Ayuso Iglesias y las *Leyendas de Soria*, de Florentino Zamora Lucas.

DE TRAICIONES, CASTIGOS Y ASUNTOS PENDIENTES

La campana de Huesca

Mi agradecimiento a Aixa Álvarez, conservadora del museo de Huesca, por sus explicaciones sobre la Sala de la Campana y su historia. Algunos fragmentos de la leyenda están tomados del relato de Gregorio García-Arista

y Rivera, de las Reales Academias Española y de la Historia, publicado en *ABC* en 1926, y del libro *Mitos y leyendas universales* (2007) de Concepción Masiá Vericat. Del estudio histórico de la leyenda se habla en *La campana de Huesca* (2000) de Carlos Laliena, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, así como en el artículo que publicó Antonio Ubieto en la *Revista de Filología Hispánica* en 1951 y en el de Manuel Alvar sobre las «Raíces de la literatura aragonesa» que se puede consultar en el Centro Virtual Cervantes. Sobre la referencia a Bécquer en el cuadro de José Casado del Alisal escribe Alejandro Alagón en su libro *Varios nombres para un cuadro* (2012).

El emplazado a morir

Las explicaciones del historiador José Calvo Poyato me fueron de gran ayuda para este escrito. Entre la bibliografía consultada debo destacar las *Memorias del rey D. Fernando IV de Castilla* (1860) de Antonio Benavides, miembro de la Real Academia de la Historia, y el artículo «Lo que hay dentro del sepulcro de los Carvajales» que escribió Isaías Morales en 1918 en la revista *Don Lope de Sosa*, así como *Los templarios y otros enigmas medievales*, de Juan Eslava Galán.

Las cuentas del Gran Capitán

Gracias al historiador José Calvo Poyato, autor de la novela *El Gran Capitán* y gran conocedor de la figura de Gonzalo Fernández de Córdoba, con quien mantuve una interesante conversación. Sobre las cuentas del Gran Capitán he consultado el libro *El Gran Capitán. Retrato de una época*, de José Enrique Ruiz-Domènec, la *Historia de España* (volumen 5) de Modesto Lafuente, y el informe que escribió en 1910 el miembro de la Real Academia de la Historia Antonio Rodríguez Villa, que se puede consultar en el Centro Virtual Cervantes. También José María Iribarren recoge una entrada sobre esta expresión en *El porqué de los dichos*, con referencias a *El Averiguador Universal* de 1882, donde se publicó una cita de la *Historia general del mundo* del obispo italiano Paulo Jovio (Paolo Giovio) y que tradujo Gaspar de Baeza en 1566.

El caballero de Olmedo

Gracias en particular a Benjamín Sevilla, gerente del Palacio del Caballero de Olmedo, por sus explicaciones sobre la leyenda y su historia. Entre las obras consultadas debo resaltar el *Memorial histórico de Medina del Campo* (1633), de Juan Antonio de Montalvo; *La muerte del Caballero de Olmedo. La leyenda y la historia*, de Joseph Pérez; *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega, edición de Francisco Rico; *Sobre la realidad histórica de El caballero de Olmedo de Antonio Blanco, estudio sobre los Fonseca*, de Adelaida Sagarra Magazo.

La ejecución del Empecinado

Mi agradecimiento a Ignacio Moratinos, descendiente en séptima generación de Manuel, uno de los tres hermanos del Empecinado, y fundador del Círculo Cultural Juan Martín El Empecinado, y al historiador de la Universidad de Valladolid Enrique Berzal, autor del libro *El Empecinado* (2008).

Las meninas y la Cruz de Santiago

Javier Portús, jefe de conservación de Pintura Española (hasta 1700) del Museo del Prado, tuvo la amabilidad de responder a mis preguntas sobre este pequeño detalle de la obra de Velázquez, al que acompaña desde la muerte del artista un halo legendario. Los datos sobre el proceso que vivió el artista para pertenecer a la Orden de Santiago están basados en el capítulo «Velázquez, caballero de Santiago» que firma Jaime Salazar y Acha en el libro *Velázquez, en la corte de Felipe IV* (Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 2004) y en *Los secretos de las obras de arte* (Taschen), de Rainer y Rose-Marie Hagen. La leyenda también se recoge en *Felipe IV y el ocaso de un imperio*, de José Calvo Poyato.

DE AMORES Y DESAMORES

Cómo fue engendrado Jaime I el Conquistador

Los datos están tomados del *Llibre dels fets* o *Crónica de Jaime I el Conquistador*; Crónicas de Ramón Muntaner y Bernat Desclot; «Romance de cómo el rey don Jaime el Conquistador fue engendrado y nacido» (1551), de Lorenzo de Sepúlveda; *Relaciones políticas, militares y dinásticas entre la*

Corona de Aragón, Montpellier y los países del Languedoc, de Ángel Canellas López; *Llegendes historiques catalanes*, de Martín de Riquer.

Los amantes de Teruel

Fernando López Rajadel ha estudiado a fondo en los últimos años el «papel de letra antigua» y el manuscrito 353 de la Biblioteca de Cataluña y ha podido confirmar que el primero pertenece al manuscrito. En 2016 publicó de la mano del Instituto de Estudios Turolenses el *Libro del linaje de los Marcilla, señores de Escriche*. Quiero agradecerle aquí sus explicaciones y la documentación que me aportó para escribir estas líneas. Conrado Guardiola Alcover recogió todos los estudios realizados hasta la fecha en *La verdad actual sobre los amantes de Teruel* (Cartillas Turolenses, 1998).

La enterrada viva de Alfambra

Gracias una vez más por su tiempo y sus explicaciones al historiador Fernando López Rajadel, autor del libro *Amor falso, amor verdadero. La enterrada viva de Alfambra y los amantes de Teruel*. De esta leyenda también escribió Martín de Riquer en «Una versión aragonesa de la leyenda de la enterrada viva» (*Revista de Bibliografía Nacional* VI, Madrid 1945, pp. 241-248). Datos históricos de don Rodrigo Álvarez de Sarria y su mujer están tomados de los *Estudios genealógicos y heráldicos* de Jaime Salazar y Aza.

DE BANDIDOS Y PIRATAS

Un Robin Hood español

Gracias a Jesús Almazán, director del Museo del Bandolero, por sus explicaciones sobre la historia de Diego Corriente, que también recogen José María de Mena en *Los últimos bandoleros* y José Santos Torres en *Proceso y muerte del bandolero Diego Corriente (1776-1781) según los documentos judiciales*. Felipe Pérez relató en 1907 en *Blanco y Negro* una versión del legendario encuentro entre el bandido y el oidor en una tarde de abril de 1780, que reproduzco a grandes rasgos en el espacio que a él le dedico en este libro, como también las opiniones de Constancio Bernaldo de Quirós en una entrevista con César González Ruano en 1930 en *Crónica*. Bernaldo de

Quirós y Luis Ardilla escribieron sobre este célebre ladrón de caballos en *El bandolerismo andaluz* (1931) y Álvarez Benavides alude a él en la *Explicación del plano de Sevilla* (1868).

El tesoro de La Burla Negra

Para escribir estas líneas conté con la inestimable colaboración de Alberto Fortes, autor de *Navegantes, corsarios y piratas. Rías Baixas* y de la novela *Amargas han sido las horas*, que atendió a mi llamada y me relató algunos de los pormenores aquí expuestos. Otros están sacados del libro *Los piratas del Defensor de Pedro. Extracto de las causas y proceso formados contra los piratas del bergantín brasileño Defensor de Pedro*, escrito por el capitán de navío Joaquín María Lazaga y Garay en 1892.

El Puente del Beso

Agradezco especialmente la opinión fundada del cronista oficial del concejo de Valdés, Juan Antonio Martínez Losada Estremera, con quien pude hablar sobre la leyenda del Puente del Beso en 2015, y al servicio de Turismo de Luarca. Vicente García de Diego la recoge en su *Antología de leyendas de la literatura universal*.

LEYENDAS FANTÁSTICAS

DE INCREÍBLES SERES Y MISTERIOSOS LUGARES

El hombre pez de Liérganes

Para escribir estas líneas he consultado el artículo de Carlos Vieyra de Arreu publicado en *La Ilustración Española* en 1884, la revista *Alrededor del mundo* del 12 de marzo de 1913 y la historia recogida en *Nuevo Mundo* en 1919. También la obra *Teatro crítico universal*, (1726-1740), de Benito Jerónimo Feijoo; *El hombre-peze de Liérganes (Santander, 1877)*, de José María Herrán Valdivieso; la *Antología de leyendas*, de Vicente García de

Diego y las *Leyendas populares de España*, de Luis Díaz Viana. La cita del Quijote está tomada de la II Parte, capítulo XVIII.

La isla errante de San Borondón

Los datos aquí expuestos están tomados de la *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*, de fray Juan de Abreu Galindo, edición crítica con introducción, notas e índice por Alejandro Cioranescu (1977); *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias: antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones* (1588), de Leonardo Torriani; *Noticias de la historia general de las islas de Canaria* (volumen 3), de José de Viera y Clavijo; *Canarias en la mitología* (1992) y «El mito de la isla perdida y su tradición en la historia, cartografía, literatura y arte» (*Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, n.º 16, 1998, págs. 143-184), de Marcos Martínez; *La capitulación de Francisco Fernández de Lugo para conquistar San Borondón*, por Emelina Martín Acosta; *San Borondón. La vida de San Brendán. Un monje irlandés*, de Jorge Sörgel de la Rosa; *Revisión del mito geográfico de San Borondón*, de María Ángeles Chaparro Domínguez, y *Las islas Afortunadas*, de Carlos Calvet.

El lagarto de la Malena

Mi más sincera gratitud al historiador Juan Eslava Galán, autor de *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del dragón*, por contarme con la amenidad que le caracteriza esta leyenda y sus orígenes, y al antropólogo Luis Díaz Viana, autor de *Leyendas populares de España*, por sus explicaciones sobre el trasfondo de la leyenda. Otras obras consultadas son *Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén*, escrita por Pedro Ordóñez de Ceballos y publicada por Bartolomé Jiménez Patón (pág. 17); *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*, de José Martínez de Mazas (1794); *El lagarto de Jaén*, de Alfredo Cazabán Laguna. La primera narración conocida en prosa de esta leyenda es «El lagarto de mi pueblo», publicada en *El Norte Andaluz* en 1889.

Un leviatán gallego

Gracias al historiador José Martínez Crespo, autor del libro *Corpus Christi en Redondela. Figuras, vestido e historia* (2008), por contarme la historia de la Coca y proporcionarme la información disponible sobre esta leyenda, que

también recogió Leandro Carré Alvarellos en *Las leyendas tradicionales gallegas* (1977).

El topo maligno de la catedral de León

Mi sincero agradecimiento a Máximo Gómez Rascón, director del Museo de la Catedral de León, que me explicó las vicisitudes que sufrió el edificio y los detalles que rodean la leyenda del famoso topo. Los datos expuestos sobre la construcción del templo están tomados de la información que proporciona la propia catedral de León y la *Historia y arte de las catedrales de España*, de Narciso Casas.

Pueblos sumergidos

Sobre legendarios pueblos sumergidos he consultado las *Leyendas populares de España*, de Luis Díaz Viana; la *Antología de leyendas de la literatura universal*, de Vicente García de Diego; el estudio sobre *El PseudoTurpín y la leyenda de Lucerna*, de José María Anguita Jaén; *Mitos, ritos y leyendas de Galicia*, de Pemón Bouzas y Xosé A. Domelo; y *Ciudades malditas de la Antigüedad*, de Hermann y Georg Schreiber, así como las webs oficiales y de turismo de las localidades citadas y de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

DE DIABLOS Y ENDEMONIADOS

La Cueva de Salamanca

Existe una amplia bibliografía sobre la Cueva de Salamanca y Enrique de Villena. Me he basado fundamentalmente en *Generaciones y semblanzas*, de Fernán Pérez de Guzmán, el apartado sobre «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España» del *Teatro crítico universal* (tomo VII), de Feijóo, el estudio sobre *El marqués de Villena y la Cueva de Salamanca*, de Mónica Marcos Celestino, el libro *Lope de Barrientos, un intelectual en la corte de Juan II*, de Ángel Martínez Casado, y el apartado sobre «El diablo en la universidad», de Luis Díaz Viana, incluido en *Demonio, religión y sociedad entre España y América*. Otras obras consultadas: *Laberinto de Fortuna*, de Juan de Mena; *La Cueva de Salamanca*, de Miguel de Cervantes; *Folklore y*

costumbres de España (tomo I, capítulo de «Mitos ibéricos», de Constantino Cabal).

El Sillón del Diablo

Gracias a Eloísa Wattenberg, directora del Museo Provincial de Valladolid, que amablemente me contó la historia y las particularidades de este sillón maldito, y muy en especial al antropólogo vallisoletano Luis Díaz Viana, autor del estudio *El diablo en la universidad: la tradición erudita de la magia*, por sus aportaciones sobre el sentido y finalidad de este relato que por primera vez recogió Saturnino Rivera Manescau en las *Tradiciones universitarias (historias y fantasías)* (1948).

El acueducto de Segovia

He consultado, entre otras obras, la *Antología de leyendas*, de Vicente García de Diego; la *Guía de leyendas españolas*, de Juan G. Atienza; *Segovia, ciudad Patrimonio de la Humanidad*, de Juan José Zorrilla; «Puentes y diablos, o la demonización del saber técnico», de Andrés Martínez Reche (*Revista del Colegio de Ingenieros, Caminos, Canales y Puertos*, n.º 56); y la *Breve historia del diablo*, de Georges Minois.

El diabólico conde Arnau

Gracias a Pau Ortiz, guía de la asociación de educación ambiental Alt-Ter, que muestra a los visitantes los parajes vinculados a la leyenda del conde Arnau, y al antropólogo Luis Díaz Viana, que recoge el relato en sus *Leyendas populares de España*. También la incluye José María Merino en sus *Leyendas españolas de todos los tiempos*. En el Palacio de la Abadía se encuentra el Centro de Interpretación del Conde Arnau. Las piezas halladas en las excavaciones realizadas en el castillo de Mataplana, hoy en ruinas, se han reunido en Gómbrén en el Museo del Conde Arnau. Allí se puede ver también a través de maquetas y dibujos la evolución constructiva del castillo y su entorno. La cita de Manuel Mila i Fontanals está tomada de sus *Observaciones sobre la poesía popular*.

DE MILAGROS

La reina Lupa y Santiago

Gracias a Mar Llinares García, profesora de Historia de la Universidad de Santiago de Compostela y autora del libro *Mouros, ánimas y demonios*, que tuvo la amabilidad de explicarme esta leyenda y las conclusiones a las que llegó con su estudio, que he tratado de reflejar aquí. La cantiga gallega aparece en *Un nuevo castillo de la reina Loba* (1953-1954), de Florencio López Cuevillas, y la referencia sobre la reina Loba de Manuel Mandianes Castro se encuentra en su obra *Loureses. Antropoloxía dunha parroquia galega*. La leyenda de los siete varones apostólicos está tomada de la *Historia de la Iglesia en España e Hispanoamérica*, del catedrático de Historia Medieval José Sánchez Herrero. Las aclaraciones sobre la llegada del cristianismo están tomadas del estudio de Celia Martínez Maza, profesora de Historia Antigua en la Universidad de Málaga, incluido en el libro *Historia tardoantigua y visigoda*.

El ángel de Aralar

La leyenda está tomada directamente del volumen 2 de la obra *San Miguel de Excelsis, representado como príncipe supremo de todo el reyno de Dios en cielo y tierra como protector excelso aparecido y adorado en el reyno de Navarra*, escrita en 1774 por Tomás de Burgui. También he podido consultar el tomo segundo de la obra *Navarra y Logroño* (1886), del académico de la Historia y de la Lengua Española Pedro de Madrazo; *Arte medieval navarro* (1971), de Francisco Íñiguez Almech y José Esteban Uranga Galdiano, *Catálogo monumental de Navarra; De los arquetipos y leyendas y Ritos y mitos equívocos*, de Julio Caro Baroja.

Donde la gallina cantó después de asada

La catedral de Santo Domingo de la Calzada relata en su web esta popular leyenda. «El milagro de Santiago escrito por el papa Calixto del peregrino colgado a quien el santo apóstol salvó de la muerte, aunque estuvo pendiente en el patíbulo treinta y seis días» está narrado en el *Códice Calixtino* (Libro II, capítulo V), el atribuido a la Virgen en *Los milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo (milagro VI) y el milagro de san Pedro en Bolonia cuyo relato se atribuye a san Pedro Damián *Victoria y triunfo de Jesucristo*, de Alonso de Villegas (1603) y en *Suma de los mandamientos* de Nicolás de Ávila (1610). José Fradejas Lebrero publicó un extenso «Estudio sobre la

leyenda del gallo de Santo Domingo» en los *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica* (n.º 12, 1990). Otras obras consultadas: *Análisis de la leyenda del ahorcado en diferentes versiones*, de Alfredo Gil del Río; *La tradición del milagro del gallo en el Camino de Santiago*, de Fernando Pazos; *Antología de leyendas*, de Vicente García de Diego; *Leyendas populares de España*, de Luis Díaz Viana, y *Guía de leyendas españolas*, de Juan García Atienza.

El Cristo de las treinta monedas

Estas líneas están basadas en información ofrecida por la parroquia de Jesús de Medinaceli y la archicofradía del mismo nombre, así como en el estudio sobre *Imágenes «rescatadas» en la Edad Moderna: el caso de Jesús de Medinaceli*, de María Cruz de Carlos Varona, y en el de José Antonio Martínez Torres titulado *Europa y el rescate de cautivos en el Mediterráneo durante la temprana Edad Media*. Otras obras de referencia son *La imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno o Cristo de Medinaceli*, del padre Buenaventura de Carrocera, o *La imagen de Jesús de Medinaceli*, de José Hernández Díaz.

A buen juez, mejor testigo

Salazar de Mendoza ya alude en 1618 a esta leyenda, de la que escribió Antonio de Quintanadueñas en su obra *Santos de la imperial ciudad de Toledo* y que recogieron Pedro Alcocer en su *Historia o descripción de la imperial ciudad de Toledo* y Francisco de Pisa en su *Descripción de la imperial ciudad de Toledo*. La versión de los dos caballeros está tomada de la obra *Toledo en la mano*, de Sixto Ramón Parro. Gustavo Adolfo Bécquer se hizo eco de la leyenda y de las reflexiones de Quintanadueñas al describir la basílica de Santa Leocadia en su obra *Templos de Toledo*.

El Cristo con rostro de gitano

El relato de la muerte del Cachorro está basado en la descripción que hizo Rogelio Pérez Olivares en la revista cultural *La Esfera*, en 1915; en las *Leyendas, tradiciones y curiosidades históricas de la Semana Santa de Sevilla*, de Vicente Rus y Federico García de la Concha; en las *Tradiciones y leyendas sevillanas*, de José María de Mena, y en la información que ofrece la Hermandad del Cachorro. Otra documentación consultada son las *Glorias*

religiosas de Sevilla, de José Bermejo, y el artículo «Cachorro, padre del pueblo gitano», del historiador Julio Mayo, con quien mantuve una interesante conversación.

El entierro del señor de Orgaz

Gerardo Ortega, párroco de la iglesia toledana de Santo Tomé, tuvo la amabilidad de contarme los detalles que rodean esta leyenda que recoge Demetrio Fernández en su libro *Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de Orgaz*. Algunos datos biográficos están tomados del perfil que hizo de él su descendiente Gonzalo Crespí y Vallaura, actual conde de Orgaz, en el pregón de las fiestas de la Villa de Orgaz en 2014. La historia de san Ildefonso se puede consultar en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo y en *Enigmas, historias y leyendas religiosas*, de José Sendín Blázquez.

El órgano de maese Pérez

Mi especial agradecimiento al sacerdote y estudioso de las tradiciones sevillanas Carlos Ros Carballar, autor de *Doña María Coronel, historia y leyenda* y de *Doña María Coronel, el amor imposible de Pedro el Cruel*. En noviembre de 2017, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía impuso una multa de 170.000 euros a las monjas clarisas del convento de Santa Inés por restaurar sin su permiso el órgano que, como el resto de este monasterio considerado Bien de Interés Cultural, se encontraba muy deteriorado. Las Hermandades del Martes Santo de Sevilla pagaron la multa y el órgano volvió a sonar, ya restaurado, en la Nochebuena de 2017.

LEYENDAS CONTEMPORÁNEAS

DE FANTASMAS Y APARICIONES

El pueblo maldito de Ochate

He sintetizado las explicaciones que amablemente me brindaron sobre esta historia Enrique Echazarra, autor de *50 lugares mágicos del País Vasco*, Antonio Arroyo, coautor junto a Julio Corral de *Ochate, realidad y leyenda del pueblo maldito* (2007) y Luis Alfonso Gámez, periodista y autor de *El peligro de creer* (2015) y del blog *Magonia*. Antonio Arroyo recoge de forma exhaustiva en la web *Ochate.com* todos los pormenores de la historia y leyenda del pueblo.

El fantasma del piloto alemán

Mi agradecimiento a Carlos Garrido, autor de *Cabrera mágica* y de *La estrella fenicia*, que me relató los pormenores de esta leyenda que conoció en primera persona. La historia del Lapa se recoge en el libro *El cementerio militar alemán de Cuacos de Yuste* (Institución Cultural El Brocense), de José Carlos Violat, Agustín Ruzafa y Francisco Javier Verdú. También han escrito sobre esta leyenda José María Merino (*Leyendas españolas de todos los tiempos*) y Luis Díaz Viana (*Leyendas populares de España*). José Manuel Pedrosa recopiló relatos con elementos comunes en *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*.

Antiguos hospitales encantados

Mi agradecimiento al investigador José Manuel García Bautista (Sevilla, 1972), autor entre otras obras de la *Guía misteriosa de Andalucía* y la *Guía secreta de Sevilla*, y al antropólogo Luis Díaz Viana, autor de *Leyendas populares de España*. Sobre la historia de los fenómenos paranormales en el Museo Reina Sofía escribió Ángel del Río, en *Duendes, fantasmas y casas encantadas de Madrid*, y Francisco Contreras, en *Casas encantadas. Cuando el misterio cobra forma*, entre otros. Ricardo Campo, doctor en Filosofía y autor de libros como *Los ovnis, vaya timo*, explicó en un artículo crítico publicado en 2014 en *Naukas* cómo se crea una casa encantada. Se refería al Museo de Historia y Antropología de Tenerife, pero sus conclusiones bien podrían extrapolarse a estos otros dos edificios.

La chica de la curva

Gracias a Antonio Ortí y Josep Sampere, autores de la antología *Leyendas urbanas*, y a José Manuel Pedrosa, autor de *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas* (Páginas de Espuma, 2004), que

compartieron conmigo cómo realizaron su investigación y las particularidades de esta famosa leyenda urbana. Otros autores mencionados son Michael Goos, autor de *The Evidence for Phantom Hitch Hikers*; Jan Brunvand (*The Vanishing Hitchhiker*) o Gillian Bennet (*The Phantom Hitchhiker: Neither Modern, Urban, Nor Legend?*).

Ladrones de órganos

Mi agradecimiento a Jorge Halperín, autor de *Mentiras verdaderas* (2000), con quien contacté para escribir el artículo «El macabro reto de la «ballena azul», ¿una leyenda urbana?», publicado en *ABC* el 24 de mayo de 2017, y a Luis Díaz Viana, que trata sobre las leyendas urbanas y otras pesadillas de la modernidad en *Miedos de hoy* (2017) y en *Leyendas populares de España* (2008). Otras obras consultadas: *Leyendas urbanas* (2007), de Antonio Ortí y Josep Sampere; *Bienvenido al club del sida* (2002), de Josep M. Pujol; *Antropologías del miedo*, de Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa.

El ataúd maldito

Jordi Ardanuy dudó unos instantes al teléfono antes de contarme las vicisitudes de este relato fantástico que acabó convertido en leyenda, cansado de que le llamen cada vez que el vampiro de Borox y el ataúd maldito recobran interés. Le estoy muy agradecida por haberme brindado amablemente su tiempo. El relato original de «Las noches del Espíritu Santo» se recogió en *Las noches lúgubres* (1964) y en *Antología de la literatura fantástica española*, de José Luis Guarner (1969). Otras obras aquí citadas son *Vampirismo: magia póstuma de los no-muertos* (1986), de Miguel G. Aracil; *Vampiros: magia póstuma dentro y fuera de España* (1994), de Ardanuy, Fló y Ferran; *Los vampiros, ¡vaya timo!* (2009), de Jordi Ardanuy.

El Triángulo del Silencio

Los datos sobre Es Vedrà están tomados de diversos artículos publicados por Josep Riera y de los escritos sobre la isla de Francisco Palau y Quer. Otra bibliografía consultada: *El expediente Manises* (2000), de Juan Antonio Fernández Peris, expedientes desclasificados sobre el caso disponibles en la Biblioteca Virtual del Ministerio de Defensa, el *Boletín Oficial de las Cortes Generales* del 14 de octubre de 1980 y la hemeroteca de *ABC*.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no es mío, o mejor dicho, no solamente mío. Cierto es que le he dedicado un tiempo que he robado a quienes más quiero. José, Santi, Juanjo y el pequeño Diego, a quien dedico la leyenda de su tocayo, lo saben bien. Sin su ayuda, sin su generosidad y sin su cariño no hubiera podido escribirlo. Tampoco sin el respaldo de mi gran familia y de mis amigos que, además de mostrarme su incondicional apoyo, han engrosado mi biblioteca en este último año con todo lo que me pudiera servir de ayuda.

Si creo que no me pertenece del todo es porque son tantos los que amablemente respondieron a mis preguntas, tantos los que me hicieron llegar sus estudios y tantos los que se adentraron en este fascinante mundo de los mitos y leyendas, las investigaron desde distintos prismas con respeto y rigor y compartieron después sus conocimientos en interesantes libros, que en buena parte este es suyo. A todos ellos, gracias.

Especialmente a Luis Díaz Viana por su inagotable paciencia ante mis dudas, sus acertados juicios y sus alentadoras palabras. En este territorio hermoso, oscuro y fronterizo de las leyendas, he tenido la suerte de contar con un inmejorable guía. Mis más sinceras gracias.

También para Pilar Cortés y Alegría Gallardo, de la editorial Espasa, este es su libro, ya que en buena parte es fruto de sus sabios consejos. Gracias por confiar en mí y por llevarme de la mano en este apasionante trayecto.

En la web del diario *ABC* nacieron los reportajes que han sido el embrión de *España: la Historia imaginada*. Vaya aquí también mi gratitud a la exdirectora adjunta del periódico, Montserrat Lluís, por ponerme a rastrear leyendas; a Federico Ayala, responsable del increíble archivo de *ABC*, que tantas veces me ayudó en mis búsquedas; a Almudena Martínez Fornés, por su desinteresado apoyo, y a los compañeros de la redacción que me han animado en tantos cafés. También este libro es un poco suyo.

A todos, gracias.

ESPAÑA: LA HISTORIA IMAGINADA
De los antiguos mitos a las leyendas contemporáneas
Mónica Arrizabalaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta: © Rudy de la Fuente
Ilustraciones de cubierta: © Natalia Barashkova, Hein Nouwens, Lynea, DoubleBubble – Shutterstock

© Mónica Arrizabalaga, 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-670-5352-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com